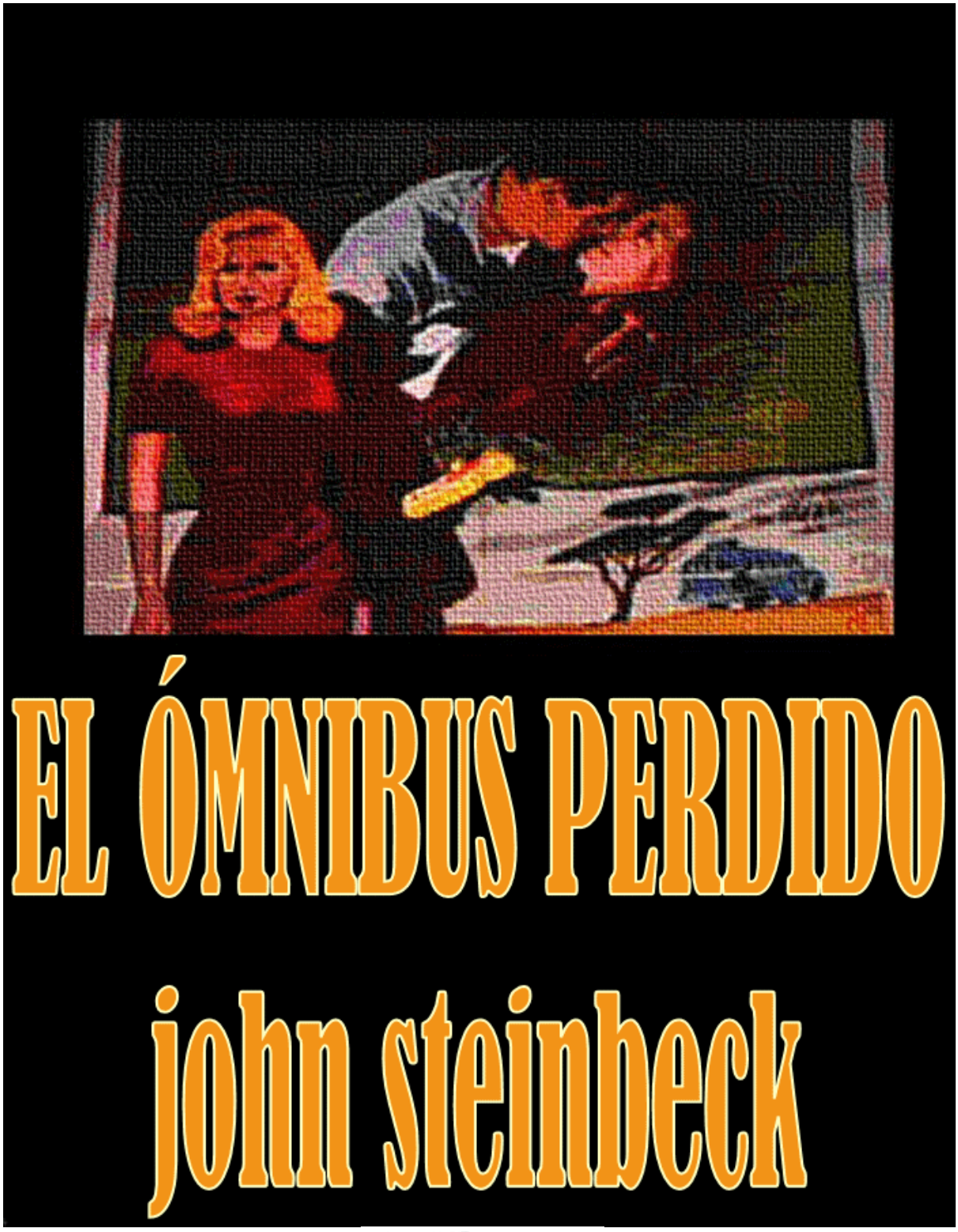
El ómnibus perdido
JOHN STEINBECK



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

I

A cuarenta y dos millas al sur de San Isidro, en una gran autopista que atraviesa California de Norte a Sur, existe un cruce de caminos que se denomina, desde hace unos ochenta años, Rebel Corners. Desde aquí, una carretera secundaria parte en dirección Oeste y, a las cuarenta y nueve millas, tropieza con otra autopista que, desde San Francisco conduce a Los Ángeles y, por supuesto a Hollywood. Todo el que desee ir desde el valle interior a la costa, por esta parte del Estado, ha de tomar la arretera que arranca de Rebel Corners hasta llegar, a través de cerros, campos de labranza, montañas y un pequeño desierto, a la ciudad de San Juan de la Cruz, en la autopista costera.

El nombre de Rebel Corners se remonta al año 1862. Se dice que una familia, de apellido Blanken, tuvo una herrería en el cruce. Los Blanken y sus yernos eran todos oriundos del Estado de Kentucky, pobres, ignorantes, engreídos y camorristas. Sin bienes y sin fortuna llevaron consigo sus prejuicios y sus ideas políticas. Aunque no tenían esclavos estaban decididos, sin embargo, a jugarse la vida por el libre principio de la esclavitud. Cuando estalló la guerra, discutieron la idea de atravesar los infinitos espacios del Oeste a fin de incorporarse para combatir en pro de la Confederación. Pero la distancia a recorrer era grande en exceso. De esta manera, en California - que abogaba por los Estados del Norte - los Blanken secesionaron de la Unión ciento sesenta acres y una herrería y unieron Blanken Corners a la Confederación. También se dice que cavaron trincheras y que en la herrería arreglaron unos fusiles con objeto de defender aquella isla de rebeldía contra los yanquis odiados. Y éstos, que en su mayoría eran mejicanos y alemanes, irlandeses y chinos, lejos de atacar a los Blanken se sentían, hasta cierto punto, orgullosos de ellos. Puede decirse que nunca vivieron tan bien como entonces porque el enemigo les llevaba pollos, huevos y longanizas, en la época de la matanza; todos opinaban, sin hacer distingos de la causa que defendían, que el valor que demostraban era digno de aprecio. Desde entonces, el lugar recibió el nombre de Rebel Corners, que ha conservado hasta nuestros días.

Al acabar la guerra, se hicieron perezosos y se llenaron de odios y resentimientos - como les sucede a todas las naciones derrotadas - y la gente, cuyo orgullo por ellos desapareció con el conflicto, dejó de llevar los caballos para que los herrasen y los arados para que los arreglaran. Al fin, lo que los ejércitos de la Unión no hicieron por la fuerza de las armas, lo realizó el primer Banco Nacional de San Isidro en virtud de juicio hipotecario.

Ahora, al cabo de más de ochenta años, la gente apenas recuerda nada de ellos, excepto que eran orgullosos y antipáticos. Con el transcurso del tiempo, aquel lugar cambió muchas veces de dueño antes de incorporarse al imperio de un rey de la Prensa. La herrería se incendió, se volvió a edificar y ardió de nuevo; lo que quedó se convirtió en garaje con surtidores de gasolina y después en un conjunto, de almacén, restaurante, garaje y estación de servicio. Cuando Juan Chico y su mujer compraron todo aquello y consiguieron el permiso para explotar un coche de pasajeros entre Rebel Corners y San Juan de la Cruz, el conjunto se amplió con una estación de autobuses. Los Blanken rebeldes, con todo su engreimiento, su grosería y su indolencia han desaparecido de la faz de la tierra y nadie recuerda su aspecto. Pero Rebel Corners es un lugar muy conocido y los Chicoy disfrutan de generales simpatías.

Había un comedorcito detrás de los surtidores de gasolina, con un mostrador, unos taburetes redondos y fijos y tres mesas para los que desearan comer con cierta comodidad. Estas mesas no se empleaban mucho porque era costumbre entregarle una propina a Mrs. Chicoy cuando las servía, pero no cuando servía al cliente en el mpstrador. Detrás de este mostrador, en el primer estante, había bollos, caracoles y buñuelos; en el segundo, conservas, naranjas y plátanos; en el tercero, paquetes de harina de diversos cereales. Había una parrilla en un extremo del mostrador; al lado, un vertedero y, cerca de éste, espitas de cerveza y soda. Encima del mostrador, entre los recipientes de servilletas de papel se exhibían unas tartas protegidas con unas tapaderas de material plástico. Las paredes, donde había sitio, estaban adornadas con almanaques y carteles que lucían estampas de hermosas muchachas un tanto

irreales, de pecho firme y exuberante y de caderas escurridas. Alice Chicoy, la mujer de Juan Chicoy, que trabajaba entre aquellas deslumbrantes muchachas, era de amplias caderas, y de pecho hundido; al andar se apoyaba firmemente en los talones. No se sentía nada celosa de las chicas de los calendarios ni de las que figuraban en los anuncios del Coca-Cola. Nunca vio en la vida real a ninguna como aquéllas y no creía que existieran. Freía los huevos, calentaba las conservas, tiraba cerveza y al anochecer, los pies le comenzaban a doler y se sentía molesta e irritada. Con el pasar de las horas, el pelo se le desrizaba y le caía mustio y flaccido; al principio se lo echaba a un lado con la mano, pero al final terminaba por apartarlo de sus ojos con un soplido.

Junto al comedor estaba el garaje, con el techo y las vigas todavía ennegrecidos por el hollín de la vieja herrería. Aquí era donde Juan Chicoy tenía su campo de acción, cuando no guiaba el autobús entre Rebel Corners y San Juan de la Cruz. Era un hombre de buena planta, en parte mejicano y en parte irlandés; tendría unos cincuenta años, ojos negros, abundante pelo y cara morena de agradables facciones. Mrs. Chicoy experimentaba hacia él un amor frenético y, al propio tiempo, un poco de temor porque era todo un hombre y hombres enteros no existen muchos, como llegó a comprobar.

En el garaje, Juan Chicoy arreglaba los pinchazos de los neumáticos, quitaba la suciedad a los carburadores obstruidos, colocaba diafragmas nuevos en las bombas de gasolina y, en resumen, hacía todas esas pequeñas cosas que las personas propietarias de automóviles ignoran. A estas actividades se dedicaba, excepto desde las diez y media a las cuatro. Era entonces cuando guiaba el autobús, transportando a los viajeros que los grandes autocares «*Greyhound*» dejaban en Rebel Corners, a San Juan de la Cruz y viceversa.

Mientras estaba de viaje, sus tareas del garaje las realizaban muchachos mayores o jóvenes que eran, más o menos, aprendices. Ninguno duraba mucho tiempo. Los clientes que no estaban sobre aviso, al acudir con los carburadores sucios, no podían sospechar las tremendas chapucerías de que eran capaces aquellos aprendices. Juan Chicoy era un mecánico excelente pero sus aprendices, por lo general, eran adolescentes descarados que pasaban el tiempo, entre un trabajo y otro, colocando monedas falsas en la máquina tragaperras del comedor o disputando con Alice Chicoy. La oportunidad llamaba sin cesar a aquellos jóvenes y les atraía cada vez más al Sur, hacia Hollywood, donde sin duda acabarían por congregarse todos los adolescentes del mundo.

Detrás del garaje había dos cobertizos anejos, en uno de los cuales se leía un rótulo que decía: *Caballeros* y, en el otro, *Señoras*. Sendos senderillos que partían de cada lado del raje, conducían a cada uno de los cobertizos.

Lo que daba carácter a Rebel Corners y lo que le hacía visible desde varias millas entre los campos cultivados eran los grandes robles blancos que crecían entre el garaje y el restaurante. Altos y graciosos, revestidos de alegre verdor en el verano y tristes y pensativos en el invierno, los robles eran como hitos en el valle largo y llano. Nadie sabía si los Blanken los plantaron o si se limitaron a establecerse cerca de ellos. Esto úItimo parece lo más lógico; en primer lugar porque no se tiene noticia de que aquéllos plantaran algo que no pudieran luego comer y porque los árboles parecían tener más de ochenta años. Acaso alcanzaban los doscientos; por otra parte, sus profundas raíces debían nutrirse en alguna corriente de agua subterránea que los hacía crecer y conservarse lozanos en aquel terreno semidesértico.

Aquellos grandes árboles prestaban su sombra a la estación durante el verano, de manera que los viajeros se detenían con frecuencia bajo ellos para comer y para que se enfriaran los motores recalentados. La propia estación era también agradable, pintada de verde y rojo, con geranios en torno al restaurante. La arenilla blanca, enfrente y alrededor de los surtidores de gasolina se rastrillaba y se regaba diariamente. En el restaurante y en el garaje reinaban el orden y el método. Por ejemplo, en los estantes del restaurante los botes de conserva, los paquetes de harina de cereales, y hasta los racimos de uva estaban dispuestos en pequeñas pirámides: cuatro en la base, luego tres, luego dos y uno encima de todos. Lo mismo se podía decir de las latas de petróleo en el garaje. Las ventanas del restaurante

Librodot

estaban protegidas para impedir el paso de las moscas y la puerta se cerraba por sí sola, de golpe, después que alguien entraba o salía. Porque Alice Chicoy odiaba a las moscas. En un mundo que no comprendía ni soportaba con facilidad, las moscas constituían para ella la desgracia final y más refinada. Las aborrecía con todas las fuerzas de su alma y la muerte de una a consecuencia de un golpe o atrapada en la goma de las tiras de papel dispuestas al efecto, la llenaba de una profunda satisfacción.

De la misma manera que con Juan se renovaban los jóvenes aprendices que le ayudaban en el garaje, ella contrataba a una muchacha tras otra para que la auxiliara en el comedor. Aquellas muchachas, desmañadas, románticas y poco agraciadas - las bonitas, por lo general se marchaban con cualquier cliente a los pocos días - no daban la impresión de que trabajaran mucho. Quitaban el polvo con paños mojados, soñaban con las revistas de cine, suspiraban junto a la máquina tragaperras, y la más reciente tenía los ojos irritados, un catarro continuo y escribía cartas largas y apasionadas a Clark Gable. Alice Chicoy sospechaba que todas dejaban que entrasen las moscas. Norma, como se llamaba esta muchacha, había ya oído muchas veces sus acres advertencias a este respecto.

La rutina de Rebel Corners por la mañana era invariable. Con las primeras luces del día y aun antes, en invierno, se abría el comedor. Alice calentaba el café y el restaurante estaba ya tibio y alegre cuando los primeros chóferes de los camiones se detenían a la puerta para tomar el desayuno. Tras ellos acudían los viajantes de comercio, que marchaban, presurosos, a las ciudades del Sur para no perder un momento en sus negocios. Solían detenerse donde veían camiones parados porque existe la creencia general de que los chóferes de tales vehículos conocen mejor que nadie los mejores restaurantes de la ruta. Al salir el sol comenzaban a presentarse los primeros turistas en sus coches propios, los cuales paraban para desayunar y pedir informes de la ruta.

Los que provenían del Norte no interesaban gran cosa a Norma; por el contrario, los procedentes del Sur o los que llegaban por el atajo de San Juan de la Cruz la fascinaban. En cuatro meses, conoció personalmente a quince personas que estuvieron en Hollywood, a cinco que habían intervenido e películas, y a dos que vieron frente a frente a Clark Gable. Inspirada por estos últimos, que llegaron casi seguidos, escribió una carta de seis hojas que comenzaba: «Querido míster Gable»» Y terminaba: «Con todo afecto, una amiga». Con frecuencia, al pensar que míster Gable podía descubrir la personalidad de la remitente, se echaba a temblar.

Era una chica fiel. Allá el que las otras, casquivanas, corrieran tras los advenedizos: los Sinatra, los Van Johnson, los Sonny Tufts. Aun durante la guerra, cuando no se proyectaron películas de Gable, le fue fiel y alimentaba sus sueños con una foto del galán en la que aparecía vestido de aviador y con dos cintas de munición del calibre 50 por encima de los hombros.

Con frecuencia se burlaba de Sonny Tufts. Le gustaban hombres de más edad con cara interesante. A veces, cuando pasaba el paño húmedo por el mostrador, sus ojos, soñadores, se volvían a la puerta y luego los cerraba por un momento. Era entonces cuando en el secreto jardín de su mente, Gable acababa de entrar y, al verla, se quedaba un momento parado, con los labios entreabiertos y una expresión en los ojos indicadora de que aquélla era la mujer de sus sueños. Y, en torno a él, las moscas entraban y salían impunemente.

Su imaginación no pasaba de ahí. Era demasiado tímida. Además, no sabía cómo se hacían ciertas cosas. Sus únicas experiencias amorosas se habían limitado a una serie de forcejeos, en el asiento posterior de un auto, para conservar sus vestidos en su sitio. Hasta la fecha, había conservado su virtud por una simple persuasión. Estaba convencida de que míster Gable no sólo no hacía cosas semejantes, sino que le desagradaba enterarse de ellas.

Llevaba el traje de labor bocetado por la *National Dollar Stores* aunque, por supuesto, poseía un vestido de satín para las fiestas. Pero, si se examinaba de cerca, siempre se encontraba algún detalle de adorno aun en el traje de faena. Su broche mejicano de plata, que representaba la piedra del calendario azteca, lo heredó de su tía, a la que cuidó durante siete

meses. Tenía también, de su madre, un collar de pequeñas cuentas de ámbar. Nunca lucía, al mismo tiempo, el collar y el broche. Aparte de todo esto, poseía dos anillos de fantasía. En el fondo de su maleta, guardaba una alianza con baño de oro y una sortija con un gran diamante falso que le costaron, en conjunto, cinco dólares. Únicamente se las ponía cuando se iba a la cama. Por las mañanas se las quitaba y las metía en la maleta. Nadie sabía que las tuviera. En la cama se dormía dándoles vueltas en el anular de la mano izquierda.

La instalación de los dormitorios en Rebel Corners era muy sencilla. Detrás del comedor había un colgadizo. Una puerta, a un extremo del mostrador, daba al dormitorio de los Chicoy que encerraba una cama de matrimonio, una radio de consola, dos sillones tapizados, un sofá convertible en lecho y una lámpara metálica con una pantalla de vidrio verde. La habitación de Norma daba al cuarto de aquéllos porque, de acuerdo con las teorías de Alice, había que vigilar un poco a las jóvenes para que no se desmandaran. Para ir al cuarto de baño, Norma tenía que pasar por el dormitorio de ellos o salir por la ventana, cosa que hacía por lo general. La habitación del aprendiz del mecánico estaba junto a la de los Chicoy, pero al otro lado poseía una entrada exterior independiente. Era aquél un bonito grupo de edificios. El Rebel Corners de la época de los Blanken fue un lugar miserable y sucio, pero los Chicoy prosperaron aquí. Había dinero en el banco y cierto grado de seguridad y dicha.

Desde una distancia de millas se divisaba aquella isla cubierta con corpulentos árboles. No había necesidad de buscar ningún letrero en el camino para encontrar Rebel Corners y la carretera a San Juan de la Cruz. En el gran valle, los campos de trigo se prolongaban hacia el Este, hasta el pie de la colinas y las altas montañas; hacia el Oeste, morían más cerca, en los cerros curvos donde los robles se agrupaban formando grandes manchurrones obscuros. En el verano, cuando las colinas se cocían bajo el sol despiadado, la fresca sombra de los árboles de Rebel Corners era algo delicioso y acogedor. En el invierno, en la época de las grandes lluvias, el restaurante era un lugar caliente, donde se podía tomar café y bollos.

En primavera, cuando la hierba verdecía en los campos y aI pie de las colinas, cuando los altramuces y las amapolas llenaban la tierra de vivos y espléndidos colores, cuando los grandes árboles se cubrían de hojas frescas verdeamarillas, no había en el mundo sitio más delicioso. No poseía esa belleza que acaba por desaparecer a fuerza de contemplarla. Se vivía todo el día bajo su sortilegio. El suave perfume de los altramuces y de la hierba aceleraban la respiración en un anhelo casi sexual. Y fue en esta estación de florecimiento y exuberancia vital cuando Juan Chicoy, antes de las primeras luces del alba, salió hacia el autobús con una linterna eléctrica. Pimples Carson, el aprendiz, medio dormido, iba tras él.

Las ventanas del comedor estaban todavía sin luz. Sobre las colinas de oriente no se percibía ni la más leve insinuación de la alborada. Era tan de noche que las lechuzas chillaban todavía sobre los campos. Juan Chicoy se acercó al autobús que estaba frente al garaje. A la luz de la linterna parecía un gran dirigible con ventanas de plata. Pimples Carson, más dormido que despierto, con las manos metidas en los bolsillos, temblaba de sueño, no porque hiciera frío.

II

La linterna eléctrica iluminaba tan sólo piernas, pies, neumáticos y troncos de árboles. Oscilaba y se movía, y la pequeña lámpara incandescente emitía una luz cegadora de tono blanco-azul. Juan Chicoy fue con la linterna al garaje, sacó un manojo de llaves del bolsillo del mono, abrió con una de ellas el candado y abrió de par en par las puertas. Encendió la luz del local y apagó la linterna.

Cogió un gorro de mecánico de la banqueta de trabajo. Encima del mono llevaba una chaqueta negra. Los zapatos eran de punta redondeada, con suela muy gruesa. Una antigua cicatriz en la mejilla, junto a su larga nariz, se destacaba como una sombra bajo la luz del techo. Se pasó los dedos por el abundante cabello negro para que todo él encajara dentro de la

gorra. Tenía las manos pequeñas, anchas y robustas, con los dedos y las uñas estropeados por el trabajo. El tercer dedo de su mano izquierda había perdido la primera falange y por el lugar de la amputación la carne se le había ensanchado, al igual que la cabeza de un hongo diminuto. Aquella excrecencia era de una contextura diferente a la del resto del dedo, en el cual llevaba una alianza de oro como si aquel dedo, inútil para el trabajo, lo empleara únicamente como adorno.

Por un bolsillo del mono le asomaban un lápiz, una regla y un manómetro para los neumáticos. Estaba bien afeitado, aunque no del día anterior. Sus ojos negros miraban un poco de soslayo, con expresión satisfecha, igual que el que fuma y no se puede quitar el cigarro de la boca. La suya era carnosa, con el labio inferior ligeramente saliente, no en gesto de petulancia, sino de humor y aplomo; el superior lucía, hacia la parte izquierda, una profunda cicatriz de tono blanquecino. Sus orejas no eran muy grandes, pero le sobresalían de la cabeza como conchas marinas, en la posición del que las adelanta con las manos para oír con mayor claridad. La verdad es que parecía estar escuchando constantemente mientras que su mirada soslayadora parecía reírse de todo lo que oía al tiempo que la mitad de su boca, por otra parte, lo desaprobaba. Sus movimientos eran seguros, aunque no hiciera nada que requiriera seguridad. Andaba como si se dirigiera a algún lugar concreto. Manejaba las manos con rapidez y precisión y nunca jugueteaba con cerillas o con clavos. Sus dientes eran largos con bordes ribeteados de oro, lo cual prestaba a su sonrisa cierta expresión feroz.

Junto a la banqueta de trabajo cogió algunas herramientas colgaban de clavos en la pared y las metió en una caja larga. A su lado, Pimples Carson, todavía soñoliento, se apoyaba, de codos en la madera grasienta de la banqueta. Éste vestía un jersey sucio y roto. Era un muchacho delgado de diecisiete años, de miembros estrechos, nariz larga y rojiza y ojos claros por la mañana, los cuales, con el transcurso de las horas, adquirían un tinte verde obscuro. En las mejillas le crecía una pelusilla dorada y la cara la tenía llena de huellas, señales y cicatrices de granos. Entre las más viejas se formaban nuevas pústulas, púrpuras y rojas. La piel le brillaba a causa de las medicinas que tomaba para combatir los granos y que no le hacían ningún efecto.

Llevaba muy ceñidos los pantalones azules. Le estaban tan largos que tenía que recogérselos por abajo. Se los ataba a la cintura con un cinturón de cuero de pesada hebilla de plata. Siempre procuraba mantener las manos a lo largo del cuerpo, pero, sin quererlo, los dedos se dirigían a su cara torturada hasta que se daba cuenta de lo que hacía y bajaba de nuevo las manos. Escribía a todas las casas que anunciaban la cura de granos y visitó a muchos médicos que sabían que no podían curarle aunque estaban convencidos de que le desaparecerían al cabo de unos pocos años. Sin embargo, le recetaban pomadas y lociones, y uno incluso le indicó una dieta a base de verduras.

Tenía los ojos largos y estrechos, como los de un lobo, al entornarlos, y en aquellas primeras horas de la mañana, las legañas casi le imposibilitaban la visión. Evidentemente era un dormilón prodigioso. Dejado a su antojo, sería capaz de dormir todo el día. Su organismo y su alma era un campo de batalla - especialmente violento - en el que se debatía su adolescencia. Su concupiscencia era constante, y cuando no adquiría un tinte franco y directamente sexual, se encaminaba por las sendas de la melancolía, de un sentimentalismo profundo y lacrimoso, de una religiosidad fuerte y sensiblera. Sus emociones y su cerebro se parecían a su rostro, siempre en constante erupción, siempre en carne viva e irritado. A veces pasaba por temporadas de violenta pureza, cuando le indignaba su propia depravación; estas temporadas terminaban, por lo general, en una pereza melancólica que le dejaba deprimido por completo; y de la depresión desembocaba en el sueño. Un sueño pesado y agotador, como el producido por una droga.

Aquella mañana calzaba unos zapatos en los pies desnudos, y los tobillos, que se le veían bajo los pantalones recogidos, mostraban una piel sucia. En sus períodos de depresión no se preocupaba en asearse, ni siquiera en comer más que lo imprescindible. En pie y con

expresión absorta contemplaba a Juan Chincoy mientras éste metía las herramientas en la caja. Pimples no podía sacudirse el sueño que le invadía.

-Trae hasta aquí la luz del cordón largo - dijo Juan -. ¡Vamos, Pimples! ¡Despierta de una vez!

Al escucharle pareció estremecerse como un perro.

-No sé qué me pasa... - murmuró.

-Bueno, trae la luz y, de paso, el tablero. No podemos perder tiempo.

Agarró una bombilla que había dentro de una caja y come zó a desenrollar un largo cordón. Introdujo el extremo en un enchufe, cerca de la puerta, y la bombilla se encendió. Jua agarró la caja de herramientas, salió al exterior y miró el á ensombrecido. El viento había cambiado. Una leve brisa agitaba las hojas frescas de los robles y correteaba entre los geranios. Era un airecillo titubeante y húmedo, que olfateó como si se tratara de una flor.

-Lo único que nos faltaba ahora es que lloviera - comentó.

Hacia el Este se comenzaba a percibir la silueta de las montañas con las primeras luces de la alborada. Pimples salió con la bombilla encendida mientras el cordón se retorcía tras él, en el suelo. La luz eléctrica iluminó los grandes árboles y se reflejó en las hojas verdeamarillas de los robles. Llevó la bombilla hasta el autobús y retornó al garaje en busca del tablero, con ruedecillas en la parte inferior, en el que se tumbaban los mecánicos para trabajar bajo los autos. Lo dejó al lado del vehículo.

-Sí, parece que va a llover - dijo-. Es propio de la estación.

-Yo no me quejo de la estación - repuso Juan-, pero sí de esta corona estropeada y los viajeros esperando y el suelo encharcado por la lluvia.

-A las cosechas les viene bien... - observó Pimples.

Juan se detuvo y se volvió para mirarle. Sus ojos chispearon con ironía.

-Desde luego...

Pimples, avergonzado, apartó la mirada.

A la luz de la bombilla, el autobús presentaba un aspecto extraño y de impotencia; en el lugar de las ruedas traseras había dos pesados gatos sobre los que descansaba la parte posterior del vehículo.

Se trataba de un viejo autobús de cuatro cilindros, con un cambio de marchas especial, patentado. Los flancos abombados del coche, a pesar de la pintura que los recubría, mostraban las abolladuras, los golpes y los chirlos de una larga y accidentada carrera. Una mano de pintura, en un automóvil viejo, le hace aparecer, a veces, más anciano y más despreciable que si le dejaran en paz y sin retoques en su honorable decadencia.

También su parte interior se había reconstruido. Los asientos que en otros tiempos fueran de caña, estaban ahora tapizados con hule encarnado. Se percibía levemente el agrio olor del hule y el más intenso y penetrante del aceite y la gasolina. Era muy viejo y había hecho muchos viajes. El piso, de tablas de roble, estaba desgastado y pulido por los pies de los viajeros. Las ventanas no se podían abrir, porque no encajaban bien. En el verano, Juan las quitaba y al llegar el invierno las colocaba de nuevo.

El asiento del conductor se había desgastado hasta los mismos muelles, pero se utilizaba un cojín de florido quimón con el doble fin de proteger al chófer y de retener los muelles en su lugar. Del parabrisas colgaban penates: un zapatito de niño que simbolizaba la protección, ya que los vacilantes pasos de las criaturas requieren la vigilancia y la ayuda de Dios; un pequeño guante de boxeo simbolizador de la fuerza de los puños del chófer, del ímpetu del pistón al impeler la biela, de la decisión del individuo como persona responsable y ufana; colgaba también del parabrisas una muñequita vestida con un *sarong* provocativo que simbolizaba los placeres de la carne, de la vista, del olfato y del oído. Cuando el autobús se ponía en marcha, aquellos símbolos se balanceaban unos contra otros frente a los ojos del conductor.

Sobre el tablero de los instrumentos de mando había una pequeña Virgen de Guadalupe de metal, pintada con brillantes colores. La vestimenta de la Virgen era azul y

estaba en pie sobre una luna, sostenida por querubines. Era ésta la ligazón de Juan Chicoy con la eternidad. Apenas se relacionaba con la religión en todo lo que es iglesia y dogma, pero sí mucho en lo que tiene de recuerdo y sentimiento. Aquella virgen morena era su madre y la casita donde ella, hablando español con ligero acento irlandés, le había criado. Porque su madre consideró a la Virgen de Guadalupe como su divinidad personal, tras olvidar a las diez mil pálidas vírgenes del Norte.

Mientras ella admiraba a la Virgen de Guadalupe, cuyo día se celebraba con ruidosos cohetes, el padre mejicano de Juan Chicoy era un indiferente. Los cohetes eran, naturalmente, el mejor medio de celebrar las fiestas de los santos. ¿A quién se le podría ocurrir cosa mejor? La varilla silbante que ascendía era el espíritu que subía a los cielos, y la explosión final, la dramática entrada en el reino de Dios. Juan Chicoy, que no d creyente en el sentido ortodoxo, no hubiese guiado con tranquilidad el autobús sin la presencia de la imagen de la Virgen de Guadalupe. Su religión era práctica.

Bajo la imagen había una especie de caja de guantes que contenía un revólver *Smith-Wesson* del 45, unas vendas, una botella de yodo, un frasquito de sales y una botella de *whisky*. Con aquel equipo estaba convencido de que podría salir adelante en cualquier caso que se presentara.

Tiempo atrás, en su parte delantera, el autobús llevó una inscripción que todavía se leía, aunque con dificultad: «El gran poder de Jesús», rótulo que pintó un propietario anterior. Ahora la sola palabra «Sweetheart» figuraba al frente y en la parte posterior. Y, para todo el mundo, el autobús se llamaba así, «Sweet-heart». Ahora, el coche se hallaba inmovilizado, sin sus ruedas traseras, apoyado en los gatos.

Juan Chicoy hacía engranar cuidadosamente la nueva corona con el piñón del diferencial.

-Acerca más la luz - le dijo a Pimples. Luego levantó la corona frente a la luz e hizo girar con lentitud el piñón, examinando el ajuste de los dientes -. No sé - dijo -. Hay muchas cosas que la gente ignora con respecto a los metales y las máquinas. Fíjate en Ford, por ejemplo. Hace doscientos automóviles y, entre ellos, dos o tres no valen para nada. No es que haya una pieza mala, es todo el coche el que no sirve. Las ballestas y el motor y la bomba de agua y el ventilador y el carburador. Poco a poco se echa a perder y nadie sabe por qué. Y, sin embargo, otro automóvil de la misma serie parece exactamente igual que los demás, y no es así. Posee algo de que carecen los otros, una especie de energía inagotable, que no se acaba por muchas cosas que se le hagan.

-Yo tenía uno de ésos - replicó Pimples -. Modelo A. Lo vendí. Pero todavía sigue corriendo. Lo tuve tres años y no me gasté un céntimo en él.

Juan dejó la corona en el estribo y agarró el piñón viejo del suelo. Con el dedo indicó el diente roto.

El metal es una cosa bastante extraña - dijo -. Algunas veces parece como si se cansara. En Méjico suelen tener dos o tres cuchillos de carnicero. Emplean uno y los demás los clavan en el suelo. «Así descansa la hoja», dicen. Yo no sé si será verdad, pero lo cierto es que esos cuchillos adquieren el filo de un navaja de afeitar. Vamos a colocar este piñón en el eje. Aquí, pon aquí la luz. -Puso el tablero detrás del autobús, se echó de espaldas en él y, con ayuda de los pies, se metió bajo el vehículo -. Pon la luz un poco más a la izquierda. No, más alta ¿Quieres pasarme la caja de herramientas? - Sus manos se aplicaron a la tarea y una gota de aceite le cayó en la mejilla. Con el dorso de la mano se la quitó-. ¡Qué trabajo más indecente! - comentó.

Pimples atisbo por debajo del autobús.

-¿Quiere usted que cuelgue la luz en esa tuerca? -preguntó.

-No. Tendrás que cambiarla de sitio en seguida - repuso Juan.

-Me figuro que hará usted hoy funcionar al autobús. Me gustaría dormir esta noche en mi cama. En una silla es imposible descansar.

-¿Has visto gente más indignada en su vida, después que tuvimos que volver por la avería? - inquirió Juan con una sonrisa-. Cuando las gentes viajan, no les gusta que les interrumpan.

-Sí, pero disponen de nuestras camas - observó Pimples -. No me explico de qué se quejan. Usted, Alice, Norma y yo somos los que hemos dormido en sillas esta noche. Los peores son los Pritchard. No me refiero a Mildred, la muchacha, sino a sus padres. Se figuran que los han estafado, por lo visto. El viejo me ha dicho mil veces que es presidente o no sé qué y que a alguien le pesará todo esto. Dice que se trata de un verdadero ultraje. Y eso que él y su esposa duermen en la cama de usted. ¿Dónde durmió Mildred?

Al preguntarlo sus ojos chispearon un poco.

-En el sofá, me figuro - contestó Juan-. O acaso con sus padres. Ese individuo de la compañía de artículos de novedad pasó la noche en el cuarto de Norma.

-Me es simpático ese hombre. No se quejó y dijo que se levantaría lo más pronto posible. Fueron los Pritchard los que armaron el escándalo. ¿Sabe usted dónde van, míster Chicoy? A realizar un viaje por Méjico. Mildred ha estudiado el español en el colegio y hará de intérprete.

Juan metió un pasador de chaveta en el eje y mediante unos leves golpes lo afianzó en su lugar. Luego salió de debajo del autobús.

-Vamos a colocar ahora las ruedas - dijo.

La luz del día se extendía por el cielo y sobre las montañas. Unas nubes apelmazadas que se deslizaban, lentas, por el cielo comenzaban a adquirir un débil tinte rosado por los bordes que daban al Este.

De pronto se encendieron las luces del comedor, iluminando los geranios que crecían junto al edificio. Juan lanzó una mirada en aquella dirección.

-Ya se ha levantado Alice. Pronto estará listo el café. Ahora a colocar las ruedas.

Los dos trabajaban bien en colaboración Cada cual sabía lo que tenía que hacer. Pimples, también echado de espaldas, apreteba las tuercas y se sentía satisfecho por aquel trabajo en común.

A Juan le resbaló la llave inglesa con la que manipulaba y se lastimó un nudillo. La sangre brotó de la herida y se ennegreció con la suciedad de la mano. Se llevó el nudillo a la boca y lo chupó.

-¿Le duele mucho? - preguntó Pimples.

-No... esto es buena suerte. No se puede terminar una labor sin hacerse sangre. Eso es lo que mi padre decía.

Se chupó otra vez la sangre que salía con menos fuerza.

La luz de la alborada se iba acentuando y la bombilla perdió mucho de su brillo.

-¿Vendrán muchos en el «*Greyhound*»? - indagó Pimples, por decir algo. Entonces le asaltó un pensamiento tan fuerte y tan repentino, que casi le lastimó -. Míster Chicoy... - comenzó titubeante, con voz de súplica.

Juan dejó de darle vueltas a la tuerca y esperó que el muchacho le pidiera un día de permiso, un aumento de jornal o algo por el estilo. Porque, indudablemente, se trataba de una petición. Eso se traslucía en su voz.

Viendo que no sabía cómo continuar, le preguntó:

-¿Qué quieres?

-Míster Chicoy... ¿podríamos llegar a un acuerdo... quiero decir... le sería a usted igual no llamarme *Pimples* (Granos) en lo sucesivo?

Juan apartó la llave inglesa de la tuerca y volvió la cabeza a un lado. Vio las huellas, las cicatrices, los granos en formación y una pústula madura, a punto de reventar, en una de sus mejillas. Entonces comprendió. Y se extrañó de que no lo hubiese comprendido antes.

-¿Cuál es tu nombre? - inquirió con cierta aspereza.

-Ed - respondió Pimples-. Ed Carson, pariente lejano de Kit Carson. Antes de que me empezaran a salir los granos en el colegio, los compañeros me solían llamar Kit.

Su voz era tranquila, pero tenía la respiración agitada. Juan apartó la vista y miró la bombilla.

-Muy bien - pronunció por fin-. Tenemos que colocar más allá los gatos. - Salió de debajo del autobús -. Hay que poner ahora aceite en el cárter.

Pimples se dirigió con rapidez al garaje y volvió con el engrasador de presión y la manguera de aire arrastrando tras él por el suelo. Abrió la espita y el aire comprimido penetró con silbido en la jeringa, tras el aceite. El cárter se llenó de aceite y entonces atornilló el tapón.

-Kit - dijo Juan -, limpíate las manos y marcha a ver si Alice tiene ya listo el café.

Pimples se dirigió al comedor. Cerca de la puerta, donde se levantaba uno de los grandes robles, se cobijaba la obscuridad. Allí se detuvo un momento, conteniendo la respiración. Le temblaba todo el cuerpo, como en un escalofrío.

III

Cuando el sol aparecía por las montañas del Este, Juan Chicoy se levantó del suelo y se sacudió con la mano la suciedad del mono. El sol centelleaba en las ventanas del comedor y acariciaba la hierba verde que rodeaba al garaje. Incendiaba las amapolas de los campos y las grandes islas de altramuces azules.

Lentamente se dirigió a la entrada del autobús. Abrió la llave de ignición y apretó con la mano la palanca de arranque. El motor comenzó a trepidar. Luego accionó el embrague, también con la mano. Las ruedas traseras giraron lentamente en el aire y entonces se acercó a ellas para escuchar el funcionamiento de los engranajes.

Pimples se lavaba las manos en el garaje, en un recipiente de gasolina. El sol caía sobre una hoja seca del pasado año y Penetraba hasta un rincón de la puerta del garaje. Al poco una mosca salió de debajo de la hoja y se quedó parada, al sol. Las alas, torpes por el fresco de la noche, presentaban unas iridiscencias desvaídas. La mosca se las frotó con las patas y luego la cabeza con las patas delanteras mientra el sol, que filtraba sus rayos por entre las grandes nubes, daba nuevas fuerzas al insecto. De repente emprendió el vuelo, dio un par de vueltas bajo los robles y chocó contra la puerta del comedor; cayó al suelo, sobre las alas, y en esa posición permaneció un segundo; luego se enderezó, se lanzó de nuevo al aire y tomó posiciones junto a la puerta del comedor.

Alice Chicoy, ojerosa tras una noche de permanecer sentada, se acercó a la puerta y miró hacia el autobús. Abrió sólo unos pocos milímetros, pero la mosca se precipitó por la abertura. Alice la vio entrar y con el paño de lavar los platos que llevaba en la mano procuró derribarla. La mosca voló locamente por un momento y, finalmente, se refugió bajo el borde del mostrador. Alice contempló el perezoso girar de las ruedas del autobús en el aire y después retornó al mostrador para abrir la válvula de vapor de la cafetera.

A continuación pasó el paño por el mostrador. Al hacerlo, se dio cuenta de que habían cortado un trozo, en forma de V, a la gran tarta de coco. Agarró un cuchillo, levantó la tapadera transparente que la protegía, recortó los bordes y se llevó las migajas a la boca. Y un instante antes de que la tapa volviera a su sitio, la mosca salió de debajo del mostrador y se filtró hasta la tarta. Se ocultó bajo un pequeño saliente de la masa, en donde no era visible desde arriba, y afanosa y hambrienta se aplicó al dulce. Disponía de una cantidad inconmensurable de pastel y se sentía feliz.

Entró Pimples, oliendo a gasolina y a grasa, y se sentó en uno de los taburetes.

-Bueno, ya hemos puesto en marcha el autobús.

-¿Tú y quién más? - preguntó Alice con ironía.

-Bueno. Naturalmente, míster Chicoy ha hecho el trabajo más delicado... Me gustaría tomar una taza de café y un trozo de tarta.

-Ya has andado con esa tarta antes de que yo me levantara. - Con la mano se apartó el cabello de sus ojos -. No lo niegues.

-Bueno, pues póngamelo en cuenta - repuso Pimples -. ¿Es que no pago acaso lo que como?

-¿Y para qué quieres comer tanto dulce? - inquirió Alice -. No paras en todo el día. Apenas recibes dinero de tu paga. Casi todo lo inviertes en dulces. Estoy segura de que los granos te salen por comerlos en tan gran cantidad. ¿Por qué no descansas una temporada?

Pimples bajó la vista, con cierta timidez, a las manos. Las uñas, allí donde la gasolina no había llegado, estaban ribeteadas de negro.

-El dulce es rico en vitaminas - dijo -.Y todo el que trabaja las necesita.

-Tú necesitas vitaminas lo mismo que yo un...

Alice no concluyó la frase. Era una mujer irreverente, pero nunca decía las palabras, sino que las insinuaba. Llenó una taza de café con algo de leche y se la pasó al muchacho.

Éste, con la mirada turbia, contemplaba una de las muchachas que aparecían, provocadoras, en un anuncio de Coca-Cola, encima de la máquina tragaperras. Echó en la taza cuatro cucharadas de azúcar y dio vueltas al líquido con la cuchara bien derecha.

-¿Y el trozo de tarta? - repitió.

-Bueno, allá tú. Será la puntilla. Te va a salir un grano como un balón.

Pimples miró las nalgas ampulosas de Alice y al instante apartó la vista. Aquélla se apoderó del cuchillo y cortó una rebanada de tarta de coco. El saliente de la masa cayó encima de la mosca y la aprisionó. Pimples atacó la rebanada con la cucharilla del café.

-¿Aún no se ha levantado esa gente? - preguntó.

-No, pero ya empiezan a desperezarse. Alguien ha debido emplear el agua caliente hasta la última gota. Para el comedor no han dejado nada.

-Ha debido ser Mildred.

-¿Eh?

- Sí, la chica. Sin duda se ha bañado.

- Alice le miró a los ojos.

-Preocúpate de las vitaminas y no pienses en lo que no te importa - dijo con aspereza.

-Yo no he dicho nada... ¡Eh! ¡En esta rebanada hay una mosca!

Alice se irguió.

-Ayer tenías una en la sopa. Las debes traer en el bolsillo.

-No. Fíjese, todavía patalea.

Alice se acercó.

-¡Mátala! - exclamó-. ¡Aplástala! ¿Vas a dejar que se escape?

Agarró un tenedor de detrás del mostrador y aplastó la mosca y las migajas de la rebanada; luego lo arrojó todo al cubo de la basura.

-¿Y yo qué? - protestó Pimples.

-Te daré otro trozo. No me explico cómo atraes a las moscas. Eres el único.

-Suerte que tiene uno... - replicó Pimples.

-¿Eh?

-Decía que...

-Ya he oído lo que has dicho. -Estaba fatigada y nerviosa-. Mucho cuidado con lo que hablas, pues si no saldrás de aquí a toda velocidad. Me tiene sin cuidado que seas mecánico. Para mí no eres más que un majadero con la cara llena de granos.

Pimples se había encogido. Conforme crecía la indignación de la mujer, bajaba más y más la cabeza hacia el pecho.

-Yo no he dicho nada - repuso-. ¿Es que ni siquiera se puede hablar en broma?

Alice había llegado a un extremo en el que, o daba rienda suelta a una rabia histérica y loca que ponía todo en conmoción o se dominaba rápidamente porque notaba ya una incontrolable opresión en el pecho y en la garganta. En un instante se hizo cargo de la situación. El horno no estaba para bollos. El autobús tenía que salir. Juan no había descansado tampoco. Las personas que utilizaban las camas oirían el escándalo, saldrían a ver lo que sucedía y Juan acaso la golpeara. Ya lo hizo en otra ocasión. No con mucha fuerza,

pero con precisión y provecho, hasta el extremo que pensaba que la dejó medio muerta. Y luego le asaltó el pánico que siempre la rondaba: el pánico de que la abandonase. Había dejado ya a otras mujeres. No sabía a cuántas porque su marido nunca habló de aquel asunto, pero un hombre con tanto atractivo por fuerza tenía que haber abandonado a otras. Todo aquello pasó por su imaginación en un segundo. Dominó la opresión de su pecho. Envarada, levantó la tapadera transparente que cubría a la tarta, cortó una rebanada de buen tamaño y la colocó frente a Pimples.

-Todo el mundo está hoy nervioso - observó.

-El muchacho levantó la vista de las uñas. Percibió las leves arrugas que los años marcaban en el cuello de la mujer y la falta de tersura en la piel de las manos. Sentía lástima de ella. Aunque la belleza no le adornaba a él tampoco, pensaba que lo único que en el mundo valía la pena de poseer era la juventud y que el que la pierde se puede considerar como muerto. Aquella mañana había ganado una gran victoria y ahora, al percibir la indecisión y los titubeos de Alice, se dispuso a conseguir un nuevo triunfo.

-Dice míster Chicoy que ya no me llamará más Pimples -manifestó.

-¿Por qué no?

-Porque se lo rogué yo. Mi nombre es Edward. En el colegio solían llamarme Kit porque me apellido Carson.

-¿De verdad te llama Kit?

-Sí.

Alice, en realidad, no comprendía muy bien todo aquello y, por otra parte, detrás, en la alcoba, se oían pisadas y una conversación en voz baja. El sol había penetrado por las ventanas y por la puerta, formando cinco manchurrones de luz en la pared e iluminando las pirámides de naranjas detrás del mostrador. Ahora los cuadros de luz se empañaron y acabaron por desaparecer. Se oyó un trueno y la lluvia comenzó a caer de repente resbalando por el tejado.

Pimples se asomó a la puerta. La lluvia, copiosa, obscurecía el paisaje y saltaba a bastante altura al chocar con la pista de cemento. Vio a Juan Chicoy dentro del autobús, donde se había refugiado. Luego contempló cómo se apeaba de un salto y se dirigía corriendo al comedor. Le abrió la puerta y entonces se precipitó al interior: aunque la distancia era corta, el mono se le llenó de agua y los zapatos se le empaparon.

-¡Vaya chaparrón! - comentó.

La masa de agua difuminaba las colinas en una luz opaca y metálica. Las cabezas de los altramuces se vencieron con el peso de la lluvia. Los pétalos de las amapolas se desprendieron y yacían por el suelo. El suelo, ya húmedo, no podía absorber más agua y pequeños arroyos comenzaron al instante a correr hacia los lugares bajos. Los truenos se sucedían encima del tejado del comedor de Rebel Corners.

Juan Chicoy se sentó en una de las mesas, junto a una ventana y saboreó una taza de café con un buñuelo, mientras contemplaba el chaparrón. Norma entró y se puso a lavar unos cuantos platos en la fregadera de acero inoxidable, junto al mostrador.

-¿Quieres traerme otra taza de café? - le pidió Juan.

Desmadejada, la muchacha se acercó con una taza demasiado llena. Un poco de líquido resbalaba por fuera. Juan cogió una servilleta de papel para resguardarse la mano con ella.

-No has descansado mucho, ¿verdad? - le preguntó.

La chica estaba cansada y llevaba el traje arrugado. Parecía mucho más vieja de lo que era en realidad. Tenía la cara y las manos sucias.

-No he podido pegar los ojos en toda la noche -contestó-. Intenté hacerlo en el suelo, pero no me fue posible dormir.

-Bueno, procuraremos que no vuelva a suceder - dijo Juan -. Debí buscar un coche para llevarlos a San Isidro.

-¡A quién se le ocurre cederles nuestras camas! -intervino Alice en tono de mofa -. ¿Quién te metió esa idea en la cabeza? Esas cosas a nadie se le ocurren más que a ti. Esa gente no tiene hoy que trabajar y debieron dormir en las sillas.

-Una equivocación la tiene cualquiera - repuso Juan.

-Te da igual que tu mujer duerma en una silla - continuó Alice-. No te importaría nada ceder mi cama en cualquier ocasión.

De nuevo sentía que la rabia se apoderaba de ella, y se asustó. No quería darle rienda suelta. Sabía que lo echaría todo a rodar y deseaba evitarlo; sin embargo, allí estaba, debatiéndose dentro de su pecho.

La lluvia golpeteaba en el tejado y gorgoteaba en los aleros y en las cañerías. Juan se quedó mirando, pensativo, el suelo mientras una leve sonrisa se esbozaba en sus labios. Y esto era otra de las cosas que le daban miedo a Alice. En todas las situaciones y en todos sus tratos, para ella no existía más que una relación de persona a persona, con exclusión de todos los demás. No había términos medios. Cuando hablaba con Juan, sólo existían los dos. Cuando discutía con Norma, desaparecía el resto del mundo y quedaban sólo ambas envueltas en un universo gris de nubes.

Pero Juan calculaba las relaciones de las cosas entre sí, con arreglo a sus diversos tamaños y a la importancia que tenían. Era capaz de ver, de jugar, de considerar y de disfrutar. Ciertamente, disfrutaba con la gente. Alice únicamente podía amar, simpatizar o aborrecer. No existían para ella términos medios.

Se recogió el cabello suelto. Una vez al mes empleaba un champú que garantizaba unos hermosos y misteriosos reflejos para capturar y conservar a los hombres en la esclavitud. Los ojos de Juan tenían una expresión absorta y divertida. Aquello horrorizaba a Alice. Sabía que la contemplaba, no como a una mujer rabiosa capaz de armar un escándalo mayúsculo, sino como a una más de las miles de mujeres furiosas, dignas de estudio, y de un divertido interés. Esto era lo que la espantaba. Juan, para ella, destacaba solo y único en el mundo, pero veía que no le concedía a su persona excesivo interés. Lo que más le aterrorizaba recordando la vez que la golpeó, no era precisamente los golpes - le habían pegado ya en otras ocasiones, y lejos de sentirse dolorida experimentó cierta agradable excitación-, sino la actitud de Juan al golpearla. La vapuleó como si se tratara de un bicho, sin concederle apenas importancia. Ni siquiera estuvo furioso, sino, únicamente, irritado. Como quien golpea a un animalote escandaloso para que se calle. Entonces únicamente procuró llamarle la atención de una de las pocas maneras que sabía. Ahora intentaba hacer lo mismo, y por el cambio de expresión de sus ojos sabía que no le hacía ningún caso.

-He procurado hacer un hogar agradable y cómodo para nosotros y tú se lo ofreces a los extraños. - Su voz comenzaba a perder firmeza-. Y dejaste que tu propia mujer pasara la noche sentada en una silla.

Juan levantó la vista con lentitud.

-Norma - dijo-, ¿quieres traerme otra taza de café? Con mucha crema.

Alice se dispuso a contener la oleada de furia que estaba a punto de surgir; entonces Juan la miró. Sus ojos negros brillaban con una lucecilla burlona y viva.

-No te quejes tanto - dijo-. Así, esta noche cogerás la cama con más gusto.

Alice contuvo la respiración. Pasó por ella una cálida oleada. La furia se transformó en un ardiente deseo. Con vacua expresión le sonrió y se pasó la lengua por los labios.

-¡Qué bobo eres! - exclamó en voz baja. Y luego, con un inmenso suspiro, añadió -: ¿Quieres huevos?

-Sí. Dos pasados por agua durante unos cuatro minutos.

-Ya sé cómo te gustan - repuso Alice -. ¿Los quieres con tocino?

-No. Con una tostada y un par de buñuelos.

Alice fue al otro lado del mostrador.

-Ya es hora de que esa gente salga - pronunció -. No puedo emplear el cuarto de baño.

-Ya se empiezan a mover - anunció Juan -. No tardarán en aparecer.

Efectivamente. Se oían pisadas en la alcoba. Se abrió una puerta interior y una voz de mujer dijo con aspereza:

-Bueno, yo creo que no le hubiera costado ningún trabajo llamar.

Y un hombre contestó:

-Dispense, señora. Pero no hay más salida que ésta, a no ser la ventana.

Otra voz de hombre con cierto tono autoritario intervino:

-De todas maneras, nunca está de más llamar, amigo. ¿Le hace daño el pie?

-Sí.

La puerta del extremo del mostrador se abrió y apareció un hombrecillo que entró en el comedor. Llevaba un traje de tonos obscuros, igual que la camisa, para disimular la suciedad que se recoge en los viajes, y una corbata verde. Tenía unos ojos vivos e inquietos como los de un perrillo. Un bigotito cuidadosamente recortado adornaba su labio superior y, al hablar, se doblaba como si fuera una oruga. Lucía unos dientes blancos, con excepción de dos, que eran de oro. Se percibía en sus maneras una especie de tímida confianza y cierta expresión de alerta en su rostro como si se escudara contra los demás mediante una técnica estudiada.

-Buenos días, señores - saludó-. ¿Dónde han dormido ustedes? Sospecho que se han pasado la noche en una silla.

-Y no se equivoca - replicó Alice con acritud.

-No tiene importancia - repuso Juan-. Esta noche nos acostaremos pronto.

-¿Ya está arreglado el autobús? ¿Cree usted que podremos salir con esta lluvia?

-Desde luego - contestó Juan.

El nombre, cojeando, se dirigió con esfuerzo a una mesita y se sentó junto a ella.

Norma le llevó un vaso de agua y unos cubiertos envueltos en una servilleta de papel.

-¿Qué desea? ¿Huevos?

-Sí, huevos fritos con tocino y una tostada con manteca. Con manteca, ¿entiende? No hay en el mundo cosa más difícil que preparar, como es debido, una tostada con manteca. Si me la hace bien, se ganará una buena propina.

Levantó el pie, calzado con un zapato de color; le lanzó una mirada y emitió un quejido de dolor.

-¿Se ha torcido usted el tobillo? - preguntó Juan.

Se volvió a abrir la puerta del extremo del mostrador y apareció un individuo de mediana estatura. Se parecía a Truman y a los vicepresidentes de compañías. Llevaba lentes esquinados por los extremos. Lucía un traje correcto de color gris y tenía el pelo canoso. Era un hombre de negocios y vestía como tal. Una cadenita de oro, para el reloj y las llaves, le cruzaba el chaleco.

-Mi esposa desea huevos revueltos, tostadas y mermelada. Mi hija jugo de naranja y café. Y yo, huevos, tostadas secas y café de Boston, es decir, con la mitad de leche. Pueden llevarlo todo en una bandeja.

Alice le miró con indignación.

-Mejor será que salgan ustedes al comedor - dijo-. No servimos con bandeja.

Míster Pritchard la miró fríamente.

-Estamos aquí a la fuerza - manifestó-. Yo he perdido ya un día de mis vacaciones. No tengo la culpa de que el autobús se estropeara. Y lo menos que ahoran pueden ustedes hacer es llevar el desayuno al cuarto. Mi esposa no se encuentra bien y yo no tengo costumbre de sentarme en los taburetes.

Alice bajó la cabeza como un toro furioso.

-Pues yo desearía arreglarme y lavarme la cara y ustedes ocupan el cuarto de baño.

Míster Pritchard, nervioso, se llevó una mano a las gafas.

-Ya comprendo - murmuró.

Volvió la cabeza hacia Juan y la luz se reflejó en los lentes, como si fueran dos espejos sin ojos detrás. Sacó luego la cadenita del bolsillo del chaleco. Abrió un pequeño limpiauñas

de oro y rápidamente pasó la punta por debajo de cada uña. Luego miró en torno suyo un poco desconcertado.

Era un hombre de negocios, presidente de una corporación de mediana importancia. Nunca se encontraba solo. Sus negocios los dirigían grupos de hombres que trabajaban de idéntica manera, pensaban lo mismo y hasta presentaban aspecto similar. Comía con personas igual que él, y se reunía en clubs para que ningún elemento extraño o idea ajena se filtrara. Su vida religiosa estaba también guardada y protegida. Una noche a la semana jugaba al poker con hombres tan idénticos a él que el juego resultaba siempre equilibrado, por lo cual los componentes de su grupo estaban convencidos de que eran unos grandes jugadores de poker. A cualquier sitio que fuera no era un hombre, sino una unidad dentro de la corporación, del club, de la iglesia o del partido político. Sus pensamientos y sus ideas jamás pasaban por el tamiz de la crítica, porque se reunía con gentes que fumigaban en las mismas. Leía un periódico escrito por y para su grupo. Los libros que entraban en su casa los elegía un comité que procuraba desechar el material capaz de irritarle. Odiaba a los países extranjeros y a las gentes de otras naciones porque era difícil encontrar entre ellos una réplica a su manera de ser. Tampoco quería apartarse de su grupo; destacar en él sí, para que le admirasen. En algunas reuniones de hombres, en las que chicas desnudas bailaban subidas en las mesas y se sentaban en grandes cubos de vino, reía a carcajadas y bebía el licor; pero en tales casos quinientos míster Pritchard le acompañaban Y ahora, tras las palabras de Alice con respecto al cuarto de baño, miró en torno del comedor y vio que se encontraba solo. No estaba presente ningún otro míster Pritchard. Un momento reposó su mirada en el hombrecillo del pie dolorido, pero percibió algo extraño en él. Bien es verdad que llevaba una pequeña insignia en el ojal de la chaqueta, pero no pertenecía a ningún club de los que tan bien conocía. Quizá por este motivo comenzó a odiar a todas aquellas gentes y aun a sus propias vacaciones. Deseaba volver al dormitorio y cerrar la puerta, pero allí estaba aquella mujer que quería usar el cuarto de baño. Optó por limpiarse las uñas con gran rapidez.

Al principio, y en el fondo, era de otra manera. En tiempos votó por Eugéne Debs, pero eso fue hacía muchísimo tiempo. Los componentes de su grupo se vigilaban los unos a los otros. Cualquier desviación de una norma de conducta la notaban primero y luego la discutían. Un hombre que variaba no era persona cabal y, si persistía, nadie quería realizar negocios con él. El mimetismo, realmente, es algo útil, pero en su caso particular no existía ninguna doble vida. Había renunciado a la libertad, hasta que terminó por olvidarla. Ahora pensaba en aquel voto como en una locura juvenil. Votó por Eugéne Debs de igual modo como visitó una casa de mala nota, cuando tenía veinte años. Eran las dos cosas que se podían esperar de un muchacho. Algunas veces llegaba al extremo de mencionarlo en el club par. demostrar que fue un joven animoso, y que semejantes actos, como los granos en los chicos, eran consecuencia del proceso de la adolescencia. Pero aunque encontraba pretextos y aun le agradaba aquella locura de votar en favor de Debs, las actividades de su hija Mildred le preocupaban grandemente.

La chica andaba con peligrosas compañías en el colegio, profesores y ciertas gentes consideradas como rojas. Antes de la guerra, se apostó con otros en el muelle en señal de protesta contra un barco cargado de chatarra que marchaba rumbo al Japón. Con ella no discutía de estas cosas. La chica no quería tratarlas con él. No obstante, tenía la convicción de que si todos se conducían con tranquilidad y calma, acabaría por dejarse de tonterías. Un marido y un hijo terminarían con sus inquietudes políticas. Sólo entonces, decía él, encontraría su hija sus verdaderos valores.

No recordaba muy bien su vista a la casa de mala nota. Tenía veinte años y fue borracho. Pero se acordaba muy bien de las dos semanas posteriores, en las que, espantado, temía que le apareciera cualquier síntoma de enfermedades venéreas. Llegó hasta el extremo de pensar en suicidarse, caso de resultar así; suicidarse y procurar que pareciera un accidente.

Ahora se encontraba nervioso. Aquellas vacaciones no le agradaban. Se dirigía a Méjico, país que, a pesar de lo que decían los carteles de propaganda, tenía por sucio y de un

radicalismo peligroso. Habían expropiado el petróleo; en otras palabras, habían robado la propiedad privada. ¿Qué diferencia existía, pues, con los métodos rusos? Rusia, en su concepto, ocupaba el lugar del demonio del medievo, como origen de todos los males. Aquella mañana estaba nervioso porque no pudo cerrar los ojos. Le gustaba dormir en su propia cama. Hasta que no transcurría una semana, no acababa de acostumbrarse a otro lecho; y le esperaban tres semanas con una cama diferente cada noche. Estaba cansado y sentía la piel granulosa. El agua era aquí muy gorda, y al afeitarse comprendió que, pasados tres días, tendría por el cuello una serie de pelos rebeldes y enfermos.

Se sacó un pañuelo del bolsillo, se quitó los lentes y los limpió.

-Se lo diré a mi esposa y a mi hija - dijo por fin-. No sabíamos que les incomodábamos tanto.

A Norma le gustó la palabra y la repitió para su capote.

-Incomodar... No quisiera incomodarle, míster Gable; pero debe saber que...

Míster Pritchard había vuelto al dormitorio. Se le oía explicar la situación mientras las voces de las mujeres le interrogaban.

El hombrecillo del bigote se levantó de la silla y, cojeando se dirigió al mostrador, gruñendo por lo bajo. Retornó a la mesa con el azucarero y se dejó caer, con un gesto de dolor, en el asiento.

-¿Por qué no me dijo que se lo llevara yo? - preguntó Norma, un poco preocupada.

-No quería que se molestase usted - explicó el otro con una sonrisa.

-De ninguna manera me hubiera incomodado - repuso Norma.

Juan dejó su taza de café.

-Me gustaría probar un trozo de esa tarta de coco - dijo Pimples por otro lado.

Alice, distraída, le cortó una rebanada e hizo una anotación en un librito.

-Debe usted tener una buena tercedura - indicó Juan al hombrecillo.

-No. Es que tengo machacados los dedos del pie. Se lo enseñaré.

Míster Pritchard salió del dormitorio y se sentó en la mesa que quedaba libre.

El hombrecillo se quitó el zapato. Luego se despojó del calcetín y lo colocó, cuidadosamente, dentro del zapato. Tenía el pie vendado desde el empeine hasta el extremo de los dedos y el vendaje estaba empapado de sangre fresca.

-No es necesario que nos enseñe usted nada - se apresuró a decir Alice. La sangre la ponía mala.

-De todas maneras he de cambiar la venda - manifestó el hombrecillo mientras se desenrollaba la gasa y enseñaba el pie. El dedo gordo y los dos siguientes estaban terriblemente machacados, las uñas ennegrecidas y los extremos de los dedos sanguinolentos y en carne viva.

Juan se levantó. Pimples se acercó. Ni siquiera Norma consiguió vencer la curiosidad.

-¡Ésa es una contusión terrible! - exclamó Juan -. Le traeré agua para que se la lave. ¿No comprende que se le puede infectar y hasta perder el pie?

Pimples silbó entre dientes en muestra de interés y con cierto entusiasmo ante la magnitud de la herida. El hombrecillo miraba a Juan con los ojos chispeantes de alegría y de expectación.

-¿Tan mal lo ve usted? - inquirió.

-Desde luego.

-¿Cree que debía de ir al médico?

-Yo, en su lugar, lo haría al momento.

El hombrecillo sonrió encantado.

-Eso es todo lo que quería saber - dijo.

Se pasó el pulgar por debajo del empeine y la parte superior del pie se desprendió: la piel, la sangre, los dedos machacados... Debajo apareció el pie entero e ileso. Levantó la cabeza y se echó a reír.

-¿Qué les parece? Es un nuevo producto de material plástico.

Míster Pritchard se había acercado con una expresión de disgusto en el rostro.

-Se trata del pie artificial herido *Little Wonder* - explicó el hombrecillo. Extrajo del bolsillo una cajita aplanada y se la entregó a Juan -. Ha sido usted tan amable conmigo, que quiero regalarle una, con los saludos de Ernest Horton, representante de la casa «Little Wonder». - Su voz se caldeó -. Tenemos de tres dimensiones: de uno, de dos o de tres dedos machacados. El que le regalo es de tres dedos, igual que el que acaba de ver. Va dentro una venda y una botellita de sangre artificial para acentuar la ilusión. Antes de colocárselo por vez primera tiene Que meterlo, previamente, en agua caliente. Una vez aplicado es igual que la piel. Pasará buenos ratos dando el chasco a la gente.

Míster Pritchard se inclinó hacia delante. Se imaginaba a sí mismo quitándose el calcetín en una junta de accionistas; podría hacerlo recién vuelto de Méjico, tras contar previamente una historia de bandidos.

-¿Cuánto vale eso? - indagó.

-Dólar y medio, pero casi nunca vendo al por menor - repuso Ernest Horton-. El comercio se apodera en seguida de todo lo que ofrezco. Las dos semanas últimas vendí cuarenta cajas.

-¿Sí? - dijo míster Pritchard, interesado.

-Puedo enseñarle los pedidos, si no lo cree. De todas las cosas que he trabajado, ésta es la que se vende con mayor rapidez.

-Me gustaría comprarle algunos.

-Bueno. Cuando coma trataremos el asunto. ¿Tiene ya esa tostada con manteca? - preguntó a Norma.

-En seguida - contestó la chica, pasando al otro lado del mostrador un poco avergonzada.

-Es el efecto psicológico el que hace que se venda como el pan - dijo Ernest-. Hace muchos años que tenemos almace nados dedos artificiales con cortaduras y se venden con gran lentitud. Pero esto... es el hecho psicológico de quitarse el zapato y el calcetín. Nadie se imagina que uno se va a tomar la molestia de hacerlo.

-Yo creo que también usted pone bastante de su parte -pronunció míster Pritchard con admiración. Se encontraba mucho mejor ahora.

-Sí, es posible - repuso Ernest-. Llevo dos o tres cosas más en mi muestrario que sin duda le interesarán. Sólo las vendo al comercio, pero me gustaría enseñárselas. Se reiría usted con ganas.

-Me gustaría comprarle media docena de esos pies machacados.

-¿De tres dedos?

Míster Pritchard reflexionó. Los quería para hacer regalos, pero no deseaba competencia. Charlie Johnson podía representar aquellas tretas mejor que él mismo, ya que era un verdadero cómico.

-Mejor será uno de tres dedos, tres de dos y dos de uno - respondió por fin-. Creo que con eso tendré bastante.

La lluvia caía más densa y con mayor violencia. Juan, junto a la ventana, tomaba el café.

-Me parece que el autobús va a remolonear un poco - observó-. Me gustaría darle más vueltas a las ruedas de atrás antes de emprender el viaje.

-¿No puedo comer una rebanada de esa tarta de coco? - preguntó Pimples.

-No - replicó Alice-. He de reservar algo para los clientes.

-¿Es que yo no soy cliente?

-No sé si recibiremos hoy el suministro de San Isidro. He de tener algo de tarta a mano.

IV

En el momento en que los Pritchard salieron del dormitorio, Norma anunció rápidamente:

-Voy a peinarme y a arreglarme un poco.

Y se dirigió a la puerta. Alice fue tras ella.

-Primero yo - dijo con frialdad.

Norma cruzó la alcoba de los Chicoy y entró en su propio dormitorio. Cerró la puerta tras sí y, como no habñia llave, echó el pestillo. Su estrecho camastro estaba sin hacer y el muestrario de Ernest Horton descansaba junto a la pared.

Era una habitación de reducidas dimensiones. Un tocador con un tazón y un jarro estaba apoyado en una de las paredes y encima colgaba el forro de una almohada de seda encarnada en el que figuraba un grabado de cañones cruzados frente a un ramo de flores rojas. E impresos en la tela había unos versos titulados «Oración de un soldado a una madre»:

Entre el cruento fragor de las granadas,
querida madre mía,
espero que tus preces me preserven
y cuando la guerra, al fin, haya acabado
victorioso
a tu lado volveré, mi favorita.

Norma lanzó una ojeada por la ventana empañada por la lluvia, y luego rebuscó en el escote de su vestido y extrajo una llavecita. Después sacó la maleta de debajo de la mesa y la abrió. En la parte superior había una fotografía de Clark Gable con un marco plateado y una dedicatoria: «Afectuosamente, Clark Gable». Había comprado la foto, el marco y la dedicatoria en una tienda de San Isidro.

Rápida, pasó la mano por el fondo de la maleta. Sus dedos tropezaron con una cajita cuadrada. La sacó, la abrió, comprobó que las sortijas estaban allí y colocó de nuevo la cajita en su sitio. Luego hizo lo mismo con la maleta y se guardó la llavecita. Abrió el cajón del tocador, se apoderó de un cepillo y un peine y se dirigió a la ventana. En la pared colgaba un espejo, en el cual se miró.

Una luz plomiza penetraba por la ventana y caía sobre su rostro. Abrió los ojos más de lo normal y luego sonrió enseñando todos los dientes. Se levantó un poco de puntillas, hizo un ademán de saludo a la inmensa multitud imaginaria y sonrió de nuevo. Se pasó el peine por el pelo y tiró de él al enredarse las púas. Luego, con un lápiz, acentuó el tono de sus cejas y la curva de las mismas. Después comenzó a cepillarse la cabellera: diez pasadas a un lado y diez pasadas a otro. Y mientras se cepillaba, levantaba y flexionaba los músculos de una pierna y luego los de la otra para que se desarrollaran las pantorrillas. Era un ejercicio que recomendaba una estrella de la pantalla a quien no le gustaba moverse, pero que poseía unas hermosas piernas.

Finalmente dirigió otra mirada a la ventana, mientras la luz iba reduciéndose más y más. No le hubiera gustado que la viese nadie en aquella grotesca danza. Ciertamente era más enigmática todavía que un iceberg. Sobre la superficie sólo asomaba su parte más ínfima. La mayor, la mejor y la más hermosa, se ocultaba detrás de sus ojos, sellada y protegida.

El tirador de la puerta dio media vuelta mientras alguien la empujaba. Al darse cuenta se quedó parada. Luego llamaron a la puerta. Era una llamada tímida y cortés. Dejó el cepillo en la mesa, se alisó el vestido, subió el pestillo y abrió un poquitín la puerta. El rostro de Ernest Horton apareció en la abertura. El bigotillo se le arqueaba encima de la boca.

-He pensado que acaso la moleste mi muestrario... - dijo.

Norma seguía todavía sin abrir del todo la puerta.

-Han sido todos ustedes muy amables con nosotros - continuó Horton -. Y deseo molestar lo menos posible.

Librodot

Norma se fue tranquilizando, pero todavía respiraba un poco entrecortadamente. Abrió la puerta del todo y retrocedió al interior del cuarto. Ernest, con una sonrisa un poco forzada, entró también y se dirigió a la cama.

-Debí hacerla - dijo mientras levantaba la sábana y la manta.

-No, ya la haré yo - repuso Norma.

-Ni siquiera esperó usted a que le diera la propina que le prometí. Ya tiene la cama lista.

La había arreglado con prontitud, como si estuviera acostumbrado.

-¿Por qué se ha molestado? - preguntó Norma.

-¡Bah! Ya está hecha.

Se acercó al muestrario.

-¿Le importa que lo abra? Quiero sacar algunas cosas.

-Como guste - accedió Norma con una luz de expectante interés en los ojos.

Colocó el muestrario en la cama y lo abrió. Había en el interior cosas maravillosas. Tubos de cartón y pañuelos que cambiaban de color. Cigarros explosivos y bombas de olor. Pitos y sombreros de papel. En el momento en que sacaba seis de los pies artificiales, Norma se acercó para ver con más detalle el contenido de la maleta maravillosa. Le llamó la atención una serie de fotografías de artistas de la pantalla. Eran diferentes a todas las que había visto hasta la fecha: estaban impresas y modeladas en gruesas láminas de material plástico. Notaba en ellas una cosa original. Sin duda por causa de algún combamiento o por efecto de la luz refractada, daban la impresión de relieve, de profundidad.

La primera era una de James Stewart; bajo ella se veía una segunda, de la que sólo distinguía Norma el cabello y parte de la frente. Se pasó la lengua por los labios y se le animaron los ojos. Lentamente llevó la mano al maletín y echó a James Stewart a un lado. Y apareció Clark Gable en una pose seria y viva, con una expresión decidida en la mirada. Jamás había visto una fotografía tan perfecta. Exhaló un profundo suspiro, la levantó al nivel de sus ojos y la miró con una fijeza hipnótica.

Ernest se dio cuenta del interés de la muchacha.

-Es estupendo, ¿verdad? - dijo-. Es una idea nueva. Fíjese qué sensación de relieve. Parece una estatua.

Norma asintió con la cabeza.

-Ya he profetizado - continuó Ernest--que esta novedad acabará con todas las demás fotografías. Está hecha a prueba de ácidos, a prueba de humedad, dura eternamente y no pierde color.

Los ojos de Norma no se apartaban de ella. Ernest alargó la mano para cogerla, pero Norma apretó los dedos.

-¿Cuánto vale? - preguntó con voz enronquecida.

- Se trata de una muestra - repuso Ernest -. Es para enseñarla a los comerciantes, no para venderla.

-¿Cuánto vale? - repitió.

A fuerza de oprimir el cuadro con los dedos se le habían puesto blancos. Ernest la miró con atención. Vio la rigidez de sus músculos faciales y los leves estremecimientos de las aletas de su nariz.

-Al por menor cuesta dos dólares, pero ya le dije que le daría una buena propina. ¿Quiere la fotografía en lugar de la propina?

-Sí - contestó Norma con voz ronca.

-Entonces, suya es.

Lentamente, los dedos de Norma fueron adquiriendo su color natural. Un gozo indecible brilló en su mirada.

-Gracias - pronunció -. Gracias, señor.

Oprimió el rostro de la fotografía contra el suyo propio. Aquel material plástico no era frío como el cristal, sino cálido y suave.

-Me figuro que tendré bastante con una sola muestra - dijo Ernest-. Me dirijo al Sur y no volveré por la oficina central hasta dentro de seis semanas. Pienso pasar dos semanas en Los Ángeles. Es un sitio ideal para colocar novedades.

Norma llevó la fotografía a la mesa, abrió el cajón y la metió tajo una serie de ropas.

-Irá usted también a Hollywood, ¿no?

-Casi seguro. Hollywood es todavía mejor que Los Ángeles Para las novedades. Tengo allí algunos amigos. Allí paso las vacaciones y al mismo tiempo me dedico a lo mío. Así mato dos pájaros de un tiro. Del ejército tengo un amigo que trabaja en un estudio. Siempre salgo con él. La última vez lo pasamos en grande en la «Melrose Grotto», junto a la R. K. O. No sabría decirle, en realidad, lo que hicimos; pero en mi vida me he divertido tanto.

-¿Tiene usted un amigo que trabaja en un estudio? - inquirió Norma, enormemente interesada-. ¿En cuál?

-En el de la Metro-Goldwyn-Mayer - contestó Ernest.

Arreglaba con cuidado el contenido del muestrario y no miraba a la muchacha. Tampoco advirtió la alteración de su voz.

-¿Ve usted a la gente de los estudios?

-Sí. Willie me procura los pases. Algunas veces voy a verlos rodar escenas. Willie es carpintero. Trabajó allí antes de la guerra y ahora ha vuelto a su ocupación. Estuve de soldado con él. Es una persona muy simpática. Para pasarlo bien no hay otro como él. Es increíble la cantidad de chicas que conoce y los números de teléfonos de amiguitas que conserva.

A Norma le aburrían todas aquellas explicaciones. Clavó los dedos en el delantal y con voz incierta preguntó:

- ¿Le incomodaría hacerme un pequeño favor?

-¡Pues claro que no! - respondió Ernest-. ¿Qué desea usted?

-Me gustaría que le entregara una carta a míster Gable..., una carta mía..., ya que tiene usted oportunidad de entrar en los estudios de la Metro.

-¿Quién es míster Gable?

-Míster Clark Gable - añadió Norma con severidad.

-¡Ah! Se refiere al artista. ¿Le conoce usted?

-Sí - repuso secamente -. Soy su... su prima.

-Ya entiendo. No tengo inconveniente, pero no es seguro que vaya a Hollywood. ¿Por qué no la echa por correo?

-Porque no recibe las cartas - explicó Norma con tono misterioso -. Tiene una secretaria que las coge y las quema.

-¡Cómo! ¿Y por qué?

Norma se paró a reflexionar.

-Es que no quieren que vea la correspondencia que recibe.

-¿Ni siquiera la de sus familiares?

-Ni ésa siquiera.

-¿Se lo ha dicho a usted él mismo?

-Sí.

En sus ojos muy abiertos se leía cierta turbación.

-Sí. Naturalmente, iré allí muy pronto - continuó-. Me han hecho varias ofertas y en cierta ocasión estuve a punto de ir; pero mi primo, míster Gable, dijo que no, que tenía que hacerme con más experiencia; que era joven y que no había necesidad de que me precipitara. Por eso me encuentro aquí, haciéndome con la experiencia necesaria. Se aprende mucho a conocer a las personas en un comedor. Las estudio siempre.

Ernest la miró con un poco de escepticismo. Conocía las narraciones fantásticas de camareras que se convierten en estrellas dramáticas de la noche a la mañana; pero, a su modo de ver, a ésta le faltaba tipo. Sus piernas eran como palillos. Pero, por otra parte, sabía de dos o tres, estrellas tan escurridas, que sin el maquillaje nadie sería capaz de reconocerlas fuera

de la pantalla. En el caso de Norma le podían colocar los necesarios rellenos y, si su primo era Clark Gable, su influencia no era de desdeñar.

-Bueno, no se me ha ocurrido esta vez pedirle a Willie que me consiguiera un pase - explicó-. He estado allí sólo unas cuantas veces; pero, si quiere usted, le entregaré su carta. ¿Por qué cree que no le pasan a míster Gable la correspondencia?

-Porque quieren hacerle trabajar hasta el agotamiento para luego desprenderse de él como de un zapato viejo - repuso Norma, acalorada.

Diferentes emociones hacían presa en ella. Por una parte wperimentaba una especie de éxtasis; pero, al mismo tiempo, eI pánico la dominaba poco a poco. Porque lo cierto es que no era embustera. Jamás había hecho con anterioridad una cosa Parecida. Era como si caminara por encima de una tabla en equilibrio precario, y además lo sabía. Una pregunta, una leve sospecha por parte de Ernest, y terminaría rodando al fondo. Sin embargo, no se podía detener.

-Es un gran hombre - añadió -. Un caballero. No le gustan los papeles que le obligan a representar porque no es como ellos. Ni siquiera el de Rhett Butler...; no le agradó representarlo porque no es ningún ser mezquino y no le gusta hacer esos papeles.

Ernest la estudiaba con los ojos entornados. Ahora comenzaba a comprender, quizá porque estaba más bonita que nunca.

Había dignidad en su rostro, valor, y una profunda y sincera expresión de cariño y devoción. No podía hacer más que dos cosas: o reírse de ella o seguir la farsa. De haber estado alguna otra persona en la habitación - un hombre, por ejemplo-, sin duda se hubiera echado a reír para protegerse del desdén del tercero; pero esto le hubiera avergonzado, porque veía que en aquella muchacha resplandecía algo poderoso, puro y sincero. La misma fuerza que retiene a los neófitos toda la noche postrados frente a los altares.

-Le llevaré la carta - prometió -. Le diré que es de una prima.

Por los ojos de Norma pasó una expresión de temor.

-No -dijo-. Quiero darle una sorpresa. Dígale únicamente que es de una amiga.

-¿Y cuándo irá usted a Hollywood para trabajar allí? - preguntó Ernest.

-Míster Gable dice que he de aguardar un año más. Dice que soy joven y que necesito más experiencia. Sin embargo, hay veces que me canso. Me gustaría estar en mi propia casa y ver a todas las amistades: a Bette Davis, a Ingrid Bergman, a Joan Fontaine; no me agrada alternar con esa otra clase de artistas que no paran de divorciarse. Nosotras nos sentamos y hablamos de cosas serias; estudiamos constantemente, porque es la única manera de ser una gran actriz. Y hay muchas que tratan de mala manera a sus partidarios y que son incapaces de firmar autógrafos. Pero nosotras no somos así. A veces hasta invitamos a alguna muchacha a que tome con nosotras una taza de té, como si fuera una más de té, como si fuera una más del grupo, porque comprendemos que todo lo que tenemos se lo debemos a la lealtad de nuestros partidarios.

En su interior temblaba de miedo, pero no se podía detener.

-Al principio no la entendí a usted. Ya veo que ha trabajado en películas. ¿Es ya una estrella? - inquirió Ernest.

-Sí. Pero aquí empleo un nombre diferente del que uso en Hollywood.

-¿Cuál es su nombre de Hollywood?

-No puedo decírselo - contestó Norma -. Usted es la única persona de por aquí que conoce todo lo referente a mi persona. No dirá usted nada, ¿verdad?

-No. Si usted quiere que no lo cuente, no diré nada.

-Se lo ruego.

-No se preocupe - aseguró Ernest -. Déme la carta y procuraré que llegue a sus manos.

-¿Qué ha de llegar a manos de quién? - preguntó Alice desde la puerta-. ¿Qué hacen ustedes dos en una alcoba?

Sus ojos buscaron, sospechosos, algún indicio; pasaron por el muestrario, encima de la cama, se detuvieron en la almohada, inspeccionaron el cobertor del lecho y luego se acercó a

Norma. Examinó sus pies y piernas, vaciló un momento en la falda, reposó un instante en la cintura y, por fin, se fijó en su rostro encendido.

Norma estaba tan apurada que no sabía qué hacer. Tenía las mejillas arreboladas. Alice se puso en jarras.

Ernest dijo conciliador:

-He venido a quitar mi muestrario de en medio y me pidió íue le llevara una carta a un primo que tiene en Los Ángeles.

-Norma no tiene ningún primo en Los Ángeles.

-Sí que lo tiene - protestó Ernest indignado -. Le conozco.

Y la rabia que roía a Alice desde la mañana acabó por estallar.

-¡Escuche lo que le digo!-gritó-. ¡No quiero que ningún viajante se entienda con mis chicas!

-Nadie la ha tocado - replicó Ernest -. Nadie le ha puesto la mano encima.

-¿No? Entonces, ¿qué hace usted en su alcoba? Fíjese en la cara de Norma.

La histeria se apoderó de ella. Se le alteró la voz hasta convertirse en algo áspero y ronco. El cabello le cayó por la cara y apretó los labios con un gesto cruel.

-No lo puedo tolerar. ¿Cree usted que me gustaría verla embarazada? ¿Cree usted que me agradaría ver a una serie de hijos sin padre por estos andurriales?

-¡Le repito que no ha pasado nada! -chilló Ernest. Ante la estupidez de Alice no sabía lo que hacer.

Sus negativas le sonaban casi como admisiones. No comprendía por qué daba aquel espectáculo, y semejante injusticia le revolvía el estómago.

Norma tenía la boca abierta y se le propagaba el microbio de la histeria. A cada suspiro que se escapaba de su pecho exhalaba un lamento, y de tal manera se cogía, nerviosa, las manos, que daba la impresión de que se querían destrozar entre ellas.

Alice se le acercó más con la mano levantada.

-¡Sal de aquí! - le ordenó-. ¡No quiero verte más en la casa!

De pronto bajó el puño contra ella y la chica se echó atrás con un grito de terror.

Se oyeron unas rápidas pisadas en la puerta y Juan exclamó con aspereza:

-¡Alice!

Ésta se detuvo con una expresión de temor en los ojos. Juan entró con calma en la habitación. Tenía los pulgares de las manos dentro de los bolsillos del mono. Con la suavidad de un gato se dirigió hacia su esposa. El anillo de oro del dedo amputado brilló con la luz plomiza de la ventana. La rabia de Alice se convirtió en terror. Poco a poco fue retrocediendo hasta que llegó a la pared.

-No me pegues - musitó -. Por favor, no me pegues.

Juan la cogió por el brazo. Con suavidad le hizo dar media vuelta, la sacó de la habitación y cerró la puerta dejando dentro a Norma y a Ernest.

Los dos se quedaron mirando la puerta cerrada sin respirar apenas. Juan llevó a Alice a la cama de matrimonio y la mujer se dejó caer como un pelele mientras le miraba con ojos de pánico. Él cogió una almohada de la cabecera de la cama y la colocó bajo su cabeza. Con la mano izquierda, la del dedo amputado, acarició con suavidad su mejilla.

-Pronto estarás bien - dijo.

Alice cruzó los brazos por encima de la cara y se puso a sollozar.

V

Bernice Pritchard, su hija Míldred y míster Pritchard estaban sentados en una mesita, a la derecha de la entrada del comedor. Los tres formaban un estrecho grupo. Los padres porque se sentían, hasta cierto punto, bajo un ataque, y la muchacha por una especie de afán protector. Con frecuencia se extrañaba de que sus padres hubieran sobrevivido en un mundo feroz y despiadado. Los consideraba ingenuos e indefensos, como niños, y, hasta cierto

punto, no le faltaba razón en cuanto a su madre. Pero pasaba por alto la indestructibilidad y la estabilidad de los niños, Su porfiada tenacidad por salirse con la suya. Y en Bernice existía esa especie de indestructibilidad. No era una mujer fea. Tenía la nariz recta, y hacía tanto tiempo que llevaba lentes, que la presión de las gafas había dejado unas huellas rojizas a ambos lados. Sus ojos miopes le prestaban una expresión de dulzura.

Era una mujer pulcra y femenina y sus vestidos insinuaban detalles de pasadas épocas. Para su *toilette* empleaba agua de espliego, y tanto la piel como los vestidos y el bolso olían siempre a esta planta y a algo ácido, casi imperceptible, que exhalaba su propia persona. Tenía los pies y los tobillos bonitos y se calzaba con lujosos zapatos. La boca era infantil, blanda, sin mucho carácter. Hablaba muy poco, pero entre sus amistades pasaba por mujer buena e inteligente; lo primero por hablar siempre bien de la gente, aun de personas que no conocía, y lo segundo por no expresar jamás una idea general de ninguna clase que no se relacionara con los perfumes o con la comida. Escuchaba las ideas de los demás con una plácida sonrisa como si les perdonase casi por tener ideas. Pero la verdad era que no hacía caso de lo que le decían.

En ocasiones, Mildred lloraba de rabia por aquella sonrisa de su madre después de cualquiera de las arengas políticas o sociales con que la obsequiaba. Le costó mucho trabajo llegar a la conclusión de que nunca escuchaba las conversaciones que no se relacionaran con personas, con lugares o con cosas materiales. Por otra parte, jamás olvidaba cualquier detalle de colores, de precios o de mercancías. Recordaba exactamente lo que le costaron unos guantes negros que compró hacía siete años. Le encantaban los guantes y los anillos..., cualquier clase de anillos. Poseía una nutrida colección de ellos, pero únicamente llevaba la sortija de prometida, de diamantes, y la alianza de oro. Sólo cuando se bañaba se los quitaba. Se los dejaba puestos al lavar sus peines y cepillos con agua amoniacal. El amoníaco limpiad los anillos y hacía fulgurar con más brillantez a los diamantes.

Su vida conyugal era agradable y estaba enamorada de su marido. Creía ella que conocía las debilidades, los deseos y las manías de míster Pritchard. Debido a cierta particularidad fisiológica, no experimentaba en su matrimonio ningún placer de carácter sexual; y la acidez que sufría le impedía tener hijos si no neutralizaba artificialmente primero los ácidos del cuerpo. Estas dos particularidades las consideraba normales, y todo lo demás anormal y de mal gusto. A las mujeres de apetito sexual las denominaba «esa especie de mujeres» y tenía por ellas un poco de lástima, como a los alcoholizados y a los adictos a las drogas.

Al principio aceptó los ímpetus sexuales de su marido; pero poco a poco y con tenacidad logró reprimir y sofocar los deseos de aquél, hasta que le obligó a convencerse de que llegaba a una edad en que esas cosas ya no importaban.

A su estilo, fue siempre una mujer dispuesta. Dirigía una casa limpia y acogedora y servía comidas alimenticias, sin ser apetitosas. No quería emplear especias porque hacía mucho tiempo le dijeron que en los hombres producían efectos afrodisíacos. Ninguno de los tres engordaba a causa, sin duda, de la monotonía de la comida, que no les estimulaba el apetito.

Las amistades de Bernice la consideraban como una de las personas más agradables y menos egoístas que se pueden encontrar por el mundo, y con frecuencia hablaban de ella como de una santa. Y ella misma decía con frecuencia que se sentía feliz por tener los amigos más fieles de la tierra. Amaba las flores y las plantaba, las cuidaba y las cortaba ella misma. Siempre conservaba en la casa grandes jarrones con flores para que sus amistades se hicieran la ilusión de que estaban en una floristería.

No tomaba medicinas y con frecuencia sufría, en silencio, de estreñimiento. Jamás estuvo seriamente enferma ni soportó ningún gran dolor y, por lo tanto, le faltaban referencias para medir la gravedad de sus achaques. Una punzada en un costado, un dolor en la espalda o un flato bastaban para que pensara, en secreto, que estaba a punto de morir. En la época de su embarazo abrigó el convencimiento absoluto de que moriría, que dispuso todos sus asuntos

de manera que no causara ninguna dificultad a su marido. Llegó hasta el extremo de escribir una carta para que la abrieran después de su fallecimiento y en la que le aconsejaba que se casara de nuevo para que la criatura contara con una especie de madre. Más tarde rompió aquella carta.

Tanto su mente como su cuerpo eran tardos y perezosos y en lo más profundo de su alma luchaba contra la envidia que le producía la gente que disfrutaba de buenas cosas mientras ella pasaba por la vida como una nube gris. Sin verdadera experiencia, vivía a base de reglas. La educación es buena cosa. El dominio de sí mismo es necesario. Cada cosa a su tiempo. El viajar ilustra. Precisamente fue este último axioma el que la decidió a pasar las vacaciones en Méjico.

La verdad era que no tenía ningún deseo de visitar aquel país. Lo único que deseaba era volver al lado de sus amistades para hablarles de las cosas que había visto. Su marido tampoco tenía ganas de ir. Realizaba el viaje por su familia y porque suponía que no le vendría mal desde el punto de vista cultural. Mildred sí que desea visitarlo, pero sin sus padres. Deseaba tropezarse con gentes extrañas y desconocidas, y, mediante tales contactos, adquirir una personalidad también nueva y extraña. Creía que en su interior existían muchas fuentes emotivas selladas, cosa que sin duda era cierto. A casi todo el mundo le pasa igual.

Bernice Pritchard, aunque rechazaba las supersticiones, no era insensible a lo que consideraba augurios premonitorios. El que se estropeara el autobús en las primeras jornadas del viaje la asustó, porque parecía presagiar una serie de accidentes que acabarían por echar a rodar la excursión. No le pasaba por alto el desasosiego de su marido. La noche última, al yacer desvelada en la cama de matrimonio de los Chicoy y al escuchar sus suspiros, le dijo:

-Cuando todo haya concluido, esto nos parecerá una aventura. Ya lo verás. Será divertido.

-Es muy posible - contestó míster Pritchard.

Existía entre los dos un afecto especial, como el de una hermana y un hermano. Por lo que a él se refiere consideraba las deficiencias de su esposa, en el aspecto sexual, como los atributos propios de una señora. Nunca se preocupó de su fidelidad. Inconscientemente comprendía que carecía de reacciones. Sus propios nervios en tensión, los sueños agitados y el punzante dolor que a veces experimentaba en el abdomen lo achacaba al mucho café y a la falta de ejercicio.

Le gustaba el bonito cabello de su esposa, siempre limpio y rizado. Le complacían sus vestidos inmaculados y le agradaban jas felicitaciones que recibía por sus flores y por tener la casa tan bien dispuesta. Era una esposa de la que cualquiera se sentiría orgulloso. Había criado, además, a una hija bonita y saludable.

Mildred era bonita; dos pulgadas más alta que su padre y cinco más que su madre. Había heredado los ojos claros de ésta y su miopía; cuando deseaba ver algo con claridad, se ponía lentes. Estaba bien formada, con piernas robustas y tobillos gráciles. El mucho ejercicio había endurecido sus músculos y sus posaderas. Jugaba bien al tenis y era el puntal del equipo de baloncesto del colegio. Tenía pechos grandes y firmes, anchos por la base. No había heredado la característica fisiológica de su madre y había llegado hasta el fin en dos aventuras amorosas, que le procuraron una gran satisfacción y un gran anhelo por encontrar una compañía varonil constante.

Por lo demás, tenía una mandíbula firme y decidida, como su padre, y una boca carnosa y blanda. Llevaba unas gafas de concha negra, lo que le daba un aspecto estudiantil. Siempre instituía una sorpresa para sus nuevos conocidos el verla sin Safas en el baile. Bailaba bien, pero, como era aficionada a los jercicios atléticos, lo hacía con excesivo cuidado y con cierto envaramiento. Tenía una ligera tendencia a guiar a su pareja, Alicia que desaparecía cuando bailaba con alguien de fuertes pociones.

Las suyas propias eran también fuertes, pero variables. Había emprendido varias cosas buenas por lo general. No comprendía en absoluto a su padre, porque siempre la dejaba per,

pleja. Cuando le decía algo lógico, razonable, inteligente, encontraba en él un embobamiento y una torpeza mental tan grandes que la espantaban.

De su vida emotiva no sabía nada, de la misma manera que él ignoraba todo lo referente a la de ella. Suponía que un hombre de media edad carece de vida emotiva. A sus veintiún años, creía que a los cincuenta ya no existe vitalidad en el cuerpo, puesto que ni los hombres ni las mujeres son atractivos a esa edad. Un hombre o una mujer enamorados a los cincuenta años hubiesen constituido para ella un espectáculo obsceno.

Pero si se abría un abismo entre ella y su padre, una gran distancia la separaba de su madre. La mujer que carecía de deseos poderosos, no podía intimar con la muchacha que los tenía. Cuando al principio intentó confiarle sus éxtasis, tropezó con tal incomprensión por parte de ella, que, dolida, se refugió dentro de sí misma. Durante mucho tiempo no confió en nadie, convencida de que era única y que todas las demás mujeres eran igual que su madre.

Ahora se limitaba a sus ideas y pensamientos propios y esperaba que la muerte, el matrimonio o cualquier accidente la librara de la tutela de sus padres. Pero, sin embargo, los amaba y se hubiera espantado de sí misma si le hubiera entrado en el cerebro la idea de que deseaba su muerte.

Una o dos veces, ante la insistencia de su mujer, míster Pritchard procuró ponerla en guardia contra los hombres para que aprendiera a guardarse. Insinuaba, y creía, que poseía una gran experiencia del mundo, aunque esa experiencia se limitaba a lo que oía, a su única visita a la casa de mala nota, a las francachelas de hombres solos y a la conformidad fría y resignada de su mujer.

Aquella mañana, Mildred vestía un jersey y una falda de pliegues y calzaba zapatos bajos. Los tres estaban sentados en la mesita del comedor. El abrigo de pieles de mistress Pritchard colgaba de un gancho, cerca de su marido. Era costumbre de éste cuidar de esa prenda y ayudar a su mujer a quitársela y a ponérsela. Estaba encantado con el abrigo; le gustaba que fuese caro, le agradaba ver cómo su esposa lo lucía y le complacía escuchar a otras mujeres hacer comentarios sobre la prenda. El zorro negro era relativamente raro y el abrigo constituía una prenda valiosa. Por lo tanto, procuraba cuidarlo todo lo posible. Fue el primero que indicó que sería conveniente guardarlo, porque Méjico era un país tropical y porque existía el peligro de que lo robaran los bandidos. Mrs. Pritchard sostuvo que debía llevarlo porque, en primer lugar, visitarían Los Ángeles y Hollywood, donde todas lucían abrigos de pieles, y luego porque en la capital de Méjico hacía bastante frío por las noches, según había oído. Ante estas razones capituló en seguida; para él, lo mismo que para su esposa, el abrigo era el distintivo de su posición social. Evidentemente, les situaba entre la gente conservadora, bien acomodada y sensata. En todas partes se es objeto de más consideración cuando se lleva un abrigo de pieles y un bonito quipaje.

Desde la mesita habían oído, a través de la alcoba, la voz chillona de Alice al insurtar a Norma. La grosería del ataque les repugnó de tal modo que se agruparon más entre sí. Mildred había encendido un cigarrillo y evitaba la mirada de su madre. Hacía sólo seis meses que fumaba, desde que cumplió los veintiún años. Tras la primera discusión, no se volvió a tocar el tema de palabra, pero aquélla la desaprobaba, con un gesto de la cara, siempre que fumaba delante de ella.

La lluvia había cesado y sólo las gotas que se desprendían de los robles caían en el tejado. El suelo se hallaba empapado. Las cunetas, a ambos lados de la autopista, estaban llenas de agua y en algunos lugares hasta inundaba la propia carretera. Por todas partes se escuchaba un rumor de agua. En las amapolas no quedaba ya ningún pétalo y los altramuces se venían a tierra incapaces de conservarse erguidos.

El cielo comenzaba a despejarse. Las nubes se desgarraban y en los claros aparecía el hermoso azul del firmamento. Por arriba, un furioso viento deshilachaba las nubes, pero al nivel del suelo reinaba la calma más absoluta. Se expandía olor a gusanos, a hierba mojada y a raíces.

Desde el comedor y el garaje el agua corría en pequeños arroyuelos hacia la cuneta de la autopista. La pintura del autobús brillaba con la lluvia y el agua goteaba todavía por los lados. Dentro del comedor hacía un poco de calor.

Pimples estaba detrás del mostrador procurando ser útil; jamás se le hubiera ocurrido hacerlo con anterioridad a hoy. Siempre, en otras tareas, le repugnaba trabajar y, automáticamente, le cogía tirria al patrono. Pero lo ocurrido aquella mañana todavía dejaba sentir su influencia en él. Seguía escuchando la voz de Juan al decirle:

-Kit, limpíate las manos y marcha a ver si Alice tiene ya listo el café.

Era la frase más agradable y más dulce que había oído en su vida. Deseaba hacer algo por él. Había preparado el jugo de naranja y había llevado el café a los Pritchard. Ahora vigilaba la parrilla y revolvía huevos al mismo tiempo.

-Mejor será que tomemos todos huevos revueltos - dijo míster Pritchard -. Puede dejar los míos en la sartén y sacarlos buenos y secos.

- Muy bien - repuso Pimples.

La sartén estaba demasiado caliente y los huevos desprendían un olor a plumas húmedas de pollo, como sucede cuando se fríen demasiado de prisa.

Mildred tenía las piernas cruzadas y se había cogido la falda bajo la rodilla; así, pues, por el lado que no veía Pimples debía exponer parte de la pierna al aire. Éste deseaba pasar al otro lado para echar un vistazo. Con sus ojillos miró innumerables veces de reojo con la esperanza de atisbar algo. No quería que la chica le sorprendiera mirándole las piernas. Entonces se le ocurrió una idea. Si Mildred no se movía, serviría los huevos y se pondría una servilleta al brazo. Luego, tras dejar los platos y alejarse unos diez pies, dejaría caer la servilleta. Al agacharse para recogerla miraría hacia atrás por debajo del brazo y así podría verle la pierna.

Tenía ya la servilleta preparada y se dedicaba a mezclar los huevos para terminar antes de que la chica cambiara de postura. El olor a huevos quemados llenó el comedor. Mildred levantó los ojos y percibió la mirada que le lanzaba. Entonces se fijó en la falda, se dio cuenta de que la había cogido con la rodilla y se la estiró. Pimples la miró de reojo. Sabía que le habían sorprendido y sus mejillas se arrebolaron.

De la sartén brotó un humo negro y de la parrilla un humo azul. Juan se acercó en silencio desde la alcoba y se puso a olfatear.

-¡Pero hombre, Kit! ¿Qué estás haciendo?

-Procuro ayudar - contestó Pimples un poco nervioso. Aquél sonrió.

-Muy agradecido, pero mejor será que no ayudes con los huevos.

Agarró la sartén con los huevos quemados y los arrojó a la fregadera, abriendo luego la espita del agua.

-Pon en marcha el motor del autobús, Kit - dijo -. Si no arranca, le quitas la tapa al distribuidor y secas los platinos. Acaso se hayan mojado.

Pimples se frotó las manos con un paño.

-¿No será mejor que compruebe primero el nivel del aceite?

-Sí. Ya sabes lo que tienes que hacer. No estará de más que le eches un vistazo.

Ante este elogio se puso hueco y olvidó la última mirada a las piernas de Mildred.

Juan miró por encima del mostrador.

-Mi mujer no se encuentra bien - anunció-. ¿Qué quieren ustedes que les sirva? ¿Más café?

-Sí - contestó míster Pritchard -. El chico ha querido hacernos huevos revueltos y los ha quemado. A mi mujer le gustan jugosos...

-Cuando están frescos - concretó mistress Pritchard.

-Cuando están frescos - repitió su marido -. A mí me gustan secos.

-Los de mi casa son frescos - repuso Juan -. De la nevera.

-No puedo comer huevos de cámara - indicó ella.

-Pues los de aquí son de cámara. No quiero engañarla.

-Me gustaría tomar un buñuelo - dijo míster Pritchard.

Juan miró con admiración las piernas de Mildred. Ésta levantó la vista. Lentamente los ojos de aquél se elevaron de las piernas; se leía en ellos una expresión de tan abierta y franca admiración, que la muchacha se sonrojó un poco. Experimentó algo parecido a una sacudida eléctrica.

-Yo quiero más café - dijo desviando la mirada -. Y un buñuelo, de paso.

-Sólo quedan dos - repuso Juan -. Se los traeré y caracoles para que se entretengan con ellos.

El motor del autobús se puso en marcha.

-Parece que funciona bien - contestó Juan.

Ernest Horton salió en silencio, casi secretamente, por la puerta del dormitorio y la cerró con cuidado tras sí. Se acercó a míster Pritchard y dejó los seis paquetitos en la mesa.

-Aquí los tiene - dijo -. Media docena.

Míster Pritchard sacó el billetero.

-¿Tiene cambio de un billete de veinte? - inquirió.

-No, no tengo.

-¿Tiene usted cambio de un billete de veinte? - preguntó míster Pritchard a Juan.

Éste maniobró en la caja registradora y repuso:

-Puedo darle dos de diez.

-Nos podremos arreglar - dijo Ernest-. Creo que tengo un billete de dólar. Lo que usted me debe son nueve.

Cogió un billete de diez y entregó otro de dólar a míster Pritchard.

-¿Qué es eso? - indagó su mujer.

Tomó un paquetito de la mesa, pero míster Pritchard se lo arrebató.

-Déjalo... - advirtió con tono de misterio.

-¿De qué se trata?

-No tardarás en saberlo.

-¿Es una sorpresa?

-Efectivamente. Las pequeñas no deben preocuparse de lo que no les importa.

Cuando tenía ganas de broma, siempre denominaba a su esposa «pequeña» y ella en seguida seguía la broma.

-¿Y cuándo pueden ver las pequeñas mimosas los regalos bonitos?

-No te impacientes - contestó míster Pritchard metiéndose los paquetes en el bolsillo.

Deseaba entrar cojeando a la primera oportunidad que se le presentara. Pero se le había ocurrido una modificación de la broma. Diría que le dolía tanto el pie que le era imposible quitarse el zapato y el calcetín y le rogaría que lo hiciera. ¡Qué cara pondría! Seguro que se desmayaría al ver tal herida.

-¿De qué se trata, Elliot? - preguntó ella un poco enfurruñada.

-Vamos, vamos; pronto lo sabrás. Ten un poco de paciencia. - Luego, dirigiéndose a Ernest, continuó -: Se me ha ocurrido una nueva idea. Ya se la diré más tarde.

-No me hago ilusiones con las nuevas ideas - repuso Ernest.

Se sentó en un taburete y cruzó las piernas.

-Generalmente se equivoca uno de medio a medio. Fíjese, a mí se me ocurrió una especie de invento y creí que ya estaba todo resuelto y que sólo necesitaba acomodarme en un butacón y contar el dinero. Le diré de qué se trata. Hay mucha gente, como yo, que no para de viajar y que depende, para vestir, de la ropa que lleva en la maleta. Suele suceder que uno desea ir a una reunión o a una fiesta donde es conveniente llevar *smoking*. Sin embargo, un *smoking* ocupa mucho sitio en una maleta y a lo mejor sólo se necesita un par de veces durante todo un viaje. Entonces se me ocurrió la idea de que le hablo. Uno tiene, por ejemplo, un buen traje azul obscuro o casi negro; a ese traje se le colocan una especie de sobresolapas de seda y se le añaden unas tiras, de quita y pon, a los pantalones, y ya tiene usted el *smoking*.

-¡Pero, hombre! - exclamó míster Pritchard -. ¡Ésa es una idea estupenda! No me importaría ocuparme de un asunto como ése. Si consigue usted la patente e inicia una gran campaña de propaganda, acaso encuentre usted un artista de la pantalla que dé el espaldarazo a su idea...

Ernest levantó la mano.

-Eso es lo que yo me figuraba - contestó-. Pero me equivoqué igual que se equivoca usted. Boceté en el papel todos los detalles del *smoking* de que le hablo y cuando lo consulté con un amigo que representa a una gran compañía de confecciones, me hizo ver la realidad.

-Se te echarán al cuello todos los sastres y todos los fabricantes - me advirtió-. En todas partes venden los *smokings* desde cincuenta a ciento cincuenta dólares por pieza, y tú, con ese dispositivo que no cuesta diez dólares, les podrías arruinar el negocio. No pararían hasta sacarte del país.

Míster Pritchard asintió con la cabeza.

-Sí, lo comprendo. Es lógico que protejan sus intereses y los de sus accionistas.

-Entonces ya no me hice ilusiones - prosiguió Ernest -. ¡Y eso que creía que todo se limitaba a sentarse uno para contar las ganancias!

-Me gustaría charlar extensamente con usted - manifestó míster Pritchard -. ¿Ha patentado usted su idea?

-No. No quería meterme en gastos hasta ver si alguien se interesaba.

-Ya entiendo. Las gestiones para lograr la patente cuestan bastante dinero. Es posible que tenga usted razón.

Luego cambió de tema.

-¿A qué hora nos marcharemos? - preguntó a Juan.

-El *Greyhound* llega a eso de las diez con algunos pasajeros.

Nosotros partiremos a las diez y media. ¿Desean ustedes algo más? ¿Más café?

-Sí, traiga más café.

Juan se lo llevó y luego miró por la ventana al autobús cuyas ruedas traseras giraban en el aire. Míster Pritchard consultó su reloj de pulsera.

-Todavía falta una hora - observó.

Un hombre alto y encorvado se acercó por un lado del edificio. Era el que había dormido en la cama de Pimples. Abrió la puerta del comedor, entró y se sentó en un taburete. Inclinaba constantemente la cabeza hacia delante de manera que la punta de la nariz formaba una vertical con el suelo. Tenía más de sesenta años y sus pobladas cejas destacaban encima de los ojos como la pelambrera de un *terrier*. El labio superior no lograba ocultar los dientes y tenía unos ojos amarillentos.

-No me gusta - pronunció sin más-. No me gustó ayer cuando nos dejó usted en la estacada y hoy me gusta todavía menos.

-He tenido que montar las ruedas de atrás - repuso Juan.

-Ahora mismo están funcionando.

-Me parece que renunciaré al viaje y volveré a San Isidro en el *Greyhound*.

-Haga lo que quiera.

-Es una corazonada - continuó el viejo-. No me gusta este viaje. Es como si alguien me diera una especie de advertencia. Me ha sucedido ya un par de veces. No hice ningún caso en esas ocasiones y luego me pesó.

-Al autobús no le ocurre nada - replicó Juan un poco acalorado.

-No me refiero al autobús - repuso el viajero-. Yo he nacido en estas tierras. El suelo está encharcado y el río San Isidro bajará con crecida. Ya conoce usted al río cuando se le hinchan las narices. Habrá que verlo ahora.

Mistress Pritchard comenzó a inquietarse.

-Vamos, querida, no te preocupes - terció su marido.

-Es una corazonada - repitió el viejo -. El antiguo camino no cruzaba la gran curva del río en Lone Pine Canyon. Pero hace treinta años míster Trask consiguió el nombramiento de

director de caminos de este distrito. La vieja carretera no le satisfacía y se le ocurrió construir dos puentes. Y total, ¿para qué? Para ahorrarse doce millas de recorrido. Al distrito le costó la broma veintisiete mil dólares. Trask era todo un sinvergüenza.

Volvió su envarado cuello de artrítico y contempló a los Pritchard.

-Todo un sinvergüenza, sí, señores. Se le iba a procesar por otra faena semejante cuando murió hace tres años. Falleció con los bolsillos bien repletos. Ahora dos hijos suyos estudian en la Universidad de California, viviendo a costa del dinero de los contribuyentes.

Hizo una pausa y el labio superior se movió sobre los largos dientes amarillos.

-Esos puentes no pueden resistir mucho porque están hechos con cemento deficiente. Renunciaré al viaje y volveré a San Isidro.

-Anteayer el río bajaba con el caudal normal - aseguró Juan -. Apenas llevaba agua.

-Por lo visto usted no conoce al río San Isidro. En un par de horas puede venir con crecida. Yo lo he visto inundar una extensión de media milla, con vacas y pollos muertos flotando en el agua. No, con la corazonada que siento, no iré. Y no crean que soy supersticioso.

-¿Cree usted que el autobús no debía cruzar el puente?

-Yo no quiero decir lo que pienso. Sólo sé que Trask era un sinvergüenza. Dejó un capital de treinta y seis mil quinientos dólares. Sus chicos están ahora en la universidad gastándolo.

Juan salió de detrás del mostrador y se dirigió al teléfono que había en la pared.

-¡Oiga!-dijo-. Póngame con la estación de servicio de Breed, en la carretera de San Juan. No conozco el número de su teléfono. -Aguardó unos momentos y luego prosiguió-: Sí, soy Chicoy, del Corners. ¿Qué tal está el río? ¿Ah, sí? De manera que al puente no le ocurre nada. Sí... Muy bien. Pronto nos veremos.

Colgó el aparato.

-El río baja con bastante crecida -explicó- pero el puente se mantiene firme.

-Ese río puede crecer un pie en un cuarto de hora en cuanto descargue una tormenta por Pine Canyon. Si eso sucede se llevará el puente por delante.

Juan, un poco impaciente, se encaró con él, dispuesto a terminar de una vez aquel asunto.

-¿Y qué quiere usted que haga? ¿Que no me mueva de aquí?

-Haga lo que quiera. Yo, por mi parte, pienso volver a San Isidro. En una ocasión tuve una corazonada como ésta y, por no hacer caso, me rompí dos piernas.

-Bueno, pues considere su billete cancelado.

-Eso es lo que deseo. Usted no hace mucho tiempo que reside aquí, e ignora lo que yo sé con respecto a Trask. Tenía unos honorarios de mil quinientos dólares al año y dejó un capital de treinta y seis mil quinientos y ciento sesenta acres de terreno. ¿Qué le parece?

-Bueno - repuso Juan-, ya procuraré que vaya usted en el *Greyhound*.

-Yo no le cuento de Trask, sino únicamente lo que sucedió. Piense un poco. ¡Treinta y seis mil quinientos dólares!

-¿Y si el puente se ha derrumbado? - preguntó Ernest Horton.

-En ese caso no podremos pasar - respondió Juan.

-¿Y qué haremos entonces? ¿Dar media vuelta y retroceder?

-Naturalmente. A menos que no quiera tirarse de cabeza al río.

El hombre cargado de espaldas esbozó una sonrisa de triunfo.

-¿Se dan cuenta ustedes? - dijo -. Retornarán aquí y no dispondrán de ningún autobús para ir a San Isidro. ¿Y cuánto tiempo tendrán que permanecer en este sitio? ¿Acaso unos meses? ¿Esperarán ustedes a que construyan un nuevo puente? Seguramente no saben quién es el actual director de caminos. Un licenciado lleno de teorías pero sin ninguna práctica. Seguramente sabrá dibujar un puente, pero no construirlo. Ya veremos.

De pronto, Juan se echó a reír.

-Tiene gracia. El puente viejo no ha desaparecido todavía y ya está usted preocupándose por el que todavía no han construido.

-¿Está usted de guasa? - se sulfuró el viejo, torciendo su cuello dolorido.

Por un instante, un destello de luz roja pareció brillar en los ojos negros de Juan.

-No se preocupe usted, que tendrá sitio en el *Greyhound*. Me molestaría mucho llevarle en mi autobús.

-No podría usted despacharme. Usted no es más que un transportista corriente.

-De acuerdo - contestó Juan, aburrido-. A veces no por qué sigo con el autobús. No da más que preocupaciones. ¡Que tiene usted una corazonada! ¡Tonterías!

Bernice estuve pendiente de la conversación.

-Yo no creo en esas cosas - intervino-, pero según dicen, en Méjico es ahora la estación seca. Como en el otoño. En el verano es cuando llueve.

-Mamá - intervino Mildred -. Míster Chicoy conoce Méjico. Nació allí.

-¿Ah, sí? Entonces, ahora es la estación seca, ¿verdad?

-En algunos sitios - repuso Juan-. Donde ustedes van, creo que sí. Pero en otros lugares no existe estación seca.

Míster Pritchard carraspeó.

-Vamos a la capital y después a La Puebla, a Cuernavaca y a Tasco. Luego es posible que visitemos Acapulco y que subamos al volcán si la cosa no presenta dificultades.

-Les será fácil.

-¿Conoce usted todos esos sitios? - inquirió míster Pritchard.

-Desde luego.

-¿Y qué tal son los hoteles? Ya conoce las agencias de viajes, según ellas todo es maravilloso. ¿Cómo son los hoteles, en realidad?

-Estupendos - contestó Juan, con una sonrisa-. Magníficos. Todas las mañanas llevan el desayuno a la cama.

-No era mi intención causarles molestias esta mañana - dijo míster Pritchard dándose por aludido.

-Ya lo comprendo; pero no tiene importancia.

Apoyó los codos en el mostrador y habló en tono confidencial.

-A veces me cansa el autobús. No hago más que llevarlo de acá para allá y viceversa. Algunas veces siento la tentación de dirigirlo hacia los montes. No sé dónde leí que el capitán de un ferryboat de Nueva York salió un día a alta mar y desde entonces no saben nada de él. Acaso se hundió o acaso esté en alguna isla escondida. A mí no me extraña lo que hizo.

Un pesado camión que arrastraba un remolque disminuyó la marcha en la autopista al pasar por la estación de servicio. El chófer sacó la cabeza por la ventanilla. Juan movió la mano rápidamente, de un lado a otro. El camión aceleró la velocidad y desapareció.

-Yo creí que se iba a parar - dijo místed Pritchard.

-Le gustan los pasteles de frambuesa - explicó Juan -.

Cuando tenemos se detiene siempre. Le dije que ahora no tenemos lo que él desea.

Mildred, fascinada, contemplaba a Juan. Algo había en aquel hombre moreno de mirada ardiente que le atraía. Se sentía impelida hacia él.

Deseaba llamar su atención, su particular atención; había echado atrás los hombros para que se marcara mejor la curva de los pechos.

-¿Por qué se marchó usted de Méjico? - le preguntó mientras se quitaba las gafas para que, cuando contestara, la viera sin ellas. Se apoyó en la mesa y con el dedo índice estiró hacia atrás la piel y el párpado del ojo izquierdo. Al hacerlo así, cambió el enfocamiento de su visión. Ahora veía con más claridad su rostro y, al propio tiempo, prestaba a sus hermosos ojos una expresión lánguida y especial.

-Pues no sabría decirlo.

Sus ardientes ojos parecían acariciarla. De pronto sintió una sensación particular en la boca del estómago. «Esto es una locura - pensó -. He de ponerle fin.» Una imagen sexual se había formado, por un breve instante, en su mente.

-Allí, en Méjico, la gente que no es rica tiene que trabajar de firme y por poco dinero - explicó Juan -. Ése debió ser el principal motivo de mi marcha.

-Pues habla usted muy bien el inglés - intervino Bernice Pritchard.

-No es extraño. Mi madre era irlandesa.

-¿Es usted súbdito mejicano? - inquirió míster Pritchard.

-Creo que sí. Es una cosa que nunca me ha preocupado.

-Es una buena idea el seguir con la nacionalidad primera - opinó míster Pritchard.

-¿Por qué?

-Es una buena idea.

-Al Gobierno le es completamente igual - objetó Juan-. Tengo que pagar impuestos e ir al servicio en caso de movilización.

-Sin embargo, no deja de ser una buena idea - insistió míster Pritchard.

Los ojos de Juan reposaban en Mildred; tocaban sus pechos y se resbalaban por sus caderas. La vio suspirar y doblar un poco la espalda y sintió una rápida y dolorosa punzada de odio. No muy acentuada porque no era mucha la sangre india que circulaba por sus venas; sin embargo, por algún proceso atávico, había en lo más profundo de su alma un poso de odio contra los ojos claros y la piel blanca. Contra las gentes blancas, que durante siglos, se apropiaron de las mejores tierras, de los mejores caballos y de las mejores mujeres. Experimentó aquella punzada y, al mismo tiempo un sentimiento de placer al pensar que podía hacer con aquella muchacha lo que deseara; seducirla tanto mental como físicamente para luego arrojarla de su lado. La crueldad se despertó en él y dejó que se extendiera. Con voz más amable y más insinuante que nunca le habló directamente.

-Aunque no viva allí, siempre llevo a mi país en el corazón-dijo.

Se rió en su interior al decirlo; pero no así Mildred. Se inclinó algo más y tiró otro poco hacia atrás los párpados de los dos ojos para contemplarle mejor.

-Me acuerdo de algunas cosas - continuó-. En la plaza de mi pueblo había memorialistas públicos que brindaban sus servicios a la gente que no sabía leer ni escribir. Eran buenas personas. Además, tenían que serlo porque la gente del campo se enteraría en caso contrario. Me acuerdo que una mañana, siendo niño, estaba sentado en un banco. Se celebraba la fiesta en honor del santo patrón de la ciudad. La iglesia estaba llena de flores y había puestos de dulces y algunas atracciones, entre ellas un tiovivo. Durante toda la noche la gente disparó cohetes en honor del santo. Un indio se acercó a un memorialista y le dijo:

«- Quiero escribirle una carta a mi patrono. Yo le diré Io que tiene que decir y usted lo escribirá de la manera más correcta posible.

»-¿Es una carta larga? - preguntó el memorialista.

»- No lo sé - contestó el indio.

»- Le costará un peso - indicó el otro.

»El indio se lo pagó y dijo:

»-Quiero que le diga a mi patrono que no puedo volver a mis campos porque he visto muchas cosas bellas y debo quedarme aquí. Dígale que lo siento, pero que no deseo que ni él ni los amigos sufran por mí. Soy ya una persona distinta y allí no me reconocerían. En el campo sería desgraciado. Y puesto que soy diferente, los amigos me rechazarían y acabarían odiándome. He visto las estrellas. Dígalo así. Y dígale que dejo mi silla a mi compadre y el cerdo con los dos marranillos a la vieja que me cuidó cuando tuve las fiebres; los cachorros para mi cuñado, y para el patrono, que quede con Dios.

Se detuvo y vio que Mildred tenía la boca entreabierta; comprendió que la muchacha tomaba todo aquello como una alegoría de su propio caso.

-¿Y qué le había ocurrido? - se interesó.

Librodot

-Pues que vio el tiovivo - repuso Juan - y no podía apartarse de él. Dormía a su lado y no tardó en quedarse sin dinero y en pasar hambre; entonces el propietario le dejó que diera vueltas a la manivela con la que se ponía en funcionamiento el artefacto y le daba de comer por sus servicios. E posible que siga todavía con el tiovivo. No había quien le separara de allí.

Mildred suspiró profundamente. Míster Pritchard dijo:

-Bueno, aclaremos lo que ocurrió. Renunció a su tierra y a sus bienes y jamás volvió a casa porque vio un tiovivo, ¿no es eso?

-La tierra no era suya - explicó Juan-. Por lo general, los indios no son dueños de la tierra que trabajan. Pero renunció a todo lo que poseía.

Mildred lanzó a su padre una mirada de indignación. Era ésta una de esas ocasiones en que le encontraba estúpido por completo. ¿Es que no podía ver la belleza de aquella historia? Sus ojos retornaron a Juan para decirle, en silencio, que ella comprendía; entonces creyó distinguir algo en su cara que no había visto con anterioridad. Imaginó que había sorprendido una fugaz expresión de cruel triunfo en su rostro; pero bien pudiera ser efecto de sus ojos, pensó; de sus condenados ojos que no veían muy bien. Sin embargo, aquello la impresionó. Con una fugaz mirada a sus padres, comprobó que ninguno de los dos se había dado cuenta de nada. Su padre decía con aquella lentitud que tanto la exasperaba:

-Me explico que le encantara al indio el tiovivo, puesto que no había visto ninguno en su vida. Pero, por otra parte, uno se acostumbra a todo y en seguida desea otras cosas variadas y diferentes.

-No se trata más que de una historia - observó Mildred con tanta furia que su padre la miró sorprendido.

Casi notaba los dedos de Juan en sus muslos. Se puso las gafas, le dirigió una rápida mirada y luego apartó la vista. Juan parecía gozarse en alguna especie de victoria. Se reía de ella y también de lo que sus padres ignoraban que ocurría. Y, de pronto, el deseo de Mildred se convirtió en una especie de náuseas; incluso creyó que se iba a poner mala.

-Siempre he abrigado la idea de ir hasta Méjico - dijo Ernest Horton -. Algún día se lo diré a la compañía. Es posible que se puedan hacer allí valiosas amistades. Me gustan las fiestas que hacen. Venden objetos, ¿no?

-Sí - contestó Juan-. Rosarios, estampas de santos, dulces y demás.

-Acaso pudiéramos vender todas esas cosas a más bajo precio que ellos. Esos rosarios los podríamos hacer con el metal de los botes; resultarían bonitos. Y, luego, los cohetes. Mi compañía vende toda clase de fuegos de artificio. Es una idea. Escribiré una carta a ver qué les parece.

Juan contempló el creciente montón de platos sucios en la fregadera. Miró por encima del hombro a la puerta del dormitorio; luego la abrió y asomó la cabeza. La cama estaba vacía. Alice se había levantado; pero la puerta del cuarto de baño estaba cerrada. Juan retornó y se puso a fregar la vajilla.

El cielo aclaraba con gran rapidez y el sol brillaba sobre la tierra mojada. Las hojas tiernas de los robles presentaban tonalidades casi amarillas con la nueva luz.

Juan esbozó una breve sonrisa y cortó dos rebanadas de pan.

-Voy a estirar las piernas - dijo míster Pritchard-. ¿Me acompañas, querida? - preguntó a su esposa.

-Muy pronto - pronunció.

Y míster Pritchard la comprendió.

-Por ahí fuera ando - manifestó.

VI

Tras marcharse Juan, Alice se quedó un gran rato en la ca tumbada de espaldas y con los brazos cruzados encima de cara. Sus sollozos se fueron apagando dulcemente, como los de un niño. Oía el murmullo de las conversaciones en el comedor Sobre sus ojos notaba el

brazo tibio y húmedo. Experimentaba una profunda sensación de alivio, como si se hubiera desembalado de un gran peso. Entonces recordó todo lo que había sucedido. Todavía no se explicaba el porqué le chilló a Norma; en realidad, no sospechaba que la chica se portara mal, y, aunque así lo hiciera, tampoco le hubiese preocupado mucho. No sentía ningún afecto por ella. Era una criatura insignificante.

Cuando entró a trabajar en la casa, naturalmente puso en ella y en Juan todos sus sentidos, y al no descubrir ninguna reacción por parte de éste, perdió todo su interés en la chica. En general no hacía mucho caso de las cosas o de las personas siempre que no influyeran en su vida inmediata. Y ahora, al reflexionar tranquila y descansada, se apoderó de ella un tremendo pánico.

Volvió a recordar la escena. Fue la suavidad con que la trató Juan lo que más le asustaba. Debió golpearla. Y, como no lo hizo, se llenó de aprensiones. Acaso no se preocupaba en absoluto de ella. El que obrara con tantas consideraciones no le daba muy buena espina. Se esforzó por recordar la apariencia de las Pritchard y si miró a alguna de ellas con interés. Conocía a su marido. Sus ojos se encendían cuando alguna llamaba su atención. Luego, con ligero sobresalto, se acordó que cedió su cama a los Pritchard. En las ropas del lecho podía oler todavía el perfume del espliego. Aquel perfume se le hizo repugnante.

Escuchó el murmullo de voces por la puerta. Juan les servía de comer. De no sentir interés no lo hubiera hecho. Un inquieto temor se despertó en su interior. Había tratado mal a Norma. Pero era fácil arreglarlo. Con gentes como ésta se hacía lo que se quisiera con tal de mostrar con ellas un poco de amabilidad y dulzura. Estaba tan ávida de cariño, que cualquier detalle la ablandaba. Por lo que a ella misma se refiere le merecía desprecio tal hambre de amor. No podía equiparar el suyo con de Norma. Ella era grande en sí misma y todo lo demás era insignificante a su lado, con excepción de Juan; pero es que éste era una prolongación de ella. Pensó que lo primero que debía hacer era tranquilizar a Norma. La necesitaba para que se ocupara del comedor, ya que tenía intención de emborracharse en cuanto Juan se marchara en el autobús. Cuando volviese le diría que sufría un tremendo dolor de muelas que no la dejaba descansar.

No lo hacía con frecuencia, pero ahora lo deseaba. Y para realizar sus deseos era conveniente ocultar sus huellas. A Juan no le gustaban las mujeres bebidas. Apartó los brazos de la cara y vio que el sol iluminaba el paisaje hasta las colinas lejanas del oeste. Era un día delicioso.

Se levantó de la cama y se dirigió al cuarto de baño. Mojó una punta de la toalla en agua fría y con ella se dio golpecitos en la cara para hacer desaparecer las arrugas que se produjo al apretar los brazos contra las mejillas. Se le había roto una cinta del sostén. Se abrió el vestido, comprobó que todavía seguía allí el imperdible que conservaba en la parte interior del mismo y con él sujetó la cinta al sostén.

Luego se cepilló el pelo y se pintó los labios. Tenía todavía los ojos irritados. Con un cuentagotas se echó varias gotas de colirio y después con los dedos se frotó los párpados contra los globos de los ojos. Se examinó un momento en el espejo del botiquín y luego salió. Se quitó el vestido arrugado y se puso otro limpio estampado.

Se dirigió a la puerta de la habitación de Norma y llamó con suavidad. No recibió respuesta. Volvió a llamar. Del interior le llegó un rumor de papeles. La muchacha se acercó a la puerta y la abrió. Tenía los ojos vidriosos y parecía que acababa de despertar.

Al ver a Alice su cara asumió una expresión de asustada alarma.

-Yo no hice nada malo con ese hombre - se apresuro decir.

Alice penetró en el cuarto. Sabía cómo manejarla.

-Ya me lo figuro, querida - dijo.

Bajó los ojos al suelo como si estuviera avergonzada.

-No debió decir usted nada. ¿Y si alguien la hubiese oído y lo hubiera creído? Yo no soy de ésas. Sólo deseo ganarme la vida honradamente.

Sus ojos, de pronto, se llenaron de lágrimas.

Librodot

-Tienes mucha razón; pero, en realidad, es que no sabía lo que me hacía. Estoy indispuesta. Y ya sabes lo mal que se encuentra una en esos días. A veces parece que una hasta enloquece.

Norma la examinó con interés. Era ésta la primera vez que encontraba un rastro de amabilidad en su carácter y la primera vez que se excusaba con ella. Alice no sentía ninguna simpatía por las demás mujeres, y cuando vio que los ojos de Norma se llenaban con lágrimas de afectuosa compasión, sintióse definitivamente victoriosa.

-Ya sabes lo que sucede. Se pone una muy rara.

-Es verdad - asintió Norma.

Brotaba de ella una tierna corriente emotiva. Suspiraba por un poco de amor, por cualquier ser humano que la tratara con cariño.

-Es verdad - repitió.

Y se sintió más vieja y más fuerte que Alice y un poco protectora, lo cual era lo que ésta deseaba.

-Mejor será que salgas a echar una mano. Míster Chicoy no tiene a nadie que le ayude.

-Voy en seguida - contestó Norma, abandonando prestamente su habitación.

Alice cerró la puerta y escuchó. Luego se oyó el ruido seco del cajón del *bureau* al cerrarse. Alice se echó atrás el pelo con a mano y se dirigió al comedor. Se encontraba satisfecha. Se había enterado de muchas cosas con respecto a la muchacha y conocía sus reacciones. Además, sabía dónde había dejado la carta.

Había procurado registrar la maleta con anterioridad, pero siempre se la encontraba cerrada. Se armaría de paciencia. Más pronto o más tarde, si tenía cuidado, Norma se olvidaría de cerrarla. Se consideraba lista, pero ignoraba que Norma era lista también. Había trabajado ya para otras Alice. Cuando ésta registraba los cajones del tocador y examinaba sus cosas y leía las cartas de su hermana, no se daba cuenta de la señal puesta estratégicamente en el mismo sitio. Norma siempre la colocaba allí, y cuando no estaba en su justo lugar sabía que alguien estuvo revolviendo en sus cosas. Puesto que no podían ser ni Juan ni Pimples, la única culpable era Alice.

No era probable que dejara la maleta sin cerrar. A pesar de todas sus fantasías, no era tonta. En una caja de dentífricos, dentro de la maleta cerrada, conservaba veintisiete dólares. Cuando reuniera cincuenta se marcharía a Hollywood y trabajaría en cualquier restaurante hasta que surgiera su oportunidad. Con los cincuenta dólares podía pagar el alquiler de un cuarto durante dos meses. Comería en el mismo sitio en que trabajase. Sus sueños no eran obstáculo para que ella se cuidara. No era tonta. En realidad, no comprendía la antipatía que Alice sentía hacia todas las mujeres. No sabía que aquellas excusas eran una treta. Pero, sin duda, lo descubriría a tiempo. Mientras, creía que sólo en Clark Gable residían los más nobles pensamientos y los impulsos más puros; desconfiaba de las intenciones y de los impulsos del resto de la gente con la que tenía que tratar.

Cuando Pimples arañaba en el cristal de la ventana por las noches, sabía cómo guardarse de él. Cerraba bien la ventana y el muchacho no se atrevía a meter mucho ruido por miedo de que Juan le oyera desde la habitación contigua. Ella no quería ser juguete de nadie.

Alice se detuvo frente a la puerta, entre el dormitorio y el comedor. Se pasó los dedos por los dos lados de la nariz, abrió la puerta y se situó tras el mostrador como si nada hubiera sucedido.

VII

El bonito y espacioso *Greyhound* se detuvo junto al cobertizo de carga en San Isidro. Los mozos llenaron el depósito de gasolina y examinaron los neumáticos. Un negro limpiaba los asientos en el interior del vehículo y recogía estuches de goma de mascar, cerillas y colillas de cigarros del suelo. Pasó la mano por detrás del último asiento. Algunas veces encontraba monedas o navajas detrás de aquel asiento. El dinero suelto se lo guardaba, pero

la mayor parte de los otros artículos los entregaba en la oficina. La gente reclamaba al instante las cosas que perdía, pero hacía caso omiso de la calderilla. De vez en cuando encontraba detrás del asiento un par de dólares. Aquel día encontró dos monedas de plata de diez centavos, otra de cincuenta y una cartera que contenía una licencia de conductor y una tarjeta de socio del «Lions Club».

Miró en el lugar de los billetes. Allí había dos de cincuenta dólares y un cheque por valor de quinientos. Inmediatamente se guardó la cartera en el bolsillo de la camisa y continuó limpiando el asiento con el escobillón. Se le aceleró la respiración. Podría disponer fácilmente del dinero. Lo sacaría y abandonaría la cartera tras el asiento para que cualquier otro mozo la encontrara en el trayecto. También dejaría el cheque, porque aquellos documentos encerraban mucho peligro. Pero aquellos dos deliciosos billetes de cincuenta dólares... Sentía un nudo en la garganta y no recobraría la tranquilidad hasta que no sacara los billetes y dejara la cartera detrás del asiento.

Pero no podía realizar su idea porque el muchacho que le ayudaba lavaba las ventanillas por la parte de fuera. No tenía más remedio que esperar. Si le sorprendía estaba expuesto a que le despidieran.

Tenía un pequeño descosido en la vuelta de los pantalones y pensó guardar allí los dos billetes antes de salir del autobús. Luego simularía que estaba enfermo y con toda probabilidad le concederían una semana de permiso. Si a pesar de declarar que se encontraba mal continuaba trabajando hasta la hora de abandonar la faena, nadie sospecharía nada y podría conservar su ocupación. Oyó un rumor en el autobús y experimentó un ligero sobresalto. Louie, el chófer se asomó.

-¡Eh, George! - dijo-. ¿Has encontrado una cartera? Hay un individuo que dice que la ha perdido.

El negro farfulló entre dientes.

-Bueno, ahora iré a ver si la encontramos.

George, todavía de rodillas, se volvió.

-No hace falta. La he encontrado yo. Me la guardé para devolverla en cuanto terminara la faena.

-¿Sí? -dijo Louie. Cogió la cartera de sus manos y la abrió. El muchacho miró a través de la ventanilla, y al darse cuenta esbozó una sonrisa y lanzó una ojeada hacia él. Luego añadió-: Mala suerte, George. No se puede hacer nada. Ese hombre dice que había dos billetes de cincuenta y dos hay aquí. -Los sacó de la cartera para que el muchacho los viera a través de la ventana -. Que tengas más suerte la próxima vez, George.

-Me figuro que el que los ha perdido dará alguna recon pensa - repuso éste.

-Pero tú recibirás la mitad - manifestó Louie -. Si es menos de un dólar, te quedas con todo.

Salió del autobús y entró en la sala de espera. En la oficina hizo entrega de la cartera.

-Se la encontró George. Venía ya a traerla - informó -. Es un buen negro.

Sabía que el propietario de la cartera se hallaba a su lado y por eso le dijo al cajero:

-Si hubiera sido yo el que perdió la cartera le daría a George una buena recompensa. Lo peor para un individuo es que no se premien sus buenas acciones. Me acuerdo de uno que se encontró un billete de mil y al devolverlo ni siquiera le dieron las gracias. Al poco tiempo asaltó un Banco y mató a un par de guardias. - Mentía con la mayor facilidad -. ¿Cuántos van al Sur? - preguntó.

-El vehículo lleno - contestó el empleado-. Uno va a Rebel Corners; y no te olvides de las tartas como la semana pasada. Aquí tiene su cartera, señor. ¿Quiere examinarla para ver si le falta algo?

El propietario entregó una recompensa de cinco dólares. Louie pensó sin mucha convicción entregarle un dólar a George. Sabía que no le creería, pero allá penas. Todo el mundo se aprovechaba como podía y él no iba a ser menos. Pero vio que le miraba desde la

plataforma de carga y un impulso generoso se apoderó de él. Se acercó y le dio un billete de dólar.

-¡Vaya tío roñoso! - dijo -. Aquí tienes el dólar. Recupera seiscientos y no da más que uno.

George le observó de reojo. Sabía que mentía, pero no le quedaba más remedio que callarse. De haberle sido contrario, su situación hubiera sido muy difícil. Realmente, le dominó la tentación de quedarse con los billetes. ¡Si no hubiera sido por la presencia del muchacho al otro lado de las ventanillas!

-Gracias - dijo.

Entonces pasó el muchacho con el cubo y la esponja.

-¿A eso le llamas tú limpiar ventanas?

Louie apoyó a George.

-Esas ventanas son una porquería. Límpialas otra vez.

- Yo no recibo órdenes de vosotros. Esperaré a que se queje la superioridad.

Ambos cambiaron una mirada. El muchacho se la estaba ganando. Si a Louie se le antojaba, antes de una semana estaría despedido.

Los grandes *Greyhounds* entraban y salían bajo la marquesina de la plataforma de carga. Los conductores los situaban con destreza y suavidad en sus lugares respectivos. La estación olía a gasolina y a petróleo.

Louie se dirigió a la parte delantera. Había visto una muchacha que acudía de la calle. Llevaba una maleta. Con una ojeada, la catalogó. Una chica de costumbres ligeras. Por el espejito para la visión posterior se fijó en ella. Posiblemente vivía en algún punto del trayecto. Muchas aventuras habían comenzado para él de aquella manera.

La luz de la calle le daba a la chica por la espalda y por esto no distinguía bien su cara; sin embargo, sabía que era algo desenfadada. Y no podía explicar por qué lo sabía. Entre cincuenta muchachas que se acercaran con la luz por detrás hubiera señalado a ésta como de costumbres ligeras. No podía ver más que una bonita figura con hermosas piernas. Pero parecía envolverla una sutil aura sexual.

Louie se encaminó a la sala de aseo, al ver que la chica se detenía en la taquilla. Metió las manos en el agua del lavabo y luego se las pasó por el pelo. Sacó del bolsillo un pequeño peine y se arregló cuidadosamente el cabello. Y se peinó también el bigotito, aunque no lo necesitaba porque apenas lo llevaba crecido. Se estiró la chaqueta, se apretó el cinturón y sacó un poco el pecho. Luego se examinó de nuevo en el espejo. Se ajustó la corbata, y tomó unos granos de sen-sen que extrajo del bolsillo interior de la camisa.

Mientras dirigía la mano derecha a la manilla de la puerta los dedos de la izquierda se corrieron por los botones o pantalón para asegurarse de que estaba bien abrochado. Esbozó una sonrisa de picardía que le había procurado muchos éxitos. Había leído que si se miraba derechamente a los ojos de una muchacha mientras se le sonreía, se conseguían magníficos resultados. Había que mirarla no sólo como si se tratara del ser más hermoso de la tierra sino que, además, había que insistir hasta que apartara la vista. Existía también un recurso para los que encontraban violento mirar con descaro a los ojos de las mujeres y era fijarse en un punto del entrecejo, cosa que producía el mismo efecto. Había empleado con éxito aquellas artimañas.

Casi a todas horas pensaba en las chicas. Le gustaba despreciarlas. Le agradaba enamorarlas y luego abandonarlas. Las llamaba cerditas.

-Agarras tú una cerdita y yo otra - solía decir-, y nos vamos por ahí de juerga.

Atravesó la puerta del cuarto de aseo con aire señorial, pero tuvo que dar un paso atrás porque dos hombres pasaron entre los bancos llevando un gran cesto con redijas para que entrara el aire en él. A un lado del cesto había un rótulo que decía en letras blancas: «Tartas de Mother Mahoney». Los dos hombres continuaron hasta la plataforma de carga.

La chica se sentaba ahora en un banco, con la maleta junto a ella, en el suelo. Al cruzar la habitación, Louie le dirigió una rápida ojeada a las piernas. Luego la miró a los ojos.

Esbozó su sonrisa especial y se dirigió hacia ella. La chica, seria, le miró a su vez y apartó la vista.

Louie se desilusionó. Apenas si se había inmutado la muchacha. Sencillamente, no le hizo ningún caso. Y eso que era una muchacha alegre... con hermosas piernas, muslos rotundos y pechos provocativos. Era rubia, con el pelo áspero y un poco roto en las puntas por aplicarse las tenacillas demasiado calientes. Pero se lo cuidaba bien y la luz le prestaba luminosos reflejos. Tenía la cara maquillada y se pintaba la boca de manera especial, para imitar a la de ciertas artistas de la pantalla. Vestía una falda ceñida y una chaquetilla con cuello redondo y sus zapatos eran de piel con costuras blancas. Llevaba a ropa con cierta elegancia y al parecer era de calidad.

Louie le estudió la cara al pasar a su lado. Le daba la impresión de que la había visto antes en algún sitio. Sin duda se parecía a alguien que conocía o acaso la vio en alguna película. Tenía los ojos casi en exceso separados el uno del otro y eran azules con motitas pardas. Las cejas, recortadas y pintadas, se levantaban en un pronunciado arco, dando a su rostro cierta expresión de sorpresa. También se dio cuenta de que sus manos no se movían, lo cual indicaba que no era impaciente ni nerviosa. No le agradaban las muchachas con sangre fría. Sus rodillas eran carnosas y conservaba la falda sin tirar de ella.

Por haber apartado la mirada, la castigó fijando los ojos en sus piernas. Esto, por lo general, hacía que la chica se tirara hacia abajo de la falda, aunque no la tuviera muy subida, pero en este caso la estratagema no produjo ningún efecto. «Sin duda es una fulana de las que se cotizan por dos dólares», pensó. Luego se rió para sus adentros de esta idea. No era posible que fuera de dos dólares, con la buena ropa que llevaba puesta.

Siguió hasta la taquilla y lanzó una sonrisa sardónica a Edgar, el taquillero. Éste le admiraba y hubiera deseado ser como él.

-¿Dónde va la cerdita? - le oyó preguntar.

-¿La cerdita?

-Sí. Esa fulana. La rubia.

-¡Ah, ya! - cambió con él una secreta mirada varonil -. Al Sur -dijo.

--¿En mi coche?

-Sí.

Louie golpeteó ligeramente en la tabla de la taquilla con las uñas. Se había dejado crecer desmesuradamente la del meñique. No sabría explicar por qué pero le halagaba compro bar que algunos otros chóferes seguían su ejemplo y se dejaban crecer también la uña. Iniciaba una moda y le agradab aquello. Hubo un conductor que ató al tapón del radiador cola de un mapachín y a los quince días todos los coches lucían un pedazo de piel agitándose con la brisa. Los peleteros hicieron colas artificiales de zorro y no se veía ningún coche sin ese adminículo. El chófer que inició la idea podía sentirse satisfecho. Louie se dejó crecer la uña durante cinco meses y ya había cinco o seis personas que le imitaban.

Golpeteó la tabla con la uña larga y curvada, pero con cuidado porque con semejante longitud era fácil que se rompiera. Edgar se fijó en ella. La mano izquierda la tenía escondida. También él se dejaba crecer otra uña, pero no quería que Louie la viera hasta que no fuese mucho más larga. Luego miró a la muchacha.

-¿Crees que sacarás algo con la cerdita...? - preguntó.

-Con probarlo no se pierde nada - repuso el otro -. Debe ser una fulana.

-¿Y qué importa? Con tal de que esté bien...

Parpadeó. La muchacha había vuelto a cruzar las piernas.

-Louie - continuó-. Antes de que se me olvide, procura ver cómo cargan esa cesta de tartas. La semana pasada recibimos una queja. En algún lugar de la ruta alguien dejó caer la cesta y las tartas se mezclaron y se estropearon. Tuvimos que pagar nosotros el estropicio.

-Eso no ha sucedido conmigo - replicó Louie -. Esas cestas van a San Juan, ¿no? Lo habrán hecho en ese autobús de Rebel Corners.

Librodot

-Sea lo que sea, nosotros tuvimos que pagar - repitió Edgar-. Poco te cuesta estar un poco al tanto.

-Te digo que en mi trayecto no se cayó el cesto de las tartas - insistió, terco, Louie.

-- Ya lo sé, hombre, ya lo sé. Pero de la central me dijeron que tuvieras un poco de cuidado.

-¿Por qué no me lo dicen a mí en vez de enviarme mensajeros? - se quejó Louie.

No le gustaba irritarse, pero estaba furioso por culpa de la rubia. Miró al gran reloj del muro. Una manecilla de dos pies de largo señalaba los minutos en la esfera y en el reflejo del cristal veía a la muchacha sentada con las piernas cruzadas. Aunque no podía estar seguro, debido a la curvatura del cristal, le pareció que le miraba desde atrás. Su enojo desapareció.

-Bueno, tendré cuidado con las tartas. Di a la central que no habrá ninguna tortilla de tartas. Creo que sacaré algo en claro con esa rubia. - Leyó una mirada de admiración en los ojos de Edgar; se volvió con lentitud y dirigió la vista hacia la sala de espera.

No estaba equivocado. La muchacha le estuvo mirando por detrás y, al volverse, le miró en la cara. Sin embargo, no se leía ningún interés en sus ojos. ¡Y qué hermosos los tenía! Había leído en una revista que los ojos muy separados indicaban pronunciadas apetencias carnales y no cabía duda que aquella chica estaba impregnada de sexo. Era de esas que, al andar, obligan a todos los hombres a volver la cabeza, como si contemplaran un caballo de carreras. Y ahora le miraba cara a cara. Se le hizo un nudo en la garganta y notó que empezaba a sonrojarse. Estaba a punto de desviar la vista, pero Edgar le contemplaba y éste tenía fe en él.

Unas cuantas mentiras ayudaron a formar la reputación de que gozaba. Pero, en realidad, no le faltaba habilidad para abordar y tratar a las cerditas. Sin embargo, ésta era diferente y le desconcertaba. Le hubiera gustado darle una bofetada. Algo tendría que hacer, y pronto. Estaba ya muy cerca de ella.

Asumió su mirada especial. Abrió un poco los ojos y sonrió como si, de repente, la hubiera reconocido.

Cuidadosamente, procuró que la sonrisa fuera un poco respetuosa. Los ojos de ella le sostuvieron, fríos, la mirada. Entonces se detuvo a su lado.

-Me han dicho que va usted al Sur en mi autobús, señora -dijo. Casi se echó a reír ante aquello de «señora», pero, generalmente, surtía efecto. Y con la chica dio resultado porque sonrió levemente -. Me ocuparé de su equipaje. Saldremos dentro de tres minutos.

-Gracias - contestó la chica.

A Louie se le antojó que tenía una voz ronca, de mujer sexual.

-Permítame que le lleve la maleta. La dejaré en un asiento y así lo podrá ocupar usted luego.

-Pesa mucho.

-Yo no soy ningún alfeñique - manifestó Louie.

Agarró la maleta y salió con ella a la plataforma de carga. Penetró en el autobús y la dejó junto al asiento inmediatamente detrás del suyo. Por el espejito podría examinar a la muchacha y podría cambiar con ella algunas palabras en el recorrido.

Al salir del vehículo vio que el muchacho y otro mozo colocaban el cesto de tartas en la baca del autobús.

-Mucho cuidado con eso - les advirtió en voz alta-. La semana pasada dejasteis caer uno y la bronca la he recibido yo.

-Yo no he dejado caer nada - replicó el chico.

-Di lo que quieras, pero ten cuidado con lo que haces - repitió Louie. Por la puerta giratoria entró en la sala de espera.

-¿Qué demonios le pasa? - preguntó el mozo.

-Nada, que le deshice una combinación - explicó el chico-. El negro encontró una cartera y como yo lo vi no les quedó más remedio que devolverla. Los dos están indignados

conmigo. Pensaban repartirse un par de billetes de cincuenta, pero como te digo les estropeé la fiesta.

-No me vendrían mal a mí unos cuantos billetes de esos - comentó el mozo.

-Ni a ti ni a nadie.

En la sala de espera comenzaba a moverse la gente. Los pasajeros del autobús que partía rumbo al Sur se agrupaban. Edgar estaba atareado en la taquilla, pero de vez en cuando lanzaba una mirada a la rubia.

-Una cerdita - dijo para sí. Era una palabra nueva para él. En lo sucesivo la emplearía.

En el último minuto, hubo una pequeña avalancha de viajeros que deseaban adquirir dulces y goma de mascar en el mostrador. Un chino compró unos ejemplades del *Times* y el *Newsweek*, los dobló cuidadosamente y se los metió en el bolsillo. Una vieja daba la vuelta a las revistas del puesto, sin intención de comprar ninguna. Dos hindúes, con turbantes blancos y barbas negras y rizadas estaban parados, junto a la taquilla.

Louie se quedó junto a la entrada de la plataforma de carga, sin dejar de mirar a la chica. Se dio cuenta de que todos los hombres de la habitación hacían lo mismo. Todos la contemplaban en secreto. Dio media vuelta y por la puerta giratoria vio que los peones habían colocado el cesto de tartas en la baca y que habían echado la lona por encima. La luz de la sala de espera se atenuó. Una nube debió de cubrir el sol. La campana comenzó a sonar de pronto. Entonces consultó el reloj y se dirigió al autobús. Y los viajeros de la sala de espera se levantaron y se encaminaron hacia la puerta.

Edgar se esforzaba todavía por enterarse adonde querían ir los hindúes. «Estos tíos del turbante - se dijo a sí mismo -, ¿por qué no aprenderán el inglés antes de salir de casa?»

Louie se encaramó al asiento del conductor, protegido por un barrote de acero inoxidable y miró los billetes al entrar los pasajeros. El chino fue directo al asiento de atrás, se quitó el abrigo y dejó en su regazo los dos periódicos. La vieja subió al estribo con grandes esfuerzos y se acomodó en el asiento inmediatamente posterior al de Louie.

-Lo siento, señora, pero ese asiento está ocupado - dijo éste.

-¿Cómo que está ocupado? - repuso, belicosa, la anciana -. No existen asientos reservados.

-Ese asiento está ocupado, señora - repitió-. ¿Es que no ha visto esa maleta que tiene al lado?

Las viejas le indignaban y, al mismo tiempo, le asustaban. Eran camorristas y carecían de orgullo. Les tenía sin cuidad el armar un escándalo por cualquier cosa. Siempre se salían con la suya. Su propia abuela fue una tirana. Con su espíritu quisquilloso siempre conseguía lo que quería. De reojo vio a la chica en el estribo del autobús, esperando entrar detrás de los hindúes. Se vio en un compromiso. De pronto, se indignó también él.

-Señora - dijo-. En el autobús, soy yo quien manda. Hay muchos asientos buenos. ¿Quiere usted dejar ése?

La anciana apretó las mandíbulas y le miró con ceño. Se removió un poco, para afirmarse más en su sitio.

-A esa chica es a quien usted quiere dejárselo. Eso es lo que ocurre - dijo-. Me parece que daré parte a la dirección.

Louie estalló.

-Muy bien, señora. Vayase de ahí y dé cuenta de mí. La compañía cuenta con muchos viajeros pero carece de buenos conductores.

Vio que la chica escuchaba y esto le hizo animarse.

La anciana observó que se indignaba.

-Le denunciaré.

-Haga lo que le dé la gana, pero márchese de ese asiento. La que ha de ocuparlo está delicada de salud.

Era un tanteo y la anciana se tragó la mentira.

-¿Por qué no lo ha dicho antes? Yo soy una persona razonable. Sin embargo, daré cuenta de usted por su descortesía.

-Muy bien, señora- replicó, aburrido-. Ya estoy acostumbrado.

La anciana se trasladó al asiento de más atrás.

«Se pone ahí para ver lo que escucha y lo que observa - Pensó Louie - a fin de cogerme en falta. Allá ella. La compañía dispone de más viajeros que de conductores.» La chica estaba ahora a su lado, enseñando el billete. Involuntariamente dijo:

-¿Sólo va usted hasta Rebel Corners?

-Sí. Tengo que transbordar allí - contestó sonriendo ante desilusión.

-Ahí tiene su asiento - dijo. Por el espejo vio cómo se sentaba, cruzando las piernas y bajándose la falda. Enderezó la espalda y se arregló el cuello del vestido.

Sabía ella que Louie espiaba todos sus movimientos. Siempre le ocurría lo mismo. Se veía distinta a las demás muchachas, pero no se explicaba el motivo. Hasta cierto punto era agradable ocupar siempre el mejor asiento, que otros pagaran la comida y que una mano le ayudara a cruzar la calle. Los hombres no podían tener las manos lejos de ella. Eso era lo malo. Tenía que discutir, que insultar, que adular o que luchar para que la dejaran en paz. Todos los hombres querían de ella la misma cosa.

Cuando fue más joven, sufrió por ello, y la dominó un sentimiento de culpa y de náusea. Pero ahora, con más años, aceptó su suerte y perfeccionó su técnica. Algunas veces se entregaba y recibía dinero o vestidos. Conocía casi todas las tácticas que empleaban los hombres. Sin duda, le hubiera sido posible anticipar todo lo que Louie haría o diría en la próxima media hora. Los hombres de edad querían ayudarla, meterla en un colegio e introducirla en el teatro. Algunos jóvenes querían casarse con ella o protegerla.

Con estos últimos era mejor porque contestaba que sí o que no y no había más que hablar. Lo que quería, en el fondo, era una casita en una ciudad linda, dos niños y una amplia escalinata alfombrada. Se vestiría con elegancia y la gente iría a sus recepciones. Tendría un marido, desde luego, pero nunca figuraba en sus sueños porque el anuncio de la revista femenina en el cual se inspiró nunca incluía a un hombre. Sólo una bonita mujer elegantemente vestida que bajaba por las escaleras; huéspedes en el comedor, candelabros, una mesa de roble y unos niños robustos y alegres a quienes desear buena noches con un beso de despedida. Eso era lo que deseaba. Y s bía muy bien que no lo podría lograr nunca.

La dominaba una profunda tristeza. A veces pensaba en las demás mujeres y se preguntaba si eran diferentes que ella. Observaba que los hombres no reaccionaban ante la mayoría de las mujeres de idéntica manera que con ella.

Los últimos viajeros entraban en el autobús.

Louie tenía las piernas cruzadas. Se sentía un poco apocado ante aquella muchacha.

-Ya veo que va usted a Los Ángeles - dijo-. ¿Vive usted allí?

-A temporadas.

El motor del vehículo se puso en movimiento. La vieja miraba furiosa a Louie. Lo percibía por el espejo. Sin duda, acabaría por escribir una carta a la compañía.

«Bueno - se dijo-. Al infierno con la compañía. No le costaría encontrar una nueva colocación. Además, la compañía no hacía mucho caso de las cartas de las viejas.» Miró hasta el fondo del autobús. Los dos hindúes se cogían de la mano. El chino tenía abiertos en las rodillas el *Times* y el *Newsweek* y comparaba las noticias de uno y otro, con una expresión de perplejidad. En encargado de dar la salida hizo una seña a Louie.

Era un magnífico conductor con un historial inmejorable. El autobús bajó por la calle principal de San Isidro, atravesó los arrabales y comenzó a correr por la autopista.

Las cunetas estaban llenas de agua; y en algunos lugares ésta se salía hasta la carretera. El auto la salpicaba al pasar por encima y Louie notaba una sacudida en el volante. La fuerza de la lluvia había doblado la hierba contra el suelo, pero el calor del sol la comenzaba a enderezar de nuevo.

Volvió a mirar a la muchacha por el espejito, comprobando que tenía la vista fija en la parte trasera de su cabeza. Pero de pronto levantó los ojos al espejito y tropezó con los suyos. Su cara se le grabó en el cerebro; al cruzarse sus miradas la vio sonreír como si se encontrara a gusto.

Se le hacía un nudo en la garganta y experimentaba una creciente opresión en el pecho. ¿No estaría loco? Sabía que era un hombre tímido a pesar de que pretendiera convencerse de lo contrario y pasaba por todos los síntomas de un adolescente. Sus ojos iban de la carretera al espejo y viceversa. Veía que tenía las mejillas sonrojadas.

«¿Qué demonios es esto? - se preguntó -. ¿Es que me voy a apabullar con una cualquiera.»

La contempló con más atención en busca de algo que atemperara su confusión y entonces distinguió dos profundas huellas de fórceps. Aquel descubrimiento le hizo sentirse más tranquilo. No demostraría tanta confianza y dominio de sí misma si supiera que él había visto las huellas del fórceps. A cuarenta y dos millas de recorrido se apearía. No podía perder un minuto si quería llegar a algo concreto con ella. Y cuando habló lo hizo con voz ronca.

La chica se inclinó hacia delante.

-No le oigo - dijo.

Louie carraspeó.

-Decía que después de llover es bonito el paisaje.

-Sí, efectivamente.

Se dio cuenta, por el espejo, de que seguía inclinada como dispuesta a seguir escuchando.

-¿No trabajará usted en el cine o en el teatro? -preguntó.

-No.

-Entonces... ¿no trabaja en nada?

La chica se echó a reír y su rostro asumió una expresión encantadora al hacerlo. Pero Louie se dio cuenta de que uno de los dientes de arriba lo tenía un poco torcido y de que e traba en el terreno de su vecino. Cuando dejó de reír y ocultó el diente con el labio superior, pensó: «No le gusta que se lo vean.»

Sabía la muchacha, de antemano, lo que diría. ¡Le había sucedido ya tantas veces! Procuraría enterarse de dónde vivía y le pediría el número de su teléfono. Pero era bien sencilla la respuesta. No vivía en ningún sitio. En un baúl que se quedó con Loraine conservaba unos libros: «El capitán Hornblower», «La vida de Beethoven» y novelas cortas de Saroyan, junto con unos viejos vestidos de noche. No le sorprendía el desasosiego de Louie. Estaba familiarizada con aquel rubor peculiar que subía al rostro de los hombres y con el tono forzado de la voz. Vio que, aprensivo, miraba por el espejo hacia la parte trasera del autobús.

Los hindúes se sonreían el uno al otro. El chino, con la mirada absorta en el aire, procuraba explicarse alguna discrepancia en las noticias que había estado leyendo. Un griego, en el asiento último cortaba un puro italiano en dos trozos con la navaja. Se llevó uno a la boca y el otro se lo guardó en un bolsillo de la chaqueta. La vieja se llenaba de rabia contra Louie; le lanzó una mirada furibunda por la espalda y apretó los labios hasta que desapareció de ellos el color.

La muchacha se volvió a inclinar hacia delante.

-No quiero que pierda el tiempo en cabalas. Trabajo de auxiliar en la clínica de un dentista.

Era una explicación que daba con frecuencia. Y no sabía por qué. Acaso porque la gente dejaba ya de ser curiosa; no le agradaba a nadie hablar de odontología.

Louie meditó en aquello. El autobús se acercó a un paso a nivel. Automáticamente, echó el freno y se detuvo. Luego, al cabo de un rato inició de nuevo la marcha. Se daba cuenta de que la situación empeoraba. La vieja comenzaría a escandalizar en cualquier

momento. Ni siquiera disponía de cuarenta y dos millas. En cuanto aquélla intervinese, tendría que desistir de su empeño. Por eso procuró ganar tiempo.

-Algunas veces voy a Los Ángeles -dijo-. ¿Quiere que vaya a visitarla? Podríamos cenar juntos y luego asistir a algún espectáculo...

La chica no le puso mala cara.

-No sé - contestó-. No vivo en un sitio fijo ahora. He estado fuera. Buscaré un piso en cuanto pueda.

-Pero usted trabajará en alguna parte. Puedo verla allí.

La vieja se agitaba en el asiento. Estaba indignada porque la había despachado del sitio.

-No. Todavía no tengo trabajo en Los Ángeles. Desde luego que no tardaré en colocarme porque mi profesión es muy solicitada.

-¿No querrá darme esquinazo? - preguntó Louie.

-No. Es la verdad.

-Entonces... ¿me avisará usted cuando esté establecida?

-No tengo ningún inconveniente.

-Es que me gustaría conocer a alguna chica con la que salir en Los Ángeles.

Al fin, la vieja estalló.

-Hay una ley que prohibe hablar con los viajeros - chilló -. Lo que usted tiene que hacer es fijarse en la carretera. - Se dirigió a los demás viajeros -. Este chófer pone nuestras vidas en peligro. Si no atiende su obligación como es debido, me apearé.

Louie se calló. Aquello era serio. Verdaderamente, le podía meter en un lío. Miró en el espejo y se encontró con los ojos de la chica. Con los labios, dijo:

-¡Esa tía pellejo!

La chica sonrió y se llevó un dedo a la boca. Por una parte se alegraba y por otra lo sentía. Sabía que, más pronto o más temprano, tendría que acabar mal con Louie. Pero veía, por otra parte, que en muchos aspectos era un chico agradable y de los que, hasta cierto punto, se pueden manejar.

Pero todo había terminado y él lo sabía. La chica no quero meterse en líos. No podía aprovechar el tiempo más que cuando el autobús corría, porque en cuanto llegaba a una estación, los viajeros se dispersaban con la mayor rapidez posible. Ahora, ya no había solución. En Rebel Corners se detendría el tiempo suficiente para que se apeara y para descargar aquella maldita cesta de tartas. Se inclinó encima del volante. La muchacha había cruzado las manos encima del regazo y no levantaba la mirada hasta el espejo. Había muchas chicas más guapas que aquélla. Las huellas del fórceps la afeaban mucho. Naturalmente, llevaba el pelo largo y echado hacia delante para taparlas. No podría recogérselo encima de la cabeza, como a él le gustaba. ¿Pues y si uno se despertaba en la cama y descubría aquellas cicatrices? Había muchas cerditas en el mundo y tenía dónde escoger. Pero, a pesar de todo, experimentaba un acentuado sentimiento de pesar. Pretendió luchar contra él, pero no logró hacerlo desaparecer. Aquella muchacha le había impresionado más que ninguna otra y de manera diferente. Ni siquiera sabía cómo se llamaba, ni lo conseguiría ya. Veía ya en los ojos de Edgar una mirada de interrogación, cuando retornara a San Isidro. Se preguntó si podría mentirle.

Los neumáticos zumbaban en la carretera y el motor palpitaba con ritmo acelerado. Por el cielo se deslizaban grandes nubes algodonosas, obscuras por el centro y blancas y brillantes por los bordes. Una de ellas ocultaba ahora el sol. Delante, por la autopista, veía su sombra que corría, veloz, hacia el autobús y, más allá, distinguía las copas verdes de los robles que se erguían en torno al comedor de Rebel Corners. En aquellos momentos estaba decepcionado por completo.

Juan Chicoy se acercó al autobús cuando éste paró.

-¿Traes algo para mí? - preguntó apenas se abrió la por tezuela.

Librodot

-Una viajera y un cesto de tartas - repuso Louie. Se levantó del asiento, dio media vuelta y agarró la maleta de la chica. Se apeó, alargó las manos, la muchacha se apoyó en sus brazos y bajó al suelo. Juntos, andaron hacia el comedor.

-Adiós - dijo ella.

-Adiós - contestó Louie. La vio entrar por la puerta del comedor, contoneando las caderas.

Juan y Pimples sacaron la cesta de tartas de la baca. Louie voIvió a su asiento.

-Hasta luego - dijo Juan.

La vieja se había trasladado al primer asiento. Louie cerró la portezuela del vehículo, puso en marcha el motor y partió Al adquirir velocidad en la autopista miró al espejo. La vieja le contemplaba con una mirada de irónico y mezquino triunfo.

«Tú has tenido la culpa - se dijo Louie -. Tú lo has echado todo a rodar.»

A propósito, vocalizó, en silencio, con los labios:

-Eres un pellejo indecente.

Vio que la vieja apretaba la boca. Había comprendido lo que quería decir.

Por la autopista zumbaba el motor del vehículo.

VIII

Juan y Pimples llevaron el cesto de tartas junto a la puerta del comedor y lo dejaron en el suelo. Los dos se quedaron mirando a la rubia que entraba entonces por la puerta. Pimples emitió un leve silbido mientras las palmas de las manos comenzaban a sudarle de pronto. Juan entornó los ojos hasta cerrarlos casi del todo. Nervioso, se pasó la lengua por los labios.

Se inclinó y abrió la tapa de la cesta.

-Te apuesto una cosa, Kit - dijo.

-¿De qué se trata?

-Te apuesto dos contra uno a que ya se te ha ocurrido pensar que hace dos semanas que no tienes un día de asueto y que te gustaría disfrutarlo hoy, viniendo conmigo hasta San Juan. No estorbarías, por si el autobús se estropeaba otra vez.

Pimples comenzó a sonrojarse. Levantó los ojos, un poco desazonado, y le miró. Pero no vio en él más que una expresión de buen humor que no ofendía.

-Bueno - asintió por fin, sintiendo que hablaba con un hombre. Juan comprendía los sentimientos de la gente. Cuando una buena chica pasaba al lado, sabía lo que uno experimentaba -. Bueno... - repitió.

-Bueno... - ¡e remedó en son de burla -. ¿Y quién cuidará de los surtidores de gasolina y de los neumáticos?

-¿Quién lo hacía antes?

-Nadie. Poníamos un cartel en el garaje que decía: «Cerrado por reformas». Alice puede proveer de gasolina.

Le dio una manotada en la espalda.

«¡Vaya un elemento! - pensó Pimples-. ¡Vaya un elemento!»

Las tartas estaban colocadas, dentro de la cesta, en cuatro filas separadas, de doce tartas cada una, es decir, cuarenta y ocho en total.

-Veamos - dijo Juan-, nos quedaremos seis de frambuesa, cuatro de crema de limón, cuatro de pasas y dos flanes. El resto lo mandaremos a San Juan.

Mientras hablaban sacaba las tartas y las dejaba encima de la tapa de la cesta.

-Llévalas al comedor, Pim... digo, Kit. Perdona, chico, pero no logro acordarme de llamarte por tu nombre.

Éste cogió una tarta en cada mano y entró en el comedor. La rubia estaba sentada en un taburete y bebía una taza de café. No le veía la cara pero experimentó la influencia de aquella especie de electricidad que parecía rodear a la muchacha. Dejó las tartas en el mostrador.

Al volverse para salir se dio cuenta del silencio que reinaba en la sala.

Míster Pritchard, el viejo artrítico, y Horton estaban extasiados. Devoraban a la rubia con la mirada. Mistress Pritchard y su hija contemplaban las pirámides de paquetes, al otro lado del mostrador. Alice no se encontraba allí, pero Norma estaba frente a la rubia, limpiando el mostrador con el paño.

-¿Quiere unos caracoles? - inquirió aquélla.

Pimples se detuvo. Quería oír la voz de la rubia.

-Bueno, no vendrán mal - repuso.

Un espasmo fugaz convulsionó el estómago del muchacho al oír el tono, ligeramente ronco, de la voz de la chica. Salió precipitadamente y agarró otras tartas.

-No te entretengas - le advirtió Juan-. Podrás contemplarla hasta que lleguemos a San Juan, a menos que no quieras conducir el coche.

Pimples entró, a buen paso, con las tartas. Ya había dieciséis fuera. Quedaban, pues, treinta y dos. Juan cerró la tapa y echó el pestillo. Cuando aquél salió por última vez, le ayudó a colocar la cesta en el gran recipiente negro de *Sweetheart*, el autobús. Ya estaba listo el vehículo. Juan lo miró. No era un *Greyhound*, pero tampoco era un mal coche. En torno a las ventanillas necesitaba una mano de pintura. Tendría que darle un repaso.

-Bueno, vámonos. Cierra las puertas del garaje. Entre los bancos, bajo los enchufes de la manga del radiador encontrarás el cartel para colocar en la puerta. Si has de cambiarte de ropa, date prisa.

Pimples se dirigió, rápido, al garaje y Juan se encaminó al comedor.

Míster Pritchard tenía la pierna derecha, cruzada, encima de la izquierda y el pie, en el aire, se movía con leves movimientos convulsivos. Había lanzado una mirada a la cara de la rubia cuando entró, y ahora experimentaba una agradable excitación. Pero estaba perplejo. Estaba seguro de haberla visto en algún sitio. Acaso estuvo colocada en alguna de sus fábricas como secretaria; acaso trabajaba en la oficina de algún amigo. Pero, desde luego, la había visto antes; estaba seguro. Creía sinceramente que jamás olvidaba una cara cuando en realidad era muy mal fisonomista. No se fijaba en el rostro de nadie a menos que no hiciera algún negocio con su poseedor. Le extrañaba el sentimiento de culpa que le asaltaba al esforzarse en recordar a la muchacha. ¿Dónde pudo haberla visto?

Su mujer miraba, disimuladamente, el pie inquieto de míster Pritchard. Ernest Horton contemplaba, casi absorto, las piernas de la rubia. A Norma se le hizo simpática la chica. Hasta cierto punto, aquélla se parecía a Loraine. No quería a nadie - bueno, a nadie excepto a uno -, y por lo tanto no tenía nada que perder. Y esta muchacha era educada y comedida. Al parecer también se sintió atraída hacia Norma, al ver que encontraba en ella simpatía.

Unos momentos antes de que entrara el *Greyhound*, Alice le había dicho:

-Ocúpate un momento del mostrador, ¿quieres? Volveré en seguida.

Y luego, el autobús, la rubia y el servir el café le distrajeron los pensamientos. Pero ahora, la asaltó una sospecha, casi una certidumbre absoluta. Sabía lo que iba a suceder, como si lo estuviera viendo. Lo sabía y, por eso, en medio de su creciente indignación, se puso a hacer cálculos. Pensó en el dinero que tenía en billetes. Lo podría emplear hasta conseguir un nuevo trabajo. ¿Por qué no marcharse ahora? Tendría que hacerlo una vez u otra. Abrió el pequeño armario que había debajo de los estantes, y metió en él todas las tartas, excepto una de cada clase que colocó en el mostrador. El olor que se desprendía de ellas le revolvió el estómago. No sabía qué hacer.

Entró Juan por la puerta de la calle y se quedó mirando por detrás a la rubia.

-¿Quiere usted cuidar del mostrador un momento, míster Chicoy? - dijo Norma.

-¿Dónde está Alice? - preguntó Juan.

-No lo sé - repuso Norma. Pero la veía en su imaginación. Alice tenía la vista débil y sin duda había llevado la carta junto a la ventana para que le diera más la luz. No es qne sintiera un gran interés. Era sólo una especie de curiosidad vaga y fortuita. Se inclinaría un poco, hacia la luz, y el pelo le caería ante los ojos y se lo apartaría de un soplido; mientras,

sus dedos escarbajearían por las hojas de la carta. Norma se estremeció. Se vio a sí misma penetrando en la habitación. Se vio arrebatándole la carta, mientras doblaba los dedos. Notó su piel al apretar las uñas contra ella. Caería de espaldas y entonces se dejaría caer de rodillas en su estómago amplio y blanducho y le llenaría la cara de arañazos. Juan la miró y dijo:

-¿Qué le ocurre? ¿Se encuentra mal?

-Sí.

-Pues márchese antes de que se ponga aquí mala del todo.

Norma abrió con suavidad la puerta de la alcoba. La de su propio cuarto estaba ligeramente entreabierta. En silencio, se encaminó a ella. Temblaba de frío. Sin hacer ruido, abrió del todo la puerta. Y allí estaba Alice, junto a la ventana, con la carta de Clark Gable en las manos a dos dedos de sus narices y apartándose el pelo con un soplo. Levantó la vista y la vio junto a la puerta. Tenía la boca abierta y una expresión de ansia en el rostro.

Norma dio un paso al interior, con las mandíbulas tan apretadas que la boca se convirtió en una simple línea. Alice estúpidamente, le alargó la carta. La cogió, la plegó con cuidado y se la metió en el seno. Luego se dirigió al armario y sacó la maleta de debajo. La abrió y comenzó a meter cosas en ella. Vertió en su interior el contenido de los cajones del armario y luego apretó el conjunto para dejar sitio a tres trajes más. El abrigo lo dejó encima de la cama.

Alice no se podía mover. Contemplaba a Norma, moviendo de un lado a otro la cabeza para seguir sus evoluciones cuarto. Ésta disfrutaba, en silencio, de su triunfo. Ahora, ganado. Tras una vida de desprecios, ahora estaba en el machito y guardaba silencio. Le agradaba más así. No pronunció una sola palabra y no abriría la boca. Metió dos pares de zapatos en la maleta, luego bajó la tapa y la cerró.

-¿Te marchas ahora mismo? - preguntó Alice.

No contestó. No tenía intención de romper su victoria. Nadie podía obligarla.

-No era mi deseo hacerte ningún mal - dijo Alice.

Norma ni siquiera la miró.

-Mejor será que no digas nada si no quieres vértelas conmigo - añadió Alice, inquieta.

Norma seguía sin hablar. Se acercó a la cama y cogió su abrigo negro, con cuello de piel de conejo. Luego tomó la maleta y salió del cuarto. Su respiración le producía un leve silbido en la nariz.

-¿Qué ocurre? - inquirió Juan.

-Que me marcho a San Juan con usted - contestó.

Lanzó una mirada a los Pritchard.

-Pero tiene que ayudar a Alice - repuso Juan -. No puede quedarse sola.

-Me marcho definitivamente - anunció Norma. Vio que la rubia se fijaba en ella al salir del mostrador. Con gran decisión se encaminó a la puerta. Llevó la maleta al autobús y ocupó un asiento en la parte trasera, donde se sentó muy tiesa.

Juan se la quedó mirando, al salir del comedor y se encogió de hombros.

-¿Por qué habrá sido? - pronunció, sin dirigirse a nadie en particular.

Ernest Horton había fruncido el ceño. Odiaba a Alice.

-¿A qué hora nos marchamos? - indagó.

-A las diez y media - contestó Juan-. Son ahora las diez y diez.

Lanzó una ojeada a los Pritchard.

-Bueno, me tengo que cambiar de ropa. Si quieren café o alguna cosa, díganlo.

Entró en la alcoba. Se despojó del mono, de los zapatos y de los calcetines, dejándolo todo en un montón, en el suelo. Se dirigió al cuarto de baño y llamó a la puerta. Alice la abrió. Se había lavado otra vez la cara y un mechón mojado de pelo se le pegaba a la mejilla. Tenía los ojos hinchados e irritados.

-¿Qué ha ocurrido? No lo estás pasando muy bien ¿verdad?

-Me duelen las muelas - explicó Alice-. No puedo evitarlo. El dolor no me deja parar.

-¿Qué ha pasado con Norma?

-Déjala que se vaya. Ya sabía yo que algún día me las tendría que ver con ella.

-¿Qué ha hecho?

-Nada. Que es bastante ligera de dedos.

-¿Se ha llevado algo?

-Sí. ¿Recuerdas aquella botella de Bellodgia que me regalaste para las Navidades? Pues desapareció y me la encontré en su maleta. Me sorprendió cuando la sacaba y se puso terca; entonces le dije que se marchara.

Juan entornó los ojos. Sabía que aquello era una mentira, pero no le interesaba enterarse de la verdad. Las disputas de mujeres le tenían sin cuidado.

-Toda la mañana has estado insoportable - dijo-. ¿Qué demonios te ocurre?

-Es que estoy indispuesta. Y además, el dolor de muelas.

Juan sabía que lo primero no era cierto. Y en cuanto a lo otro no estaba muy convencido.

-Entonces, échate un buen trago cuando nos vayamos. Te sentará bien para las dos cosas.

Alice se alegró. Era aquello lo que deseaba que le dijera.

-Tienes que cuidar de todo - agregó Juan -. Pimples me acompaña hoy.

La idea le agradó a la mujer. Estaría sola, completamente sola. Pero disimularía.

-¿Por qué se marcha Pimples? - preguntó.

-Quiere hacer unas compras en San Juan... ¿Por qué no cerramos la estación? Tú podrías ir a que te viera el dentista en San Juan.

-No - contestó Alice-. No me parece una buena idea. Iré a San Isidro mañana o pasado. No me parece bien cerrar el comedor.

-Bien. La muela es tuya... - dijo Juan -. Sal y ocúpate de los viajeros - añadió asomando la cabeza por las cortinas del baño, donde se había metido.

Al entrar Alice en el comedor, Ernest Horton alternaba con la rubia.

-Ahora, sírvanos un par de tazas de café - dijo. Y luego a la rubia -: ¿Le parece bien?

-Sí, no tengo inconveniente.

La rubia había dicho que se llamaba Camille Oaks, cosa que, desde luego, no era cierta. El nombre se lo sugirió un anuncio de los cigarros Camel - otra rubia con senos esféricos - y un árbol que veía por la ventana. Pero en lo sucesivo, por lo menos durante aquel viaje, se llamaría Camille Oaks.

-En alguna parte he oído hace poco ese nombre - dijo Ernest. Cortésmente, le pasó el azucarero.

Míster Pritchard seguía moviendo el pie y su mujer lo contemplaba. Sabía que se ponía nervioso e irritable por algo, pero ignoraba el motivo. Le faltaba experiencia de aquellas cosas. Sus amigas no pertenecían a la clase que podía estimular la inquietud de su pie. Y, por otra parte, desconocía todo lo referente a su marido, fuera de sus propias actividades sociales.

Míster Pritchard descabalgó la pierna, se levantó y se dirigió al mostrador.

-Usted piensa en el juicio referente al asesinato de Oaks -le dijo a Ernest-. Estoy convencido de que esta señorita no fue asesinada, o viceversa - continuó con una risilla -. Un poco más de café - pidió, galante, a Alice.

Su hija se tiró del párpado para verle mejor. Su voz sonaba con un tono que era desconocido y que le chocaba. Atisbo luego a la rubia y de repente se dio cuenta de lo que se trataba.

Su padre se esponjaba ante Camille Oaks como si en una comedia representara un papel paternal. Evidentemente no le gustaba nada lo que veía.

-Tengo la idea de que la he visto a usted en alguna parte... -dijo míster Pritchard.

Camille le miró la cara y luego se fijó en la insignia de la solapa. Sabía dónde le había visto. Cuando se despojaba de sus vestidos y se sentaba en la gigantesca copa de vino, procuraba no mirar las caras de los hombres. Había algo en sus ojos húmedos y salientes que la asustaba. Temía que, si miraba directamente a uno, éste saltara sobre ella. Para ella sus

públicos eran cientos de cabezas de caras apopléticas y cientos de cuellos blancos con pechera. Los miembros de los clubs «Ahe Two Fifty» y «The Three Thousand», solían llevar *smoking*.

-No me acuerdo - contestó.

-¿No ha estado usted nunca en el medio oeste? - insistió.

-He trabajado en Chicago.

-¿Dónde? - indagó míster Pritchard-. La impresión que tengo de haberla visto es muy fuerte.

-Soy auxiliar en clínicas dentales.

Los ojos de míster Pritchard se iluminaron tras las gafas.

-¡Ah! Entonces ya sé. Usted ha trabajado con el doctor Horace Liebholtz, mi dentista de Chicago, ¿no es eso?

-No - replicó Camille-. Nunca he trabajado para él. Últimamente estuve empleada con el doctor T. S. Chesterfield.

También aquel nombre lo sacó de un anuncio y no estuvo muy afortunada. Esperaba que míster Pritchard no viera encima de su hombro el rótulo: «Cigarrillos Chesterfield... los mejores».

Ante el disgusto de su hija, míster Pritchard dijo:

-Bueno, antes o después me acordaré. Nunca me olvido de las caras que veo.

Mistress Pritchard sorprendió la mirada de desagrado de Mildred y también ella se fijó en su marido. Obraba de manera extraña.

-Elliot - le llamó-, ¿quieres traerme un poco de café?

Míster Pritchard pareció retornar a la realidad.

-¡Ah, sí...! ¡Desde luego! - exclamó con voz normal.

Pero se sentía irritado y nervioso otra vez.

La puerta se abrió y entró Pimples Carson; pero un Pimples desconocido. Se había empolvado la cara de modo exagerado con el propósito de disimular las erupciones y no consiguió más que convertir en púrpura el color rojo de los granos. La pomada le sujetaba fuertemente el pelo hacia atrás. Llevaba una camisa con un cuello muy prieto y una corbata verde con un nudo pequeño. Parecía sofocarse con aquel cuello, y cuando tragaba, la camisa y la corbata le subían y bajaban un poco. Vestía un traje de color obscuro y a ambos lados de los pantalones se notaban, aunque apenas perceptibles, las huellas de los muelles del somier. Calzaba zapatos blancos y calcetines de lana de cuadros verdes y encarnados.

Alice le contempló con una mirada de asombro.

-¡Fíjense lo que acaba de entrar! - exclamó.

Pimples la odiaba. Se sentó en el taburete que había dejado míster Pritchard para llevar el café a su esposa.

-Déme una rebanada de esa tarta de frambuesa - pidió.

Luego lanzó una ojeada a Camille y le dijo con voz un poco sofocada:

-Debiera probar un trozo de esa tarta, señorita.

-Camille le miró con cierta compasión. Sabía cuándo un hombre empezaba a trastornarse.

-No, gracias - respondió con suavidad -. He desayunado ya en San Isidro.

-Corre de mi cuenta - insistió Pimples tenaz.

-No, de verdad; muchas gracias. No me lo podría comer.

-Pues él sería capaz de comerse las manos si las tuviera de tarta - manifestó Alice mientras se apoderaba del cuchillo.

-Una rebanada doble, por favor - pidió Pimples.

-Me parece que no vas a recibir el jornal - dijo con crueldad -. Te lo has comido ya esta semana.

Pimples parpadeó. ¡Qué asco le tenía a aquella mujer! Alice examinaba a la rubia. Se había dado cuenta de que todos los hombres estaban pendientes de ella, y esto la hacía

Librodot

ponerse nerviosa. Cuando entrara Juan lo observaría. Hacía unos instantes deseaba que el autobús arrancara cuanto antes para beber a gusto; pero ahora se le sublevaban los nervios.

-Me gustaría enseñarle algunas cosas que llevo en mi muestrario- dijo Ernest Horton-. Son verdaderamente originales.

-¿Cuánto tiempo hace que lo licenciaron a usted? - preguntó Camille.

-Cinco meses - contestó.

La chica se fijó en la solapa donde Ernest llevaba una insignia con la barra azul y las estrellas blancas.

-Eso es bonito - comentó-. La máxima condecoración, ¿no?

-Eso me dijeron - repuso Ernest-. A mí no me gusta llevar cualquier cosa.

Los dos se echaron a reír.

-¿Se la colocó el mismo jefazo?

-En persona - respondió Ernest.

Míster Pritchard se inclinó hacia delante. Le molestaba o saber lo que ocurría.

-Anímese y pruebe esa tarta de frambuesa - reiteró Pimples.

-No. De verdad. No puedo.

-Como encuentre una mosca en la tarta te la tragarás entera - amenazó Alice.

Camille conocía los síntomas. Aquella mujer empezaba tenerle ojeriza. Inquieta miró a las otras dos mujeres del cuarto. Mistress Pritchard no era probable que la molestara, en cuanto a la muchacha que pretendía seguir sin las gafas, deseaba que no se cruzara en su camino. Sería un hueso duro de roer. Mentalmente exclamó para sí:

«¡Por Dios, Loraine; sacúdete al estúpido ése y vivamos otra vez juntas en nuestra habitación!»

Se sentía sola y aburrida. ¿Qué tal viviría casada con un hombre como míster Pritchard? Se parecía al que ella conservaba en su mente. No sería muy difícil vivir en matrimonio con un hombre así. Su mujer no tenía aspecto de que le diera a ella mucha guerra.

Bernice Pritchard estaba en la inopia. No detestaba a Alice. Se dio cuenta, confusamente, de que en el cuarto se había experimentado un cambio, pero no sabía de qué se trataba.

-Mejor será que juntemos nuestro equipaje - manifestó a Mildred con viveza. Y eso a pesar de que ya lo tenían reunido.

Juan salió de la alcoba. Llevaba unos pantalones de pana, una camisa azul y una chaqueta de cuero. Se había peinado hacia atrás su abundante cabello y el rostro lucía un afeitado reciente.

-¿Están ustedes preparados? - preguntó.

Alice le observó al dirigirse al extremo del mostrador. Ni una sola vez miró a Camille. Esto la hizo alarmarse. Juan miraba a todas las muchachas. Cuando no lo hacía es que sucedía algo anormal.

Míster Van Brunt, el viejo del cuello tieso, entró del exterior y mantuvo la puerta entornada.

-Parece que va a llover más - dijo.

-Usted se marchará en el próximo *Greyhound* hacia el Norte - se limitó a contestar Juan.

-He cambiado de idea - manifestó el otro-. Me iré con usted. Quiero ver ese puente. Pero repito que va a llover más.

-Creía que no quería usted venir.

-¿Es que no puedo cambiar de idea? ¿Por qué no vuelve a telefonear para enterarse del estado del puente?

-Dijeron que no le pasaba nada.

-Pero era hace un rato - objetó Van Brunt-. Usted es de fuera y no sabe la rapidez con que crece el San Isidro. Yo le he visto subir un pie en una hora. Mejor será que vuelva a telefonear.

Juan perdió la paciencia.

-Oiga, amigo - dijo -. Yo guío el autobús y hace tiempo que lo vengo haciendo. ¿Comprende? No necesito instrucciones de nadie y sé perfectamente lo que tengo que hacer.

Van Brunt volvió la cara a un lado y se quedó mirando fríamente a Juan.

-No sé si ir en su coche o no. Hasta es posible que escriba una nota a la comisión de caminos. Usted es un transportista común. No lo olvide.

-Cuando ustedes quieran, señores - pronunció Juan.

Alice le observaba de reojo. No miró a Camille ni se brindó para llevarle la maleta. Aquello era un mal síntoma. No se comportaba así normalmente.

Camille cogió la maleta y salió del comedor. No quería compartir el asiento con ninguno de los hombres. Rápidamente estudió las posibilidades. Mildred Pritchard iba sin pareja, pero le era ya hostil. Sin embargo, la chica que se había despedido estaba en el autobús. Entonces aceleró el paso y subió al vehículo. Con toda la rapidez posible, Ernest Horton y mister Pritchard la siguieron, pero llegó antes que ellos. Norma se sentaba inmóvil. Tenía la nariz colorada y brillante y estaba asustada por lo que había hecho.

-¿Le molestará que me siente a su lado? - preguntó Camille.

Norma volvió la cabeza con rigidez y la miró.

-Hay muchos sitios vacíos - respondió.

-Déjeme que me siente con usted, por favor. Más tarde explicaré el motivo.

-Haga como guste - accedió Norma magnánima.

La gente no deseaba nunca sentarse a su lado. Pero en este caso existía un motivo. Acaso un motivo misterioso. Pensó en las intrigas de las películas. Se corrió hacia la ventanilla e hizo sitio a la otra.

-¿A dónde va usted? - le preguntó.

-A Los Ángeles.

-¡Qué casualidad! También yo voy allí. ¿Vive usted en Los Ángeles?

-A temporadas - contestó Camille.

Se dio cuenta de que los hombres que salieron tras ella del comedor la vieron sentarse junto a Norma y disminuyeron la marcha. Ya no habría competición. Se agruparon en la parte trasera del autobús para que colocaran los bártulos en el compartimiento de los equipajes.

Juan se detuvo un momento junto a la puerta del comedor, por donde Alice le miraba.

-Toma las cosas con calma - dijo -. Esta mañana no había quién te aguantara. Procura calmarte antes de que vuelva.

Alice puso un gesto de acritud y quiso contestarle.

-Porque, si no, uno de estos días me marcharé y no volveré -concluyó Juan.

Alice contuvo la respiración.

-Es que no me encuentro bien - se quejó.

-Bueno, pues ponte buena cuanto antes. A nadie le gusta la gente enferma. A nadie. Tenlo bien presente.

No se fijaba en ella, sino que tenía la mirada perdida en otra parte. El pánico hizo presa en la mujer al verle dar media vuelta y dirigirse al autobús.

Apoyó los codos en la puerta. Las lágrimas le brotaban de los ojos.

-Estoy gorda y soy vieja - pronunció con voz queda-. Tú puedes aún divertirte con chicas jóvenes; pero..., ¿y yo? Con nadie. Soy un pellejo despreciable.

Detrás de la puerta se puso a sollozar en silencio.

A mister Pritchard le hubiera gustado ocupar un asiento detrás de la rubia; pero su mujer se sentó por la parte lan. tera y tuvo que acomodarse a su lado. Mildred se sentó al otro lado y sola, tras ellos. Pimples se encaramó al autobús y se co. locó donde quería hacerlo míster Pritchard. Ernest Horton se sentó con él.

Juan observó, aburrido, que Van Brunt se había situado en el asiento inmediatamente posterior al suyo. Aquél estaba nervioso. No había dormido mucho, y desde que despuntó la mañana todo parecía salir mal. Hizo un ademán a Alice con la mano. Dedujo, por su postura,

que estaba llorando. Le tenía sin cuidado y, en realidad, lo deseaba. Acabaría por perder los estribos.

«¿Por qué seguiré con ella?», se preguntó.

Por pereza, opinó. No quería pasar por el torbellino emotivo de abandonarla. A pesar de sí mismo, se preocupaba de ella, y sería una verdadera molestia. Necesitaría otra mujer en seguida y para ello tendría que hablar, que discutir y que convencer. Junto a la que uno estaba acostumbrado se vivía con menos preocupaciones. Además, Alice era la única mujer, fuera de Méjico, capaz de preparar las habas como era debido. Era extraño. Cualquier indio, en Méjico, las sabía guisar, mientras que en los Estados Unidos sólo tropezó con Alice. Aquí las mezclaban con tomates, ajos y cosas por el estilo, cuando había que guisarlas solas y sin mezcla.

«Porque hace las habas como a mí me gustan», se dijo a sí mismo con una sonrisa.

Pero había además otro motivo. Y era que le amaba. Lo sabía. Y uno no puede dejar una cosa de ésas. Es como una estructura peculiar a la que no se puede abandonar sin dejan enganchada en ella una pieza de su propia alma. Así, para s guir entero, hay que continuar en su sitio por mucho que uno le disguste.

Levantó la vista al cielo. Seguía la atmósfera en calma, pero en las regiones superiores soplaba un fuerte viento que acumulaba legiones de nuevas nubes encima de las montañas. Los corpulentos robles goteaban todavía agua de la lluvia matinal.

Por mucho que le disgustara concederles crédito a las manifestaciones de Van Brunt, reconocía que no tardaría en llover más, y pronto. El viejo volvió a la carga en cuanto se acomodó en el asiento.

-¿Sabe de dónde viene el viento? Del Sudoeste. ¿Sabe de dónde vienen esas nubes? Del Sudoeste. ¿Sabe de qué parte viene la lluvia a esta comarca? Del Sudoeste.

-Muy bien, hombre. Y todos nos moriremos también algún día - repuso Juan-. Y algunos de mala manera. A usted le puede aplastar un tractor, por ejemplo. ¿No ha visto usted a nadie que le cogiera un tractor?

-¿A cuento de qué viene eso? - preguntó Van Brunt.

-A cuento de que deje usted que llueva, si quiere.

-Yo no tengo tractores - manifestó Van Brunt-. Poseo cuatro pares de caballos de los mejores de este Estado. ¿Cómo se le ha ocurrido lo del tractor?

Juan pisó el aparato de arranque y el motor, casi inmediatamente, se puso en marcha, emitiendo un ruido sostenido y satisfactorio. Entonces se volvió en el asiento.

-Kit - dijo -, presta atención al sonido de las ruedas de atrás.

-Muy bien - repuso Pimples.

Le halagaba la confianza que ponía en él.

Juan dirigió el vehículo hacia la carretera alquitranada que conducía a San Juan de la Cruz. No era un camino muy ancho, pero estaba bastante bien conservado. En el valle y en las colinas el sol y las nubes producían un incesante juego de luces y sombras.

El *Sweetheart* corría a cuarenta millas por hora. Era un buen autobús y las ruedas de atrás giraban con normalidad.

-Nunca me han gustado los tractores - manifestó míster Van Brunt.

-Ni a mí tampoco - afirmó Juan.

Se sintió a gusto de repente.

Aquél no estaba dispuesto a dejar así la cosa. Torció a un lado la cabeza y preguntó:

-¿No será usted uno de esos que adivinan el porvenir?

-No - replicó Juan.

-Es que yo no creo en esas personas - comentó Van Brunt

-Ni yo tampoco.

-No me gustaría tener tractores en mi finca.

Juan estuvo a punto de decir:

-Yo tenía un hermano que murió a consecuencia de la coz de un caballo.

Pero pensó:

«¡Bah! ¡Tonterías! Este individuo es un aguafiestas. No sé de qué tendrá miedo.»

IX

La autopista a San Juan de la Cruz era una carretera asfaltada. Hacia el 1920 y años posteriores se concluyeron cientos de millas de autopistas de cemento en California. La gente comentaba: esto será permanente. Esto durará tanto como calzadas romanas y es posible que más, ya que la hierba no puede crecer por entre el cemento haciéndole saltar. Pero no fue así. Las ruedas de toda clase de vehículos machacaban el cemento y al cabo de algún tiempo se comenzaba a resquebrajar. Salía una raja en algún lado; luego el hielo del invierno la ensanchaba hasta que, al fin, el cemento, incapaz de soportar por más tiempo el castigo de los coches, se agrietaba.

Entonces los encargados de la conservación de los caminos llenaron las rajas de alquitrán para que no se inundaran de agua, pero aquello no dio resultado y acabaron por cubrir las carreteras con una mezcla de asfalto y grava. Eso fue un acierto, porque las pistas no ofrecían una superficie dura al machaqueo de las cubiertas. Cedían un poco, se ablandaban en el verano y se endurecían en invierno. Y, poco a poco, se cubrieron de esta manera todas las carreteras.

La pista de San Juan se deslizaba recta por entre campos sin vallar, en los que el ganado no pastaba ya. La tierra era demasiado valiosa para dedicarla a la ganadería. Los campos se abrían a la autopista y terminaban en zanjas junto a la carretera. Y en las zanjas crecían el ajenabo y el colinabo con sus pequeñas florecillas de color púrpura.

La autopista se prolongaba recta hasta las primeras colinas, redondeadas, femeninas, sexuales y blandas, como carne. Los flancos, limpios y brillantes, del autobús reflejaban el agua de las cunetas. Las pequeñas mascotas bailoteaban contra el parabrisas. La Virgen de Guadalupe contemplaba con benigna mirada, desde el cuadro de mandos, a los viajeros.

Por la parte trasera del autobús no se percibía en las ruedas ningún ruido sospechoso, sino únicamente el curioso quejido de la transmisión. Juan se acomodó en el asiento dispuesto a disfrutar con el viaje. Frente a él colgaba un gran espejo en el que contemplaba a los viajeros y otro fuera de la ventalla para ver la carretera por detrás. Por la autopista no pasaba nadie. Sólo unos pocos autos, pero ninguno procedente de San Juan. Al principio esto le sorprendió y acabó por preocuparle. Acaso estaba el puente estropeado. En ese caso tendría que volverse. Llevaría a los pasajeros a San Isidro para que allí tirara cada cual por su lado. Si el puente estaba estropeado habría ninguna línea de autobuses hasta que se volviera a reparar. Vio por el espejo que Ernest Horton había abierto el muestrario y que le enseñaba un artículo a Pimples, que daba vueltas, centelleaba y desaparecía. Se dio cuenta también de que Norma y la rubia hablaban con las cabezas juntas. Entonces aceleró un poco la velocidad.

No creía que pudiera hacer nada con la rubia, porque no veía posibilidad de abordarla. De todos modos, tenía los años suficientes para no sufrir por lo que se encontraba fuera de su alcance.

Norma, al principio, no le puso buena cara a la rubia, y transcurrió algún tiempo antes de que se ablandara. Pero Camille la necesitaba como una especie de protección y marchaban al mismo punto.

-Nunca he estado en Los Ángeles ni en Hollywood - confió Norma en voz baja para que Ernest no la oyera-. No sé dónde ir. Estoy despistada.

-¿Qué piensas hacer? - preguntó Camille.

-Primero buscar trabajo. De camarera o algo así. Me gustaría trabajar en el cine.

-Mejor será que primero te coloques de camarera - aconsejó Camille -. El cine es una cosa muy difícil.

-¿Eres tú artista? Tienes aspecto de eso.

-No. Trabajo en clínicas dentales. Soy auxiliar.

-¿Y dónde vives? ¿En el hotel, en un piso?

-De momento en ningún sitio. Antes compartía unas habitaciones con una amiga, antes de marcharme a Chicago a trabajar.

Los ojos de Norma cobraron un nuevo brillo.

-Tengo ahorrado un poco de dinero - dijo-. ¿Y si alquiláramos un piso para nosotras dos? Si me coloco en un restaurante, la comida no nos costaría apenas nada. -La ilusión animaba-. Pagando a medias el alquiler no gastaríamos mucho. Además, yo recibiría buenas propinas.

Camille sintió compasión por su compañera. Miró su nariz colorada, sus ojos tristones, su cutis deslustrado.

-Ya veo que tu pelo es de color natural - dijo Norma. Pero acaso pudieras decirme lo que he de hacerme para darle vida al mío. Parece estopa.

Camille se echó a reír.

-Te sorprenderías si supieras de qué color es mi cabello -dijo-. Estáte quieta unos momentos.

Examinó su cara mientras pensaba en el maquillaje que mejor le iría. La vio con el pelo brillante y ondulado, con los ojos un poco agrandados por la abéñula y con la boca remodelada gracias a la barra de carmín. No se hacía ilusiones con respecto a la belleza. Sin el maquillaje, Loraine era una verdadera birria; pero ésta se sabía arreglar. Sería divertido transformar a aquella muchacha y darle alguna confianza en sí misma. Hasta resultaría mejor que Loraine.

-Procuraremos hacer algo - dijo. Y luego continuó-: ¡Qué bonito es todo esto! Me gustaría vivir en el campo.

Se había hecho ya a la idea de lo que sucedería. Transformaría a Norma y haría de ella una chica guapa si tenía cuidado. Y entonces entablaría relaciones con algún muchacho y, naturalmente, lo llevaría a casa para enseñárselo. El chico, entonces, se encapricharía de ella misma y Norma acabaría por aborrecerla. Así sucedería todo. De esa forma había ocurrido ya. Pero, ¡qué demonios! Antes de que ocurriera sería divertido. Y, si se sabía anticipar, nunca estaría en casa cuando Norma llevara allí a su amigo.

-Procuraremos hacer algo - repitió.

Juan vio un conejo aplastado en medio de la carretera. A mucha gente le gustaba pasar por encima de bichos como aquél, pero no a él. Movió un poco el volante para que los restos del Winial pasaran entre las ruedas. El coche corría a cuarenta y cinco millas por hora. Los grandes autobuses iban a veces a sesenta, pero disponía de mucho tiempo. La carretera se prolongaba recta otro par de millas antes de curvarse por entre las colinas.

Mildred Pritchard notaba el brusco pasar de los postes del teléfono como leves golpes en los ojos. Se había puesto otra vez las gafas, y veía por el espejo la cara de Juan. Desde su asiento apenas distinguía algo más que su perfil. Se dio cuenta de que con mucha frecuencia levantaba la cabeza para mirar a la rubia y esto la indignó un tanto. Estaba un poco perpleja por lo que había sucedido aquella mañana. Nadie sabía nada, desde luego, a menos que Juan Chicoy lo hubiese adivinado. Una frase martilleaba en su mente:

-Ni es rubia, ni trabaja en clínicas dentales, ni se llama Camille Oaks.

La frase se repetía machacona y constante. Al fin se dijo:

- Procuro destruir a esa mujer. Estoy haciendo algo estúpido. ¿Por qué no reconocer que siento celos? Estoy celosa. Muy bien. ¿Me siento menos celosa al reconocerlo? No. Pero, por otra parte, mi padre se puso en ridículo por ella. Muy bien. ¿Me preocupa, sin embargo, que mi padre se ponga en ridículo? No, me tiene sin cuidado. No deseo que la gente piense que soy su hija. Y tampoco quiero ir a Méjico con él. Me sé de memoria todo lo que va a decir en el viaje.

Se sentía molesta y el traqueteo del autobús no la aliviaba.

«El baloncesto es lo interesante», pensó.

Dobló los músculos de los muslos y pensó en el estudiante de ingeniero y en el rato que pasó con él.

Míster Pritchard estaba cansado y aburrido. A veces, cuando le dominaba el tedio, era insoportable.

-Esta tierra parece muy rica - le dijo a su esposa -. California produce la mayor parte de los vegetales que consumen los Estados Unidos.

Mistress Pritchard imaginaba lo que diría a sus amistades cuando volviera a casa:

-Entonces seguimos corriendo por millas y millas de campos verdes con amapolas y altramuces, como si fueran jardines. Viajaba con nosotros una rubia, y todos los hombres, hasta mi Elliot, estaban encandilados con ella. Luego estuve toda una semana tomándole el pelo por eso.

Escribiría en una carta:

«Y yo estoy convencida de que aquella muchacha pintarrajeada era una buena chica. Dijo que trabajaba en clínicas dentales, pero yo creo que era una artista de las que hacen pequeños papeles. ¡Hay tantas de ésas en Hollywood! Treinta y ocho mil en lista...

Cabeceó un poco. Tenía sueño y hambre.

«¿Qué aventuras correremos?», pensó.

Sabía míster Pritchard cuándo su esposa se refugiaba en sus sueños; pero, aunque no le escuchara, continuaba hablando. Con frecuencia exponía sus ideas sobre la política o los negocios cuando no le hacía caso. Tenía una gran memoria para las cifras y las pequeñas noticias. Sabía, aproximadamente, las toneladas de remolacha que se recolectaban en el valle de Salinas. Lo había leído y se lo grabó en la mente a pesar de que no le era útil semejante información. Pero ahora no tenía deseos de charlar de aquella guisa. Una poderosa influencia le distraía desde la parte de atrás. Quería volverse para mirar a la rubia. Deseaba sentarse en un lugar desde el que pudiera verla. Horton y Pimples se hallaban detrás de ella. No podía acomodarse enfrente para contemplarla.

-¿Cuántos años crees tú que tiene? - preguntó mistress Pritchard.

La pregunta le chocó porque también él pensaba en lo mismo.

-¿A quién te refieres?

-A esa chica. A la rubia.

-¡Ah! ¡Qué quieres que sepa...!

Su respuesta fue tan áspera que su mujer se sintió un poco dolida. Míster Pritchard lo vio y procuró disimular su equivocación.

-Las mujercitas como tú saben más respecto a otras mujercitas - dijo - Tú puedes calcularlo mejor que yo.

-¿Por qué? No sé, pero con ese maquillaje y el pelo teñido es difícil adivinarlo. Debe tener entre veinticinco y treinta años.

-Yo no lo hubiera podido decir....

Miró por la ventanilla el paisaje. Tenía un poco humedecidas las palmas de las manos y volvió a sentir la influencia imperiosa de la rubia. Quería mirar hacia atrás.

-Ese joven Horton me interesa - continuó -. Tiene ideas. Me gustaría emplearlo en mi organización.

Aquello era ya un tema de negocios.

Bernice también trazaba un círculo mágico en torno al hablar de la maternidad o de un asunto parecido. Los negocios eran el círculo mágico de su marido. No tenía ella derecho a mezclarse en semejantes temas. Ni estaba enterada ni le interesaban los negocios. Eran asunto del marido, y por eso mismo los respetaba.

-Parece un chico simpático - comentó-. Su lenguaje y educación...

-¡Por Dios, Bernice! - exclamó míster Pritchard irritado-.

Los negocios no tienen nada que ver con la educación y con el lenguaje, sino con lo que se puede producir. Los negocios es la cosa más democrática del mundo. Lo que uno puede hacer es lo que interesa.

Librodot

Se esforzaba por recordar los labios de la rubia. Creía que los labios carnosos eran propios de mujeres voluptuosas.

-Me gustaría charlar con Horton antes de que lo perdamos de vista - añadió.

Bernice veía que estaba inquieto.

-¿Por qué no hablas con él ahora?

-No sé. Como está sentado ese chico con él...

-Estoy segura que el muchacho te cederá el sitio si se lo pides con buenas formas.

Estaba convencida de que todo el mundo se prestaba a hacer cualquier cosa siempre que se lo pidieran con buenas maneras. Y en lo que a ella concernía tenía razón. Pedía, y conseguía, los más abusivos favores de los extraños, a base de rogar con amabilidad.

Ahora procuraba ayudar a su marido en algo que él quería hacer, y que ella no sabía, en realidad, de qué se trataba. En el fondo deseaba continuar escribiendo la carta imaginaria relativa a su viaje.

«Elliott demuestra un gran interés por todo. Creo que por eso es un hombre de tanto éxito. Con todo el mundo sostiene largas conversaciones. Además, es muy considerado. Nos acompañaba en el coche un chico con muchos granos y Elliott no quería molestarle, pero yo le dije que usara con él buenas maneras. A la gente le gusta que la traten con amabilidad.»

Míster Pritchard se limpiaba otra vez las uñas con el adminículo de oro que llevaba colgado de la cadenita del reloj.

Los ojos de Pimples no se apartaban de la espalda de Camille. Pero, al principio, cuando se sentó, se aseguró de que no podía ver sus piernas bajo el asiento, ni siquiera los tobillos.

De vez en cuando, volvía la cabeza para asomarse a la ventanilla y entonces la veía de perfil, con un ligero vello en el labio superior, las pestañas largas rimeladas y encorvadas hacia arriba y la nariz recta y empolvada, un poco sucia en las aletas con el humo del tabaco y el polvo del camino. El vello del labio superior le excitaba de manera indecible. Cuando tenía vuelta del todo la cabeza al frente, veía por entre el cabello una de sus orejas. Al fijarse en el lóbulo, Camille casi pareció darse cuenta de que el otro la miraba, porque levantó la cabeza y la movió de un lado a otro para que el cabello partido se reuniera de nuevo ocultando la oreja. Sacó un peine del bolso porque, al moverse, había dejado al descubierto las profundas cicatrices del fórceps. Pimples las vio entonces por vez primera y sintió una punzada de dolor en el pecho. Experimentó una pena honda e irrazonable, pero sexual al mismo tiempo. Se imaginó a sí mismo con la cabeza de Camille entre sus brazos y acariciando aquellas pobres huellas con los dedos. Tragó saliva varias veces.

Aquélla le decía en voz baja a Norma:

-Luego está Wee Kirk. Debe ser el cementerio más bonito del mundo. Hay que sacar billete para entrar. Me gusta dar una vuelta por allí de vez en cuando. ¡Es tan hermoso! Además, el órgano toca casi siempre y se encuentran las tumbas de gentes que una ha visto trabajar en el cine. Me gustaría que me enterrasen allí.

-No me gusta hablar de esas cosas - repuso Norma-. Traen mala suerte.

Pimples estuvo charlando del ejército con Ernest Horton.

-Dicen que en el ejército se puede aprender una profesión y viajar. No sé. Yo voy a empezar un curso de radar la semana que viene por correspondencia. El radar tiene un gran porvenir. Pero en el ejército se ha de practicar mucho, ¿no?

-Yo no sé cómo será en tiempos de paz. Pero en guerra sí que se practica.

-¿Se ha visto usted envuelto en peleas serias?

-Sí, y eso que no las busqué.

-¿En qué sitios estuvo?

-Por todo lo peor - contestó Ernest.

-Si pudiera conseguir la representación de un buen artículo, como usted... - sugirió Pimples.

-Hasta que se hacen amistades se muere uno de hambre. A mí me costó cinco años buscarme clientela y entonces me llamaron al servicio. Ahora comienzo de nuevo. Parece que no es trabajo, pero hay que mover las tabas de firme. Te aseguro que no es nada agradable. Si tuviera que elegir otra vez, preferiría aprender un oficio; así dispondría uno de un hogar. No hay nada mejor que tener una esposa y un par de chicos.

Siempre decía lo mismo; y cuando se emborrachaba se lo creía. Pero la verdad era que no quería un hogar. Le encantaba ir de un sitio a otro y conocer gentes nuevas. En cierta ocasiói se casó y al segundo día se marchó de casa, dejando a su mujer asustada y furiosa. No la volvió a ver más ni le escribió. Pero una vez contempló su fotografía. La detuvieron por casarse con cinco hombres; y por cada uno le estuvo pasando el ejército un subsidio. ¡Vaya señora! Ahora casi la admiraba.

-¿Por qué no vuelves al colegio? - preguntó a Pimples.

-No me gusta trabajar con la cabeza - repuso éste -. Los estudiantes son una cuadrilla de inútiles. Quiero un trabajo de hombre.

Camille le musitaba algo en el oído a Norma. Las dos chicas reían a mandíbula batiente. El autobús tomó una curva y penetró en el terreno accidentado de las colinas. La carretera se deslizaba entre altos taludes y durante quince minutos sería una sucesión de curvas. Juan miró por el espejo a la rubia. La risa le contraía los ojos y se tapaba la boca con los dedos extendidos. Míster Pritchard se levantó y se encaminó hacia la trasera del vehículo, pero en una curva perdió el equilibrio. Quiso agarrarse al respaldo de un asiento, no lo consiguió y cayó encima de Camille. Al alargar la mano derecha para protegerse de la caída, le rozó la falda y metió el brazo entre sus rodillas. En la falda se le hizo a Camille un pequeño roto. No obstante, le ayudó a enderezarse y luego se bajó la falda. Míster Pritchard se sonrojó hasta las orejas.

-No sabe cuánto lo siento- se disculpó.

-¡Bah! No se preocupe.

-Pero le he roto la falda...

-Ya la coseré.

-Sin embargo, yo tengo que pagar lo que le cueste el arreglo.

-Lo haré yo misma. No es gran cosa.

Le miró a la cara y vio que trataba de prolongar la conversación todo lo que podía.

«Quiere saber a qué dirección ha de enviar el dinero», pensó.

-Elliott - dijo mistress Pritchard -, ¿es que pretendes sentarte en el regazo de esa señora?

Hasta Juan se echó a reír. Todo el mundo rió. Y, de pronto, el autobús ya no estaba lleno de personas desconocidas unas a otras. Se había formado una especie de asociación química. Norma se reía histéricamente. Toda la tensión de la mañana brotaba con aquella risa.

-No sabe cuánto me alegro que no se haya molestado usted - comentó míster Pritchard -. Yo no venía a sentarme en su regazo, sino que deseaba cambiar unas palabras con ese caballero. Hijo -continuó dirigiéndose a Pimples-, ¿tendrías la bondad de dejarme tu sitio un momento? Me gustaría charlar de un asunto con míster..., no recuerdo haber oído su nombre.

-Horton - dijo Ernest -. Ernest Horton.

Míster Pritchard disponía de una serie de tácticas para tratar a la gente. Jamás olvidaba el nombre de una persona más rica o más influyente que él, pero nunca sabía el de alguien menos poderoso. Se había dado cuenta de que al hacer que un hombre dijera su apellido le colocaba en una situación de inferioridad; se quedaba un poco al desnudo, sin protección.

Camille miraba el roto de la falda y hablaba a Norma en voz baja.

-Siempre he deseado vivir en una colina - dijo-. Me gustan las colinas y pasear por ellas.

Librodot

-No está mal cuando se ha logrado la riqueza y la fama -opinó Norma -. Sé de algunos artistas de cine que en cuanto tienen ocasión se marchan a cazar y a pescar y se ponen las ropas más viejas que tienen.

Con Camille, Norma perdía su reserva. Jamás se sintió en su vida tan excitada y tan libre. Podía decir todo lo que quisiera.

-Debe dar gusto llevar ropas sucias cuando se tiene un armario lleno de trajes nuevos y limpios - continuó-. Por mi parte, estoy harta de llevar cosas usadas, que son las únicas que tengo.

-Ni que lo digas - manifestó Camille afirmando con la cabeza.

Un fuerte lazo se estrechaba entre las dos. Míster Pritchard procuró oír la conversación, pero no lo consiguió.

Las cunetas, a ambos lados de la autopista, estaban llenas de agua de lluvia. Las nubes, amenazadoras, se agrupaban para un nuevo ataque.

-No tardará en llover - manifestó Van Brunt satisfecho.

Juan gruñó:

--Yo tenía un cuñado que murió a consecuencia de la coz de un caballo - dijo.

-La culpa fue de él - replicó Van Brunt-. Cuando un caballo cocea a un hombre, la culpa, por lo general, es del hombre.

-De todas maneras, lo mató - repuso Juan, dispuesto a no seguir hablando.

Las curvas se hacían más frecuentes y más cerradas.

-Me interesó mucho la charla que sostuvimos esta mañana, míster Horton. Constituye un placer hablar con una persona despierta y con ideas. En mi organización siempre doy cabida a hombres como usted.

-Gracias - replicó Ernest.

-Ahora encontramos ciertas dificultades con los soldados que han vuelto de la guerra - continuó míster Pritchard -. Son buenas personas, desde luego, y creo que hay que hacer por ellos todo lo posible. Pero están desorientados, y ya sabe usted que en los negocios hay que estar constantemente encima. Vale el doble un individuo que no se ha separado de ellos que el que se ha alejado una temporada.

Miró a Ernest con la idea de que encontraría su aprobación. Pero, por el contrario, tropezó con una expresión dura y satírica en sus ojos.

-Ya comprendo - le oyó decir -. Pero, en cuanto a mí, he servido cuatro años en el ejército... y tengo, además, mi trabajo.

Míster Pritchard se enredó con sus pensamientos. Había cometido una seria equivocación. ¿Qué sería aquella insignia que llevaba en la solapa? Le era familiar. Debía saberlo.

-Bien; desde luego, son unos magníficos muchachos - aseguró-, y deseo de verdad que se establezca un gobierno que cuide de ellos como es debido.

-¿Como después de la guerra pasada?

Aquello era una impertinencia y míster Pritchard comenzó a sospechar que no le había enjuiciado bien. Se comportaba con cierta brutalidad y fanfarronería, al igual que muchos licenciados Decían los médicos que todo aquello desaparecería en cuanto retornaran durante una temporada a la vida normal. Estaban como descentrados. Algo se tendría que hacer.

-Yo soy el primero que salgo en defensa de nuestros veteranos - dijo.

Deseaba cambiar de tema cuanto antes. Ernest le miraba con una leve sonrisa maliciosa.

-Mi único deseo era hablar con un hombre de sus ideas y de sus condiciones - prosiguió un poco nervioso-. Cuando retorne de mis vacaciones me gustaría mucho que me hiciera usted una visita. En nuestra organización siempre disponemos de un hueco para hombres como usted.

-Gracias, señor. Ya estoy harto de dar vueltas a todo lo largo del país. Muchas veces he pensado que me gustaría tener un hogar, una mujer y un par de chicos. Ésa es la verdadera vida.

Míster Pritchard asintió con la cabeza.

-Tiene usted toda la razón - manifestó mucho más tranquilo ante el sesgo que tomaba la conversación -. Nadie mejor que yo puede decirlo. Hace veintiún años que estoy casado y cada vez estoy más contento de haberlo hecho.

-Es que ha tenido usted suerte - observó Ernest-. Es muy agradable su mujer.

-Y la persona más discreta del mundo. Yo no sé lo que hubiera hecho sin ella.

-También yo estuve casado-informó Ernest-, pero mi esposa falleció.

-Lo lamento - pareció condolerse míster Pritchard -. Le parecerá muy vulgar lo que le digo, pero el tiempo cura las heridas. Y es posible que algún día..., yo, en su lugar, no perdería la esperanza.

-No, si no la pierdo...

-No es mi intención mezclarme en sus asuntos - añadió míster Pritchard-, pero he reflexionado en su idea del traje convertible en *smoking*. Si no está usted comprometido con nadie, creo que podríamos tratar de hacer un pequeño negocio.

-Sí, pero ya le he dicho a usted lo que pasa. Los fabricantes de tejidos no consentirán que nadie obre con independencia fuera de su ramo. Yo no veo la cosa muy clara...

-Me olvidé preguntarle, me parece, si había registrado usted la patente.

-No, ya se lo dije. No hice más que certificar la idea.

-¿Certificarla? ¿Qué quiere usted decir?

-Pues ya verá. Redacté una descripción de la idea, hice unos cuantos dibujos, lo metí todo en un sobre y lo remití, certificado, a mi dirección. Así se prueba en qué fecha lo hice, porque el sobre va sellado.

-Ya comprendo -dijo míster Pritchard, aunque no estaba muy convencido de que aquel método mereciera la consideración de los tribunales.

No lo sabía. Pero siempre era mejor colaborar con el invento a base de un porcentaje. Sólo las personas de mucha influencia podían sacar adelante un invento y resistir un largo forcejeo; a la larga, resultaba más barato que hacerse con los derechos del inventor.

Pero su compañía no era lo bastante poderosa, y, además, era su opinión que el mostrarse generoso da buenos resultados.

-Tengo dos o tres ideas que acaso le interesen - dijo-. Figúrese que usted y yo hacemos un trato. Hablamos en hipótesis, desde luego. Formamos una organización que yo dirijo y nos fijamos un porcentaje de los beneficios, después de cubrir gastos. Patentamos la idea, organizamos la confección del producto, una campaña nacional de propaganda y...

-Permítame un momento - le interrumpió Ernest.

Pero míster Pritchard continuó sin hacerle caso.

-Figúrese que esos adminículos del traje caen en las manos, por ejemplo, de Hart, Schaffner y Marx o de cualquier otro gran fabricante. Es muy posible que quisieran comprar...

Ernest comenzó a interesarse.

-¿Comprar, el qué? ¿La patente?

-No sólo la patente, sino toda la compañía.

-Pero si compraban la patente, acabarían por matarla - aseguró Ernest.

Míster Pritchard entornó los ojos y esbozó una sonrisa. Por vez primera desde que la chica se apeó del autobús de San Isidro, había olvidado a Camille.

-Escuche lo que le digo. Si vendemos y disolvemos la compañía, sólo pagaríamos una parte despreciable de los impuestos.

-Excelente idea -replicó Ernest excitado-. Sí, señor, excelente. Ése es un chantaje de la más alta escuela. Nadie podría reprocharnos.

La sonrisa desapareció de los labios de míster Pritchard.

-¿Qué habla usted de chantaje? Nuestra intención sería seguir adelante y fabricar. Hasta podríamos encargar maquinaria.

-Pues a eso me refiero. Que está muy bien pensada la idea. Todo está previsto. No es usted tonto, desde luego.

-Espero que no creerá usted que se trata de algo deshonesto. Hace treinta y cinco años que me dedico a los negocios y estoy al frente de mi compañía. Tengo un historial del que puedo estar orgulloso.

-No es que le critique - repuso Ernest -. Su idea me parece excelente. Sólo que...

-¿Qué? - preguntó míster Pritchard.

-Que ando escaso de dinero - explicó Ernest-. Aunque creo que puedo pedirlo prestado.

-¿Y para qué lo necesita usted? Si quiere que le adelante...

-No, gracias - denegó Ernest -. Ya me las arreglaré.

-¿Es que se le ha ocurrido alguna cosa nueva?

-Sí. Y esta idea irá a la oficina de patentes con sello de urgencia.

-No llegará usted a sospechar que...

-¡Oh, no! ¡Claro que no! Pero estaré más tranquilo cuando ese sobre llegue a Washington.

Míster Pritchard se recostó en el asiento y sonrió. La autopista zigzagueaba y entre dos grandes taludes penetró el autobús en el valle siguiente.

--¡Ah! Bien... Pero no deseo que piense que abrigo la Intención de aprovecharme de usted. Mi historial habla por sí mismo.

-¡Qué cosas dice! ¡Ni mucho menos!

Lanzó una mirada furtiva a mistress Pritchard.

-Lo que ocurre es que me esperan en Los Ángeles un par de señoras estupendas y no quiero olvidarlo todo cuando esté con ellas en su piso.

Observó la reacción que esperaba.

-Estaré dos días en Hollywood - dijo míster Pritchard -. Podríamos hablar allí de negocios...

-¿No le gusta el piso de esas señoras?

-Comprendo que un hombre necesita expansionarse. Yo me hospedaré en el «Beverly Wilshire». Puede ir a verme allí.

-Desde luego-contestó Ernest-. ¿De qué color las prefiere?

-Sospecho que no me comprende usted - replicó míster Pritchard -. Me gusta tomar un *whisky* con soda bien arrellanado en una butaca; pero soy hombre de cierta posición. Le ruego que no me conceptúe falsamente.

-¡Vamos! Es posible que nos pudiéramos arreglar con esa rubia, si usted quiere.

-No diga tonterías.

Pimples se había colocado unos asientos más adelante. Bajo la barbilla sentía un gran escozor y sabía que se le formaba un nuevo grano. Se sentó al otro lado del pasillo, a la altura de Mildred. No quería tocar la nueva erupción, pero no podía dominar las manos. Inconscientemente se llevó una bajo la barba y se frotó con el dedo el lugar del grano. Se trataba de una protuberancia dolorosa que le dañaría bastante. Ya sabía, de antemano, el aspecto que presentaría. Ansiaba apretarlo, arañarlo, arrancarlo. Tenía los nervios de punta. Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y cerró el puño.

Mildred miraba distraída por la ventanilla.

-Me gustaría ir a Méjico.

La muchacha, sorprendida, dio media vuelta. La luz de la otra ventana de enfrente chispeó en sus gafas.

-Nunca he estado en ese país - continuó Pimples tragando saliva.

-Ni yo tampoco.

-Sí, pero usted lo visitará ahora.

La chica asintió con la cabeza. No quería mirarle porque no podía apartar los ojos del eczema y eso le turbaba.

-Acaso pueda ir usted también pronto.

-Desde luego. Iré a todas partes. Me gusta mucho viajar. Más que nada. Se consigue mucha experiencia dando vueltas por el mundo.

Mildred asintió de nuevo con la cabeza y se quitó las gafas para protegerse contra él. Así no le veía con claridad.

-Me gustaría ser un misionero, como Spencer Tracy, y marchar a la China y curarlos de todas las enfermedades. ¿Ha estado usted en China?

-No - replicó Mildred. Le fascinaban las ideas de Pimples.

En su mayor parte, las recogía en las películas y en la radio.

-En la China, el pueblo vive en la miseria - continuó - y algunos hasta se mueren de hambre si no aparece por allí algún misionero que les socorra. Si se les ayuda, le cobran afecto a uno y si se presenta algún japonés con ganas de lío le eliminan o una puñalada.

Movió solemnemente la cabeza en señal de asentimiento.

-Spencer Tracy les curó y se encariñaron con él. ¿Y sabe usted lo que hizo? Pues encontrar su propia alma. Y luego había una muchacha con la que no sabía si debía casarse porque tenía un pasado tormentoso. Desde luego, resultó que no era culpa de la chica y que ni siquiera era verdad lo que se decía de ella, sino cuentos de una vieja que apareció también por allí.

Sus ojos brillaron de compasión y entusiasmo.

-Pero Spencer Tracy no se tragó aquellas mentiras; vivía en un antiguo palacio con pasadizos secretos y túneles y... bueno, entonces se presentaron los japoneses y...

-Ya he visto esa película - dijo Mildred.

El autobús subió la última cuesta. Ahora estaba en lo alto del monte y abajo se percibía el valle obscurecido por las nubes. La gran curva del río San Isidro brillaba como una lámina de acero. Juan comenzó a descender.

X

El río San Isidro discurre por el valle de San Juan y serpentea y se retuerce hasta desembocar, perezosamente, en Black Rock Bay, bajo la protección de Bat Point. El valle es largo y no muy ancho y el río San Isidro prolonga su trayecto en virtud de sus incesantes curvas que le llevan de un lado a otro del valle. Durante buena parte del año no lleva caudal ninguno y en el lecho de arena crecen los sauces, que extienden sus raíces a lo profundo en busca del agua subterránea.

Conejos, mapaches, zorros y coyotes anidan entre los sauces cuando no baja agua. El río nace al norte del valle y no con un solo chorro, sino que aparece en forma de muchos hilos de agua. Las colinas secas y pedregosas no descargan ningún caudal en el río durante todo el año, pero cuando se precipitan las lluvias a finales de invierno y en la primavera las barrancadas absorben un poco de agua y el resto, en negros torrentes, se vuelca en el río por el extremo norte del valle.

Por eso, a fines de la primavera, cuando las colinas no pueden ya chupar más lluvia, un chaparrón tormentoso puede convertir al río San Isidro, en unas pocas horas, en una corriente caudalosa y temible que inunda el terreno colindante y en el que flotan los cadáveres de vacas y ovejas. Es un río inestable y maligno: muerto durante parte del año y mortífero la otra parte.

En medio del valle, entre Rebel Comers y San Juan de la Cruz, hace una gran curva que abarca toda la anchura del llano. En otros tiempos el camino se ceñía a la curva del río y subía por la falda del cerro para evitar el cruce. Pero con la aparición de los ingenieros, del acero y del cemento, se construyeron dos puentes sobre el río, abreviando de esta manera doce millas de recorrido.

Librodot

Eran puentes de madera, suspendidos con cables de acero; en el centro y en los extremos se apoyaban en pilastras de hormigón. La madera estaba pintada de rojo obscuro y el hierro estaba ennegrecido por el orín. En las orillas, junto a los puentes, estacadas y mimbres trenzados desviaban el agua hacia los ojos e impedían que la corriente minara los extremos de dichos puentes.

No eran muy viejos, pero se construyeron en una época en que los impuestos no sólo eran bajos, sino que muchos no se pudieron recaudar porque se vivía en lo que se denominaba «tiempos difíciles». El ingeniero del distrito se vio en la necesidad de construirlos a base de un presupuesto que sólo permitía el levantamiento de una estructura rudimentaria. La madera debió ser más pesada y las pilastras más numerosas, pero tenía que hacer los puentes por determinado coste, y los hizo. Y todos los años, los granjeros de la parte media del valle los contemplaban con cínica aprensión. Sabían que en cualquier ocasión una crecida rápida y turbulenta los arrastraría. Todos los años pedían a las autoridades del distrito que los reemplazaran, pero la sección rural carecía de votos suficientes para dar a la petición un carácter preceptivo. Las grandes ciudades, que no sólo contaban con los votos, sino con la riqueza imponible, eran las que conseguían las mejoras.

A cien yardas del primer puente, en dirección a Rebel Corners se levantaba un pequeño establecimiento, junto a la autopista, el almacén de Breed. Vendía comestibles, neumáticos y artículos de ferretería. Y en los últimos años, al igual que todos los almacenes rurales, había añadido surtidores de gasolina y accesorios de automóvil.

Míster y mistress Breed eran los guardianes, aunque no con carácter oficial, del puente y en tiempos de crecida apenas daban abasto para responder a todas las consultas que les hacían por teléfono sobre la avenida del río. Pero estaban acostumbrados. Lo que más temían era que si la corriente arrastraba el puente, se verían obligados a trasladar el almacén, o edificar otro nuevo, junto al otro puente, a un cuarto de milla más abajo.

Por aquel entonces casi la mitad de su comercio se limitaba a la venta de bebidas, bocadillos, gasolina y dulces que compraban los viajeros de la autopista. Hasta el autobús que circulaba entre Rebel Corners y San Juan se detenía siempre allí. Juan Chicoy y los Breed eran viejos y buenos amigos.

Y ahora el río bajaba no sólo con crecida, sino que, como míster Breed dijo a su esposa, una de las pilastras se resentía bajo la presión del agua. Desde el amanecer había hecho media docena de viajes hasta el puente. La crecida del río era de mala catadura y él lo sabía. Preocupado, sin afeitar, contemplaba a las ocho de la mañana, el agua turbulenta de la corriente en la que flotaban restos de árboles. Vio también unos cuantos tablones girando con las aguas, un trozo de tejado de bardas y el toro negro de McElroy. Al pasar bajo el puente, el toro muerto cambió de postura y Breed le pudo ver la lengua colgando y la vidriosa expresión de sus ojos. El espectáculo le revolvió el estómago.

Todo el mundo sabía que el establo de McElroy estaba de masiado cerca del río y que el toro aquél le costó ochocientos dólares. No se podía permitir el lujo de tirar semejante cantidad de dinero. No vio bajar por las aguas a ningún otro ejemp]ar de su rebaño, pero aquel toro era ya suficiente.

Breed entró en el puente. El agua corría sólo a tres pies por debajo de la tablazón. Se frotó la barbilla sin afeitar y volvió al almacén. No quiso decirle nada a su mujer del toro por no entristecerla.

Cuando Juan Chicoy le llamó por teléfono para enterarse del estado del puente, le comunicó la verdad. El puente resistía, pero no se podía prever por cuánto tiempo. Las aguas seguían subiendo. Los torrentes de los cerros desembocaban todavía en el río y el cielo presentaba un aspecto amenazador.

A las nueve, las aguas estaban sólo a dieciocho pulgadas de la tablazón inferior. En cuanto las abrazaderas y las riostras soportaran la presión de la corriente y unos cuantos árboles arrancados de raíz golpearan el puente, todo sería cuestión de tiempo.

-Te pondré el desayuno - dijo la mujer de Breed -. Y no te preocupes tanto. Ni que fueras el dueño del puente.

-Hasta cierto punto lo soy. Si lo arrastrara el río, dirían que era culpa mía. Ya he telefoneado el inspector y al ingeniero del distrito. Pero las dos oficinas están cerradas. Como el agua llegue hasta la tablazón, no apuesto un pepino por el puente.

-Mejor será que desayunes. Te haré unas pastas de trigo.

-Bueno. Pero no las hagas muy amazacotadas.

-Nunca las hago así - contestó mistress Breed -. ¿Quieres también un huevo?

-Desde luego. No sé si Juan hará el recorrido. Todavía falta más de una hora hasta que llegue... y hay que ver con sube el río. Me echaré un trago.

-¿Antes de desayunar?

-Antes de nada.

La mujer, desde luego, no sabía lo del toro negro. Breed se dirigió al teléfono y llamó a McElroy; pero fue Pinedale, que habitaba a dos millas de la granja de aquél, quien le contestó.

-También yo quería ponerme en contacto con él -explicó-, pero debe estar estropeada su línea telefónica. Me acercaré por allí a ver si le ocurre algo.

-No estaría de más - dijo Breed -. No hace mucho que ha pasado su toro, muerto, por debajo del puente.

Mistress Breed levantó los ojos con expresión de susto.

-¡Walter! - exclamó.

-Sí, es verdad. No quería que te preocuparas.

-¡Walter! ¡Oh, Dios mío! - exclamó mistress Breed.

XI

Alice Chicoy vio alejarse el autobús desde la puerta y dejó que las lágrimas se le secaran en las mejillas.

Cuando el vehículo se perdió de vista, se dirigió a la ventana lateral, desde la que se divisaba la carretera. El autobús resplandeció un momento con el sol y desapareció definitivamente a lo lejos. Entonces exhaló un profundo suspiro. ¡Era su día! Se encontraba sola y experimentaba un secreto y pecaminoso regocijo. Despacio, se alisó el vestido por encima de las caderas y se acarició los muslos. Luego se miró las uñas.

Lanzó una ojeada en torno de la habitación. Olía todavía el humo de los cigarros. Tenía que hacer unas cuantas cosas, pero era su día de asueto y comenzó sin prisas las tareas. Primero sacó del armario un rótulo de cartón, que decía: «Cerrado», con grandes letras. Salió y colgó el letrero de un clavo, junto la puerta. Después entró de nuevo y cerró la puerta con llave. Luego echó las persianas de todas las ventanas.

El comedor se hallaba en la penumbra y reinaba en él profundo silencio. Trabajaba con deliberación. Fregó las taz sucias de café, las colocó en su sitio y luego limpió el mostrador y las mesas. Las tartas las dejó debajo del mostrador. Con un escoba que sacó del dormitorio barrió el suelo y echó el polvo el barro y las colillas de cigarros al cubo de la basura.

Salió del mostrador y se sentó en uno de los taburetes. ¡Era su día! Se sentía un poco atolondrada y con ganas de hacer disparates.

-Bueno, ¿y por qué no? - dijo en voz alta -. No me distraigo apenas. Tráigame un *whisky* doble.

Puso las manos en el mostrador y las examinó con atención.

-Pobres manos - musitó -. Las tengo hechas una ruina de tanto trabajar.

Y luego gritó:

-¿Dónde demonios está ese *whisky*?

Y se contestó ella misma:

-Va en seguida, señora.

-Muy bien. Y para otra vez, ten en cuenta con quién hablas.

Se levantó y se fue, de nuevo, al otro lado del mostrador.

En un extremo y cerca del suelo había un pequeño compartimento. Se agachó, abrió la portezuela y agarró una botella de «Old Grandad». Luego cogió un vaso y llevó las dos cosas al mostrador, frente al taburete donde estuvo sentada.

-Aquí tiene, señora.

-Llévalo a aquella mesa. ¿Es que tengo aspecto de tomar las cosas de pie en la barra?

-No, señora.

-Y trae otro vaso y una botella de cerveza.

-Sí, señora.

Llevó todo aquello hasta la mesa contigua a la puerta.

-Ahora, puedes marcharte.

Y se contestó:

-Sí, señora.

-Pero no te vayas muy lejos, por si necesito pedirte alguna más.

Al echar en el vaso la cerveza, se rió entre dientes.

-Si alguien me oyese creería que estoy loca. Bueno, a lo mejor lo estoy.

El otro vaso medio lo llenó de *whisky*.

-Alice - dijo -, ¡duro con él!

Levantó el brazo y bebió con lentitud. El licor le quemó la jengua, lo tragó y se sintió arder el paladar, el pecho y el estómago. Aun después de vaciar el vaso, lo tuvo sin quitárselo de los labios. Al fin lo dejó en la mesa, y exclamó:

-¡Ah! - y respiró con fuerza.

Notaba en el aliento, al respirar, el gusto del *whisky*. Agarró luego el vaso de cerveza; cruzó las piernas y bebió despacio, hasta dejarlo vacío.

-¡Estupendo! - exclamó.

Le pareció que nunca, antes de ahora, se había dado cuenta de lo acogedor y lo bonito que era el comedor, con aquellos rayos amortiguados de luz que entraban por entre las tablillas de las persianas. Oyó un camión que pasaba por la autopista y se inquietó.

¿Y si alguien se entrometía y le estropeaba el día? Bueno, para eso tendrían que derribar la puerta. No dejaría que entrara nadie. Se sirvió dos dedos de *whisky* en un vaso y cuatro dedos de cerveza en el otro.

-Hay muchas maneras de beber - dijo; y se echó al coleto el *whisky* y, acto seguido, la cerveza. Era una idea. El gusto no era el mismo. La manera cómo se bebe cambia el sabor. Nadie más que ella lo había descubierto. Notaba en el párpado derecho un ligero estremecimiento y en las venas de los brazos un extraño y agradable dolor.

-Nadie tiene tiempo para descubrir cosas - pronunció solemnemente. Llenó medio vaso de cerveza y lo completó con *whisky*. ¿Habrá tomado esta mezcla alguien antes que yo?

El recipiente metálico de las servilletas de papel estaba frente a ella y reflejaba su cara. Levantó el vaso, que se contorsionaba en el limpio metal, lo mismo que su cara.

-A tu salud, pequeña.

Y bebió la cerveza y el *whisky*, con la avidez de un sediento. -Pues no está mal, no, señor. Me parece que he hecho un hallazgo.

Movió el recipiente de las servilletas para verse mejor. Pero una abolladura en la superficie de metal le rompía la nariz por encima y se la ensanchaba por la punta. Se levantó, fue a la alcoba y volvió con un espejo de mano que apoyó contra el azucarero. Se acomodó en el asiento y cruzó las piernas.

-¿Quieres echar un trago? Te invito.

Echó *whisky* en los dos vasos.

-No hay cerveza. Se acabó. Bueno, lo arreglaremos.

Fue a la nevera y cogió otra botella de cerveza.

-Ahora, fíjate - dijo al espejo-, primero echamos un poco de *whisky*, no mucho, y luego lo completamos con la cantidad necesaria de cerveza. Así.

Colocó un vaso junto al espejo y se bebió el otro.

-Hay gente que teme echar un trago. Se les va la cabeza en seguida... ¿No quieres tomarlo? Muy bien, haz como quieras. No pienso obligarte. Pero tampoco consentiré que se pierda.

Y se bebió el otro vaso. Las mejillas le hormigueaban como si el frío le clavara mil alfileres. Se acercó el espejo y se contempló. Tenía los ojos húmedos y brillantes. Se apartó hacia atrás un mechón de pelo suelto.

Inesperadamente, le asaltó un recuerdo y volvió el espejo. El recuerdo se presentó con tal intensidad, que parecía más bien un golpe. Acaso era por estar la habitación en penumbras. Exclamó:

-Yo no quiero pensar en eso. Me repugna.

Pero el recuerdo persistía. Una habitación en penumbra y una cama blanca en la que yacía su madre paralítica, rígida, con la mirada clavada en un punto del cuarto y con la mano levantada en un gesto de desesperación, de auxilio. Por muy silenciosamente que entrara, la mano aquélla se levantaba; la oprimía un momento y luego, con suavidad, la bajaba y se marchaba. Cada vez que entraba deseaba que la mano se levantara, que se quedara inmóvil, muerta, como el resto del cuerpo.

-Yo no quiero pensar en eso -lloriqueó-. ¿Cómo se me habrá ocurrido?

Le tembló la mano y la botella chocó contra el vaso. Lo llenó de licor, lo vació y el *whisky* la hizo toser.

«He de pensar en otra cosa», se dijo.

Se imaginó en la cama con Juan, pero en seguida su mente tomó otros rumbos.

-Pude tener al hombre que se me antojara. Muchos me hicieron proposiciones, pero a pocos les hice caso.

Movió los labios con cierta salacidad.

-Mejor hubiera sido aprovecharme mientras pude. Ahora ya soy demasiado vieja... ¡Pero eso es una mentira! - exclamó-. Estoy mejor que nunca. ¡Mejor! Si quisiera, los tendría a mi alrededor como moscas.

La botella estaba ya mediada. Se echó algo más y se rió entre dientes.

-Me parece que estoy un poco bebida.

Entonces, alguien llamó con fuerza en la puerta y se sobresaltó, quedándose inmóvil. La llamada se repitió. Una voz de hombre dijo:

-Aquí no hay nadie. Aunque me pareció que hablaba alguien.

-Llama otra vez. Puede que estén en la parte de atrás - repuso una voz de mujer.

Alice cogió con cuidado el espejo de mano y se miró. Movió a cabeza de arriba abajo y guiñó un ojo. La llamada se repitió de nuevo.

-Te digo que no hay nadie.

-Empuja la puerta.

Alice oyó el estrépito de la puerta al sacudirla.

-Está cerrada - dijo el hombre.

Y la mujer replicó:

-Está cerrada por dentro. Debe de haber alguien.

El hombre se echó a reír y sus pies se movieron en la gravilla.

-Bueno, si están es que desean estar solos. ¿Nunca has querido tú estar sola, pequeña? Sola conmigo, desde luego.

-¡Cállate, estúpido! Deseo tomar un bocadillo.

-Pues para eso, tendrás que esperar.

Le extrañó a Alice que no hubiese oído el automóvil o las pisadas en la gravilla antes de la llamada en la puerta.

«Debo estar borracha», pensó. Oyó, sin embargo, el ruido del motor, al alejarse el coche.

Levantó la botella y miró a través del vidrio.

-No queda ya apenas.

Se asustó. ¿Se acabaría antes de que estuviera bien a tono? Entonces sonrió. En la parte trasera del compartimento había dos botellas de oporto. Se sintió más tranquila, echó una buena cantidad de *whisky* en el vaso y la bebió. Luego, vacilando, se levantó.

-Espérame un momento - le dijo al vaso.

Al dar la vuelta por el mostrador, vaciló un poco y se dio un golpe por encima de la cadera.

«¡Éste será un buen cardenal!», pensó. Atravesó el dormitorio y entró en el cuarto de baño.

A Juan no le agradaba ver que las mujeres bebiesen. Decía que se les ponía una cara horrible. Bueno, ya le daría una le ción. Mojó la totalla y frotó el jabón por encima hasta forma una pasta que luego se pasó por la cara, en particular a ambos lados de la nariz y en la pequeña arruga que le cruzaba la barbilla. Después, protegiéndose el meñique con el paño, se limpió las narices y los oídos. Tras quitarse el jabón, se miró en el espejo del lavabo. Tenía la cara colorada y los ojos irritados. Un gran rato estuvo manipulando en la cara. Primero se puso una capa de crema que se quitó acto seguido con la toalla. Después se hizo las cejas con un lápiz. La barra de carmín le dio bastante quehacer. Se puso demasiado color en el labio inferior y, tras eliminarlo con la toalla, comenzó de nuevo. Al fin, los pintó a su gusto, muy gruesos, y luego se miró los dientes, de los que se quitó un poco de carmín con la toalla. Debió limpiárselos antes de pintarse los labios. Ahora, los polvos. Con ellos le desaparecería el color encarnado de la cara. Luego se cepilló el pelo. Nunca se sintió muy satisfecha de su pelo, y comenzó a perder interés en la tarea.

En el dormitorio cogió un sombrero de fieltro negro, muy ajustado. Se lo encasquetó y lo ladeó con picardía.

-Ahora me gustaría que me viese Juan. Es posible que cambiara de opinión en cuanto a la cara de las mujeres que beben.

Del cajón del tocador sacó un frasquito de perfume y se echó unas gotas en el seno, en los lóbulos de las orejas y en el pelo. Luego se pasó el dedo húmedo por el labio superior.

-También me gusta olerlo a mí - dijo.

Volvió al comedor y pasó con cuidado por el mostrador, en donde se había golpeado. Estaba más obscuro que antes porque las nubes se amontonaban en el cielo. Se sentó en la mesa y cogió el espejo.

-Muy bonita - pronunció -. Eres muy bonita. ¿Qué harás esta tarde? ¿Quieres venir a bailar?

Tomó otro trago. ¿Y si ese chófer de la *Red Arrow Line* se presentara y llamara en la puerta? Le dejaría entrar. Era un hombre muy guasón. Le daría algo que beber y luego le diría unas cuantas cosas.

-Red - le diría -, tú te tienes por una persona muy bromista. Pero has de saber que también se bromea en serio.

Recordó la estrecha cintura y los robustos brazos musculosos del hombre. Llevaba un cinturón muy ancho para sujetarse los pantalones azules... Bien, no se podía pedir más en un hombre. Y, de pronto, aquellos pantalones le recordaron otros. Intentó escapar de aquel recuerdo, pero se fue concretando cada vez más, a pesar de ella. Le estuvo suplicando a ella una vez y otra. Al fin, salieron de excursión. Bud llevaba la comida: huevos duros, bocadillos de jamón y tarta de manzanas. Compró la tarta, aunque le dijo que la había hecho ella misma. Y Bud ni siquiera aguardó a comer.

Le hizo daño. Y luego le dijo:

-¿Dónde vas?

-Tengo que hacer unos trabajos.

-Dijiste que me amabas.

-¿Sí?

-No me abandonarás, ¿verdad, Bud?

-Escucha, pequeña. Yo no he firmado contigo ningún contrato a largo plazo.

-Pero es la primera vez que lo hago, Bud.

-Todo el mundo tiene que hacerlo una primera vez -comentó él.

Alice comenzó a lloriquear.

-¡Qué sinvergüenza! - exclamó -. Todos son igual.

Vació la botella de *whisky* en el vaso y bebió el contenido.

Todos eran igual... ¿y qué tenía ahora? Un trabajo repulsivo, con privilegios de cama, y sin sueldo. Y casada con un mecánico maloliente. ¡Casada con él! Y sin poder ir al cine, por estar muy apartada de las ciudades.

Apoyó la cabeza en los brazos y se echó a llorar con desconsuelo. Por un instante oyó sus propios gemidos. Levantó la cabeza y se miró en el espejo. Siempre con el alma pendiente de un hilo, para que Juan fuese feliz. El carmín se le había corrido por el labio superior. Tenía los ojos colorados y la húmeda. Cogió dos servilletas de papel y se sonó con ellas. Luego hizo una bolita y la arrojó al suelo.

Fue para ella un trabajo ímprobo el sacar la botella de oporto. Tropezó y cayó contra la fregadera. Notaba una cálida presión dentro de las narices y el aire le silbaba por ellas al respirar. Puso la botella de oporto en el mostrador y sacó un sacacorchos. La botella cayó de lado al aplicarle el instrumento y a la segunda vez que intentó abrirla, el corcho se rompió en pedazos y el resto lo metió dentro de la botella, empujando con el pulgar. Luego retornó a la mesa, con paso vacilante.

Llenó el vaso con el oporto.

-Desearía tener más *whisky*.

Notaba sequedad en la boca. Se bebió con avidez la mitad del vaso.

-También esto es bueno - dijo con una risita.

En lo sucesivo tomaría *whisky* primero para darle sabor al vino.

Se acercó el espejo.

-Eres un pellejo - se dijo con rabia-. Un pellejo sucio y borracho. No es extraño que nadie te haga caso. Ni yo misma te aceptaría.

No veía doble la imagen del espejo, pero sí las líneas del contorno; fuera de su círculo de visión, notaba que la habitación comenzaba a balancearse y a dar vueltas. Bebió el resto del vaso, se le atragantó y el licor le corrió por las comisuras de la boca. Luego quiso llenarlo de nuevo, pero el pulso le vacilaba tanto que derramó el vino encima del mantel. Al fin consiguió acertar. El corazón le latía con violencia. Oía las palpitaciones y las notaba en los brazos, en los hombros y en las venas de los pechos. Con toda solemnidad levantó el vaso y bebió.

-Voy a perder el conocimiento - meditó-. Me gustaría no recobrarlo más. Me gustaría terminar de una vez... para siempre. Les demostraría a esa gentuza que sé desprenderme de la vida cuando me da la gana. Se lo demostraré.

Y entonces vio la mosca. No era una mosca corriente, sino un moscón que despedía centelleos azulados e iridiscentes. Se había posado en la mesa, cerca de la mancha de vino. Introdujo la trompa en el líquido y retrocedió para limpiarse.

Se quedó inmóvil, presa de un odio indecible. Todas sus desgracias y todos sus resentimientos se centraron en el moscón. Con un esfuerzo, logró que las dos imágenes que percibía del moscón se redujeran a una.

-Te imaginas que estoy bebida, moscón indecente. Ahora verás lo que es bueno.

Con gran lentitud se inclinó a un lado y se agachó hasta suelo, en el que se apoyó con una mano. No perdía de vista al insecto. Éste no se movía. Con el mayor sigilo se dirigió al otro lado del mostrador. Cogió un paño que había junto a la fregadera y lo plegó. Pesaba muy poco. Lo mojó en el grifo y lo retorció para quitarle el exceso de agua.

-Ahora verás - dijo. Y como un gato se movió a lo del mostrador. La mosca seguía todavía allí, en la mesa.

Levantó la mano y la toalla le colgó por encima del hombro. Paso a paso se acercó; se preparó y asestó el golpe. La botella, los vasos, el azucarero y el recipiente de las servilletas rodaron por el suelo. La mosca escapó zumbando. Ella, inmóvil, seguía su trayectoria con los ojos. La vio posarse en el mostrador. Se fue siguiéndola, le lanzó otro golpe y al levantarse de nuevo la mosca, fue aporreando en el aire con la toalla.

-Así no conseguiré nada - se dijo -. Hay que perseguirla con disimulo.

El suelo se balanceaba bajo sus pies. Alargó una mano y se apoyó en un taburete. ¿Dónde estaba ahora el moscón? Oía el zumbido que hacía al volar. «En algún sitio se parará», pensó. Comenzó a sentir ganas de vomitar.

La mosca dio unas cuantas vueltas de un extremo a otro de la habitación. Esperó. Cada vez veía las cosas más confusa: y más obscuras. La mosca se paró encima de una pirámide de paquetes de cereales secos, en el estante detrás del mostrador. Se posó en la «c» de la palabra cereales e, inquieta, se movió a la «e», donde se detuvo. Respiró con fuerza.

La habitación le daba vueltas, pero con un esfuerzo de voluntad consiguió que la mosca y el sitio donde estaba posada se mantuvieran inmóviles. Con la mano izquierda se apoyó en el mostrador y con la máxima precaución pasó al otro lado. Levantó la mano con el mayor cuidado. La mosca se corrió poco y se detuvo otra vez, dispuesta a levantar el vuelo. Lo notó y con toda la fuerza de que era capaz lanzó un golpe y la pirámide de paquetes de cartón, junto con una fila de vasos y una serie de naranjas, se vino por los suelos. Entonces cayó encima de todo.

La habitación giraba locamente, iluminada con luces rojas y azules. Bajo su barbilla un paquete roto derramaba su contenido. Levantó una vez la cabeza, la bajó de nuevo y una densa obscuridad invadió su cerebro.

En el obscuro comedor reinaba el mayor silencio. La mosca se trasladó a la mancha de vino de la mesa. Con los sentidos alerta vigiló un momento en todas direcciones y luego, con calma, metió su blanda trompa en el licor dulce y pegajoso.

XII

Se amontonaron las nubes, amenazadoras, obscureciendo el paisaje. El *Sweetheart* rodaba trabajosamente por la autopista. A lo lejos una nube se deshacía en lluvia.

El autobús se detuvo junto a los surtidores de gasolina del establecimiento de Breed. Los pequeños guantes de boxeo, el zapatito de niño, se balanceaban en el parabrisas.

-¿Cuánto tiempo va usted a esperar aquí? - preguntó Van Brunt.

-Quiero echarle una ojeada al puente - dijo Juan.

-Todavía está en pie - comentó Van Brunt.

-Y nosotros también.

Breed apareció en la puerta y se dirigió al autobús. Le estrechó la mano a Juan.

-Vienes con un poco de retraso, ¿no?

-No creo. A menos que no lleve adelantado el reloj.

Pimples se apeó también, ya que quería ver a la rubia cuando descendiera del autobús.

-¿Qué tal está el puente? - inquirió Juan.

Míster Breed movió la cabeza de un lado a otro.

-Échale tú mismo un vistazo. A mí no me gusta nada.

-¿No tiene ninguna rotura todavía?

-No sería eso lo peor -explicó Breed-. El agua lo somete a una presión tan grande, que se queja como si fuera una criatura. Date una vuelta por allí.

Míster Pritchard y Ernest se apearon del autobús y luego Mildred y Camille con Norma detrás. Aquélla era una experta y Pimples no pudo verle nada.

-¿Quiere tomar un «Pepsi-Cola»? - le ofreció -. La invito.

Camille se volvió a Norma. Su compañía empezaba a serle útil.

-¿Quieres tú? - indagó.

-Bueno, por mí...

Pimples procuró no demostrar su desencanto. Breed y Juan se encaminaron al río.

-Voy a echarle un vistazo al puente - indicó éste.

Mistress Pritchard llamó desde el estribo.

-¿Me quieres traer algo frío para beber? Aunque no sea más que agua. Y pregunta dónde está el excusado.

-En la parte de atrás - dijo Norma.

-Todos los años he temido que las aguas arrastraran el puente - le explicaba Breed a Juan, mientras caminaba a su lado-. Siempre que llueve y estoy en la cama, me desvelo y presto atención por si oigo que se derrumba. Y eso que ni siquiera sé qué clase de ruido hará cuando desaparezca.

Juan sonrió.

-Comprendo tu situación. Me acuerdo cuando vivía en Torreón, de pequeño. Por la noche solíamos esperar que se oyeran las detonaciones lejanas que indicaban un combate. Nos gustaban las peleas, pero cuando se desarrollaban mi padre no estaba en casa. Hasta que una vez se marchó y no volvió ya. Creo que todos sabíamos lo que sucedería algún día.

-¿Y qué fue de él? - se interesó Breed.

-No lo sé. Le debieron pegar un tiro. Cuando había algún combate, no podía quedarse quieto en casa. Tenía que intervenir. No creo que se preocupara mucho de la causa por la que peleaban. Cuando volvía a casa traía muchas historias que contar.

Sonrió.

-Solía contarnos una referente a Pancho Villa. Decía que una pobre mujer le abordó y le explicó: «Has fusilado a mi marido y mis pequeños se mueren ahora de hambre». Bueno, Villa tenía entonces mucho dinero. Era dueño de las prensas e imprimía billetes propios. Se volvió al tesorero y le dijo: «Entrégale cinco kilos de billetes de veinte pesos a esta pobre mujer».

Ni siquiera se molestaba en contarlos, porque podía hacer todos los que quería. Ataron los billetes con un alambre y la mujer se marchó con ellos. Entonces, un sargento se presentó a Villa y le informó: «Ha habido una equivocación, mi general. Nosotros no hemos fusilado al marido de esa mujer. Se emborrachó y le metimos en el calabozo». Pancho contestó: «Pues que le fusilen inmediatamente. No podemos desilusionar a esa pobre mujer».

-Eso no tiene ningún sentido - comentó Breed.

Juan se echó a reír.

-Ya lo sé, y es por eso por lo que me gusta. ¡Santo Dios, el río llega a los espigones del puente! - exclamó.

Entraron los dos en el puente. En el momento de pisar la tablazón notó Juan la vibración de las aguas. El puente temblaba y se estremecía. Se desprendía de los maderos un profundo zumbido más intenso que el estrépito de la corriente. Miró por un lado. Los maderos de apoyo estaban bajo el agua. Y todo el puente temblaba y gruñía en aquellos sitios donde las abrazaderas de hierro sujetaban la tablazón. Mientras miraban, un roble viejo se acercó girando en la corriente. Al estrellarse contra el puente, toda la estructura se estremeció como si se fuera a venir abajo. Los dos hombres se apresuraron a salir a la orilla.

-¿Crece el río muy de prisa? - preguntó Juan.

-Diez pulgadas en la última hora. Es posible que empiece a bajar ya.

Juan examinó el puente con atención.

-Yo creo que lo podría pasar. Los viajeros que lo atraviesen andando y yo llevo el coche al otro lado. ¿Cómo está el otro puente?

-No lo sé - contestó Breed -. He querido enterarme por teléfono, pero nadie se pone al aparato. ¿Y si cruzas éste y resulta que el otro ha desaparecido, y cuando vuelves también

éste se lo han llevado las aguas? Te encontrarías encerrado en una trampa. Y excuso decirte de qué humor se pondrían los viajeros.

-De todas maneras estoy seguro de que se pondrán de un humor de todos los demonios. Hay uno..., no, dos, que no dejarán de protestar, ocurra lo que ocurra. Los tengo calados. ¿Conoces a un individuo que se llama Van Brunt?

-¡Ah! ¡Llevas a ese pelma! ¡Ya lo creo que le conozco! Me debe treinta y siete dólares. Le vendí unas semillas de alfalfa y me salió con que no eran buenas. Y se negó a pagarme. Con todo el mundo le pasa igual. Nada de lo que compra es bueno. Yo no le vendería ni un caramelo. Diría que no era dulce.

-Pues llevo a ese y a un individuo de Chicago. Un hombre de negocios. Si las cosas no salen conforme a su deseo, tambien ése dará guerra.

-Bueno, pues tú verás la decisión que has de tomar - dijo Breed.

Juan miró al cielo amenazador.

-No tardará en llover. Y los montes volcarán toda el agua en el río. Yo creo que podría pasar, pero... ¿Y si luego no puedo volver?

-No sería extraño - repuso Breed-. ¿Qué tal está tu mujer?

-No muy bien. Le duelen las muelas.

-Hay que cuidar la dentadura - manifestó Breed, imitando aI texto de ciertos anuncios -. Visite al dentista cada medio año.

Juan se echó a reír.

-Sí, no está mal. ¿Conoces a alguien que lo haga?

-No- contestó Breed.

Le gustaba Juan. Ni siquiera le consideraba extranjero.

-Ni yo tampoco. Bueno, todavía hay otra solución para no verse en líos con los viajeros.

-¿Cuál?

-Pues dejar que decidan ellos. A eso se llama democracia, ¿no?

-No tardarían en disputar.

-¿Y qué? Allá ellos.

-No es mala idea - admitió Breed -. Pero he de decirte una cosa. Van Brunt siempre llevará la contraria a todos los demás.

-Bueno - comentó Juan-. Hay que aprender a manejarlo. Una vez tuve yo un caballo tan malo que si le guiaba con las riendas a la izquierda tomaba el camino de la derecha. Pero yo le engañé. Hacía las cosas al revés de lo que deseaba y al rectificar el caballo me salía yo con la mía. Creo que con Van Brunt se puede seguir una táctica parecida.

-Me parece que le voy a prohibir que me pague los treinta y siete dólares.

-A lo mejor te daría resultado - dijo Juan, sonriendo-. Bueno, el río sigue subiendo. Voy a ver lo que quieren hacer los viajeros.

En el establecimiento, Pimples se sentía un poco engañado, porque tuvo que comprar un «Pepsi-Cola» para las dos muchachas. Por mucho que hiciera no podría separarlas. Y no era por culpa de Norma, sino que Camille se valía de ella.

Norma estaba encantada. Nunca se sintió tan contenta en toda su vida. Aquella hermosa criatura la trataba con amabilidad. Eran amigas. Y no dijo que vivirían juntas. Dijo que ya verían. Sin saber por qué, aquella respuesta la llenó de confianza. La gente no se portaba bien con ella. Decían que sí a todo y luego se salían por la tangente. Pero Camille, que en todo se parecía a lo que ella misma deseaba ser, dijo que ya verían. Contemplaba ya, con los ojos de la imaginación, la habitación que alquilarían. Tendrían un diván y una mesita para café enfrente, una radiogramola y muchos discos. No le gustaba que sus pensamientos pasaran de ahí; si lo hacía, le parecía que echaba a perder su suerte.

Levantó el vaso de «Pepsi-Cola» y el dulce líquido le bajó por la garganta. Pero al beber le asaltó la desesperación. «¡No será verdad! Ocurrirá como siempre y me encontraré sola otra vez.» Cerró los ojos y se pasó por ellos el dorso de la mano. Al abrirlos se

encontraba ya tranquila. «Ahorraré - pensó-. Poco a poco me haré con la habitación, aunque este plan me salga mal. Vale más no hacerse ilusiones.»

Pimples dijo:

-Yo tengo muchos planes. Ahora estudio radar. Es una cosa de gran porvenir. Los expertos en radar no tardarán en colocarse estupendamente. Hay que mirar el porvenir, ¿no les parece? Hay personas que no tienen previsión y no prosperan.

Camille sonreía ligeramente.

-Es verdad - comentó. Deseaba alejarse cuanto antes de aquel muchacho. Era simpático, pero no le agradaba. Estaba siempre encima-. Muchas gracias por la invitación - dijo -. Voy a arreglarme un poco. ¿Me acompañas, Norma?

Ésta la contempló con una mirada de devoción.

-Sí, desde luego. También yo me quiero arreglar.

Todo lo que Camille decía le parecía ideal.

«¡Oh, Dios, si pudiéramos vivir juntas!», se dijo.

Mistress Pritchard se tomaba una limonada. No las servían, y le costó algún trabajo conseguirla. Pero cuando señaló los limones en la sección de víveres y hasta se ofreció para sacarles ella misma el jugo, a mistress Breed no le quedó más remedio que prepararle limonada.

-Es que no puedo beber cosas embotelladas - explicó mistress Pritchard -. Me gusta el jugo puro de frutas.

Se tomó la limonada y miró unas postales en el mostrador de novedades. Había vistas del Palacio de Justicia de San Juan de la Cruz y del hotel de San Isidro, frecuentado por personas reumáticas que tomaban baños en su manantial de agua salina. Había otros artículos en el mostrador de novedades. Perros de yeso, pintados, y pistolas de cristal llenas de dulces; muñecas y cajas de fantasía con frutas de California.

Ernest Horton estaba también en el mostrador y miró todo aquello con cierto desprecio. Le dijo a míster Pritchard:

-Algunas veces me da la idea de poner una tienda de novedades, pero de verdaderas novedades. Hace años que se han puesto a la venta algunas de estas cosas y nadie las compra ya. Mi compañía no saca más que artículos verdaderamente nuevos.

Míster Pritchard asintió con la cabeza.

-Un hombre adquiere confianza cuando trabaja con una compañía importante - manifestó-. Por eso creo que le gustaría a usted trabajar con nosotros. Le aseguro que mi compañía no descansa un solo instante.

-Dispense, pero voy por el muestrario - le interrumpió Ernest-. Llevo un artículo que todavía no se ha vendido al público, pero que el comercio ha adquirido ya como pan bendito. Me gustaría colocar aquí unos cuantos.

Salió y al poco tiempo volvió a entrar con la maleta. La abrió y sacó una caja de cartón.

-Ya ve usted que se trata de un envoltorio corriente. Así es mayor la sorpresa.

Abrió la caja y extrajo un «watercloset» en pequeño, de unas doce pulgadas de alto. Tenía el depósito correspondiente y una cadenita con un tirador metálico; la taza era blanca, con una tapadera pintada de tal modo que se semejaba a la madera. Mistress Breed se había acercado por el otro lado del mostrador.

-Mi esposo es el que se encarga de hacer las compras -dijo -. Tendrá que hablar con él.

-Ya lo sé - contestó Ernest -. Pero quería que viese usted el artículo. Se vende solo.

-¿Y para qué es eso? - preguntó míster Pritchard.

-Fíjese - respondió Ernest. Tiró de la cadenita e inmediatamente la taza se llenó de un líquido pardo. Entonces levantó la tapadera y la taza resultó ser un pequeño vaso -. Aquí tiene -continuó, triunfante -. Si quiere más, no tiene más que tirar dos veces de la cadena.

-¡Es *whisky*! - exclamó míster Pritchard.

Librodot

-O coñac, o ron, o lo que quiera - repuso Ernest -. Mire, aquí en el depósito es donde se conserva el licor. Está hecho con materiales plásticos. Ya he recibido mil ochocientos pedidos de este artículo. Es un exitazo.

-Desde luego. No está mal - reconoció míster Pritchard -. ¿Y a quién se le ocurren estas cosas?

-Pues verá - explicó Ernest -. La compañía tiene un departamento de ideas y todos van allí con las cosas que se les ocurren. La idea de este artículo la dio nuestro agente de ventas en el distrito de los Grandes Lagos. Nuestra compañía entrega el dos por ciento de las ganancias a cualquier empleado que le brinda una idea aceptable.

-No está mal - repitió míster Pritchard. Veía con la imaginación a Charlie Johnson contemplando el artículo. Seguramente querría adquirir uno inmediatamente-. ¿Cuánto pide por eso? - preguntó.

-Esto vale cinco dólares. Pero tenemos un modelo que cuesta veinticinco dólares con cincuenta centavos.

Míster Pritchard torció la boca.

-No es tan caro como parece - continuó Ernest-. El depósito es de roble y está hecho de viejos barriles de *whisky* para que el licor sepa mejor. La cadenita es de plata y el tirador es un diamante del Brasil. La taza es de porcelana y la tapadera de caoba tallada a mano. Y en el depósito hay una pequeña placa de plata para grabar en ella el nombre si es deseo de uno regalarla a cualquier club o centro.

-No parece que esté mal.

Estaba decidido. Ahora sabría jugárselos a Charlie Johnson. Le regalaría uno de aquellos artículos. Pero en la placa mandaría grabar: «Obsequio de Elliot Pritchard para el insigne Charlie Johnson», y luego que éste la enseñara todo lo que quisiera. Todos sabrían a quién se le ocurrió primero la idea.

-¿No lleva usted uno de ésos, de lujo? - inquirió.

-No, tiene usted que encargarlo.

Mistress Pritchard intervino. Se había acercado en silencio.

-Espero que no comprarás una cosa de ésas. Es de lo más ordinario que he visto.

-No es para mí - contestó su marido-. No, pequeña.

¿Sabes lo que pienso hacer? Le enviaré uno a Charlie Johnson. Será la réplica por haberme remitido aquella mofeta disecada.

-Charlie Johnson era compañero de habitación de míster Pritchard en el colegio y siempre se están gastando bromas. Parecen chicos cuando van juntos.

-Veamos - dijo éste-. Si yo encargo uno, ¿lo mandarán a la dirección que yo le dé? ¿Haría usted que lo grabaran? Le escribiré lo que quiero que pongan en la placa.

-¿Y qué quieres poner? - preguntó Bernice.

-Que las niñas no han de meterse en los asuntos de los hombres.

-Sí, cualquier barbaridad.

Mildred estaba melancólica. Se sentía cansada y no experimentaba interés por nada. Ocupaba una silla, sola, en un extremo del mostrador. Había observado, con cierto cinismo, cómo Pimples se esforzaba por charlar a solas con la rubia. El viaie la había deprimido. Estaba disgustada consigo misma y con lo que había sucedido. ¿Qué clase de chica era ella, cuando un simple chófer la trastornaba? Se estremeció con un poco de repugnancia. ¿Dónde estaba ahora? ¿Por qué no volvía? Dominó el impulso de levantarse para ir en su busca. La voz de Van Brunt se oyó a su lado y esto la sobresaltó.

-Señorita - dijo -. Se le ve la combinación.

-¡Ah! Muchas gracias.

-Si no se lo hubiera dicho nadie, creería usted que no se le veía nada - continuó Van Brunt.

-Sí, claro... Muchas gracias.

Se levantó, se inclinó hacia atrás y se apretó las faldas contra las piernas para ver mejor. La combinación le sobresalía por debajo como cosa de una pulgada.

-Creo que esas cosas se deben decir siempre - agregó Van Brunt.

-Sí, naturalmente... Me parece que se me ha roto la tira por el hombro.

-No me interesa nada su ropa interior - manifestó el viejo, con frialdad. -Mi única observación es, y la repito, que se le ve la combinación. No quiero que usted piense que mis motivos sean otros.

-No, desde luego - contestó Mildred, un poco desconcertada.

-Es que hay muchas chicas - continuó Van Brunt - que creen que todo el mundo les mira las piernas.

De pronto Mildred se echó a reír a carcajada limpia.

-¿A qué vienen esas risas? - preguntó Van Brunt, irritado.

-No es nada - replicó Mildred -. Es que acabo de pensar en un chiste.

Recordaba que Van Brunt no se perdió ni una sola exhibición de piernas en toda la mañana.

-Pues si es tan divertido, dígamelo.

-No, es cosa particular.

Van Brunt dio media vuelta y se alejó a buen paso. Mildred se sintió mejor. Ahora, el viejo estúpido no tendría un momento de tranquilidad. Se levantó, riéndose para su capote, y fue a la parte posterior del almacén, al cuarto con un cartel que decía: «Señoras».

Se detuvo ante la puerta cerrada. Oía que Norma hablaba a la rubia, en el interior. Prestó atención. Le gustaba escuchar las conversaciones de los demás, aunque a veces le disgustara aquella debilidad. Lo que más le agradaba era sorprender lo que hablaban las mujeres en los cuartos de aseo. La libertad de las mujeres en cualquier sitio donde hubiera un espejo, un lavabo y un «water» le llamó la atención desde hacía tiempo.

En el colegio escribió un ensayo, que se consideró atrevido, y en el que sostenía que las mujeres perdían sus inhibiciones cuando se subían las faldas.

Acaso influía el hecho de que el hombre, el enemigo, nunca podía invadir aquel territorio. Era el único lugar del mundo en el que las mujeres estaban seguras de no encontrar hombres. Y por eso obraban con mayor espontaneidad y aireaban al exterior lo que eran interiormente. Las mujeres, entre sí, demostraban más amistad o más animosidad en las salas de aseo públicas. Acaso porque, como no había hombres, estaba de más la competición y desechaban las poses a un lado.

Norma y Camille continuaban hablando. Mildred abrió la puerta y entró. En el pequeño cuarto se veía un «water» y un lavabo con un pequeño espejo encima. En la pared había un recipiente con papel para colocar en el asiento del «water» y toallas de papel junto al lavabo. El suelo, de cemento, estaba pintado de rojo y las paredes de blanco. Olía intensamente a desinfectante.

Camille estaba sentada en el «water» y Norma se hallaba, de pie, frente al espejo. Las dos la miraron cuando entró.

-¿Quiere ocupar el «water»? - preguntó aquélla.

-No -repuso Mildred-. Es que se me ha soltado una tira de la combinación.

Camille le miró la falda.

-Sí, es verdad.

Luego se dirigió a Norma.

-No, de esa manera, no. Súbete un poco las cejas por los extremos, sólo un poco. Espera. Espera un momento y te diré cómo.

Se levantó y se acercó a ella.

-Vuélvete para que te vea. Así, fíjate. Y ahora conténplate otra vez en el espejo. Como tienes la frente amplia, subiéndote las cejas parece más pequeña. Ahora, cierra los ojos.

Cogió el lápiz de las cejas y lo pasó con suavidad por debajo de las pestañas, en los párpados inferiores, acentuando la líne por los extremos.

-Fíjate ahora en el espejo. ¿Ves la diferencia?

-¡Ya lo creo! ¡Si parezco otra! - exclamó Norma.

-Desde luego. Y en cuanto a los labios, están mal pintados. Tienes muy fino el de abajo. Lo mismo que yo. Extiende un poco el carmín por aquí y otro poco por ese lado. ¿Ves? Ahora parecen más gruesos.

-Tiene usted idea - intervino Mildred-. Tampoco me vendrían mal a mí unos consejos.

-¡Bah! Es muy sencillo.

-Pero eso parece maquillaje de teatro - observó Mildred.

-Sí, claro, cuando se trata con el público... Los dentistas emplean a sus auxiliares femeninos casi como chicas de exhibición.

-¡Qué rabia! - exclamó Mildred -. La tira no está suelta, sino rota.

Se corrió el vestido a un lado y agarró una pequeña cinta de seda.

-Tendrá que ponerle un alfiler - dijo Camille.

-El caso es que no tengo... Y la aguja y los hilos están en una de las maletas.

Camille abrió el bolso y sacó un imperdible.

-Tome. ¿Quiere que se lo ponga yo?

-Se lo agradecería. No puedo ver nada con mis malditos ojos.

Le colocó el imperdible.

-No es que esté muy bien puesto, pero por lo menos no se le verá la combinación. Al fin y al cabo es una cosa provisional. ¿Siempre ha sido corta de vista?

-No - contestó Mildred -. Hasta los catorce años tuve la vista normal. Un médico dijo que mi miopía era consecuencia de la pubertad. Añadió que algunas muchachas recobran la vista normal cuando tienen el primer hijo.

-Es una pena.

-Es lo más desagradable del mundo. Las gafas siempre caen mal.

-¿No ha probado esos cristales de contacto que venden?

-No. Lo he pensado pero no he hecho nada. Tengo aprensión de que algo me roce los ojos.

Norma se seguía contemplando, asombrada, en el espejo. Los ojos, de repente, parecían más grandes y los labios más carnosos.

-¡Es maravilloso! - exclamó, sin dirigirse a nadie en particular.

-En cuanto aprendas unas cuantas cosas y adquieras más aplomo te convertirás en una chica bonita - aseguró Camille -. Ya arreglaré tu pelo cuando dispongamos de más tiempo.

-¿Quieres decir que aceptas el plan? - preguntó Norma, excitada-. ¿Alquilaremos el cuarto?

Se volvió, rápida, hacia Mildred.

-Vamos a alquilar unas habitaciones -explicó, casi sin aliento-. Tendremos un sofá convertible en cama y los domingos por la mañana...

-Ya veremos - la interrumpió Camille -. Ya veremos cómo marchan las cosas. Las dos estamos sin trabajo y ya piensas alquilar unas habitaciones. Ten un poco de prudencia.

-Éste es un viaje extraño - repuso Mildred -. Nosotros vamos a Méjico. Todo ha salido mal desde el comienzo. Mi padre quería que estuviéramos unos días en California y por eso quiso coger el autobús a Los Ángeles. Para ver mejor el paisaje.

-Pues bien puede verlo así - comentó Camille.

-Hasta hartarse. Pero, ¿ha visto usted una gente tan extraña como la que nos acompaña?

-Todo el mundo es parecido.

-Míster Chicoy no me desagrada - continuó Mildred -. Es medio mejicano. ¡Pero ese chico! Da la impresión de que se va a echar encima de una, si no se tiene cuidado.

-Cosas de los años. A casi todos los muchachos de su edad les ocurre lo mismo. Ya se le pasará.

-O, a lo mejor, no - dijo Mildred -. ¿Se ha fijado usted en el viejo, en Van Brunt? A éste no se le ha pasado. Es un hombre sucio.

Camille sonrió.

-Es muy viejo - opinó.

-Quería preguntarle una cosa. Mi padre cree que la ha visto a usted en algún sitio. Tiene buena memoria. ¿Es cierto?

Después de esto, por un instante vio un destello de hostilidad en sus ojos y se dio cuenta de que había tocado algo desagradable. Pero Camille se recompuso inmediatamente.

-Sin duda me parezco a alguien - contestó-. Esta vez se ha equivocado, a menos que me viera por la calle en alguna parte.

-¿De verdad? - preguntó Mildred-. No crea que se lo pregunto con segundas. Es curiosidad, simplemente.

El ambiente amistoso y familiar desapareció de la habitación. Era como si un hombre hubiese entrado. Camille la miró con frialdad.

-Su padre sufre un error. Puede usted tomarlo como quiera.

Se abrió la puerta y entró mistress Pritchard.

-¡Ah! ¡Estás aquí! - le dijo a Mildred-. Pensé que habías salido a dar un paseo.

-Es que se me ha roto una tira de la combinación - explicó la chica.

-Bueno, date prisa. Míster Chicoy ha vuelto y están ahora discutiendo... Gracias, querida - le dijo a Norma, que se había apartado del lavabo para dejarle sitio-. Sólo quiero mojar el pañuelo para quitarme el polvo y la suciedad del viaje. ¿Por qué no te tomas una limonada? A esa simpática mujer que sirve no le importa hacerlas. Le manifesté que se haría famosa si se dedicara exclusivamente a servir jugo de frutas.

De pronto, Camille dijo:

-Empiezo a tener hambre. Me gustaría tomar un bocado.

-Lo mismo me ocurre a mí - manifestó mistress Pritchard.

-Por mi parte, preferiría marchar cuanto antes - pronunció Mildred-. Podríamos comer en la próxima ciudad. ¿Cómo se llama?

-San Juan de la Cruz - aclaró Norma.

-San Juan de la Cruz - repitió mistress Pritchard, por lo bajo-. ¡Qué bonitos son los nombres españoles!

Norma se contempló un gran rato, maravillada, antes de salir del cuarto de aseo.

XIII

Juan, sentado en un taburete, tomaba un «Pepsi-Cola» y frotaba el reluciente muñón de su dedo amputado contra la pana de los pantalones. Al entrar las mujeres en el establecimiento, levantó la vista y comenzó a tamborilear con el dedo en vez de frotarlo contra la tela.

-¿Ya están todos? - preguntó-. No; falta uno. ¿Dónde está míster Van Brunt?

-Aquí estoy.

Hablaba desde detrás del mostrador, en la sección de víveres, donde, oculto tras una serie de latas de café, examinaba los estantes.

-Quisiera saber cuándo vamos a marcharnos - dijo míster Pritchard -. No puedo perder el tiempo.

-Ya lo sé - contestó Juan, con paciencia - y por eso quiero consultar con ustedes. El puente no merece confianza. Es posible que pueda cruzarlo. Pero existe otro puente más y acaso lo arrastre la corriente o lo haya arrastrado ya. No podemos informarnos de lo que pasa. Y si nos vemos en la curva del río y sin puentes, todo el mundo perdería las combinaciones que tenga. Por lo tanto, desearía que ustedes emitieran el voto para hacer lo que decida la mayoría. O bien arriesgar la suerte o retroceder. Pero cuando hayan tomado una decisión, quiero que no se vuelvan atrás de lo que acuerden.

Levantó la botella y bebió el «Pepsi-Cola».

-No tengo tiempo - pronunció míster Pritchard en voz alta. -Escuche, amigo. Desde que comenzó la guerra no he disfrutado de unos días de vacaciones. Ésta es la primera vez. Y no tengo tiempo para andar sin ton ni son por estos andurriales. Necesito descansar. Dispongo de unas pocas semanas y con estas cosas transcurren los días tontamente.

-Lo siento -respondió Juan-, pero yo no tengo ninguna culpa de lo que sucede. ¿Y si nos quedamos aprisionados en la curva? Perderá usted mucho más tiempo y yo me expongo a perder el autobús al cruzar al otro lado. El puente ese está en pie de milagro y no es extraño que se venga abajo en cualquier momento. La otra solución consiste en retroceder.

Van Brunt hizo acto de presencia.

Llevaba en la mano un bote de melocotón en conserva y se dirigió a mistress Breed.

-¿Cuánto vale? - preguntó.

-Cuarenta y siete centavos.

-¿Cómo? ¿Por un bote de melocotón?

- Nosotros ganamos lo mismo - explicó la mujer -. Lo que ocurre es que tenemos que pagar más por ellos.

Van Brunt arrojó con brusquedad medio dólar encima del mostrador.

-Haga el favor de abrirlo - dijo-. ¡Cuarenta y siete centavos por un vil bote de melocotón!

Mistress Breed le abrió el bote y se lo entregó. Primero bebió parte del caldo y luego sacó un trozo de melocotón amarillento con la mano, colocándolo encima del bote para que gotease dentro.

-Ya estoy al tanto de lo que se trata - observó-. ¿Cree usted que se puede permitir el lujo de hacernos perder el tiempo? Yo he de estar esta misma tarde en el Palacio de Justicia. Y su obligación es llevarme. Usted es un transportista común y ha de obedecer las disposiciones de la comisión de caminos.

-Eso es lo que procuro hacer - repuso Juan-. Y una de las disposiciones de la comisión prohibe matar a los viajeros.

-Todo esto le sucede por no conocer el país - objetó Van Brunt-. Debiera existir una ley en virtud de la cual se prohibiera conducir a los que desconocen el terreno por donde andan.

Se llevó a la boca el trozo de melocotón y cogió otro pedazo con el índice y el pulgar. El hombre disfrutaba con aquellos ratos.

-Dijo usted que sólo se podían hacer dos cosas. Pero queda otra tercera solución. Usted no sabe que existe el camino viejo, el cual se utilizaba antes de que se construyeran esos puentes.

Juan lanzó una mirada interrogadora a míster Breed.

-Sí, estoy enterado de ese camino, pero, ¿en qué estado se encuentra?

-Las diligencias lo han recorrido durante más de cien años -manifestó Van Brunt.

-Las dos primeras millas está bien, pero luego no sé - explicó míster Breed -. No lo he visto desde que comenzaron las lluvias.

-Usted verá - dijo Van Brunt, hablando mientras mascaba otro pedazo de melocotón-. Le dije que iba a llover; le dije que el río bajaría con crecida y ahora que está sin saber qué hacer, le brindo una solución. ¿Es qué tendré que conducir su maldito autobús?

-¡Procure guardarse sus impertinencias! - exclamó Juan, furioso -. ¿Es que no sabe hablar sin molestar?

Van Brunt ladeó el bote y se bebió el resto del caldo, parte del cual le resbaló por la barbilla. Con la manga de la chaqueta se lo quitó.

-¡Vaya un viaje! - exclamó -. Desde el mismo momento que empezó.

Juan se volvió para enfrentarse con los demás viajeros.

-Bueno, ya conocen ustedes la situación. En el permiso para explotar la línea se me indica que he de realizar el servicio por la autopista. Desconozco el camino viejo y no sé si

podremos pasar o no. Ustedes dirán lo que hemos de hacer. Si nos queda mos colgados, no quiero que me echen las culpas.

-A mí me gusta tomar la decisiones sin pérdida de tiempo -dijo míster Pritchard -. Yo tengo que ir a Los Ángeles. He adquirido ya los billetes para el aeroplano para continuar en vuelo hasta la capital de Méjico. ¿No sabe usted lo que cuestan? Veamos. ¿Dice usted que el puente ofrece peligro?

-Así es.

-Bueno. ¿Y dice usted que no sabe si podrá pasar por e camino viejo?

-Efectivamente.

-Así pues, de tres soluciones, ninguna es aceptable del todo. ¡Hum!

-¿Qué opinas, querido? - preguntó su mujer -. Tenemos que hacer algo. Hace tres días que no me baño.

-Sigamos el camino viejo - indicó Mildred -. Será interesante-. Lanzó una ojeada a Juan para ver cómo tomaba su actitud, pero éste había desviado la vista hacia Camille.

Influida, sin duda, por la reciente asociación en el cuarto de aseo, Camille dijo:

-Yo voto por el camino viejo. Estoy tan cansada y tan sucia que lo mismo me da.

-Juan apartó la vista y en sus ojos brilló un destello de interés al tropezarse con la cara de Norma. No parecía la misma chica. Y ella observó que se daba cuenta de la diferencia.

-También yo voto por el camino viejo - pronunció casi sin aliento.

Ernest Horton encontró una butaca y se sentó en ella; era la misma que empleaba corrientemente mistress Breed cuando se le hinchaban las piernas por la tarde.

-A mí me es igual - anunció-. Claro que me gustaría llegar a Los Ángeles, pero no tiene importancia. Yo me uno a la opinión de la mayoría.

Van Brunt dejó el bote, de golpe, en el mostrador.

-Va a llover y ese camino se pone muy resbaladizo. Es posible que no pueda subir la cuesta y si se atascara no sé cómo podría salir del atolladero.

-¡Pero si fue usted mismo quien indicó ese camino! - exclamó Mildred.

-Yo no hago más que exponer todas las objeciones posibles - replicó.

-Bueno, ¿cuál es su voto? - preguntó Juan.

-¿Mi voto? Ninguno. Es la cosa más estúpida que he oído en mi vida. Yo creo que quien tiene que tomar una decisión es el chófer, lo mismo que el capitán de un barco.

Pimples se dirigió al mostrador de los dulces. Dejó una moneda de diez centavos y escogió dos golosinas. Una se la metió en el bolsillo interior para dársela a Camille cuando tuviera ocasión de estar con ella a solas y a la otra comenzó a quitarle el papel que la envolvía. Se le había ocurrido una idea repentina y emocionante. ¿Y si el autobús intentaba cruzar el puente y en la mitad se lo llevaban las aguas, arrastrando consigo al vehículo? Con toda seguridad saldría despedido sin sufrir ningún daño, pero la rubia quedaría aprisionada en el interior del coche. Entonces, bucearía una y otra vez hasta que por fin rompería una ventanilla; la sacaría, nadaría hasta la orilla y allí la tendería, desmayada, en la hierba verde para frotarle la piernas con objeto de que la sangre le circulase de nuevo. O, mejor todavía, le daría media vuelta, le pondría las manos bajo los pechos y le haría la respiración artificial.

Pero, ¿y si el autobús continuaba el viaje por el camino antiguo y atascaba? Tendrían que pasar la noche, acaso alrededor de una fogata. Probablemente podrían sentarse juntos, al lado del fuego, y hasta compartir una misma manta.

-Yo creo que lo mejor es intentar el camino viejo - dijo. Juan le miró y sonrió.

-Ya se ve que tienes sangre de Kit Carson en las venas.

Pimples comprendió que se trataba de una broma; pero no le disgustaba.

-Bueno, todos menos uno votan por el camino viejo. Y ese uno se niega a dar su voto.

Van Brunt se volvió hacia los demás.

-Están ustedes locos - protestó -. ¿Es que no se dan cuenta de lo que pretende? Quiere lavarse las manos. Si algo ocurriese él no tendría la culpa porque diría que hizo lo que decidieron los demás. No, lo que es a mí, no me engañará.

Librodot

Míster Pritchar se limpió los cristales de las gafas.

-Es una idea -manifestó-. No lo había visto yo por ese lado. Verdaderamente, renunciamos a nuestros derechos.

Los ojos de Juan chispearon de rabia y apretó las mandíbulas.

-¡Muy bien! Entonces, hagan el favor de subir al autobús. Les llevaré otra vez a San Isidro y se apearán allí para que cada cual tire por donde quiera. Procuro ser servicial con ustedes y lo toman como si intentara asesinarles. ¡Vamos, al autobús! Estoy harto. Desde anoche he desorganizado mi vida para que estuvieran cómodos y no quiero hacer más el primo. ¡Vamos!

Míster Pritchard se le acercó.

-Vamos, no tome así las cosas - trató de calmarle-. Yo le agradezco todo lo que ha hecho por nosotros. Yo y todos los demás. Lo que hacía, era enfocar el asunto bajo todos los puntos de vista.

-Estoy ya harto - repitió Juan-. Anoche durmió usted en mi cama. Tengo ya ganas de perderle de vista.

-No olvide que fue su autobús el que se estropeó -rezongó Van Brunt -. La culpa no es nuestra.

-A usted, más que a nadie, es a quien quiero ver desaparecer - manifestó Juan con voz tranquila.

-Tenga cuidado - amenazó Van Brunt -. No olvide que es usted un transportista común. No sería difícil, tras lo que ocurre, que retiraran el permiso para explotar la línea.

Juan cambió de repente, echándose a reír.

-¡Vaya un disgusto! Perdería de vista a gentes como usted, y, en cuanto al permiso, ya se puede imaginar lo que haría con él.

Camille se echó a reír, lo mismo que Ernest Horton.

-No me olvidaré de todo esto-dijo éste-. Bueno, míster Chicoy, nosotros no tenemos nada que ver con esos dos hombres. Queremos seguir adelante. Marque una idea y el que quiera continuar que se ponga a un lado y los que quieran volver, al otro. Me parece una buena solución.

-Míster Chicoy, yo quiero seguir - dijo Mildred.

-Muy bien. Que sirva de señal esa grieta del suelo. Los que se nieguen a seguir por el camino viejo que se coloquen en aquel lado, junto a las verduras.

Nadie se movió. Juan fue mirando, uno por uno, los rostro de los viajeros.

-No es legal -protestó Van Brunt-. No tendrá validez en ningún tribunal.

-¿El qué?

-Lo que usted está haciendo.

-Los tribunales no tienen que ver nada con eso - replicó.

-Pudiera ser que sí.

-Aunque usted quisiera, no vendría con nosotros - replicó Juan.

-¿Cómo que no? Saqué el billete y por lo tanto tengo derecho a ir en el autobús. Usted quiere alejarme, pero no lo conseguirá.

Juan se encogió de hombros.

-Bueno, cuando quieran ustedes nos marchamos. - Se dirigió a míster Breed -. ¿Me quieren dejar unas herramientas? Las devolveré en cuanto vuelva.

-¿Qué clase de herramientas?

-Un pico y una pala.

-Desde luego. Por si se atasca el autobús, ¿no?

-Sí. ¿Tienes alguna polea con aparejo?

-Sí, pero no muy buena. La polea está bien, pero las cuerdas no son muy robustas. Y tu autobús es bastante pesado.

-Bueno, más vale algo que nada - repuso Juan-. ¿No tienes cuerdas nuevas que te pudiera comprar?

-Sí, algo tengo, pero desde que empezó la guerra no he recibido nada nuevo -contestó Breed-. De todas maneras, elige lo que mejor te parezca.

-Ven con nosotros, Kit. Me echarás una mano.

Los tres salieron del establecimiento y se dirigieron a la parte trasera.

-Por nada del mundo me hubiera perdido esto - le dijo Ernest a Camille.

-Me gustaría no estar tan cansada - manifestó la chica -. Hace cinco días que voy de un autobús a otro. En cuanto llegue Los Ángeles dormiré dos días seguidos.

-¿Por qué no cogió el tren? ¿Dice que viene de Chicago?

- Sí, de Chicago.

-En el *Super Chief* podría haber dormido todo el camino hasta Los Ángeles. Es un tren estupendo.

-Lo hago para ahorrar dinero -explicó Camille-. Quiero descansar unas pocas semanas antes de comenzar a trabajar de nuevo. Y prefiero hacerlo en una cama de matrimonio que en un camastro.

-¡Qué lástima!

-¿Lástima? ¿Por qué?

-Por nada. Yo me entiendo.

-Mire, estoy muy cansada para jugar a los acertijos con usted.

-Bueno, como guste. Estoy dispuesto a jugar a lo que usted quiera.

-¿Le parece bien que dejemos esta conversación?

-A sus órdenes, señorita. Pero, ahora, en serio. Me gusta usted y sería un gran placer para mí salir con usted, una vez que haya descansado.

-Bueno, ya veremos cómo se presentan las cosas - dijo Camille. Le era simpático Horton. Se podía hablar con él.

Norma le estuvo escuchando. Sentía una grata admiración hacia Camille. Deseaba aprender a conducirse como ella.

-Espero que no empezará ahora a dolerme la cabeza -dijo mistress Pritchard -. Elliot, mira a ver si tienen aspirinas, ¿quieres?

Míster Breed le presentó un sobrecito de celofán.

-¿Quiere uno? Son cinco centavos.

-Mejor será que me dé media docena - dijo Pritchard.

-Veintiséis centavos, impuestos incluidos.

-No hacen falta tantos, Elliot - repuso mistress Pritchard. -Llevo yo también en la maleta.

-Vale más estar preparado - contestó su marido.

Los dolores de cabeza de mistress Pritchard eran espantosos y los temía. Le contorsionaban la cara y la reducían a un ser sudoroso, plañidero y estremecido. Llenaban una habitación y hasta una casa, y ponían los nervios de punta a todos los que la rodeaban. Míster Pritchard sentía los dolores de cabeza de su mujer aun a través de las paredes. Los médicos decían que no podían hacer nada. Le inyectaban calcio y le daban sedantes. Los dolores de cabeza se presentaban, por lo general, cuando estaba nerviosa o cuando las cosas no salían con arreglo a sus deseos.

A su marido le hubiese gustado protegerla. Aquellos dolores de cabeza parecían ser interesados, egoístas; pero no era cierto. El dolor era real. Nadie podría simular unos dolores tan terribles. Míster Pritchard los temía a más que nada en el mundo. Además, le arañaban un poco la conciencia. Por mucho que lo intentara en contrario, jamás le abandonaba la aprensión de que hasta cierto punto tenía él la culpa de aquellos dolores. Y no es que su mujer indicara algo en este sentido. En realidad, se portaba con valor e intentaba ahogar sus gemidos con la almohada.

Pero relacionaba su lujuria y la pérdida del dominio de sí mismo con tales dolores. Algunas veces experimentaba hacia su mujer un profundo odio por sentirse desgraciado.

Librodot

Cuando sufría uno de sus ataques, él se quedaba en la oficina horas horas, sentado a su mesa y con la mirada fija en la pared, mientras su cuerpo temblaba con el dolor de su esposa.

En medio de uno de los peores ataques, Bernice procuraba que él no sufriera.

-Vete al cine - gemía-. Vete a ver a Charlie Johnson. Échate un trago de *whisky*. Emborráchate. No te quedes aquí.

Pero era imposible. No podía marcharse.

Se metió los sobrecitos transparentes de celofán en el de la chaqueta.

-¿Quieres tomarte un par de aspirinas, por si acaso? - preguntó.

-No -contestó ella -. Creo que no me pasará nada.

Mildred, en cuanto oyó mencionar por vez primera la aspirina, se puso a contemplar la lista de precios que colgaba de la pared. Apretó los labios.

-¡Oh, Dios mío! - exclamó para sí-. ¿Va a empezar ya?

No creía en aquellos dolores de cabeza. Llamaba a su madre psicosomática y psicótica, y los temía todavía más que su padre. Cuando era pequeña huía de ellos y se escondía en el sótano. Y, por lo general, la sacaban de allí para llevarla al lado de la madre, porque cuando le dolía la cabeza tenía más necesidad de cariño y de que la mimaran. Para ella los dolores de cabeza eran una maldición. Los odiaba. Y aborrecía a su madre cuando los sufría.

Hubo una época en que creía que eran pura ficción y aun ahora, que sabía que eran reales, los consideraba como un arma que su madre empleaba con astucia y con brutalidad. Los sufría la madre, era cierto; pero, al propio tiempo, gobernaban y castigaban al resto de la casa. Ciertas cosas que no le gustaban a la madre no se hacían nunca porque le ocasionaban dolor de cabeza. Mildred sabía que el temor que experimentaba al ir a casa después de la una de la madrugada se debía a que su madre comenzaría con los dolores de cabeza si se retrasaba.

Creía que lo que en realidad necesitaba era un psiquiatra. En cuanto a Bernice, estaba dispuesta a hacer lo que fuera. Pero fue su marido el que rechazó la idea. Decía que no creía en los psiquiatras. Pero la verdad es que creía tanto en ellos que hasta les tenía miedo. Porque evidentemente había llegado a depender de los dolores de cabeza. Eran, hasta cierto punto, una justificación para él, un castigo, una expiación.

Mildred se vio forzada a dar media vuelta y a volver junto a su madre.

-¿Te encuentras bien?

-Sí - contestó animada.

-¿No te duele la cabeza?

-No. Sentí una punzada y me asusté - explicó -. No me perdonaría nunca a mí misma que me asaltara ahora uno de esos horribles dolores y que echara a perder el viaje de tu padre.

Mildred experimentó un ligero estremecimiento de miedo ante aquella mujer que era su madre; ante su poder y su crueldad. Debía ser algo inconsciente, por fuerza. Vio y escuchó el proceso de aquel viaje a Méjico. Su padre no deseó ir. Le hubiera gustado más disfrutar las vacaciones en casa, lo cual no indicaba que no acudiera a la oficina todos los días; pero haciéndolo a las horas que le viniera en gana se haría la ilusión de que descansaba.

Pero se decidió el viaje a Méjico. ¿Cuándo y cómo? Ni Mildred ni su padre lo sabían. Pero, poco a poco, éste llegó a convencerse de que no sólo fue la idea suya, sino que obligaba a su familia a que le acompañara. Y esto le daba la agradable impresión de ser el jefe de su casa. En realidad, en aquel asunto obró como si atravesara una serie de puertas que se cerraban tras él. Como si cayera en una trampa. Una gallina encuentra un agujero, lo examina, ve que hay un poco de grano, pasa por la puerta... y la puerta se cierra. Pero allí hay un nido y reina la obscuridad y el silencio. ¿Por qué no poner un huevo? Sería una buena broma para el que dejó la puerta abierta.

Casi había olvidado que no deseaba ir a Méjico. Tanto él como su mujer lo hacían por Mildred. Ése era el pretexto más seguro. Estudiaba la chica español en el colegio, un lenguaje que era incapaz de comprender, lo mismo que sus profesores. Méjico sería el lugar indicado para que practicase. Su madre decía que la única manera de aprender un idioma era usándolo.

Librodot

Mildred, al mirar la plácida cara de su madre, no podía creer que aquella mujer planeara una cosa para después destrozarla.

No cabía duda de que le dolería la cabeza. Pero esperaría hasta encontrarse lejos de los médicos, donde el ataque causara la máxima impresión. Era difícil de creer. Ciertamente no creía ue su madre supiera, en realidad, lo que hacía.

Ahora envidiaba a Camille. Ésta era una vagabunda para quien las cosas debían ser mucho menos complicadas. Sin remordimientos de conciencia, sin experimentar ningún sentimiento de pérdida, disfrutando de una maravillosa despreocupación. Así era como se imaginaba que era. Y a ella le hubiera gustado ser igual, aunque sabía que era imposible por causa de su madre. Y, de improviso, le asaltó un pensamiento: si su madre estuviese muerta, su propia vida sería mucho más sencilla. Con brusquedad, alejó de sí esta idea.

«¡Qué pensamiento más indigno!», se dijo ceremoniosamente.

Pero era un sueño que retornaba con frecuencia.

Miró por la ventana. Pimples ayudaba a meter en el autobús la polea con los arreos; la grasa de la cuerda le había manchado los pantalones. Se esforzaba por quitarse la mancha frotándose con un pañuelo.

«Pobre chico - pensó-. Debe ser el único traje que tiene.»

Estaba a punto de decirle que no frotara la mancha cuando vio que se dirigía al surtidor de gasolina. Una vez en él vertió unas gotas de esencia en el pañuelo y luego se lo pasó por la mancha.

Juan llamó entonces:

-Cuando ustedes quieran, señores.

XIV

El camino viejo que se ceñía a la curva del río San Isidro empleó en tiempos para que circularan por él las diligencias y los jinetes. En la estación seca el ganado pasaba por él en dirección al río, donde se tendía junto a los sauces y bebía el agua de los agujeros que se cavaban en el lecho. En realidad, era una cinta de tierra sin afirmar y en la que se marcaban los surcos de las ruedas y las pezuñas de los caballos. En el verano densas nubes de polvo se levantaban de su superficie cuando pasaba algún carruaje y en el invierno los corceles chapoteaban por entre barro pegajoso. Poco a poco, debido al continuo machaqueo, descendió de nivel con respecto a los campos por los que cruzaba y, a consecuencia de ello, el agua de lluvia se estacionaba en la ruta formando lagos bastante profundos.

Luego, los granjeros hicieron zanjas a ambos lados del camino, y, al aumentar el precio del ganado, los propietarios construyeron cercas a lo largo de la ruta para impedir que se mezclaran las reses de unos con las de otros.

Las cercas estaban hechas a base de troncos clavados en el suelo y unidas entre sí por tablones a media altura. Y, por encima de los troncos, corrían unos alambres espinosos. Las cercas sufrieron los embates del sol y la lluvia; los troncos y las tablas perdieron su color natural, y se empezó a formar moho en los sitios donde no les daba el sol.

Cuando fue desapareciendo el ganado para dedicar los campos al cultivo de los cereales, los granjeros comenzaron a suprimir de las tierras los hierbajos, los colinabos, el jenabe, las amapolas, los cardos y las asclepias; estos refugiados encontraron un puerto de asilo en las cunetas del camino y allí se desarrollaron exuberantes.

En esas cunetas, y bajo la maraña vegetal, encontraron su hogar las comadrejas y las culebras; al atardecer los pájaros acudían allí para beber el agua estacionada en el fondo. Durante la primavera, las alondras posadas en los postes de las viejas cercas, lanzaban al aire sus gorjeos. En el otoño, y a puesta del sol, las palomas silvestres colocadas en los alambres, casi sin solución de continuidad en una longitud de millas, alborotaban con una nota sostenida. Al obscurecer los halcones pirateaban por las zanjas en busca de presa y por la

Librodot

noche las lechuzas perseguían a los conejos con su vuelo silencioso. Y cuando una res caía enferma, los zopilotes, desde la cerca, esperaban pacientemente que muriese.

Por el camino no pasaba nadie. En tiempo hubo por allí pequeñas propiedades rurales; pero ahora el terreno estaba abandonado, y las pequeñas casas y los graneros presentaban señales de decadencia y ruina.

Al mediodía las nubes procedentes del Sudoeste se arracimaron. Por lo general, cuanto más tiempo tardan las nubes en prepararse, con más insistencia llueve después. Pero todavía se veían trozos de cielo azul, y, de vez en cuando, el sol se filtraba por entre las nubes y lanzaba a tierra un rayo de luz cegadora...

Juan tuvo que retroceder un poco por la autopista para llegar a la entrada del camino viejo. Antes de penetrar en él detuvo el autobús, se apeó y se adelantó unos pasos. Notaba el barro pegajoso bajo los pies. Experimentaba cierta alegría, casi un sentimiento de malignidad. Los viajeros habían elegido este camino y acaso todo saliera bien. Para él aquello era como unas magníficas vacaciones. Puesto que lo querían, allá ellos. Ya se vería lo que harían si el autobús se atascaba. Apretó el pie en la mezcla de barro y gravilla del suelo antes de volver. ¿Qué estaría haciendo Alice? Demasiado bien lo sabía. Y si el autobús se estropeaba..., en ese caso, bien pudiera ser que él se marchara para siempre. Su rostro resplandecía de satisfacción cuando subió al autobús.

-No sé si podremos recorrer todo el camino - anunció gozoso.

Y los viajeros se pusieron un poco nerviosos ante su exaltación.

Se sentaron todos juntos. Se daban cuenta de que Juan era el único recurso que tenían para salir de aquella situación, y si hubieran sabido lo que pasaba por su mente se hubieran preocupado profundamente. El hecho es que cerró la puerta del coche y el autobús comenzó a correr por el camino lleno de lodo.

Las nubes estaban ya casi preparadas para soltar su carga líquida. Lo sabía. Por el Oeste divisaba un telón de lluvia que no tardaría en correrse hacia el valle.

-Ya se acerca la lluvia - comentó Van Brunt.

-Eso parece.

El autobús tenía buenas cubiertas, pero notaba que las ruedas resbalaban un poco en el barro.

Míster Pritchard preguntó, dominando el zumbido del motor:

-¿Cuánto supone este rodeo?

-No lo sé - contestó Juan -. No he venido nunca por aquí. Creo que son trece o catorce millas.

Se inclinó sobre el volante y levantó la vista del camino para mirar a la Virgen de Guadalupe.

No era un hombre muy religioso. Creía en el poder de la Virgen lo mismo que un niño cree en el poder de sus tíos. Para él era una muñeca, una diosa, una mascota de la buena suerte y una familiar. Su madre, irlandesa, había entrado en la familia de aquella Virgen y la aceptó lo mismo que aceptó a la madre y a la abuela de su marido. De este modo se convirtió en un miembro de su familia y en su divinidad.

Juan se desarrolló junto a aquella señora de amplias faldas, puesta en pie encima de una luna. En todas partes estaba cuando él era pequeño: encima de su cama para vigilar sus sueños, en la cocina para contemplar los guisos, en el vestíbulo para ver cuando entraba y salía de la casa y en la puerta o zaguán para escuchar sus juegos en la calle. Se encontraba la iglesia, en la clase de la escuela y, por si eso no fuera bastante, la llevaba colgada del cuello en una medallita de oro. Podía escapar de las miradas de sus padres o de sus hermanos, pero la Virgen morena siempre estaba con él. Mientras podía engañar o mentir a los familiares, ella lo sabía todo. Se lo confesaba todo; pero era una cuestión de fórmula, porque a la Virgen nada se le ocultaba. Además, esbozaba una leve sonrisa como si fuese a romper a reír. No sólo comprendía, sino que se distraía. Los terribles crímenes de la infancia no parecía que mereciesen los castigos del infierno, a juzgar por la expresión de la Virgen.

Librodot

De esta manera, de niño la amó profundamente y puso en ella toda su confianza. Su padre le había dicho que velaba, muy especialmente, por los mejicanos. Cuando veía a niños alemanes o gringos por las calles, sabía que su Virgen no hacía ningún caso de ellos porque no eran mejicanos.

Si a esto añadimos el hecho de que no creía en ella con la razón, pero sí con sus sentimientos, se comprenderá su actitud hacia Nuestra Señora la Virgen de Guadalupe.

El autobús corría con lentitud por el camino cenagoso dejando profundos surcos por detrás. Lanzó una ojeada a la Virgen y le dijo mentalmente:

«Sabes que no he sido muy feliz y que por un sentimiento del deber que no me parece muy lógico me he resignado a seguir en la trampa que me pusieron. Y ahora quiero poner mi decisión en tus manos. Yo no puedo apechar con la responsabilidad de huir de mi mujer y de mi negocio. Cuando era más joven no me hubiera importado hacerlo, pero ahora no me arriesgo porque me falta la energía de los años mozos. De ti depende. Estas gentes, que no se preocupan de mí, de mi seguridad o mi felicidad, sino únicamente de sus propios planes, me obligan a venir por este camino. Creo que ni siquiera me han visto y que me consideran como una máquina que sirve para transportarles adonde ellos desean. Yo me ofrecí para volver a San Isidro. Ya le oíste. Pero eso lo dejo todo a tu voluntad y yo sabré cuál es. Si el autobús se atasca de manera que pueda ponerlo en marcha tras los esfuerzos corrientes, proseguiré el viaje. Si las precauciones corrientes bastan para que no le pase nada al coche, las tomaré. Pero si tú, en tu sabiduría, me das indicaciones de tus designios permitiendo que el autobús se atasque hasta los ejes o dejando que se meta en una cuneta, donde todos mis fuerzos serían inútiles, entonces comprenderé que apruebas lo que quiero hacer. Entonces me marcharé y desapareceré, y jamás volveré con Alice. Tú has de decidir.»

Sonrió a la Virgen, que también esbozaba su sonrisa peculiar. Ella sabía lo que iba a suceder; pero, desde luego, no había manera de averiguarlo. No podía marcharse sin su beneplácito. Tenía que contar con su aprobación. Si ella opinaba que debía de volver con Alice, allanaría el camino y haría que el autobús llegara a su término.

Hizo una profunda aspiración y sus ojos brillaron. Mildred veía su rostro por el espejito. No se explicaba a qué se debía la profunda alegría que se reflejaba en su cara.

-Éste es un hombre - pensó -, un hombre entero.

Éste era el hombre que una mujer femenina desearía tener por ser tan rotundamente viril. El disgusto que sintió hacia sí misma desapareció.

Su madre escribía, imaginariamente, otra carta:

«Nos encontramos en medio de un camino lleno de barro, lejos de todo sitio habitado. Y ni siquiera el chófer conocía la carretera. Cualquier cosa podía suceder. No se veía ni una sola casa y comenzaba a llover.»

Comenzaba a llover. No con intermitencia como por la mañana, sino furiosamente, en forma de diluvio. No corría el viento y el agua caía recta, abrumadora. El autobús zumbaba y chapoteaba por encima de la carretera y Juan notaba que las ruedas de atrás resbalaban en el barro.

-¿No tiene cadenas? - preguntó Van Brunt.

-No - contestó gozoso Juan -. No he podido encontrar desde antes de la guerra.

-Creo que no podrá continuar - aseguró Van Brunt -. Ahora puede ir tirando en terreno llano, pero ya veremos cuando comience a subir la cuesta.

E hizo un gesto hacia el monte, rumbo al cual marchaba el autobús.

-Me parece que tendrá que pararse.

Para Pimples la mañana fue de conflictos y aprietos. No disfrutaba de muchos momentos de tranquilidad en su vida, pero aquella mañana fue particularmente agitada. La concupiscencia espoleaba a su cuerpo. Dormido y despierto, su imaginación se encontraba siempre en lo mismo. Pero tan variables eran sus reacciones ante los estímulos carnales, que un momento se encontraba tan lujurioso como un gato, al siguiente le dominaba un sentimentalismo grueso e idealista y un poco después gritaba en él la voz del remordimiento.

Librodot

Sentía entonces que se encontraba solo, que él solo era el mayor pecador del mundo. Miraba con reverencia el dominio de sí mismos de Juan y de otros hombres que conocía.

Desde que apareció Camille anhelaba con cuerpo y alma a la muchacha, y sus anhelos se traducían en cuadros obscenos o en visiones de él mismo casado con ella y acomodados en un sitio. En una ocasión estuvo tentado de declararse, pero un instante después, al sorprender una mirada de la chica en su dirección, le asaltó un gran desconcierto.

De nuevo procuró sentarse en un sitio desde el que pudiera verla sin ser observado, y otra vez fracasó. Le veía la cabeza por detrás, pero contemplaba el perfil de Norma. Fue entonces cuando se dio cuenta del cambio que experimentó la muchacha, e hizo una profunda aspiración. No era la misma. Sabía que todo era cosa del maquillaje; pero no era eso lo que le removía la sangre. Había cambiado. Se notaba en ella cierta coquetería de la que antes carecía, y escuchó las insinuaciones de su lascivia. Si, como en el fondo de su corazón sabía, no podía conseguir a Camilíe, acaso lograra tener a Norma. No le tenía respeto como a la diosa Camille. Inconscientemente comenzó a hacer planes para atraparla, para dominarla.

Una nueva pústula se le formaba en la mejilla frente a la oreja izquierda; sin darse cuenta la rascó y la sangre brotó del rasguño. Miró con disimulo la uña que hizo el estropicio, metió el dedo en el bolsillo y la limpió. La sangre corría por la mejilla. Sacó el pañuelo y se lo llevó a la pústula.

A míster Pritchard le inquietaba el temor de no poder coger la combinación. Algo le roía que no le dejaba descansar. Intentó desecharlo con burlas. Procuró desembarazarse de ello empleando todos los métodos para desprenderse de las ideas desagradables, pero no lo consiguió.

Había dicho Ernest Horton que su plan era un chantaje, y casi llegó a manifestar que le creía capaz de robarle su idea del traje convertible en *smoking*. Al principio éste le indignó por tratarse de una persona que disfrutaba de una reputación y una posición tan sólidas. Pero luego pensó:

-Sí, disfruto de esas cosas dentro de mi círculo, pero aquí estoy solo y no me conoce nadie. Este hombre sospecha que soy un granuja. No puedo indicarle que visite a Charlie Johnson para que se dé cuenta de la equivocación que sufre.

Esto le molestaba en grado sumo. Incluso llegó a más. Le había tomado por una de esas personas que se encierran en un cuarto con rubias. Jamás lo había hecho en toda su vida. Le demostraría que estaba muy equivocado en sus apreciaciones. ¿Pero cómo podría hacerlo?

Tenía el brazo apoyado en el respaldo del asiento y Ernest Horton ocupaba, solo, el posterior al suyo. El motor del autobús, que corría en segunda, metía mucho ruido y el armazón del coche se estremecía. No quedaba más que una salida.., ofrecerle algo, algo claro y honrado, para que se diera cuenta de que no era ningún granuja.

Se le ocurrió una vaga idea. Se volvió en el asiento.

-Me interesa lo que usted dijo de su compañía. Me refiero a su forma de recoger las ideas de sus empleados.

Ernest le miró con ironía. Aquel individuo quería algo. Sospechaba que deseaba tomar parte en un par de juergas. Su jefe también era así. Deseaba conferenciar por la noche y las conferencias terminaban siempre en una casa de mala nota; y luego se sorprendía de haber acabado allí.

-Se me acaba de ocurrir ahora una cosa y es posible que le merezca su atención. Si le interesa, se la cedo.

Ernest sin hacer ningún comentario, aguardó a que el otro se explicara.

-Fíjese en los gemelos - continuó míster Pritchard -. Una vez que están puestos, se tienen que volver a quitar para despojarse uno de la camisa. Y si uno se quiere subir las mangas para lavarse las manos, se tiene también que quitar los gemelos. Es fácil colocarlos antes de ponerse la camisa, pero una vez puesta es bastante más difícil. ¿Se va dando cuenta?

-También existen los gemelos de presión - observó Ernest.

-Sí, pero no tienen aceptación. Se pierden con mucha frecuencia.

Librodot

El autobús se detuvo, Juan cambió la marcha y el coche arrancó de nuevo. El vehículo se bamboleó al tropezar las ruedas en un hueco.

La lluvia tamborileaba, furiosa, en el techo.

Míster Pritchard se inclinó más hacia atrás en el asiento y se tiró de las mangas de la chaqueta para enseñar los gemelos de la camisa.

-Bueno, supongamos que en vez de gemelos de cadena, empleamos un muelle que cede cuando la manga se pasa por la mano o cuando se sube por el brazo y que luego vuelve a su posición natural.

Miró con atención la cara de Ernest. Éste tenía los ojos semicerrados mientras reflexionaba.

-¿Y qué aspecto presentaría? Tendría que ser un muelle de acero porque si no, no duraría.

Míster Pritchard se apresuró a contestar.

-También tengo eso pensado. Los más baratos podrían ir recubiertos de un baño de plata u oro. Pero los más caros irían provistos de un tubito de oro o platino donde desaparece el muelle cuando el puño está en su sitio normal.

Ernest asintió lentamente con la cabeza.

-Sí, señor. No parece mala idea.

-Pues si la quiere, suya es - manifestó míster Pritchard -. Puede hacer con ella lo que quiera.

-Mi compañía se dedica a otra clase de novedades - contestó Ernest-. Pero es posible que les hable de este asunto ¿Y qué beneficios querría usted en el caso de que la aceptaran?

-No quiero nada - respondió míster Pritchard -. En absoluto. La idea es suya. Me gusta echarles una mano a jóvenes ambiciosos como usted.

Comenzaba a sentirse más satisfecho. ¿Y si aquello daba resultado? ¿Y si se ganaba con el asunto aquél un millón de dólares? ¿Y si...? Pero lo dicho, dicho estaba y no se volvería atrás. Si Ernest se quería sentir agradecido, eso dependía de él.

-No quiero nada en absoluto - repitió.

-Es usted muy amable.

Ernest sacó del bolsillo un libro de apuntes, escribió unas palabras y arrancó la hoja.

-Desde luego, en un asunto como éste, yo percibiría una buena comisión - dijo-. Si dispone de un momento cuando esté usted en Hollywood le rogaría que me hiciera una visita para hablar de negocios. Es posible que hagamos algo en concreto. - Miró de reojo a Bernice. Luego le entregó el papel a míster Pritchard y añadió -: Aloha Arms, Hemstead 3255, apartamento 12 B.

Míster Pritchard se ruborizó un poco, sacó la cartera y guardó en ella el papel. No necesitaba conservarlo. Lo tiraría en cuanto se le presentara la primera ocasión porque su memoria era buena. Transcurrirían años antes de que se le olvidara el número del teléfono. Tres y dos son cinco y se repite. Y la misma mnemotecnia le servía para recordar Hemstead teniendo presente otros sinónimos. Deseaba tirar cuanto antes el papel. Algunas veces, Bernice le registraba la cartera en busca de cambios. El mismo le había dicho que lo hiciera.

-¿Te encuentras bien, pequeña?

-Sí - replicó-. Creo que no me pasará nada. Me dije: No lo consentiré. No quiero que mis dolencias estropeen las vacaciones de mi maridito.

-No sabes cuánto me alegro.

-¿Cómo se os ocurren a los hombres esas ideas? - preguntó Bernice.

-Pues no sé - respondió míster Pritchard -. Lo de los gemelos me vino a la imaginación al ponerme unos en unos ojales pequeños. Estuve a punto de pedir ayuda.

-Eres muy simpático.

Míster Pritchard le puso la mano en la rodilla y le apretó la pierna. Ella le dio unas palmaditas y al momento la retiró.

Norma tenía la cabeza vuelta y hablaba con la boca pegada al oído de Camille. Hablaba lo más despacio que podía porque sabía que Pimples procuraba sorprender la conversación. Se daba cuenta de que la miraba y se sentía halagada. Nunca experimentó tanta confianza en sí misma como ahora.

-Yo no he tenido nunca lo que se llama una verdadera familia - dijo.

Le volcaba todo su corazón y le confiaba todas las incidencias de su vida. Quería que supiera lo que era antes de la mañana de aquel día y lo que era ahora. Deseaba hacerla partícipe de sus asuntos íntimos para tenerla más ligada a su persona.

-Cuando una se siente sola se hacen cosas extrañas - agregó-. Yo solía mentirle a la gente y hasta me engañaba a mí misma. Me imaginaba que algún artista de cine era... mi marido, por ejemplo.

Le salió sin querer. No quiso ir tan lejos. Se sonrojó. No debió decir aquello. Era como si echara por los suelos a míster Gable. Pero luego pensó y encontró que no era así. No experimentaba los mismos sentimientos que antes hacia él.

Ahora era Camille la que llenaba su corazón. Era una sorpresa darse cuenta de ello. Y se preguntó si no sería una persona inconstante.

-Eso ocurre cuando no se tiene familia ni amigos -explicó-. Que hay que inventarlos. Pero ahora, si consiguiéramos un apartamento, no tendría necesidad de ello.

Camille volvió la cabeza porque no podía resistir la inocente y patética mirada de los ojos de Norma.

«¡Oh, Dios mío! - exclamó para sus adentros-. ¿En qué asunto me he metido? ¿Tendré que seguir con esta pobre muchacha y vivir su vida, aunque me muera de aburrimiento? Y si Loraine se sacude a ese agente de publicidad y podemos seguir las dos como antes, ¿qué haría con esta Norma? No me explico cómo han llegado las cosas a este extremo...»

Se volvió hacia ella.

-Escucha, guapa - dijo con voz nerviosa-. Yo no dije que lo haríamos. Lo único que dije es que ya veríamos cómo marchaban las cosas. Hay muchas cosas mías que ignoras. No sabes que tengo novio y que deseaba casarse en seguida. Y, como puedes comprender, si quiere casarse ahora no podré vivir contigo.

Entonces vio una luz de desesperación en sus ojos. Y se dijo a sí misma:

«Puedo alquilar una habitación en la próxima ciudad y esconderme hasta perderla de vista... ¡Oh, Dios! ¿Cómo me he metido en este asunto? Estoy agotada. Necesito un baño caliente.»

Y en voz alta pronunció:

-Vamos, guapa, no lo tomes así. Es posible que mi novio no se haya decidido todavía y que llevemos adelante nuestro plan. Ya veremos cómo marchan las cosas.

Norma apretó los labios y entornó los ojos. Su cabeza se estremecía con los traqueteos del coche. Al cabo de un rato recuperó la calma y dijo:

-Es posible que estés avergonzada de mí; y no creas que te censuro por eso. Yo sólo valgo para camarera, pero si tú me enseñaras también yo podría trabajar en las clínicas dentales. Estudiaría por las noches y de día trabajaría de camarera. Estando tú a mi lado no me costaría mucho aprender.

Camille notó que se le revolvía el estómago.

«¡Oh, Dios mío! Ahora sí que estoy hecha un lío. ¿Qué decirle? ¿Otra mentira? ¿Será mejor contarle a esta chica lo que hago para ganarme la vida? Acaso no sea lo más indicado. Le chocaría tanto que no querría mi amistad... ¿y qué? Pero no, será lo mejor escabullirme en un sitio donde haya mucha gente.»

Desesperadamente, se expresó así:

-Mira guapa, estoy agotada y ni siquiera me quedan fuerzas para pensar. Hace días que no paro de viajar. Dejemos este asunto por algún tiempo. Ya veremos cómo marchan las cosas.

-Perdona - dijo Norma-. Me puse nerviosa y lo olvidé. No te volveré a hablar de ese tema. Veremos cómo marchan las cosas, ¿no es eso?

-Precisamente.

El autobús se detuvo de repente. Se acercaban ya a los montes y las verdes gibas se distinguían vagamente a través de la lluvia. Juan estiró el cuerpo para mirar el camino. Había un gran hoyo lleno de agua en la carretera, cuya profundidad no se podía adivinar. Lanzó una rápida ojeada a la Virgen.

«¿Aprovecharé la oportunidad?», se dijo. Las ruedas delanteras tocaban el borde del hoyo. Hizo una mueca, dio marcha atrás y retrocedió veinte pasos.

-¿Pretende salvar el hoyo? - inquirió Van Brunt -. Se quedará atascado.

Los labios de Juan se movieron en silencio.

-¡Si tú supieras, amiguito! - musitó.

Puso el coche en primera y corrió hacia el hoyo. El agua saltó a los lados con violencia. Las ruedas de atrás entraron en el hoyo. El autobús resbalaba y se estremecía. Al fin las ruedas lograron escapar de la trampa y Juan siguió adelante.

-Han debido encontrar las ruedas un poco de gravilla -dijo por encima del hombro a Van Brunt.

-Ya veremos cuando empiece usted a subir la cuesta -auguró el viejo.

El camino empezaba a ascender y el agua ya no estaba quieta. Se deslizaba por las cunetas abajo. Las ruedas del autobús resbalaban y se revolvían en los surcos. De pronto, supo lo que haría si se le atascaba el coche. No se había forjado, hasta entonces, ningún plan definitivo. Había pensado dirigirse a Los Ángeles y colocarse como conductor de un camión, pero renunció a su primera idea. Tenía cincuenta dólares en el bolsillo. Siempre llevaba la misma cantidad por si necesitaba pagar alguna reparación. Se marcharía andando, pero no iría muy lejos. Se pondría bajo cubierto y esperaría a que cesara de llover. Para comer se llevaría una de las tartas. Luego, después de descansar, se dirigiría a la autopista y en una estación de servicio esperaría cualquier auto que quisiera llevarle. Así, llegaría hasta San Diego, donde cruzaría la frontera hasta Tijuana. Allí disfrutaría de dos o tres días, reposando en la playa. La frontera no le causaría mucha molestia. Al lado de acá diría que era americano y al de allá mejicano. Luego saldría de la ciudad y se encaminaría hacia Santo Tomás y La Paz. Aquí cruzaría en un barco el golfo hasta Guaymas o Mazatlán, acaso hasta Acapulco y en uno de esos lugares se tropezaría con turistas. Más en Acapulco que en los otros dos puntos. Y con turistas que encontrasen dificultades con el idioma podría salir fácilmente adelante. Poco a poco se abriría camino hasta la capital, donde los turistas abundan y donde había muchas maneras de ganar dinero. No necesitaría mucho.

Sonrió para sus adentros. ¿Cómo había aguantado tanto tiempo? Ya era libre y podría hacer lo que quisiera. Que le buscaran si querían. Hasta pondrían una nota sobre su desaparición en los periódicos de Los Ángeles. Creerían que estaba muerto y buscarían su cadáver. Alice armaría un escándalo durante una temporada y con ello se daría importancia. Había mucha gente que sabía preparar las habas en Méjico. Podía vivir con una de esas americanas que residen en la capital de Méjico para ahorrarse el pago de impuestos. Con unos cuantos buenos trajes, sabía que todavía estaba bastante presentable. ¿Cómo no se le ocurrió marcharse antes?

¿Y los viajeros? Que se ocuparan de sí mismos. No estaban muy lejos. Estaban tan acostumbrados a que les sacaran de apuros otras gentes que habían olvidado la manera de obrar por cuenta propia. No les vendría mal. Se preocuparía de su propia persona e iba a comenzar a hacerlo. Aquella estúpida vida consistente en llevar tartas de una ciudad a otra se terminaba.

Dirigió una rápida mirada a la Virgen de Guadalupe.

-Cumpliré mi palabra - musitó-. Si tú quieres, los llevaré a su destino. Pero, aun así, no estoy muy convencido de que no me iré.

En su mente se desperezaron escenas de los montes soleados de la California inferior, del calor insoportable de Sonora, del fresco aire matinal de la meseta de Méjico. La nostalgia le invadió, tirando de él. ¿Qué hacía en este país? Su lugar no estaba en los Estados Unidos.

Otra vez miró a la Virgen.

-Cumpliré mi palabra - susurró-. Si puedo, los llevaré a su destino.

Notó que las ruedas resbalaban en barro y sonrió a la Virgen de Guadalupe.

El río se ceñía ahora al pie de las colinas. La lluvia disminuía y desde el camino se veía el agua amarilla y turbulenta de la corriente. La carretera ascendía hacia la cima del monte en el que sobresalía un alto farallón y junto al cual pasaba el autobús. En la escarpadura se observaban unas cuevas producidas por la erosión, como ojos obscuros e inmóviles que atisbaran el paisaje.

El piso de la carretera había cambiado. Abundaba más la gravilla y las ruedas se agarraban mejor. El coche se balanceaba y traqueteaba por encima de los surcos pero las ruedas no resbalaban. Miró receloso a la Virgen de Guadalupe. ¿Es que no quería ayudarle? ¿Tendría que tomar él una decisión, sin que la Virgen interviniera? Sin un signo de los cielos, no sabría qué hacer.

El autobús alcanzaba el punto más alto del camino. Casi con rabia, aceleró la marcha. Las ruedas despedían gravilla a los lados. En un sitio la cuneta estaba cegada y el agua y el lodo se extendían por la carretera. Avanzó hacia el obscuro charco y las ruedas delanteras lo salvaron; sin embargo, las de atrás resbalaron en el fango.

En su rostro se leía un gesto de decisión. Puso el motor a toda marcha y las ruedas se fueron hundiendo cada vez más. Dio marcha atrás y las cubiertas ahondaron los surcos hasta que el diferencial tropezó con el suelo. Tras disminuir la marcha del motor, vio que Pimples le contemplaba por el espejito con la cara llena de asombro.

Se había olvidado que Pimples sabría lo ocurrido. Cuando se llega a un terreno blando no se hacen girar así las ruedas. Leía la pregunta en sus ojos. ¿Por qué lo había hecho? Le guiñó disimuladamente un ojo. Entonces vio que se tranquilizaba. Si se trataba de un plan, adelante. Si se trataba de algo premeditado, no tendría nada que objetar. Entonces, le asaltó al muchacho un horrible pensamiento. ¿Y si era por Camille? Si la deseaba, tendría que retirarse. No podía competir con él.

El autobús estaba desnivelado por completo. Las ruedas atrás se hallaban enterradas en el fango, mientras que las delanteras casi se levantaban al aire. *Sweetheart* parecía un escarabajo con las patas de atrás amputadas. La cara de Van Brunt se interpuso en el espejo. Estaba encarnado y colérico y blandió uno de sus huesudos dedos bajo la nariz de Juan.

-¡Ya sabía yo lo que iba a ocurrir! -exclamó-. Ya sabía yo que usted nos iba a meter en el atolladero. ¿Cómo iré ahora al palacio de justicia? ¿Cómo nos va usted a sacar de aquí?

Juan, con el reverso de la mano, echó a un lado el dedo de Van Brunt.

-No me ponga ese dedo en la cara - dijo-. Estoy harto de usted. Haga el favor de volver a su asiento.

Los furiosos ojos de Van Brunt vacilaron. Se dio cuenta, de pronto, de que aquel hombre había perdido el control de sí mismo. No le asustaba la comisión de caminos ni nada. Retrocedió y se sentó.

Juan paró el motor. La lluvia tamborileaba en el techo del autobús. Dio unas palmaditas en el volante y luego se volvió en el asiento para encararse con los viajeros.

-Bueno - dijo -, estamos atascados.

Los demás se le quedaron mirando, un poco sorprendidos. Míster Pritchard inquirió en voz baja:

-¿Podrá usted sacarnos?

-Todavía no he mirado - contestó Juan.

-Parece que nos hemos hundido mucho. ¿Qué piensa usted hacer?

-No lo sé.

Quería ver la cara de Ernest Horton para observar si se había dado cuenta de que fue una cosa premeditada; pero estaba oculto tras Norma. Camille permanecía indiferente; había esperado demasiado ya para impacientarse.

Juan se apeó del autobús y al abrir la portezuela oyeron los viajeros el murmullo de la lluvia en el camino y en la hierba. Se dirigió a la parte trasera del coche mientras el agua le caía en la cabeza.

Había hecho una buena faena. Sería necesario un remolque, o acaso un tractor, para sacar el autobús del atasco. Se inclinó y miró hacia abajo para comprobar algo que ya sabía. El eje y el diferencial descansaban en el suelo. Por las ventanillas, los viajeros miraban; el cristal mojado les desfiguraba la cara. Después de mirarlos retornó al coche.

-Bueno, señores, creo que tendremos que esperar. Lo siento, pero no olviden que fueron ustedes los que quisieron venir por aquí.

-Yo, no - replicó Van Brunt.

Juan se revolvió.

-¡Haga el favor de callarse! -gritó -. ¡Acabará usted volviéndome más loco de lo que ya estoy!

Van Brunt vio que hablaba en serio. Se miró las manos, se pellizcó la piel suelta de los nudillos y luego frotó la izquierda con la derecha.

Juan volvió a su asiento y miró un momento a la Virgen.

«Muy bien, muy bien - pensó -. He puesto un poco de mi parte; no mucho, pero algo. Creo que tienes motivos ahora para procurarme una serie de molestias.»

En voz alta, dijo:

-Tendré que ir andando a pedir por teléfono un remolque. Diré también que envíen un taxi para ustedes. No será cuestión de mucho tiempo.

Van Brunt intervino.

-No hay ninguna casa en cuatro millas a la redonda. La vivienda del viejo Hawkins está a una milla, pero nadie la habita desde que se la apropió el Banco de América. Tendrá usted que ir a la autopista y eso está a cuatro millas largas.

-Pues si no queda otro remedio, iré - respondió Juan -. La lluvia no importa.

-Ya iré yo en su lugar - se brindó Pimples-. Quédese usted aquí.

-No - repuso Juan -. Éste es tu día de asueto. - Se echó a reír -. Disfrútalo todo lo que puedas, Kit. - Luego, abrió la caja de guantes -. Aquí hay un poco de *whisky* - dijo.

Se detuvo. ¿Se llevaría la pistola, una buena «Smith-Wesson" del 45, o no? Sería una vergüenza dejársela. Pero, por otra parte, sería un estorbo el cargar con ella. Si se veía envuelto en algún lío, la pistola le perjudicaría. Decidió dejarla. Si abandonaba a su esposa, también podía abandonar la pistola. Despreocupadamente, dijo:

-Si les atacan los tigres, también hay aquí una pistola.

-Tengo hambre - manifestó Camille.

Juan le sonrió.

-Tenga estas llaves y abra la parte trasera. Allí encontrará una serie de tartas. - Luego se dirigió a Pimples -. No te las vayas a comer todas. Pueden quedarse dentro del autobús o sacar las lonas de la parte de atrás para colocarlas en el suelo de las cuevas, si desean meterse en ellas. Les enviaré un coche tan pronto como pueda.

-¿Por qué no me deja que vaya yo? - insistió Pimples.

-No, tú te quedas aquí cuidando de las cosas - repuso Juan.

Y vio en el chico un gesto de satisfacción. Entonces se ciñó la chaqueta por el pecho y salió del autobús.

Pimples bajó tras él. Le siguió unos cuantos pasos hasta que se volvió y le esperó.

-Míster Chicoy - pronunció en voz baja-, ¿qué piensa usted hacer?

-¿Que qué pienso hacer?

-Sí. Verá... Como le dio marcha atrás a las ruedas...

Juan le puso la mano en el hombro.

Librodot

-Bueno, Kit, ya te lo diré en alguna ocasión. Tú me ayudarás, ¿verdad?

-Desde luego, míster Chicoy. Sólo que... quisiera saber lo que usted se propone.

-Te lo contaré cuando podamos estar un poco solos - repuso Juan - por de pronto, procura que esas gentes no se maten entre ellos.

-Descuide - dijo Pimples un poco intranquilo -. ¿Tardará mucho en volver?

-Pues no lo sé - contestó Juan con impaciencia-. No tengo ni idea. Tú haz lo que te digo.

-No se preocupe.

-Y come todas las tartas que quieras.

-¡Pero, las tendríamos que pagar, míster Chicoy!

-Desde luego - dijo Juan, y echó a andar por el camino, bajo la lluvia.

Sabía que le miraba y que se olía algo. Sabía que iniciaba la huida. El caso es que ahora no se sentía tan contento con había esperado. No experimentaba la sensación agradable, ni de libertad que se imaginó. Se detuvo y miró atrás. Pimples, aquel momento, entraba en el autobús.

Juan se apartó del camino y se metió en una cueva para refugiarse un momento contra la lluvia. Las cuevas eran más grandes de lo que parecía desde el exterior y estaban bastante secas. Frente a la entrada de la mayor había tres piedras renegridas por el fuego y una lata de conservas abierta y abollada. Volvió al camino y siguió andando.

La lluvia caía con menos intensidad. A su derecha, al pie de la colina, veía la gran curva del río por entre los campos húmedos y verdes. El paisaje chorreaba humedad. Frente a él, el camino se prolongaba lleno de charcos pero no se veían huellas de ruedas. Hacía mucho tiempo que nadie había pasado por allí.

Bajó un poco la cabeza contra la lluvia y aceleró el paso. Procuró recordar los soleados y rotundos paisajes de Méjico, las muchachas con rebozos azules y el olor de las habas guisadas; pero fue la imagen de Alice la que invadió su imaginación. Alice, mirando por la puerta del comedor. Y pensó en el dormitorio con sus visillos de alegres colores. A Alice le gustaban cosas bonitas y bien arregladas. Y pensó en los corpulentos robles y en lo agradable que era darse un baño caliente en el cuarto de baño, donde nunca faltaba una pastilla de jabón de suave olor.

-Todo es la maldita costumbre. Todo es una trampa -pensó-. Se acostumbra uno a una cosa y cree que le gusta. Ya se me pasará, lo mismo que se pasan los resfriados. Sí, será doloroso. Me preocuparé por Alice. Lo sentiré. Me acusaré a mí mismo y es posible que no duerma bien. Pero todo se pasará. Al cabo de algún tiempo, lo habré olvidado por completo.

Quiso pensar en el lago de Chápala y entre sus aguas mansas distinguió la silueta del *Sweetheart* hundido en el fango.

A la izquierda contempló una casa, un granero y un molino de viento con las aspas rotas y colgantes. Debía ser la vivienda del viejo Hawkins. Un sitio como el que se había imaginado. Se detendría allí para descansar y dormir. Mejor en el granero que en la casa. Un granero viejo, por lo general, es más limpio que una casa vieja. Dormiría hasta el día siguiente a la misma hora, y luego saldría a la autopista y esperaría cualquier auto que le transportara. ¿Qué le importaban a él los viajeros?

-Que pasen hambre. No les vendrá mal. Me da lo mismo.

Aceleró el paso hacia la vivienda del viejo Hawkins. Le buscaría. Alice creería que le habían asesinado y llamaría al *sheriff*. A nadie se le ocurriría pensar que huía de aquella manera. Ya se enterarían. Llegaría a San Diego, cruzaría la frontera y se dirigiría a La Paz.

Se detuvo y miró hacia atrás. Sus huellas eran bien visibles, pero la lluvia las haría desaparecer. Salió del camino y marchó en dirección a la vivienda de Hawkins.

La casa estaba casi en ruinas. Unos pilletes habían roto las ventanas y se llevaron las cañerías y los grifos. Los vagabundos se refugiaban allí y quemaron las puertas en la chimenea. Olía a humedad y porquería y se dirigió al granero.

Librodot

Éste no tenía desván. Toda la parte central se empleó para almacenar el heno. El interior estaba en penumbras y por el techo roto se filtraban unos rayos de luz. El suelo estaba cubierto de paja corta y ennegrecida, con un ligero olor a podredumbre. Desde la entrada oía breves chillidos de ratones. Desde una viga, dos lechuzas le miraron y luego cerraron de nuevo sus ojos.

Apenas llovía. Se dirigió a un rincón y apartó con el pie la capa superior de paja, sucia y húmeda. Se sentó, luego se echó de espaldas y puso las manos detrás de la cabeza. Leves sonidos se sucedían en el granero, pero estaba muy cansado y no se encontraba bien. Acaso durmiendo se encontraría luego mejor.

En el autobús había experimentado una profunda alegría al pensar en su inminente libertad. Pero, en realidad, no ocurría así. Se encontraba decaído. Le dolían los hombros y ahora que descansaba no podía dormir.

«¿Es que nunca podré ser feliz? - se preguntó-. ¿Es que es inútil procurarlo?» Quiso recordar sus viejos tiempos cuando le parecía que era feliz, cuando experimentaba una alegría íntima y profunda, y breves imágenes pasaron por su cerebro. Una mañana de aire fresco, cuando el sol aparecía tras las montañas y los pájaros correteaban por el camino embarrado. No existía ningún motivo para sentirse dichoso, pero lo fue.

Y otra. Era por la tarde y un caballo sudoroso frotaba su hermoso cuerpo contra una valla mientras se oía gotear el agua en algún sitio. Y el canto de una codorniz.

Y otra. Iba montado en un carro con una prima de más años que él. No recordaba ya su aspecto. El caballo resbaló y la chica cayó contra él; para recobrar el equilibrio alargó una mano y le tocó la pierna. Aquel contacto le hizo sentir una profunda y deliciosa conmoción en el estómago y en el cerebro.

Acabó por dormirse sobre la paja del granero desierto. Y los tímidos ratones notaron que dormía y salieron de entre la paja para corretear de un lado a otro. Mientras, la lluvia susurraba quietamente en el tejado.

XV

Los viajeros vieron desaparecer a Juan por el camino, hablaron ni siquiera cuando Pimples tomó asiento en el lugar del conductor. Al fin, míster Pritchard, sin dirigirse a nadie en particular, dijo:

-¿Cuánto tiempo creen que tardará en buscarnos un auto?

Van Brunt, nervioso, se frotó la mano izquierda.

-Yo creo que, por lo menos, tres horas. Tiene que andar cuatro millas. Y, aunque dé con un coche, mientras se preparan y llegan pasarán unas dos horas. Eso suponiendo que lleguen. Lo mejor hubiera sido irnos con él hasta la autopista.

-Nosotros no podríamos- observó míster Pritchard-. Llevamos todo el equipaje.

-Yo no quise decirte nada cuando se te metió en la cabeza la absurda idea de este viaje, Elliott. Después de todo, son tus vacaciones.

Deseaba explicar a los demás viajeros el motivo de que gentes de la posición de los Pritchard se encontrasen en un autobús. Creía que a los demás les extrañaba el hecho. Ahora se volvió y se dirigió a los demás.

-Vinimos en un tren, en un tren magnífico, de lujo, el *City of San Francisco.* Y luego se le ocurrió a mi marido la manía de continuar el viaje en autobús. Creía que vería mejor el paisaje de esta manera.

-Y, efectivamente, lo vemos - repuso míster Pritchard con cierto enojo.

-Mi marido dijo que había perdido el contacto y que deseaba mezclarse con el pueblo, con el verdadero pueblo, para conocer sus opiniones.

Un tono de malignidad se filtraba en su voz.

-A mí me pareció una estupidez; pero como se trataba de sus vacaciones...

Librodot

Míster Pritchard la miró con sorpresa. No era corriente en ella que hablara con aquel tono acerbo que causaba en él un extraño efecto.

De pronto notó que le dominaba la furia, una furia ilógica e incontrolable.

-No es cierto - contestó -. Yo no quería venir. Yo prefería quedarme en casa jugando al *golf* y durmiendo en mi propia cama.

Los otros viajeros observaban con curiosidad e interés. Estaban aburridos y esto les distraía. La indignación de los dos comenzaba a llenar el autobús.

-Por favor, callaos - intervino Mildred.

-Tú no te metas en eso - manifestó míster Pritchard-. Yo no quise venir. Me repugnan los países extranjeros y en especial los sucios.

Mistress Pritchard apretó los labios y en sus ojos se leyó una expresión de frialdad.

-A buenas horas lo dices. ¿Quién hizo todos los planes y compró los billetes? ¿Quién nos metió en este autobús, estancado donde Cristo dio las tres voces? ¿Quién lo hizo? ¿Es que fui yo?

-¡Mamá! - exclamó Mildred.

Nunca le había oído aquel tono de voz que empleaba entonces.

-Y parece extraño - continuó mistress Pritchard -. Este viaje nos va a resultar por tres o cuatro mil dólares. Con ese dinero podíamos haber comprado la casita con el jardín que deseo hace tantísimo tiempo. Dijiste que no sería un buen ejemplo construirla durante la guerra; pero la guerra ha terminado ya y hacemos un viaje que tú no querías emprender. Todo lo estropeas y todo lo echas a rodar. ¡Todo!

Se cubrió los ojos con los manos. Mildred se levantó.

-Mamá, por favor... ¡Cállate de una vez!

Mistress Pritchard exhaló un leve quejido.

-Como no te calles me marcho - añadió Mildred.

-Bueno, pues márchate -replicó mistress Pritchard-. Márchate. No comprendes las cosas.

Mildred frunció el ceño. Agarró la gabardina y se la puso.

-Me voy hasta la autopista.

-Está a cuatro millas de distancia - manifestó Van Brunt. - Se va a estropear los zapatos.

-Soy buena andarina.

Tenía que marcharse porque la rabia que sentía hacia su madre comenzaba a ponerla enferma.

Mistress Pritchard sacó el pañuelo y un olor a espliego se esparció por el autobús.

-Tranquilízate, por lo que más quieras - pronunció Mildred con aspereza-. Ya sé lo que piensas hacer. La cabeza te empezará a doler y nos harás la vida insoportable a los demás. Te conozco. Uno de esos dolores de cabeza fingidos. Yo no estoy dispuesta a aguantarlo.

Pimples, fascinado, contemplaba la escena con la boca semiabierta. Mistress Pritchard miró espantada a su hija.

-¡Cómo! ¡No crees que son reales!

-Empiezo a creer que no -contestó Mildred-. Esos dolores te aparecen con demasiada oportunidad.

-Mildred, cállate - intervino míster Pritchard.

-No quiero.

-¡Mildred, te lo prohibo!

Su hija se revolvió.

-¡Vete al cuerno con tus prohibiciones! - exclamó mientras se abotonaba la gabardina.

Míster Pritchard alargó la mano.

-Por favor, Mildred.

-Déjame en paz, ya he aguantado bastante - dijo -. Necesito ejercicio. Salió del autobús y se alejó a buen paso.

-Elliott - lloriqueó mistress Pritchard-, no dejes que se vaya.

Este le dio unas palmaditas en el brazo.

-Vamos, pequeña, no te intranquilices. Todos nos hemos dejado llevar de los nervios.

-¡Oh, Elliott! - gimió-. ¡Si pudiera tenderme! ¡Si pudiera descansar un poco! Cree Mildred que mis dolores de cabeza no son reales, Elliott. Me mataría, si lo creyera de verdad. Si pudiera estirarme un poco...

-Tenemos unas lonas en el compartimiento de atrás, señora - dijo Pimples -. Las empleamos para cubrir el equipaje cuando lo llevamos en la baca. Si su marido quiere llevarse una lona a la cueva ésa, usted podría echarse un poco.

-¡Excelente idea! - exclamó míster Pritchard.

-¿Acostarme en el suelo húmedo? - protestó Bernice -. Ni hablar.

-No, encima de la lona. Ya procuraría yo que estuvieras a gusto.

-No sé, no sé.

-Ya verás - insistió él -. Mira, pon la cabeza en el abrigo mío, así. Como si fuera una almohada. Ahora, dentro de un momento, vendré y te llevaré a tu camita.

Bernice exhaló un quejido.

-Apoya bien la cabeza y cierra los ojos.

-Míster Chicoy me dijo que si alguno de ustedes tenía hambre que le sacara las tartas. Hay de cuatro clases y son buenas.

No me importaría probarlas ahora mismo.

- Primero saca la lona - le ordenó míster Pritchard -. Mi esposa está cansada. Me ayudarás a hacer una cama, ¿verdad?

-Como usted quiera - contestó Pimples.

Se sentía satisfecho porque veía que hacía bien las cosas en ausencia de Juan. Estaba lleno de confianza en sí mismo. No tenía más que una preocupación. ¿Por qué no habría metido en el autobús un par de zapatos viejos? Los flamantes que llevaba puestos sufrirían con el barro; pero no quería demostrar ningún cuidado por ellos porque eso indicaría a Camille que no era un muchacho de viril despreocupación. No le gustaría un hombre que cuidara de los zapatos, aunque fuesen nuevos.

-Voy a echar un vistazo a las cuevas - dijo Ernest.

Van Brunt gruñó y siguió tras él.

Mistress Pritchard apoyó la mejilla en el abrigo de su marido y cerró los ojos. Estaba asombrada. ¿Cómo pudo disputar con él en público? Jamás sucedió antes. Cuando reñía con éI siempre procuraba hacerlo a solas. Ni siquiera permitía que Mildred fuese testigo de sus riñas. Creía ordinario disputar en público y, además deshacía la leyenda que alimentó durante años, la leyenda de que a causa de su dulzura su matrimonio era ideal. Todos los que conocía estaban convencidos de ello y hasta ella misma lo creía así. Merced a sus esfuerzos, cimentó un matrimonio modelo y ahora acababa de cometer un error imperdonable. Había reñido y había declarado lo que pensaba respecto a la casita con jardín.

Hacía años que deseaba una casa semejante. En realidad, desde que vio un artículo en el *Harper's Bazaar*, referente a una mistress William O. Mac Kenzie, que poseía una vivienda de aquéllas. Los grabados la encantaron. La gente diría que mistress Pritchard poseía la villa más deliciosa del mundo. En secreto se informó de un considerable número de detalles relacionados con tales edificaciones. Examinó planos; sabía lo que costaban los sistemas de calefacción y el precio de los materiales. Y todo esto muy en secreto, porque, cuando llegara la ocasión, quería que fuese míster Pritchard el que se enterase de todo aquello para que luego se lo dijera a ella. Entonces simularía una gran admiración por sus profundos conocimientos y le pediría su consejo en todos los asuntos.

Pero le inquietaba el haber sacado a relucir la casa al dejarse llevar por la indignación. Aquel error retrasaría el logro de sus deseos seis meses o más. Proyectó que fuese su marido, tras una serie de diestras maniobras por parte de ella, el que sugiriera la idea de la villa, y con cuidadosa remolonería, hacerle que venciera su oposición. Pero ahora, que había mencionado

Librodot

el tema, acaso se pusiera en guardia contra el proyecto. Tendría que tener mucho cuidado para lo futuro. Fue una estupidez y una ordinariez por parte suya el haber dado origen a aquel incidente.

Oía a Norma y a Camille que hablaban tras ella en voz baja. Tenía los ojos cerrados y parecía tan poca cosa y tan agotada que las chicas no se podían imaginar que las estuviese escuchando.

-Una de las cosas que me gustaría que me enseñaras -dijo Norma- es tu manera de tratar a los hombres.

Camille emitió una breve risa.

-¿A qué te refieres? - preguntó.

-Bueno..., fíjate en Pimples. He observado que intenta acercarse a ti, pero no saca nada en claro. Y al mismo tiempo parece como si tú no le dieras esquinazo. Lo haces con gran habilidad. Y, luego, ese viajante. Es bastante listo, pero tú le has sabido llevar maravillosamente el aire. Me gustaría que me enseñaras.

Camille se sintió halagada. Ahora era el momento de decirle que no trabajaba en clínicas dentales y de explicarle lo de la copa gigantesca de vino. Pero no podía. Necesitaba que la admirasen y no quería que Norma se llevara un chasco.

-Lo que me gusta de ti es que no te muestras desdeñosa ni esquiva y, sin embargo, nadie te toca un pelo.

-No me he dado cuenta - replicó Camille -. Debe ser una especie de instinto.

Sonrió.

-Yo sí que tengo una amiga que sabe trastear bien a le hombres. Se llama Loraine y era novia de un chico que estaba en buena posición. Deseaba un abrigo de pieles. Desde luego, tenía una chaquetilla de piel y otras dos pieles de zorro blai co, porque es una chica muy popular. Es, además, bonita muy divertida y siempre se está una riendo con ella. Pero, como te digo, deseaba un abrigo de piel de visón, de los largos, de esos que cuestan de tres a cuatro mil dólares.

Norma silbó entre dientes.

-¡Qué barbaridad! - exclamó.

-Pues verás. Una tarde dijo Loraine: «Me parece que voy a tener muy pronto ese abrigo de pieles».

»Y yo le contesté:

»- Estás bromeando.

»- ¿Crees que bromeo? Eddie es quien me lo va a regalar.

»- ¿Cuándo te lo ha dicho? - pregunté.

»Loraine se echó a reír.

»- No me lo ha dicho. Ni siquiera lo sabe.

»- Me parece que andas un poco mal de la cabeza - le dije.

»- ¿Qué te apuestas?

»Loraine en seguida apuesta y por cualquier cosa.

»-No me apuesto nada; pero, ¿qué harás para salirte con la tuya?

»-¿Guardarás el secreto si te lo digo? Es muy fácil. Yo conozco bien a Eddie. Esta noche le haré beber hasta que se cargue de lo lindo. Entonces me lanzará algún golpe y hasta es posible que tenga que ponerme delante para recibir un puñetazo, porque, cuando está bebido, se ciega y no atina. Luego dejaré que le consuman los remordimientos. Le conozco bien. Se sentirá disgustado y arrepentido. ¿Te apuestas algo a que consigo el abrigo? Te señalo hasta un plazo. Te apuesto a que lo tendré mañana por la noche.

»-Yo no apuesto nada - le contesté-; pero no creo que lo consigas.

-¿Y se salió con la suya? - preguntó Norma, excitada.

-Pues verás. Yo fui a verla el domingo por la mañana. Lucía un chichón, un cardenal y una cortadura en la nariz.

-¿Y el abrigo?

-También consiguió el abrigo. Era una preciosidad. Y verás lo que hizo. Se quitó las ropas y se quedó desnuda. Sólo estábamos las dos. Luego se echó encima del abrigo, por la parte del pelo, y se revolvió allí riendo sin parar.

Norma contuvo la respiración.

-¿Y por qué hizo eso? - inquirió.

-Pues no sé - respondió Camille-. Era como si hubiera perdido un poco la cabeza.

Mistress Pritchard tenía el rostro encendido y respiraba con rapidez. Notaba cierta comezón que no había experimentado antes en las piernas y en el estómago y una excitación dentro de ella que no la asaltó más que una vez en su vida, hacía ya mucho tiempo, en cierta ocasión que montó a caballo.

Norma dijo juiciosamente:

-No me parece bien lo que hizo. Si de verdad quería a Eddie y el chico deseaba casarse con ella, no está bien.

-Tampoco me gustó a mí - manifestó Camille -. Me molestó lo que hizo y se lo dije, pero ella me contestó: «¡Bah! Algunas chicas siguen el camino más largo. Yo lo necesitaba con rapidez. Al fin, será lo mismo».

-¿Y se casó con él?

-No. Al fin, no se casó.

-Estoy segura de que no le quería - contestó Norma con calor-. Sin duda, lo que pretendía era sacarle todo el dinero posible.

-Puede que sí - dijo Camille-; pero Loraine fue una gran amiga mía durante mucho tiempo, y siempre que yo necesitaba algo, allí estaba ella. Una vez enfermé con una pulmonía y estuvo sin separarse de mí tres días y tres noches; además, como yo no tenía dinero, pagó la cuenta del médico.

* * *

La reacción de mistress Pritchard la había asustado a ella misma y procuraba sofocarla bajo una serie de palabras. Se dijo medio musitando:

-¡Qué historia tan ordinaria y tan terrible! ¡Qué animales son estas jóvenes! A esto es a lo que Elliott se refiere cuando habla de «codearse con el pueblo». ¡Es espantoso! «Querida Ellen - escribía mentalmente mientras la excitación le cosquilleaba en la parte interior de las piernas-, querida Ellen. El viaje entre San Isidro y San Juan de la Cruz fue horrib*le. El autobús se atascó en una charca y tuvimos que esperar una serie de horas. Mi Elliott estuvo muy amable y me hizo una cama en una cueva cercana. Te dije que pasaríamos aventuras. ¿Recuerdas? En el autobús viajaban dos chicas incultas y de lo más ordinario. La una era camarera y la otra, bastante bonita, era una mujer de costumbres ligeras. Mientras yo descansaba, hablaban entre sí, creyendo, sin duda, que estaba dormida. No puedo poner por escrito lo que dijeron. Todavía me estoy sonrojando. Es increíble. Yo creo que la culpa de todo la tiene la ignorancia. Si contásemos con mejores escuelas y si - ¿quieres que te diga la verdad? - nosotras, que debemos dar ejemplo, lo diéramos como es debido, estoy segura que la situación cambiaría gradualmente en sentido favorable.»

Ellen leería la carta, una vez y otra, a la gente.

-Acabo de recibir una carta de Bernice. Está pasando una serie de aventuras emocionantes. ¿Queréis saber lo que dice? Jamás he conocido a nadie que, como Bernice, vea el lado bueno de las gentes.

* * *

-Si a mí me gustase un chico no sería capaz de hacer una cosa de ésas -decía Norma-. Y tendría que pensárselo antes de regalarme nada.

-Yo soy también de tu opinión -indicó Camille-. Pero yo no tengo ningún abrigo de pieles, ni siquiera malo, y Loraine tiene tres.

-Pues no me parece bien lo que hizo. Creo que no simpatizaría con ella.

«Dice esta chica que no simpatizaría con Loraine-pensó Camille-. Pero me gustaría saber lo que Loraine pensaría de ella. No. Probablemente, la aceptaría, la orientaría y la ayudaría. Por mucho que dijeran de ella, nadie podía negar que era una buena compañera.»

XVI

Mildred bajó la cabeza para que la lluvia no le mojara las gafas. El ejercicio le sentaba bien y la hacía respirar profundamente. Le parecía que cada vez obscurecía más. No podía ser muy tarde y, sin embargo, una tonalidad crepuscular se esparcía por el paisaje.

Andaba a buen paso y los tacones se le clavaban en la tierra. Intentaba olvidar la riña de sus padres. No recordaba haberlos visto disputar antes de aquella ocasión. Pero comprendió que no fue, ni con mucho, la primera vez que lo hacían. Su madre debía plantear las cuestiones en el dormitorio, donde nadie les oía. Pero esta vez la tensión llegó a un punto extremo y no había dormitorio al que retirarse. De aquella pelea se escaparon unas pequeñas gotas de veneno que le afectaron incluso a ella misma. Era una droga que penetraba sutilmente, no en forma de indignación abierta y franca, sino más bien como una rabia repentina que desaparecía momentáneamente.

Y luego aquel interminable viaje a Méjico. ¿Y si no volviese? ¿Y si continuara andando y desapareciera y alquilara una habitación en cualquier sitio, acaso en la costa, junto al mar, y pasara el tiempo en las rocas o en la playa? La idea le agradaba. Podría hacerse ella misma la comida y conocer a personas nuevas en la playa. Pero todo aquello era ridículo. No tenía dinero. Su padre era muy generoso, pero no con respecto al dinero. Las cuentas de sus trajes y de sus comidas en el restaurante las pagaba él; era un hombre muy curioso y quería saber lo que compraba su hija y dónde comía. Pero, en lo que respecta a dinero en el bolsillo, andaba muy escasa.

Naturalmente, podía buscarse un trabajo. Pronto tendría que hacerlo de todas maneras, pero aún no era tiempo. Tendría que aguantar primero aquel horrible viaje a Méjico y luego retornar al colegio. Después se ocuparía en algo y su padre aprobaría su decisión. Le diría a Charlie Johnson:

-Yo le cubro todas sus necesidades, dispone de todo lo que quiere; pero la chica desea ganarse la vida por sí sola.

Y lo diría con orgullo, como si en ello influyera alguna virtud propia de él; pero jamás sabría que trabajaría para sus cosas particulares, para disfrutar de un piso propio y para poder gastar algún dinero en cosas que él ignoraba.

En casa, por ejemplo, podía ir cuando quisiera a tomar unos tragos al bar, pero sabía que su padre conservaba en la memoria el nivel del líquido de todas las botellas y que si se echaba tres tragos se enteraría inmediatamente. Era un hombre muy extraño.

Se quitó las gafas, las limpió con el forro de la gabardina y se las volvió a poner. En el camino veía las huellas de Juan, bastante distanciadas entre sí. Había sitios en los que el pie se le había resbalado en una roca y otros en que se marcaban profundamente en el barro. Intentó dar los mismos trancos que él, pero eran demasiado largos para ella y notó cierta tirantez en los muslos al cabo de un rato.

Le consideraba un hombre extraño y de gran personalidad. Le complacía el haberse librado de la descabellada experiencia de aquella mañana. Pensaba que fue una cosa absurda. La irritación y el funcionamiento de las glándulas se conjugaban; estaba al tanto de todo aquello, y que no pasaría mucho tiempo sin que se tuviera que casar. Sus momentos de desazón y deseo eran cada vez más frecuentes. Pensó en el moreno rostro de Juan y en sus ojos brillantes, y se quedó impasible. Pero había honradez y efusividad en él, y le tenía simpatía.

Al divisar la granja desierta quedó fascinada. Sentía la desolación del lugar y experimentó un profundo deseo de echar un vistazo por allí. Aceleró la marcha, con pasos casi tan largos como los de Juan. Llegó hasta la entrada barrosa de la granja y, de pronto, se detuvo. Sus huellas estaban allí. Siguió por el camino adelante un poco para ver si continuaban, pero no descubrió nada.

«Debe estar todavía aquí -se dijo para sí misma-. Pero, ¿por qué? Se dirigía a la autopista y aquí no hay ningún teléfono.»

Penetró despacio y sin hacer ruido, precavida al darse cuenta de que apenas conocía a aquel hombre.

Algo, sutilmente peligroso, se cernía sobre la casa abandonada. Recordó las noticias de periódicos referentes a asesinatos en casas como aquélla.

«Bueno - se dijo -. Puedo dar media vuelta y marcharme. Nadie me obliga a entrar, nadie me empuja. Pero me es imposible. Es muy probable que todas esas muchachas asesinadas también tuvieran ocasión de marcharse. Es muy probable que se buscaran su fin.»

Recorrió la casa abriendo puertas. De pronto levantó la cabeza. ¿Cómo no se le había ocurrido pensar antes en el granero? Salió a la entrada y miró atentamente el suelo: descubrió las huellas y las siguió; se dirigían rectas al granero. Pasó junto al viejo molino de viento, entró en el granero y se detuvo para escuchar. No se oía nada. Mientras, sus ojos se fueron acostumbrando a la penumbra que reinaba en el interior. Los ratoncitos se escabulleron y desaparecieron bajo la paja. Entonces le vio tendido de espaldas, con las manos detrás de la cabeza. Tenía los ojos cerrados y respiraba con regularidad.

«Puedo marcharme - se dijo -. Nadie me retiene. La culpa será mía. He de tenerlo en cuenta. ¿A qué vendrá toda esta estupidez?»

Se quitó las gafas y se las metió en el bolsillo. Veía borroso.

Con precaución y despacio avanzó por la paja, y al estar junto a él cruzó los tobillos y se sentó.

«Estaba cansado - pensó -. Se echó para descansar un momento y se ha quedado dormido. Mejor será que no le despierte.»

Pensó en la gente que quedaba en el autobús... ¿Y si ni ella ni Juan volvían? ¿Qué harían los viajeros? Su madre se desmayaría y su padre telegrafiaría al gobernador..., a dos o tres gobernadores. A pesar de todo nada conseguirían. Tenía ya veintiún años. Cuando la cogieran diría:

-Tengo veintiún años y puedo hacer lo que quiera. ¿Por qué no me dejan en paz?

«¿Y si se marchaba a Méjico con Juan? - se preguntó-. Eso sería ya harina de otro costal.»

Tiró del párpado hacia atrás para ver con más claridad su cara. Era una cara de piel áspera, pero agradable. Tenía los labios carnosos y llenos de humor. Debía ser considerado y galán con las mujeres. Con ella no estaría mucho tiempo, pero la trataría bien. Sin embargo, vivía con aquella mujer horrorosa que era su esposa y Dios sabía desde hacía cuánto tiempo. Cuando se casó con ella debió ser bonita, pero ahora era horrible. ¿Qué había sucedido? ¿Cómo su esposa podía retenerle? Acaso fuese como todos los demás, como su padre, por ejemplo. Acaso lo mantuviera a raya el temor y la costumbre. Cuando la gente envejecía, se asustaba de cosas cada vez más insignificantes. A su padre le asustaba una cama nueva o una lengua extranjera, o un partido político al cual no perteneciera. Su padre creía sinceramente que el partido demócrata era una organización subversiva cuyo fin era destrozar los Estados Unidos para poner la nación en manos de comunistas barbudos. Tenía miedo de sus amigos y sus amigos le temían a él.

Paseó los ojos por el cuerpo de Juan; un cuerpo duro y lleno de vitalidad. La lluvia le había humedecido un poco los pantaIones.

Contempló su estómago liso y su amplio pecho. Su respiración no sufrió ningún cambio; pero observó, de repente, que tenía los ojos abiertos y que la miraba. Y sus ojos no eran somnolientos, sino que brillaban con viveza.

Se sobresaltó. Acaso ni siquiera dormía. Pudo observarla al entrar en el granero. Y comenzó a explicar:

-Necesitaba ejercicio; me cansaba de estar tanto tiempo sentada y fui a dar un paseo. Entonces vi esta granja abandonada. Me gustan estos sitios.

Se le empezaba a dormir un pie. Se inclinó a un lado y, apoyándose con una mano, colocó las piernas y los pies al otro, tapándose las rodillas con la falda.

Juan no contestó. La miraba en la cara. Poco a poco se echó de costado y apoyó la cabeza en una mano. Brilló en sus ojos un fugaz destello y sus labios se movieron levemente por las comisuras.

-¿Qué hace usted aquí? - preguntó Mildred.

-Y usted, ¿qué hace?

-Ya se lo dije, necesitaba moverme un poco.

-Sí, es verdad, ya me lo dijo.

-Bueno, y usted, ¿qué hace?

Juan no parecía, en realidad, estar muy despierto.

-¿Quién, yo? ¡Ah! Me senté un rato para descansar. Pero me dormí. No pegué anoche los ojos.

-Sí, ya recuerdo. Me llamó usted la atención. Su puesto no está aquí. Me refiero a eso de conducir un autobús. Su lugar está en otra parte.

-¿Dónde, por ejemplo? - inquirió Juan.

Sus ojos se deslizaron hasta el pecho de Mildred.

-Pues verá - contestó ésta un poco desazonada - Mientras andaba se me ocurrió una idea extraña. Pensé que acaso usted no volviera ya al autobús y que proseguiría el camino hasta ir a Méjico.

Juan la miró atentamente.

-¿Está usted loca? ¿En qué se funda para decir eso?

-En nada... Se me ocurrió de pronto. Debe ser muy aburrido eso de conducir el autobús... después de vivir en Méjico.

-¿Ha estado usted alguna vez en Méjico?

-No.

-Entonces no sabe lo aburrido que es aquello.

-No.

Levantó la mano, estiró el brazo y apoyó en él la cabeza.

-¿Qué cree usted que les ocurriría a los viajeros?

-¡Bah! Ya saldrían del paso de una manera u otra - contestó Mildred -. Descuide, que no se morirían de hambre. En cuanto a mí, fue una estupidez que se me ocurrió. Hasta pensé que yo también debía huir y vivir por mi cuenta... y perder de vista a toda la gente que conozco.

Se puso de rodillas y se colocó del otro lado.

Juan le miró la rodilla. Alargó la mano y le estiró la falda por encima. Ella se echó hacia atrás al verle acercar la mano.

-No quiero que crea que he venido siguiéndole - dijo ésta.

-No quiere que lo crea, pero es la verdad - manifestó Juan.

-Y si fuera cierto, ¿qué?

Otra vez alargó Juan la mano y la puso encima de la rodilla oculta bajo la falda. Una cálida oleada atravesó el cuerpo de la chica.

-No es por usted - dijo.

Tenía la garganta seca.

-No quiero que piense que es por usted. Es por mí. Yo sé lo que quiero. Usted ni siquiera me gusta. Huele como un macho cabrío.

Le vaciló la voz.

-No sabe usted la vida que llevo. Siempre estoy sola. Nunca puedo decirle nada a nadie.

Los ojos de Juan brillaban ardientes y parecían envolverla en su calor.

-Es posible que sea distinta de las demás - continuó Mildred -. No sé. Pero no es por usted. Ya le digo que ni siquiera me gusta.

-Se da usted demasiadas explicaciones, ¿no le parece? -observó Juan.

-Bueno..., ¿qué piensa hacer respecto al autobús? -preguntó-. ¿Irá usted a la autopista?

Oprimió Juan la mano en la rodilla de Mildred y luego la retiró.

-Volveré y sacaré el autobús del atasco y transportaré a los viajeros a su destino.

-Entonces, ¿por qué ha venido usted aquí? - inquirió Mildred, confusa.

-Algo no ha salido conforme yo esperaba. Algo de lo que me había figurado.

-¿Cuándo piensa volver?

-Muy pronto.

Miró su mano, que descansaba en la paja frente a ella.

-¿No piensa hacerme alguna insinuación? - preguntó.

Juan sonrió.

-Sí, creo que sí. Cuando deje usted de discutir consigo misma. Está usted perpleja ahora y pronto tendrá que decidirse en un sentido o en otro. Entonces tendré yo algo en que poder basarme.

-¿No me quiere?

-Indudablemente.

-No hará usted las cosas de prisa, ¿verdad?

-Disponemos de todo el día - contestó Juan.

-¿Me despreciará? ¿Se reirá después de mí?

-¿Qué puede importarle?

-Sí que me importa.

-Habla usted demasiado - repuso Juan.

-Ya lo sé, pero no puedo remediarlo. ¿Podré irme a Méjico con usted?

-No - respondió Juan-. Y ahora procure callar un rato.

XVII

Pimples se dirigió a la parte trasera del autobús. Abrió el candado del compartimento y subió la tapa. Se esparció por el aire el dulce olor de las tartas. Míster Pritchard miró por encima del hombro. El equipaje estaba apretujado dentro del compartimento.

-Creo que tendré que sacar todos estos bártulos - dijo Pimples.

Y comenzó a tirar de las maletas.

-Espera - le detuvo míster Pritchard-. Ya las sostendré yo y tú sacas la lona sin necesidad de mover las maletas.

Pimples, dando tirones por un lado y por otro, logró sacar, poco a poco, la lona de debajo del equipaje.

-¿Y si sacásemos un par de tartas antes de colocar la lona? -sugirió-. No nos vendría mal hincarles ahora el diente.

-Luego - decidió míster Pritchard -. Primero procuraremos acomodar a mi esposa.

Entre los dos cogieron la pesada tela y se encaminaron a las cuevas de la escarpadura. Había tres, profundas y obscuras, al pie del farallón y unas cuantas más pequeñas a mayor altura. No fueron por completo obra de la naturaleza, ya que bandas de indios cazadores de antílopes moraron en ellas en otros tiempos. Con posterioridad, constituyeron una parada para los hombres blancos que cabalgaban por la comarca y ampliaron la cabida de las cuevas.

Pimples y míster Pritchard dejaron la tela bajo un saliente de la escarpadura para examinar las cuevas. Éste eligió la que parecía más seca y un poco más obscura que las

demás. Pensó que la penumbra sería buena para el inminente dolor de cabeza de su mujer. Pimples le ayudó a extender la lona.

-Me gustaría poner ramitas de pino o paja debajo de la lona - dijo míster Pritchard.

-La hierba está demasiado mojada y no hay pinos en cincuenta millas a la redonda - informó Pimples.

Míster Pritchard frotó la lona con la mano para ver si estaba sucia.

-Puede echarse sobre mi abrigo y abrigarse con el suyo de pieles.

Ernest y Van Brunt entraron para mirar la cueva.

-Si tuviéramos comida, podríamos permanecer aquí muchos días - comentó aquél.

-Cualquiera sabe lo que tendremos que esperar - dijo el otro -. Si ese chófer no está de vuelta mañana por la mañana, me iré andando. Ya no puedo aguantar más.

-Si ustedes quieren, puedo servirles un poco de tarta - ofreció Pimples.

-No es mala idea - manifestó Ernest.

Míster Pritchard fue al autobús en busca de su esposa. Se avergonzaba por haberse dejado llevar de su indignación unos momentos antes. Notaba la opresión en el estómago que se le manifestaba siempre que las cosas no salían a su satisfacción. Charlie Johnson decía que sin duda tenía una úlcera; y añadía que sólo los que ganaban más de veinticinco mil dólares al año enfermaban de úlcera. Era un síntoma de riqueza, aseguraba con frecuencia. E, inconscientemente, míster Pritchard estaba un poco ufano por aquel dolor de estómago.

Al subir al autobús su mujer tenía los ojos cerrados.

-Ya hemos arreglado tu camita.

Sobresaltada, Bernice abrió los ojos.

-¡Ah! - exclamó.

-¿Estabas dormida? -preguntó él-. Siento haberte despertado.

-No te preocupes, querido. Estaba sólo adormilada.

La ayudó a ponerse en pie.

-Puedes descansar encima de mi abrigo y echarte el tuyo por encima.

Luego la ayudó también a que bajara del estribo.

-Siento haber estado tan rudo contigo - añadió.

-No tiene importancia. Era el cansancio. Ya sé que no era ésa tu intención.

-Bueno, para olvidarlo todo cenaremos en grande cuando lleguemos a Hollywood, en el «Romanoff» y con champaña. ¿Qué te parece?

-Ya está todo olvidado. Fue el cansancio...

Con la imaginación escribió: «Querida Ellen. Cenamos magníficamente en el «Romanoff», y por mucho que pienses nunca adivinarás quiénes estaban en la mesa de al lado».

-Apenas llueve ya - pronunció en voz alta.

-Sí, y además quiero que mi pequeña duerma un poco para que se ponga otra vez bien.

-¿Estás seguro que no hay humedad ni culebras?

-No, ya hemos mirado.

-¿Tampoco arañas?

-No se ven telarañas por ninguna parte.

-Puede haber tarántulas...

-Volveremos a mirar mejor. Las paredes son lisas y no se pueden ocultar en ningún sitio.

La llevó a la pequeña cueva.

-¿Ves qué bonita es? Y puedes descansar con la cabeza levantada para mirar al exterior, si quieres.

Extendió el abrigo y su mujer se sentó encima.

-Ahora acuéstate y te abrigaré bien.

Bernice se conducía con gran docilidad.

- ¿Qué tal anda la cabeza de mi pequeña?

-No tan mal como yo me temía.

-¡Estupendo! Ahora, un sueñecito. ¿Te encuentras cómoda?

Bernice exhaló un leve quejido de bienestar.

-Si quieres algo no tienes más que llamar. Estaré cerca.

Pimples se acercó a la entrada. Tenía la boca llena y llevaba un trozo de tarta en la mano.

-¿Quiere usted, señora?

Levantó la cabeza.

-No, gracias, no tengo ganas.

«Elliott me trató como a una reina, Ellen. ¿Quién puede decir lo mismo tras veintitrés años de vida conyugal?»

Míster Pritchard la miró. Tenía los ojos cerrados y esbozaba una sonrisa. De repente, le invadió la tristeza que con tanta frecuencia experimentaba; la tristeza de sentirse solo. Recordaba la primera vez que la sintió: cuando nació su hermanita y de pronto se cerraron las puertas ante él de manera que no podía entrar en el cuarto de los niños hasta convencerse de que era un chico sucio, atolondrado e indigno de atención y de que su madre siempre estaba atareada. Y desde entonces aquella fría soledad le asaltaba en numerosas ocasiones. La sonrisa de Bernice indicaba que se había retirado del mundo, a su propio cuarto, y que él no podía seguirla hasta allá.

Sacó el limpiauñas de oro del bolsillo, lo abrió y se lo pasó bajo las uñas mientras se alejaba de la cueva. Vio a Ernest Horton sentado bajo el saledizo del farallón, encima de unos periódicos. Al ver que se acercaba, el viajante sacó de debajo un par de hojas y se las ofreció.

-Los periódicos son la cosa más útil del mundo - sonrió -. Se puede hacer todo con ellos, menos leerlos.

Míster Pritchard sonrió, cogió los papeles y se sentó a su lado.

-Si ha leído algo en el periódico, es que no es verdad - dijo citando a Charlie -. Bueno, aquí estamos. Hace un par de días me encontraba en unas habitaciones del hotel Oakland y ahora nos hemos de contentar con una cueva. Está visto que se pueden hacer proyectos.

Se fijó en el autobús. Por la ventanilla veía a Pimples en el interior, comiendo tarta con las dos chicas. Experimentó un profundo acicate por irse con ellos. De pronto sintió ganas de comer tarta.

-Todas las cosas nos enseñan algo - comentó Ernest -. Se supone que los americanos somos un pueblo mecánico. Todo el mundo guía un auto y posee una nevera y una radio. Yo creo que todos están convencidos de que poseen habilidad mecánica. Pero, ¿qué ocurre cuando se ensucia, por ejemplo, el carburador? Que el coche tiene que estar parado hasta que aparece el especialista. Si se apagan las luces, ha de acudir el electricista para arreglar los plomos. Se estropea un ascensor, y el barullo es tremendo.

-Yo no sé... -repuso míster Pritchard-. Pero yo creo que los americanos somos un pueblo mecánico, por lo general. Nuestros antepasados lo demostraron bastante bien.

-No cabe duda. Pero, ¿sería usted capaz de colocar el carburador en su auto?

-Pues verá... Yo...

-Pongamos otro ejemplo - dijo Ernest-. Figúrese que tuviera que andar por estos andurriales un par de semanas. ¿Está seguro que no se moriría de hambre? ¿No acabaría con usted alguna pulmonía?

-Bueno, lo que ocurre es que en nuestros días la gente se especializa - manifestó míster Pritchard.

-¿Sabría usted matar una vaca? - insistió Ernest -. ¿Sabría usted cortarla y guisarla?

Míster Pritchard comenzaba ya a impacientarse con aquel joven.

-Lo que ocurre es que existe una especie de cinismo que se extiende por todo el país - pronunció con aspereza -. Me parece que la gente joven ha perdido la fe en América. Nuestros ascendientes tenían fe.

Librodot

-Tenían que procurarse el sustento - corrigió Ernest- y les faltaba el tiempo para la fe. La gente ya no trabaja mucho ahora y disponen de horas libres para esa fe de que usted habla.

-Pero carecen de ella - observó míster Pritchard-. ¿Cuál es el motivo?

-¡Cualquiera sabe! -exclamó Ernest-. También yo he querido explicármelo. Mi padre tenía fe en dos cosas. Una, que la honradez siempre recibe su recompensa, de una manera u otra, y otra, que trabajando de firme se puede ahorrar dinero para vivir con seguridad. Pero acabó por descubrir que la gente más admirada tenía muy poco de honrada y luego la crisis del 1930 le convenció de la poca estabilidad de los ahorros. Se murió con la tremenda sospecha de que la fe que tenía en la honradez y en el ahorro era ficticia. Y a mí me parece que nadie ha reemplazado con nada a esas dos virtudes.

Míster Pritchard denegó con la cabeza.

-Nadie puede ahorrar ahora a causa de los impuestos - opinó-. En otras épocas se podían hacer fortunas, pero no en nuestros días. Los impuestos se lo llevan todo. Trabaja uno para el Gobierno. Así muere la iniciativa. Nadie tiene ya ambiciones.

-Cuando se cree en una cosa, no importa mucho para quién se trabaja. Si para el Gobierno o para cualquier otro.

Míster Pritchard le interrumpió.

-Los soldados recién licenciados -dijo- son los que me preocupan. No quieren volver al trabajo. Creen que el Gobierno debe darles de comer, y eso no puede ser. Desde luego, yo siento el mayor de los respetos hacia nuestros soldados y opino que se les debe de escuchar.

Ernest se llevó los dedos al ojal de la solapa.

-Sí, ya entiendo - contestó. Hablaba como si se dirigiel a un niño-. En los periódicos leo cosas de nuestros grandes hombres. Deben ser grandes porque ocupan los mejores puestos. Leo lo que hacen y lo que dicen; por otra parte, tengo una serie de amigos, gente que usted llamaría inútiles, y hay muy poca diferencia entre unos y otros. De labios de algunos de esos inútiles he escuchado cosas que suenan mejor que lo que sale de la cabeza del Secretario de Estado. Bueno, voy a dar un pequeño paseo.

-Está usted nervioso.

-Sí, lo estoy. Todo el mundo está nervioso. Y quiero decirle algo más. Si tuviéramos que intervenir en otra guerra, ¿sabe usted lo que sería más terrible? Que yo también tendría que ir. Eso sería lo peor.

Y, levantándose, se marchó. Con la cabeza baja y las manos en los bolsillos, andaba sobre la gravilla de la carretera.

«Estoy nervioso - no paraba de decirse-. Estoy nervioso y eso es todo.»

Míster Pritchard se le quedó mirando por detrás y luego bajó los ojos a las manos. Estaba preocupado, sin saber por qué. Con todo su pesimismo en cuanto a la intervención del Gobierno en los negocios, en el fondo siempre conservaba una gran dosis de esperanza. En cuanto apareciese un hombre como Coolidge o como Hoover que se hiciera cargo de la administración, todo se arreglaría automáticamente. Cesarían las huelgas y todo el mundo haría dinero y se sentiría satisfecho. La cosa era inminente. Por lo menos, él así lo creía. No tenía idea de que el mundo había cambiado.

Pero aquel joven le molestaba. En realidad, no le había atacado directamente, pero... ¿qué había dicho del carburador? Ahora procuró imaginarse la forma del carburador. ¿Sería capaz de colocarlo en el motor? Se forjó una vaga idea de ciertas características de la pieza.

«Pero tenía otras cosas más importantes en que pensar», se dijo a sí mismo. Horton había dicho: si se apagaran las luces... y ahora él quiso recordar dónde estaban los plomos en su casa, pero no lo sabía. No obstante, le había ofendido. Era evidente que no sentía simpatía por él. ¿Y si tuvieran que quedarse allí junto al autobús, como había dicho?

Cerró los ojos y se vio a sí mismo en el interior del autobús.

«No se preocupen - decía a los demás viajeros -. Yo me encargaré de todo. Algunas condiciones reuniré cuando he conseguido montar una gran organización de negocios.

Examinemos nuestra situación. Lo primero que necesitamos es comida. En aquel campo de atrás hay algunas vacas.»

Y Horton había dicho que no sabía matar una vaca. Le daría una lección. Sin duda, no sabía que había una pistola en el compartimento del cuadro de mandos. Pero él sí lo sabía.

Ya se veía sacando la pistola. Se apeaba del autobús, se dirigía al campo y franqueaba una valla, siempre con el arma en la mano. Había visto muchas películas. Su imaginación, inconscientemente, pasó a otra escena. No se vio matando a la vaca ni cortándola, sino llevando grandes tajadas de carne sanguinolenta. «Aquí tienen comida - decía-. Y ahora, hagamos un fuego.» Entonces Camille intervenía: «¿Y qué me dice de esa vaca? El animal tendrá algún dueño...»

A esto contestaba:

-La necesidad no admite leyes. No puedo consentir que ustedes se mueran de hambre.

De pronto, volvió a la realidad y movió la cabeza.

«Déjate de tonterías - se dijo a sí mismo-. ¿Dónde había visto a Camille? Si pudiera hablar un poco con ella, es posible que lo recordara. Sabía que no estaba equivocado porque su cara le causó cierta opresión en el pecho. No sólo debió verla, sino que también debió de ocurrir algo con ella. Miró hacia el autobús. Pimples y las dos chicas seguían todavía dentro.

Se puso en pie y se limpió con las manos los pantalones, por detrás, como si el papel no le hubiese protegido contra el polvo. Apenas caía alguna gota que otra y el cielo aclaraba ya por el Oeste. Todo saldría bien. Fue hasta el autobús y subió al estribo. Van Brunt estaba echado en el asiento de atrás, el cual ocupaba toda la anchura del vehículo. Pimples y las chicas hablaban en voz baja para no molestarle.

-Lo que yo exijo en una esposa es que sea fiel -dijo Pimples.

-¿Y usted? - preguntó Camille-. ¿También le sería fiel a ella?

- Desde luego - contestó el chico.

Habían dado fin a una tarta y estaban a punto de terminar con otra. Las dos muchachas estaban sentadas juntas y Pimples, de medio lado en el asiento interior, pasaba el brazo por encima del respaldo.

Al entrar míster Pritchard, todos levantaron la vista.

-¿Les importará que me siente? - inquirió.

-Desde luego que no -respondió el muchacho-. ¿Quiere usted un poco de tarta? Aquí tiene.

Y le entregó un trozo, haciéndole sitio junto a él.

-¿Y no tiene usted novia? - indagó Camille.

-Sí, pero no me gusta - contestó Pimples-. Es un poco tonta.

-¿Le es fiel?

-Desde luego.

-¿Cómo lo sabe?

-No podría decírselo... pero estoy seguro.

-Me parece que tú te vas a casar muy pronto - dijo, chancero, míster Pritchard -y que establecerás algún negocio.

-No, aún tardaré. Estudio por correspondencia. El radar ofrece un magnífico porvenir. Al cabo de un año se ganan setenta y cinco dólares a la semana.

-¡No me digas!

Ahora comenzaba a sentirse satisfecho otra vez. Aquí había ambición. No todo el mundo era cínico.

-¿Cuándo piensa usted casarse? - siguió interrogándole Camille.

-Dentro de algún tiempo - contestó Pimples-. Yo que se debe ver un poco el mundo antes de fijarse en un sitio. Acaso me enrole en un barco. Si se sabe radar, también se conoce la radio. Acaso entre en un barco como operador de radio durante una temporada.

-¿Pero cuándo terminarás el curso? - se interesó míster Pritchard.

-Las lecciones comenzarán muy pronto. Me hicieron una prueba y me dijeron que tengo talento. Ya he recibido dos o tres cartas de ellos.

Camille tenía una mirada de cansancio. Míster Pritchard se fijó en su cara. Sabía que las lentes de las gafas le ocultaban los ojos. Era bonita cuando se la miraba de cerca. «Y desde Chicago en autobús», pensó. No parecía muy fuerte. Veía la exuberancia de sus pechos bajo el vestido, el cual lo tenía arrugado. Se había vuelto los puños de las mangas hacia dentro para que no se ensuciaran. Observó aquella nota de pulcritud y le gustó. Camille entraba en sus sentidos casi como un perfume excitante. Es que no se ve con frecuencia una chica tan atractiva y tan guapa como ésta, reflexionó. Y de pronto, sin proponérselo, comenzó a hablar.

-Miss Oaks - dijo-. Después de pensarlo, se me ha ocurrido que acaso le gustara enterarse de la idea que le quiero proponer. Yo soy presidente de una empresa de negocios muy importante y pensé que... bueno, espero que a estos jóvenes no les importará que nos alejemos un momento si es que quiere usted escucharme. Tengo algunos periódicos en los que nos podremos sentar.

Se asombró ante sus propias palabras.

«Ya, ya sé lo que quieres», se dijo Camille a sí misma.

Míster Pritchard bajó primero y galantemente la ayudó para que se apeara; luego la condujo hasta los periódicos extendidos donde Ernest y él estuvieron sentados.

-Hace mucho rato que estoy sentada... - titubeó Camille.

-Acaso le venga bien cambiar de posición - dijo míster Pritchard -. Cuando yo trabajo en la oficina, cambio la altura de mi sillón cada media hora y eso me descansa mucho.

La ayudó a sentarse encima de los periódicos. La chica se tapó las rodillas con la falda y apretó las piernas contra el pecho.

Míster Pritchard se sentó junto a ella y se quitó las gafas.

-Verá usted... - comenzó -, un hombre de mi posición tiene que estar pensando y proyectando constantemente. Ahora, en teoría, disfruto de vacaciones. -Sonrió-. ¡Vacaciones! Quisiera saber cómo son las vacaciones de verdad.

Camille sonrió a su vez. Notaba la dureza del suelo. ¿Cuánto tiempo iría a durar aquello?

-Pues bien, la principal materia prima de una compañía próspera es el ser humano. Siempre ando a la busca de personas. El acero y el caucho se pueden conseguir en cualquier momento; pero los productos difíciles son el talento, la belleza, la ambición...

-Por favor - le interrumpió Camille -. Estoy cansadísima.

-Ya lo sé, y por eso voy directamente al grano. Quiero darle a usted un empleo. No lo puedo decir en menos palabras.

-¿De qué?

-Para recibir a la gente. Es un trabajo muy especializado y podría usted llegar a ser... mi secretaria particular.

Camille estaba agotada. Miró hacia la entrada de la cueva que ocupaba Bernice, pero no veía nada.

-¿Y qué diría su esposa? - preguntó.

-¿Y qué tiene ella que ver? Mi mujer no se mezcla en mis asuntos de negocios.

-Como ya le dije, estoy muy cansada, señor. Podemos citarnos todo esto. Me gustaría tener un marido y vivir en paz con él.

-No comprendo lo que quiere decirme - replicó míster Pritchard.

-Sí que lo entiende - repuso Camille-. Pero no le agradaré porque no tengo intención de seguirle el juego. A usted le gustaría dejar pasar unos cuantos meses antes de declararme su verdadera intención. Dice usted que su mujer no se mezcla en sus asuntos de negocios, pero creo que está equivocado. Su mujer interviene en usted, en sus negocios y en todo lo relacionado con su persona. Sin duda, ella misma elige las secretarias de usted, sin que usted se dé cuenta. Es una mujer difícil.

-No sé de qué me habla.

-¡Ya lo creo que sí! ¿Quién le ha comprado esa corbata?

-Bueno, pero...

-Al instante se enteraría de quién soy yo. Y ahora déjeme que le diga cuatro cosas. Usted no puede confesar sus intenciones, de sopetón, a una chica. Tiene que andarse con rodeos. Pero no hay más que dos caminos, señor. O se enamora o hace una propuesta de negocios. Si usted hubiera dicho: «Bueno, mire; le doy tanto para un piso y tanto para ropas», yo lo habría pensado y acaso le hubiese dado resultado. Pero no estoy dispuesta a dejarme sorprender tras tenerme dos o tres meses sentada en una mesa de oficina. Tengo ya demasiados años para seguirle el juego.

Míster Pritchard levantó la cabeza.

-Mi mujer no tiene nada que ver con mis negocios - aseveró -. No sé de dónde ha sacado esa idea.

-Bueno, dejémoslo - dijo Camille -. Pero prefiero acercarme a un nido de víboras antes que arrimarme a su mujer, si no mereciera la aprobación de ella.

-Me sorprende su actitud -manifestó míster Pritchard-. No pensaba ninguna de esas cosas. Únicamente quería ofrecerle un trabajo. Puede usted aceptarlo o dejarlo.

-¡Por Dios! - exclamó Camille-. Si usted mismo llega a creerse lo que dice, le tengo lástima a la chica que usted consiga. Nunca sabrá el terreno que pisa.

-Está usted cansada - dijo míster Pritchar, sonriendo-. Cuando descanse, espero que lo pensará de nuevo.

Hablaba sin entusiasmo y Camille se sintió más tranquila. Pensó que a lo mejor había cometido una equivocación con él porque se trataba de un individuo muy fácil de trastear, un verdadero primo. Loraine le hubiera despojado hasta de la camisa en un solo día.

Míster Pritchard veía ahora su cara de manera diferente. Vio en ella dureza y desafío, y se sintió como desnudo. Le molestaba haber hablado con ella de aquella manera. Había creído que si todo salía bien que... bueno, que... pero lo malo era que estaba al tanto.

En su confusión, la rabia le empezaba a dominar otra vez. Era desacostumbrado en él indignarse dos veces en un mismo día. El cuello se le ponía colorado de rabia. Tenía que disimular; y dijo:

-Yo me limité a ofrecerle una colocación. Usted la rechaza... rnuy bien. Pero no hay motivo para que se conduzca con tanta ordinariez.

-Bueno, Mac - contestó Camille con voz incisiva -. También yo sé ponerme a tono cuando hace falta. Eso de la ordinariez me ha gustado. Quiero decirte una cosa. Crees que me has visto en otra parte. Veamos, ¿perteneces a algún club como el *Octagon International* o *The Birds of the World* o *The Two Fifty-Three Thousand*?

-Pertenezco al *Octagon* - respondió míster Pritchard con dignidad.

-¿Te acuerdas de la chica que se sentaba en el vaso de vino? Yo no sé qué sacáis con eso ni me importa. Pero sé que no está bien, amigo. Aunque es posible que no sea ordinario para ti.

Se puso en pie.

-Voy a dar un paseo, Mac. Y no me molestes porque te conozco a ti y a tu mujer.

Se alejó a buen paso. Míster Pritchard la contempló por detrás. Tenía los ojos muy abiertos y experimentaba un gran peso en el pecho, una especie de agotamiento, de horror físico. Contempló el contoneo de su airoso cuerpo, al alejarse, le vio sus bien contorneadas piernas y con la imaginación la despojó de sus vestidos y la admiró junto al inmenso vaso mientras el vino corría por su estómago y sus muslos.

Ahora tenía la boca abierta y el cuello completamente colorado. Apartó la vista de la chica y la fijó en sus manos. Se sacó el limpiauñas de oro, pero se lo volvió a meter en el bolsillo. Le dominó una especie de mareo. Se puso en pie sin gran firmeza y se dirigió a la cueva donde estaba Bernice.

Librodot

La mujer abrió los ojos y sonrió al verle entrar. Míster Pritchard rápidamente se tendió a su lado y se metió bajo el abrigo.

Cuando luego se marchó, Bernice lloró con la cara enterrada en el abrigo de pieles. Poco a poco dejó de sollozar; se sentó y miró por la entrada de la caverna. Brillaba en sus ojos una luz de ferocidad. Levantó la mano y se llevó las uñas a la mejilla. Se mordió el labio inferior y las hundió cruelmente en la carne, apretando hacia bajo. La sangre le brotó de los profundos arañazos. Sacó la mano, se la ensució en el polvo del piso de la cueva y se frotó la porquería en la mejilla sangrante. La sangre le corrió por entre la suciedad y le bajó hasta el cuello.

XVIII

Mildred y Juan salieron del granero y la muchacha dijo:

-Mira, ya ha terminado de llover. Fíjate en el sol, encima de las montañas. Es estupendo.

Juan sonrió.

-Me encuentro formidablemente - añadió Mildred -. Formidablemente.

- No lo dudo - manifestó Juan.

-¿Y tú? ¿Te encuentras lo bastante bien como para sostenerme el espejo? No se podía ver ahí dentro. - Sacó del bolso un espejito cuadrado -. Así. No, un poco más alto.

Se peinó rápidamente y luego se puso polvos en las mejillas y un poco de carmín en los labios.

-Me parece muy bien - pronunció Juan -. Me gustas.

-¿Sólo eso? ¿Nada más?

-¿Quieres que te mienta?

Mildred se echó a reír.

-Bueno, un poquitín... Pero, no. Prefiero que no. ¿No me llevarás a Méjico?

-No.

-Entonces, ¿éste es el fin?

-¡Qué sé yo!

Mildred metió el espejo y la barra de carmín en el bolso.

-¿Quieres sacudirme la paja del traje?

Se sentía aturdida.

-Lo de Méjico, descartado. ¿Qué haremos ahora?

-Volver, desatascar el autobús y llegar hasta San Juan.

-¿Me permites que te coja un momento la mano? - preguntó Mildred.

Miró Juan la del dedo amputado y quiso ponerse al otro lado para alargarle la mano entera.

-No. Me gusta ésa.

Se la cogió y le pasó un dedo por la suave piel de la amputación.

-No hagas eso - protestó Juan-. Me pones nervioso.

Mildred le apretó con fuerza la mano.

Los montes del Este resplandecían con el sol poniente. Ambos se volvieron hacia la derecha y subieron la cuesta en dirección al autobús.

-¿Quieres decirme una cosa?

Juan se echó a reír.

-¿De qué se trata?

-¿Por qué viniste aquí? ¿Creías que yo te seguiría?

-¿Deseas que te diga la verdad o quieres que juguemos los acertijos? - preguntó él.

-Me gustan las dos cosas. Pero, en primer lugar, preferiría la verdad.

-Pues bien, mi intención era huir a Méjico, desaparecer y dejar que los viajeros se las arreglaran como pudieran.

-¿Y por qué no lo has hecho?

-No sé - contestó Juan-. Algo se estropeó. La Virgen de Guadalupe me abandonó. Quise engañarla, pero a la Virgen no se la puede engañar.

-Tú no crees esas cosas - repuso Mildred -. Yo tampoco ¿Cuál fue el verdadero motivo?

-¿El motivo de qué?

-El motivo de que vinieras a esta granja abandonada.

Juan siguió andando y sonrió, mirándola con sus ardientes ojos negros.

-Vine aquí porque esperaba que te darías un paseo y porque abrigaba la esperanza de que fueras mía.

Mildred pasó un brazo por el de él y apretó la mejilla contra la manga de su chaqueta.

-Me gustaría que continuáramos un poco más - dijo -, pero ya sé que no puede ser. Adiós, Juan.

-Adiós.

Y, lentamente, retornaron hacia el autobús.

XIX

Van Brunt estaba tendido en el asiento posterior del autobus. Tenía los ojos cerrados, pero no dormía. Apoyaba la cabeza en el brazo derecho y la presión impedía que la sangre circulara normalmente por la mano.

Cuando Camille y míster Pritchard abandonaron el autobús, Pimples y Norma estuvieron un rato sin hablar.

Van Brunt casi notaba el penoso fluir de la sangre en sus decrépitas arterias y oía los latidos irregulares de su corazón. La mano derecha se le dormía, pero era la izquierda la que le preocupaba. Tenía la piel insensible, cual si fuera de gruesa goma. Se frotaba y se daba masajes en la mano cuando se encontraba a solas, a fin de que retornara la circulación; conocía exactamente el origen de su dolencia, aunque no se lo confesara plenamente ni aun a sí mismo.

Hacía unos cuantos meses que sufrió un desmayo mornentáneo; el doctor examinó su presión arterial y le dijo que lo tomara con calma y que no se preocupara; y hacía unas dos semanas que le sucedió otra cosa. Por la cabeza, detrás de los ojos, notó una especie de relámpago eléctrico y, desde entonces, le era imposible leer. Veía con bastante claridad, pero las letras bailoteaban y se entremezclaban, de manera que no lograba descifrar ni una palabra.

Sabía muy bien que sufrió dos pequeños ataques. Y esperaba otro: el que le afectara la mente y el cuerpo hasta el extremo de dejarle paralítico del todo o de acabar con su vida. Su enfermedad le hizo sentir odio contra todo el mundo; un odio físico que le sofocaba.

Se probó toda clase de gafas. Con los periódicos empleaba lentes de aumento, ya que, en parte, se quería ocultar a sí mismo su propia dolencia. Sus accesos de furia solían estallar ahora de repente, pero lo que más le horrorizaba era que a veces se echaba a llorar, sin poderlo remediar. Una mañana temprano, al levantarse, se dijo: «¿Y para qué esperar?»

Su padre había muerto de lo mismo, pero, antes de fallecer, estuvo once meses en la cama sin poderse mover; y todo el dinero que ahorró para su vejez se lo llevaron las cuentas de los médicos. Sabía que de ocurrirle a él lo mismo, los ocho mil dólares que conservaba en el Banco le desaparecerían y su mujer, anciana también, no dispondría de nada para después.

Tan pronto como se abrieron las tiendas aquel día, fue a ver a su amigo Milton Boston, de la «Boston Drug Store».

-Tengo que envenenar unas ardillas, Milton. ¿Quieres darme un poco de cianuro?

-El cianuro es muy peligroso - contestó aquél -. No me gusta venderlo. Te daré estricnina. Te servirá lo mismo.

-No. He leído en una revista una nueva fórmula y es a base de cianuro.

Librodot

-Bueno, muy bien - accedió Boston -. Tendrás que firmar en el libro de venenos. Pero ten mucho cuidado con el cianuro, Van. No lo dejes por ahí abandonado.

Eran amigos desde hacía muchos años.

-¿Cuánto quieres? - preguntó Boston.

-Una onza, poco más o menos.

-¡Pero eso es muchísimo, Van!

-Te devolveré lo que no use.

Milton estaba preocupado.

-Procura no tocarlo con las manos...

-No te preocupes. Sé manejarlo.

Luego fue a su oficina y con una navajita se hizo un rasguño en el dorso de la mano. Al manar un poco de sangre, abrió el tubito de cristal que contenía los cristales venenosos. Y entonces se detuvo. No podía hacerlo. No podía verter los cristales en el rasguño.

Al cabo de una hora fue al Banco y metió el tubo en su caja fuerte con su testamento y sus pólizas de seguros. Proyectó comprar una pequeña ampolla para llevarla al cuello. Así, si daba el ataque grande, podría metérsela en la boca igual que los jefes nazis de Europa. Pero ahora no se atrevía a tomar el veneno. Acaso no llegara el ataque que temía.

Sentía desilusión y furia al mismo tiempo. Le indignaba la gente que le rodeaba y que no presentaba trazas de morir. Y había otra cosa que le molestaba. El ataque había liberado una de sus inhibiciones. De repente se vio dominado por ardientes deseos. Le atraían de manera irresistible las jóvenes, aun las mismas niñas. No podía apartar de ellas la vista ni el pensamiento y en medio de sus deseos enfermizos rompía a llorar. Tenía miedo, como un chico teme las cosas extrañas. Y su humor se hacía cada vez más insufrible hasta que la gente que le conocía desde hacía muchos años comenzó a evitarle.

Quería morir y al mismo tiempo le asustaba la muerte. Con los ojos entreabiertos contempló la luz áurea de la puesta del sol. Sus labios se movieron un poco y dijo:

-Crepúsculo, crepúsculo, crepúsculo.

Le gustaba la palabra. Le invadió una oleada de sentimiento que le oprimía en el pecho y en la garganta. Pensó que iba a llorar de nuevo. Intentó doblar la mano derecha, pero la tenía dormida y no pudo hacerlo.

Y entonces se quedó rígido. Su cuerpo parecía distenderse como un balón de goma. La luz del crepúsculo le deslumbre. Por la parte posterior de sus ojos pasó un terrible relámpago cegador. Comenzó a caer en la obscuridad, en las tinieblas, en la nada...

El sol rozaba los montes del Oeste, con luz amarilla y clara. El valle, saturado de agua, centelleaba bajo los rayos sesgados. Las aguas turbulentas del río atacaban con furia las orillas. Y en el asiento posterior del autobús, Van Brunt roncaba con fuerza. Tenía la boca abierta, igual que los ojos.

XX

Pimples se sentó al lado de Norma y la chica se apartó un poco hacia la ventanilla, para hacerle sitio.

-¿De qué querrá hablarle el tipo ese a la muchacha? -preguntó receloso.

-No sé. Pero te diré una cosa. Sabrá trastearlo bien. Es una chica maravillosa.

-Es posible - contestó Pimples -. Pero hay también otras chicas maravillosas.

Norma se molestó.

-¿Cómo quien? - inquirió con tono burlón.

-Como tú - respondió Pimples.

-¿Ah, sí?

No esperaba aquella salida. Bajó la cabeza y se quedó mirando sus manos, esforzándose por recuperar la calma.

-¿Por qué te marchas? - indagó Pimples.

-Por culpa de mistress Chicoy. Esa mujer es una fiera.

-Sí. Es para todos igual. Pero me hubiera gustado que no te marcharas.

Viendo que no contestaba, continuó:

-Si quieres sacamos una de las tartas de pasas. Son estupendas.

-No, gracias. No puedo comer más.

-¿Estás mala?

-No.

-Bueno, si quisieras volver a trabajar en Rebel Corners los sábados por la noche podíamos ir a San Isidro para bailar.

-No se te había ocurrido antes.

- No creía que me tuvieras simpatía.

Norma comenzó a hablar con picardía. Aquél era un juego delicioso.

--¿Y por qué crees que te la tengo ahora? - preguntó.

Verás... has cambiado. Eres diferente. Me gusta tu manera de peinarte.

-¡Ah, es eso! No había ningún motivo para arreglarme en Rebel Corners. ¿Quién me vería?

-Yo - contestó Pimples, galantemente-. Vuelve. Te volverán a dar la colocación. Te lo garantizo.

Norma movió de un lado a otro la cabeza.

-No, cuando yo me marcho, me marcho para siempre.

Además, tenemos otros planes.

-¿Qué planes?

No sabía si debía decirlo o no. Hasta cierto punto significaba mala suerte, pero no podía remediarlo.

-Alquilaremos un pisito con radio y nevera y yo estudiaré para auxiliar de clínicas dentales.

Los ojos le brillaban.

-Hablas en plural... ¿A quién te refieres?

-A miss Camille Oaks y a mí. Cuando sea auxiliar me podré vestir bien y asistir a espectáculos y hasta dar pequeñas recepciones.

-Tonterías - replicó Pimples -. Nunca harás eso.

-¿Por qué?

-Porque no. Bueno... ¿volverás o no volverás a Rebel Corners? Yo estudio radar y podríamos salir juntos algunas veces. Y quién sabe si... Uno sale con una chica... y la chica quiere casarse. Yo soy un muchacho joven... y es bueno para uno de mi edad el tener mujer. Siente uno más ambición.

Le miró a la cara con ojos indagadores para ver si se burlaba de ella. Y había algo tan directo en su mirada, que Pimples la interpretó mal y apartó la vista, confundido.

-Sí, ya lo sé - dijo con amargura-. Crees que no puedes ir con un individuo que tiene todos estos granos. Yo he hecho todo lo humanamente posible. Me he gastado más de cien dólares en los médicos y en la botica. Pero sin ningún resultado. Un médico me dijo que no tardarían en desaparecer: que se marcharían en un par de años. Pero no sé si será verdad. Bien, márchate - continuó con rabia-. Alquila tu maldito piso. Es posible que yo me divierta más de lo que tú te puedes imaginar.

Norma le miró, asombrada. En nadie había conocido aquella clase de secreta tortura más que en sí misma. Nadie, hasta entonces, buscó en ella una palabra de aliento o de consuelo. Por este motivo experimentó una especie de agradecimiento y como una oleada de cálida simpatía.

-Estás diciendo tonterías. Si una chica te quisiera, no haría caso de eso. El médico sabía lo que decía. Yo conocía a otros tres chicos que estaban en tu caso y a los tres les desaparecieron los granos al cabo de algún tiempo.

Pimples estaba con la cabeza baja. Todavía se sentía desconsolado, pero empezaba a notar cierta comezón dentro de él. La ventaja se ponía de su parte y comenzó a valerse de ella; hacía un nuevo descubrimiento. Siempre, al tratar con las muchachas, fanfarroneaba delante de ellas. Esta otra táctica nueva era mucho más eficaz.

-Hay veces en que uno no puede aguantar más - suspiró -. Más de una vez he pensado en suicidarme.

Y simuló sofocar un sollozo.

-Vamos, no digas esas cosas - le consoló Norma. También para ella era ésta una nueva función, pero en la que encajaba, probablemente, mejor que cualquier otra.

-Nadie me hace caso - continuó lamentándose Pimples-. Nadie quiere nada conmigo.

-No digas eso - repitió Norma -. No es verdad. A mí, siempre me has gustado.

-No es verdad.

-Te digo que sí.

Le puso la mano en el brazo para confirmar sus palabras. Pimples, ciegamente, agarró con su mano la de ella y le apretó los dedos. Norma le devolvió el apretón. El muchacho se volvió en el asiento, la abrazó y apretó su cara contra la de ella.

-¿Qué haces? ¡Estáte quieto! -exclamó ella.

Pimples la oprimió con más fuerza.

-¡Estáte quieto! Nos puede ver el viejo de atrás.

-¿No le oyes roncar? - musitó Pimples-. Ven aquí.

-Imagínate lo que ocurriría si llegase Camille y nos viese.

-¿Qué te importa a ti que nos vea esta condenada chica que no es más que una cualquiera?

Norma abrió la boca y aflojó los músculos del cuerpo. Le miró como si no diera crédito a lo que había oído. Le asaltó una rabia incontenible. De un tirón se libró de él y le dio un golpe en la boca. Luego se puso en pie y le pegó una serie de puñetazos; Pimples se quedó tan aturdido que se tapó la cara con las manos para librarse de los golpes.

-¡Asqueroso! - le insultó Norma -. ¡Eres un repugnante asqueroso!

Y a golpes y a patadas le echó a un lado y salió del autobús.

Una gran debilidad se apoderó de ella. Le temblaban los labios y tenía los ojos cubiertos de lágrimas.

-¡El asqueroso ése! - repetía-. ¡Ese repugnante asqueroso!

Atravesó la cuneta y se echó encima de la hierba apoyando la cabeza en los brazos cruzados. Pimples se asomó a la ventanilla. Estaba completamente desconcertado y sin saber qué hacer.

Camille, que volvía sin prisas por el camino, la vio echada de bruces en la hierba. Cruzó la cuneta y se inclinó sobre ella.

-¿Qué te ocurre? ¿Te has caído?

Norma levantó su cara llorosa.

-No me pasa nada - dijo.

-Levántate -le ordenó Camille-. ¿No ves que está la hierba mojada?

Tiró de ella hasta ponerla en pie y la condujo hasta el saledizo del farallón, donde la hizo sentarse encima de los periódicos doblados.

-¿Se puede saber qué es lo que te ocurre?

Norma se secó con la manga y se quitó así lo poco que le quedaba del carmín.

-No quisiera mencionarlo.

-Bueno, allá tú... - dijo Camille.

-Fue ese Pimples... Quiso aprovecharse.

-Bueno..., ¿es que no sabes cuidar de tu persona?

-No es ése el motivo.

-Entonces, ¿cuál es?

No sentía gran interés. Tenía sus propias preocupaciones.

-Me lié a golpes con él porque dijo que tú eras una cualquiera.

Camille desvió rápidamente la mirada hacia el valle donde el sol desaparecía tras los montes. Tenía los ojos tristes y sin vida. Al fin se esforzó por sonreír.

-Mira, chica - pronunció-. Ya lo irás viendo..., todo el mundo es un cualquiera en una ocasión u otra. Todo el mundo. Y los peores de todos son los que se lo llaman a otros.

-Pero tú no eres una cualquiera.

-Dejemos ese asunto - le pidió-. Vamos, procura arreglarte la cara. Un toque de carmín no es tan bueno como baño, pero es mejor que nada.

Abrió el bolso, rebuscó en él y sacó un peine.

XXI

Juan anduvo más de prisa y Mildred apenas pudo seguirle el paso.

-¿Tenemos que correr? - protestó.

-Será más fácil sacar el autobús del atasco mientras hay un poco de luz, que hacerlo a obscuras.

-¿Crees que podrás sacarlo?

-Sí.

-¿Y por qué no lo sacaste primero antes de marcharte?

-Ya te lo he dicho un par de veces - contestó Juan.

-Lo pensabas en serio, ¿eh?

-Desde luego.

Llegaron al autobús a poco de ponerse el sol tras los montes. Pero en lo alto de las nubes reflejaba una luz rosácea.

Al aproximarse Juan, Pimples apareció de detrás del autobús. Parecía un perro apaleado.

-¿Cuándo vienen por nosotros? - preguntó.

-No he podido encontrar a nadie - se limitó a responder Juan-. Tendremos que hacerlo nosotros solos y necesitaremos ayuda. ¿Por dónde anda la gente?

-Cada cual por su lado.

-Bueno, saca la lona.

-La emplea mistress Pritchard. Está acostada en ella.

-Pues que se levante. Necesito unos pedruscos y tablas o postes. Tendremos que sacar algunos de la valla. Procuraremos dejar en su sitio el alambre espinoso para que no se escape el ganado. ¡Ah! Pimples...

-Usted dirá...

Ahora tenía los hombros caídos y la boca abierta.

-Reúne a todos los hombres. Necesito ayuda. Yo sacaré el gato que está debajo del asiento de atrás.

Juan penetró en el autobús y vio a Van Brunt tumbado en el asiento.

-Tendrá que levantarse para que pueda sacar el gato - dijo.

De pronto, se acercó y se inclinó. El viejo tenía los ojos abiertos y emitía unos ronquidos profundos y trabajosos. La saliva le brotaba por las comisuras de los labios. Le volvió boca arriba y la lengua le interceptó la garganta. Entonces le metió los dedos en la abierta boca y le extrajo la lengua.

-¡Pimples! ¡Pimples! - llamó, y con la mano libre dio unos golpes en el cristal de la ventanilla.

El muchacho entró en el autobús.

-Este viejo está malo. Sal en busca de ayuda. Toca el *claxon*.

Fue míster Pritchard el que se encargó de cuidar a Van Brunt, aunque le desagradaba la tarea. Juan cortó un palillo y le enseñó cómo debía colocarlo entre la lengua y el paladar de la boca para que pudiese respirar. A míster Pritchard le repugnaba el aspecto de Van Brunt y

el olor que exhalaba. Pero tenía que apechar con ello. No quería pensar en nada. Le dominaba una fría angustia. Su mujer entró en el autobús, le vio y se sentó en el primer asiento, junto a la puerta, lo más lejos posible de él. Aun con la luz mortecina veía los arañazos y la sangre del cuello. Pero no le habló una sola palabra.

«He debido estar loco - pensó-. No me lo explico. ¿No llegarás a comprender que estaba fuera de mí, querida?

Le regalaría la villa que quería; es decir, una villa mucho mejor, algo ideal. Pero ni siquiera podría mencionarlo durante mucho tiempo. Y aquel viaje a Méjico..., tendrían que hacerlo. Sería terrible, pero lo harían. ¿Hasta cuándo le miraría con ojos dolidos y acusadores? Varios días estaría sin hablar y las pocas palabras que pronunciara las diría con fría cortesía; réplicas breves, sin mirarle a la cara.

-¡Oh, Dios! ¿Por qué me habré metido en estos líos? Me gustaría estar aquí muriéndome en lugar de este viejo.

Notó que los hombres trabajaban bajo él en el autobús. Oyó el ruido de la pala y las piedras que se arrojaban bajo las ruedas.

Su esposa, rígida, seguía sentada con una sonrisa tolerante estereotipada en los labios.

Se dijo a sí misma:

«No he de pensar mal. Porque Elliott se dejó dominar por un acceso de brutalidad, no hay motivos para que pierda yo la compostura y la tolerancia. Sé que puedo perdonarle. Pero, por su propio bien, tardaré en hacerlo. Tendré que esperar.»

Su rostro asumió una expresión de dolida dignidad.

En el exterior, Pimples realizaba milagros de músculo y de fuerza. Su selegantes zapatos estaban llenos de barro. Casi a propósito los destrozaba. En el borde de los pantalones tenía una capa de lodo. Metía la pala en la tierra, bajo las ruedas y a los lados y arrojaba el fango fuera. Se puso de rodillas en el lodo para emplear las manos. Sus ojos chispeaban con el esfuerzo y el sudor le perlaba la frente. Con el rabillo del ojo miró a Juan. Éste le había olvidado y precisamente cuando más lo necesitaba Pimples.

Ernest Horton cruzó la cuneta con el pico en la mano y picó en la tierra hasta que encontró lo que quería. Unos pedruscos rotos desprendidos del farallón. Sacó las piedras e hizo con ellas un montón junto a la excavación.

Camille se acercó.

-Puedo llevar unas cuantas hasta el autobús - dijo.

-Se va a ensuciar usted - manifestó Ernest.

-¿Cree que puedo ensuciarme más de lo que ya estoy?

Ernest dejó el pico en el suelo.

-¿No quiere darme el número de su teléfono? Me gustaría salir con usted.

-Ya se lo dije - contestó Camille-. Todavía no tengo domicilio.

-Bueno, como quiera...

-Le aseguro que es la verdad. ¿Dónde parará usted?

-En Hollywood Plaza.

-Bueno, si mañana está usted en el vestíbulo a eso de las siete, es posible que pase yo por allí.

-Estupendo - contestó Ernest-. La llevaré a cenar a «Musso-Franck».

-Yo no he dicho que iré, sino que es posible que pase. No sé qué tal me encontraré. Si no aparezco a la hora fijada, aguarde un poco más.

-De acuerdo. La esperaré hasta las siete y media.

-Es usted muy amable.

-¡Bah! - exclamó Ernest -. Uno de tantos. No lleve las grandes. Agarre las pequeñas.

Camille cogió un par de pedruscos y se dirigió con ellos al autobús.

Juan fue a la antigua valla y arrancó unos postes. Sacó ocho, pero no seguidos, para impedir que se cayera el alambre espinoso.

La obscuridad se extendía por el valle. Colocó el gato encima de un poste y elevó un lado del autobús. Al levantarse la rueda, Pimples llenó el hueco con piedras. Juan trasladó el gato a la otra rueda para repetir la operación.

Camille y Norma llevaban piedras para tapar los agujeros mientras Ernest las arrancaba con el pico.

-¿Qué puedo hacer yo? - preguntó Mildred.

-Sostenga este poste mientras yo manejo el gato - respondió Juan.

Trabajaba febrilmente para terminar antes de que se hiciera de noche. Pimples, de rodillas en el barro, echaba piedras bajo las ruedas; el otro lado del autobús se levantó del fango.

Era casi de noche cuando terminaron la labor.

-Quiero que todo el mundo empuje cuando arranque. Si lo hacemos rodar tres pies, todo saldrá bien.

-¿Qué tal está el camino por ahí? - inquirió Pimples.

-Bastante bien... Te has echado a perder el traje, Kit.

-No tiene importancia - contestó éste completamente desilusionado.

Juan se le quedó mirando y acabó por esbozar una sonrisa.

-Mientras yo pongo en marcha el motor, tú te quedarás aquí atrás para indicar a los otros lo que tienen que hacer. Ya sabes cómo.

Pimples arrojó la pala al suelo.

-¡Hagan el favor, señores! ¡Hace falta todo el mundo! Yo me ocuparé del lado derecho. Las muchachas también. Todos tienen que empujar.

Se quedó mirando un momento a mistress Pritchard, sentada en el interior.

-No nos serviría de mucho - murmuró.

Juan entró en el autobús.

-Baje a echarles una mano - le dijo a Elliott.

Puso en marcha el motor y lo aceleró un poco. Las ruedas se agarraron al suelo y el *Sweetheart*, cabeceando sobre el lecho de pedruscos, salió a la carretera. Entonces detuvo el vehículo y miró por la puerta.

-Metan aquí las herramientas. Y entren, porque nos vamos - anunció.

Encendió los faros y la luz iluminó la carretera.

XXII

Guió el vehículo con lentitud por el camino lleno de baches hasta dejar atrás la granja desierta. La luz de los faros iluminó el molino y el granero.

La noche era muy negra, pero se había levantado una ligera brisa que esparcía el olor de la hierba y de los altramuces. Lo faros hacían un túnel de luz por la carretera y una lechuza se dejó ver un instante en el foco luminoso. Más adelante, un conejo que cruzaba el camino miró a las luces con un reflejo encarnado en los ojos y de un salto desapareció en la cuneta.

Dentro del autobús todo estaba a obscuras, excepto las luces del cuadro de mandos. Miró un momento a la Virgen.

«No te pido más que una cosa - le dijo mentalmente-. He renunciado a mi idea, pero me gustaría que cuando vuelva encuentre sobria a mi mujer.

Mistress Pritchard había perdido la rigidez de su cuerpo. Balanceaba la cabeza con los traqueteos del autobús y soñaba. Llevaba un vestido ligero, blanco, y enseñaba a Ellen la villa.

-Me dirás que por qué cultivo orquídeas de ese color. Pero fíjate en ésas. Acaban de llegar..., esas verdes. Elliott las ha mandado traer del Brasil. Proceden de la parte alta del Amazonas.

En el suelo del autobús tintineaban las herramientas.

Pimples le habló a Juan al oído.

-Si quiere, yo puedo conducir, míster Chicoy. Está usted muy cansado.

-Gracias, Kit. También tú has trabajado de lo lindo.

-Pero no estoy cansado.

-No te preocupes.

Mildred veía el perfil de la cara de Juan contra la carretera iluminada.

«Ha sido delicioso - pensó -. Tendré que recordar este día.»

Míster Pritchard escuchaba la penosa respiración de Van Brunt. Apenas le veía la cara. Se dio cuenta de que odiaba a aquel hombre porque se estaba muriendo. Y se asombró de aquel odio. Veía que sería capaz de estrangularlo sin ningún remordimiento de conciencia.

-¿Pero qué clase de persona soy yo? ¿Es que me volviendo loco? Sin duda he trabajado con exceso.

Se inclinó para asegurarse de que él respiraba todavía. Oyó un pequeño ruido y vio que Ernest Horton se sentaba a su lado.

-¿Quiere que me ocupe del viejo?

- No - dijo míster Pritchard -. No creo que le ocurra nada de particular. ¿Qué cree usted que le pasa?

-Nada, un ataque que le ha dado - contestó Ernest-. Y dispense si le he molestado con lo que hablé antes. Estaba nervioso.

-Sí, días malos que tiene uno -comentó míster Pritchard-. Cuando las cosas se ponen mal en alguna ocasión, mi mujer dice: «Ya vendrán tiempos mejores...»

-No es mala solución, si todos pudiéramos pensar igual -repuso Ernest-. Si quiere verme, estaré en el Hollywood Plaza. O vaya alguna noche a la dirección ésa que le di.

-Creo que estaré todo el tiempo ocupado. Pero créame que me gustaría verle. Podríamos hacer algunos negocios.

-Posiblemente - replicó Ernest.

Norma se sentaba junto a la ventanilla y Camille estaba a su lado. Aquélla apoyó el codo en el reborde de la ventanilla y su vista se perdió en la obscuridad del exterior. Por las montañas del Oeste una leve franja de luz se reflejaba en los bordes de una nube; al moverse quedó al descubierto la estrella vespertina, limpia y fija.

-Estrellita, concédeme el deseo que te pido esta noche.

Camille, adormilada, volvió la cabeza.

-¿Qué decías?

Norma estuvo un momento callada. Luego dijo en voz baja:

-¿Veremos cómo marchan las cosas?

-Sí, veremos cómo marchan - repuso Camille.

Al frente, muy a lo lejos, brilló un amontonamiento de lucecillas parpadeantes, solas y perdidas en la noche. Juan las miró y anunció:

-Allá está San Juan.

* * *